



Centro de Estudios Internacionales

El ejército de operaciones sobre Texas de 1835-1836:  
análisis de un caso de movilización militar del Estado decimonónico  
mexicano

TESIS

que para obtener el título de  
licenciado en Relaciones Internacionales

presenta:

José Roberto Campos Cordero

Director: Dr. Lorenzo F. Meyer Cosío

Ciudad de México

Noviembre de 2020

## Agradecimientos

Cualquier trabajo individual, de la índole que sea, siempre nace a partir de una colectividad. Por ello agradezco al Colegio de México y al Centro de Estudios Internacionales por darme la oportunidad de formarme en su institución y brindar todo el apoyo académico que un estudiante podría desear. No sólo a los profesores, sino a todo el personal que por ochenta años ha trabajado todos los días para mantener el buen prestigio de esta institución.

Agradezco al Dr. Lorenzo Meyer por su paciencia y atención. Sus observaciones, siempre en el clavo, y su orientación fueron indispensables para la concepción y desarrollo de esta tesis. Agradezco su atenta y detallista lectura y por compartir mi interés por este tema. Desde el inicio creyó en el proyecto de tesis y aunque por momentos me desaparecí, siempre me recibió amablemente. Sus consejos y comentarios no sólo fueron invaluable para esta tesis, serán enseñanzas para toda la vida.

A mi familia por el apoyo y amor incondicional que me ha cobijado por tantos años. No puedo expresar lo afortunado que soy por los padres que tengo. Los dos siempre han sido un gran ejemplo de vida, y no podría acabar si tuviera que escribir cuanto los admiro. A mi hermano, que además de haberme soportado por tantos años, se ha vuelto mi mejor amigo. A mi querida Marisa debo agradecerle por todo su cariño, que no tiene comparación y no lo cambiaría por nada. Gracias por acompañarme durante todo este proceso y motivarme y empujarme cuando lo necesité. No me puedo imaginar dónde estaría sin su consuelo en los momentos malos y sus sonrisas en los buenos.

A John por sus palabras sabias, su oído atento y su apoyo constante. A Héctor por las incontables horas de grata discusión en torno a esta tesis y la historia, y todas las ideas que emanaron de las mismas. Agradezco a ambos por tantos buenos momentos compartidos y porque además de su amistad me han ayudado a crecer como persona. Por último, a mis condiscípulos por su amistad y compañía, particularmente Diego, Matías, Mariana, Alejandro, Amaya, Iñaki, Andrea, Saúl y Carlos.

Le dedico esta tesis a mi querida abuela, que en paz descanse.

# Índice

<b>Agradecimientos</b> .....	2
<b>Introducción</b> .....	5
<i>Balance historiográfico y fuentes</i> .....	8
<i>Estructura y capítulos</i> .....	23
<b>I EL ESTADO MEXICANO</b> .....	26
<i>Las circunstancias internas</i> .....	30
<i>Territorio y población en México: geografía, recursos y tecnologías de comunicación y transporte</i> .....	32
<i>Preparación militar: las fuerzas armadas mexicanas en las primeras décadas de independencia</i> .....	45
<i>Sociedad y gobierno</i> .....	59
<i>Sociedad y gobierno en San Luis Potosí</i> .....	73
<b>II EL ESCENARIO: TEXAS</b> .....	78
<i>Texas desde la perspectiva mexicana</i> .....	80
<i>El camino</i> .....	109
<i>El tablero</i> .....	117
<b>III EL EJÉRCITO DE OPERACIONES SOBRE TEXAS (1835-36)</b> .....	128
<i>Planes</i> .....	131
<i>Financiación y suministros</i> .....	147
<i>Reclutamiento</i> .....	155
<i>Los actores</i> .....	158
<i>Las armas</i> .....	166
<i>La marcha</i> .....	173
<i>La sangre</i> .....	178
<b>Conclusiones</b> .....	185
<b>Organigramas del EOT</b> .....	188
<b>Bibliografía</b> .....	194
<b>Anexos 1</b> .....	199

**Figura 1.** *Diseño fiscal de la primera república federal (1824-1835)*, p. 59

**Ilustración 1.** “Yconismo hídrotéreo”, o *Mapa geográfico de América Septentrional*. Delineado y observado por Joseph Antonio de Villaseñor y Sánchez, 1746., p. 43

**Ilustración 2.1** Mapa original de Texas por S. Austin con notas de Mier y Terán, 1829, p. 86

**Ilustración 2.2** Mapa de Texas con partes de los estados adyacentes, de J. Fisher y Manuel de Mier y Terán, 1832., p. 87

**Ilustración 2.3** *Provincia de Texas, fragmento del plano geográfico y corográfico de la costa norte del censo mexicano, c.a. 1804*, p. 123

**Ilustración 2.4** Plano hidrográfico de la bahía de Galveston, copia de Manuel Chávez, 1820, p. 124

**Ilustración 2.5** *Diseño de uniforme de los búsaes de Texas en acción de guerra, 1804*, p. 125

**Ilustración 2.6** Plan del Presidio de San Antonio de Béjar, 1722, p. 126

Ilustración 3.1. Componentes del mosquete, 167

**Tabla 1.1** *Estimaciones de la población total de México a inicios del s. XIX*, p. 35

**Tabla 1.2** *Longitud de los ramales del CRTA a las Provincias Internas de Oriente*, p. 40

**Tabla 1.3.** *Gastos en el Ejército*, p. 62

**Tabla 2.1** Población aproximada de los principales asentamientos hispánicos, según los reportes de Mier y Terán, Almonte y los archivos de Béjar., p. 94

**Tabla 2.2** Comercio de importación y exportación de Texas en 1834, de J. N. Amonte, p. 104

## Introducción

En noviembre de 1835 la principal guarnición del nuevo gobierno centralista mexicano en Texas al mando del general Martín P. de Cos fue sitiada por un grupo de rebeldes en San Antonio de Béjar por más de un mes. La insurrección no era un levantamiento o pronunciamiento más de la época. Se organizó en su mayor parte por colonizadores norteamericanos llegados recientemente, con el apoyo de especuladores de tierra e intereses expansionistas del vecino del norte. Aunque encontraron aliados en federalistas como Lorenzo de Zavala, su interés principal no era cambiar el sistema político mexicano, sino separarse de él. El gobierno mexicano era consciente de que se jugaba parte grande y potencialmente rica de su territorio. Como respuesta, organizó un ejército expedicionario desde San Luis Potosí, al mando de Antonio López de Santa Anna. El resto de la historia es bien conocida: el ejército sufrió una súbita y vergonzosa derrota en San Jacinto.

Esta tesis surgió de una inquietud clara sobre el tema: ¿cómo fue posible siquiera que aquel ejército se formara y llegara hasta Texas? Aunque la emergencia no tomó por sorpresa a las autoridades mexicanas, que conocían las circunstancias en la región y el riesgo de sedición gracias a los reportes de inspectores como Manuel de Mier y Terán y Juan Nepomuceno Almonte,<sup>1</sup> el reto de defender la soberanía de una parte grande y lejana de su territorio no era para nada fácil. Era una etapa temprana del Estado mexicano, caracterizada por circunstancias de inestabilidad política, crisis económica y debilidad. Esta tesis se propone analizar el surgimiento y materialización de la respuesta militar frente a esta amenaza a la soberanía; en particular, busca ahondar en la formación, organización y movilización del Ejército de Operaciones sobre Texas a finales de 1835 y principios de 1836. Este es conocido por haber sitiado y tomado El Álamo, su súbita derrota en San Jacinto y como ejemplo de la infamia del caudillo prominente de la época, pero ignorado en todo lo demás. Por ello, esta tesis no busca historiar los factores que llevaron a la independencia de Texas, ni al movimiento revolucionario

---

<sup>1</sup> Luis Berlandier y Rafael Chovell, *Diario de viaje de la Comisión de Límites bajo dirección de D. Manuel de Mier y Terán*, México, Juan R. Navarro, 1850; Juan Nepomuceno Almonte, *Noticia Estadística sobre Tejas*, México, Ignacio Cumplido, 1835; Celia Gutiérrez Ibarra, *Cómo México perdió Texas. Análisis y transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, México, INAH, 1987.

que surgió en 1835 y 1836. Se propone tratar a fondo uno de los actores que hasta el momento ha pasado desapercibido: el Ejército de Operaciones sobre Texas de 1835-36.

Esta operación militar no sólo conllevaba los costos y mecanismos usuales de conscripción y reunión de pertrechos para un ejército. Como señala William de Palo, se le añadía el desafío logístico de transportar y mantener a la tropa, sus armas y provisiones la basta distancia que separaba las regiones pobladas del país de Texas. La reunión de suficientes provisiones y manos armadas viene de la mano con su organización y movilización. Se debía adecuar a una operación expedicionaria a un territorio distante alrededor de mil kilómetros de San Luis Potosí, con 404 km cuadrados de superficie, y con entre 30 y 40 mil habitantes, que ya eran en su mayoría de migrantes norteamericanos.<sup>2</sup> Además, había alrededor de 20 mil nativos, muchos de ellos comanches. Por si no fuera poco, debía lograrse en medio del desastre político y económico en el Estado independiente y sus primeras décadas de existencia.<sup>3</sup>

La campaña de 1835-36 puso a prueba extrema la capacidad y poder del joven Estado para la movilización militar cuando “acababa de variarse el sistema administrativo de la nación y apenas se fijaban las bases de la nueva ley fundamental”.<sup>4</sup> Para muchos de sus contemporáneos el resultado exhibió a todas luces sus vicios, ya del sistema federalista, ya los grupos privilegiados del viejo régimen o del caudillismo, según la postura ideológica de cada cual. El esfuerzo bélico de estos años es sumamente interesante, no sólo por lo que estaba en juego. Se puede afirmar que concentró las tensiones sociales y políticas de la época en un fenómeno particular. Como escribe un veterano de Texas: “no hay en efecto cargas más pesadas y que pongan en mayores apuros a un Estado, que las que origina la guerra”.<sup>5</sup>

---

<sup>2</sup> William Anthony DePalo, *The Mexican national army, 1822-1852*, Texas, Texas A & M, 2004, p. 48.

<sup>3</sup> Linda Eakin, “Continuity, Change, and Removal: Native Women and the Texas Revolution”, en Mary L. Scheer (ed.), *Women and the Texas Revolution*, Texas, University of North Texas Press, 2012, p. 17.

<sup>4</sup> Antonio López de Santa Anna, “Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos del 10 de mayo 1837, impreso en Veracruz” en, Genaro García (ed.), *Antonio López de Santa Anna: historia militar y política, 1810-1874*, México Porrúa, 1974, p. 125 (en adelante, *Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos del 10 de mayo de 1837*).

<sup>5</sup> Miguel Barreiro, *Resumen del Comisario de División del Ejército de Operaciones sobre Tejas*, Matamoros, Mercurio, 1837, p. 5.

Se entiende por qué los rebeldes (piratas y filibusteros desde la perspectiva del Estado mexicano) calcularon que los mexicanos no llegarían antes de marzo.<sup>6</sup> Pese al pesimismo con que inevitablemente se juzga este capítulo de la historia de México -no sólo terminó con la derrota de la expedición, sino que labró el camino para la dura guerra con el vecino del norte-,<sup>7</sup> y para sorpresa de los levantados, el ejército mexicano cruzó el Río Nueces en febrero de 1836. No habían transcurrido más de tres meses de la caída de San Antonio de Béjar. Después de todo, si el ejército mexicano llegó y combatió en Texas ¿No deberíamos preguntar cómo y por qué lo logró?

Si esa es nuestra pregunta, entonces ¿cómo averiguar la manera en que se libraron las condiciones adversas al interior de la nación y la complicada situación geopolítica para concretar la campaña militar? Para resolver la cuestión con el menor sesgo posible hay que analizar la formación del Ejército de Operaciones Sobre Texas (EOT) en su propio contexto. Así podremos dimensionar el problema y entenderlo desde la perspectiva de los mexicanos. En este caso sus circunstancias están configuradas por dos aspectos: primero la capacidad, calidad y margen de acción del estado mexicano de la época, y segundo, su relación con el territorio de Texas. Estos aspectos son importantes porque de otra forma es imposible entender cómo fue posible la expedición con el erario en la quiebra y unas fuerzas armadas descompuestas y maltrechas por inestabilidad política interna. Así podemos dimensionar lo que implicaba una campaña a Texas, como dos oficiales del contingente denotan:

No es el número del ejército de Tejas el temible [...] es el clima, son los desiertos horrorosos, son los ríos invadeables, son los pantanos, son los hielos y nieves en invierno, los calores excesivos en cualquiera otra estación, las lluvias continuas de muchos meses, los bosques en unas partes, las llanuras inmensas en otras, la

---

<sup>6</sup> “El enemigo no esperaba nuestras fuerzas hasta mediados de marzo, y habiéndose anticipado un mes nuestra marcha, fue sorprendido y es una razón más para que hubiera sido vencido.” José Enrique de la Peña, *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de 1836 por un oficial de Santa Anna*, México, A. F. de Sánchez, 1955, p. 31; “In the general consternation which pervaded the country from the sudden and almost unexpected approach by the Mexicans, the fugitives could carry with them few articles [...]” Andrew F. Muir (ed.), *Texas in 1837. An Anonymous Contemporary Narrative*, Austin, University of Texas, 1958, p. 61.

<sup>7</sup> Josefina Z. Vázquez, “México y la guerra con Estados Unidos”, en *ibid.* (coord.), *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)*, México, FCE/COLMEX/SRE, 1998, p. 29 ss (en adelante, *México al tiempo de su guerra con EU*).

falta de subsistencia en todas y en muchos parajes hasta el carecer de agua potable.<sup>8</sup>

Tenemos a nuestro pequeño ejército atravesando un desierto de más de cien leguas para llegar a Béjar, en donde no podía contar con más provisiones que con lo que llevaba consigo, y muchas veces ni agua con que mitigar su sed, algunas veces muy ardiente y una necesidad que exaspera y desalienta al desgraciado que la sufre.<sup>9</sup>

¿Cómo fue posible que presentara batalla? la hipótesis que propongo probar sugiere que una serie de recursos políticos, la mayor parte informales, lograron, aunque de forma limitada, suplir la capacidad estatal casi nula para improvisar y movilizar al EOT hasta el campo de batalla. A pesar de sus limitaciones, las autoridades políticas y militares tenían a la mano una serie de mecanismos y prácticas alternativas para reunir, organizar y movilizar recursos. A corto plazo parecen resultar de la improvisación y la precariedad estatal. Pero también tienen antecedentes desde la segunda mitad del siglo XVIII con la formación de milicias novohispanas, y siguieron desarrollándose durante las guerras de independencia y los conflictos internos que siguieron. Como veremos más adelante, este fenómeno, que Barbara Tenenbaum denomina como la “estabilidad invisible”, ha sido observado desde varias perspectivas por la literatura contemporánea. No cabe duda: la expedición a Texas es una excelente oportunidad para dar claridad a esta serie de recursos que dieron vida al ejército.

#### *Balance historiográfico y fuentes*

Este caso tiene un gran potencial para aportar a la historiografía militar y administrativa de la época y a su vez ampliar la perspectiva sobre los albores del Estado decimonónico mexicano. Como varios historiadores anotan, esta etapa se caracteriza por la serie de recursos y prácticas informales y extraoficiales que emplearon las autoridades en ausencia de instituciones formales sólidas. Ello brindó una suerte de “estabilidad invisible” que le permitió subsistir.<sup>10</sup> La

---

<sup>8</sup> Miguel Barreiro, *op. cit.*, p. 35.

<sup>9</sup> José Enrique de la Peña, *op. cit.*, p. 37.

<sup>10</sup> Barbara A. Tenenbaum, *México en la época de los agiotistas, 1821-1857*, México, FCE, 1985, pp. 65-79 *apud* Josefina Z. Vázquez, *Dos décadas de desilusiones. En busca de una fórmula adecuada de gobierno (1832-1854)*, México, COLMEX/Instituto Mora, 2009, pp. 11-16 (en adelante, *Dos décadas de desilusiones, 1832-1854*);



movilización militar de la época ilustra esa propuesta porque, como apunta la historiografía sobre el tema, no era posible su formación sin las técnicas referidas. Sin embargo, aún hay pocos estudios de caso que aterricen la cuestión desde el punto de vista de la movilización militar. Esta tesis busca hacer una aportación a esos campos estudiando la formación del EOT.

Este enfoque, además de dialogar con aspectos más generales de la historiografía de la época, tiene la ventaja de tomar en cuenta de manera más exhaustiva los aspectos sociales, económicos y políticos detrás de la movilización militar del EOT. La historia militar ortodoxa se centra primero en los preparativos, disposiciones y acciones de los líderes militares y luego en el análisis de las batallas culminantes. Pero como sugiere Guardino, hay que ver más allá porque los ejércitos no surgen espontáneamente ni obedecen ciegamente los designios de los comandantes.<sup>11</sup> Por eso esta tesis busca centrarse en entender cómo fue posible económica y políticamente la formación del ejército. Esto implica ver de forma más comprensiva su desenvolvimiento en la sociedad circundante.

El tema principal de esta tesis no es la separación de Texas, sino el ejército mexicano y su campaña. Sin embargo, es una parte muy importante del contexto, por lo que antes de tratar al ejército, hay que repasar brevemente la literatura sobre la llamada Revolución o Independencia de Texas. Es basta en cantidad y variedad. El acervo popular es rico en novelas y crónicas históricas, biografías de personajes de culto, libros y artículos de divulgación, e incluso películas de Hollywood y Disney. La mayor parte de estos podrían considerarse historia de bronce, que enaltece sucesos y personajes históricos. Sobresale la defensa del Álamo y otros actos heroicos en nombre de la “libertad” y personajes populares como los aventureros Davy Crockett y James Bowie. Aunque varían en calidad y espíritu crítico, tienden a simplificar o ignorar casi por completo el lado mexicano del conflicto.

---

Michael P. Costeloe, *The central republic in Mexico, 1835-1846 hombres de bien in the age of Santa Anna*, Cambridge, University Press, 1993, pp. 22 *apud* Claudia Ceja Andrade, *La fragilidad de las armas. Conflicto y vida social entre los militares de la Ciudad de México, 1821-1860*, tesis, México, COLMEX, 2013, p. 16.; Will Fowler, *Independent Mexico: The Pronunciamento in the Age of Santa Anna, 1821-1858*, Nebraska, University Press, 2016, *passim*; Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios*, México, COLMEX, 2014, p. 53.

<sup>11</sup> Peter Guardino, *The Dead March, A History of the Mexican American War*, Cambridge, Harvard University Press, 2017, p. 5.

En la historia de bronce mexicana el lugar de la Revolución de Texas es mucho menos halagüeño. Es el inicio de un proceso que terminó costando la mitad de territorio, protagonizado por el infame Santa Anna, villano vende patrias. Quizá por ello no ha sido un tema sobresaliente en el acervo popular mexicano, y es conocido más por las referencias norteamericanas de la batalla del Álamo. La academia mexicana ha logrado muchos avances, lamentablemente poco reflejados aún en los libros de texto.

Las pequeñas batallas y los sucesos de lo que se ha denominado como la Revolución o Independencia de Texas de 1836 son conocidos y han sido bastante estudiados, pero casi únicamente por historiadores texanos.<sup>12</sup> Como Josefina Vázquez comenta, “Texas no ha sido un tema afortunado con los historiadores mexicanos, en especial el periodo de la historia nacional. Este hecho ha dejado en manos de los historiadores estadounidenses la interpretación de un tema tan crítico como es el de su independencia, antecedente directo de la guerra con Estados Unidos”.<sup>13</sup> Los estudios que coordinó comenzaron a desvelar la compleja situación política que llevo al levantamiento armado en Texas y su desenvolvimiento desde el punto de vista mexicano.<sup>14</sup> Estas investigaciones han tratado el tema con énfasis sobre su relación directa con la guerra contra Estados Unidos, que comenzó diez años después con un conflicto en la frontera texana.<sup>15</sup>

---

<sup>12</sup> El autor clásico en Estados Unidos es el historiador texano Eugene C. Barker.

<sup>13</sup> Josefina Z. Vázquez, “Un tema arrinconado por la historiografía mexicana”, *Historia Mexicana, El Colegio de México*, vol. 68, núm. 1 (269), p. 827.

<sup>14</sup> *Dos décadas de desilusiones, 1832-1854; ibid.*, “La colonización, independencia y anexión de Texas: dilema de la política mexicana”, en Humberto Garza *et al.* (eds.), *Pensar la historia, pensar la política... A la manera de Lorenzo Meyer*, México, COLMEX, 2016, pp. 37-60 (en adelante, *Pensar la historia, pensar la política a la manera de Lorenzo Meyer*); y con José Antonio Serrano Ortega, “El nuevo orden, 1821-1848”, en Erik Velásquez *et al.*, *Nueva historia general de México*, México, COLMEX, 2010, pp. 397-442. También coordinó: *México al tiempo de su guerra con EU; De la rebelión de Texas a la guerra del 47*, México, Nueva Imagen, 1994 (en adelante, *De la rebelión de Texas a la guerra del 47*); y compilación centralismo. Por último, el vol. 68, número 1 de la revista de *Historia Mexicana* del Colegio de México está dedicado a la guerra de Texas.

<sup>15</sup> Cabe mencionar a la historiadora Celia Gutiérrez Ibarra, una de las pocas aportaciones historiográficas al tema. En su análisis del informe de Juan Nepomuceno sobre la situación en Texas también se propone encontrar las causas de su independencia, apuntando como principal culpable la política expansionista del gobierno estadounidense (Celia Gutiérrez Ibarra, estudio introductorio de *Cómo México perdió Texas*, México, INAH, 1987, pp. 13-71).

El preciado territorio no sólo estaba muy alejado del campo de influencia del estado mexicano. Se encontraba a tiro de piedra de los Estado Unidos durante el auge de su expansionismo territorial, impulsado por los especuladores de tierra, las empresas de colonización y la demanda de algodón. Para 1835 la población de inmigrantes norteamericanos había crecido exponencialmente.<sup>16</sup> El gobierno, desesperado por poblar la zona, pretendió condicionar la entrada de migrantes con el credo católico y obediencia a las leyes mexicanas. En la práctica no ejerció su autoridad y los empresarios y colonos no tuvieron problemas conservando su propia religión y economía basada en plantación y esclavismo. Aunado a ello, la inestable situación económica y política en México le impedirían mantener la guarnición necesaria para mantener el control del territorio y disuadir las ambiciones estadounidenses. Tampoco pudo contar con el apoyo de Gran Bretaña que prefirió contener el expansionismo estadounidense apoyando a un estado independiente en Texas.<sup>17</sup>

En el campo de la historiografía texana sobresale el trabajo de Eugene C. Barker (1874-1956), que aún es la autoridad más importante en la materia. Además de sus investigaciones, se dedicó a recopilar fuentes importantes para la historia de la independencia y posterior anexión de Texas, como la correspondencia de Stephen Austin. Gracias a su trabajo, muchos de esos materiales están publicados, muchos en la revista en la que era editor, la *Southwestern Historical Quarterly*. Escribió una biografía de Stephen Austin que continúa circulando hasta hoy.<sup>18</sup> A grandes rasgos, su tesis principal es que las diferencias raciales y culturales entre mexicanos y angloamericanos hicieron inevitable la secesión. A la inversa de la literatura mexicana, la esclavitud y la especulación de tierras, a su parecer, no propiciaron sino retardaron la

---

<sup>16</sup> Otra de las voces ignoradas por la historiografía del conflicto son las comunidades nativas que poblaban la región. Muchas fueron desplazadas a raíz del conflicto, por encontrarse en el camino de los ejércitos rivales (Véase Linda Eakin, *op. cit.*, pp. 13-46).

<sup>17</sup> Josefina Z. Vázquez, “¿Dos guerras contra Estados Unidos?”, en *De la rebelión de Texas a la guerra del 47*, pp. 16-26; *Ibid.*, “La Colonización, independencia y anexión de Texas: dilema de la política mexicana”, en *Pensar la historia, pensar la política a la manera de Lorenzo Meyer*, pp. 44-60.

<sup>18</sup> William C. Pool, “Barker, Eugene Campbell (1874–1956)”, <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/barker-eugene-campbell>, consultado el 20 de diciembre de 2020.

independencia.<sup>19</sup> Su fuente principal es Stephen Austin, y quizá eso lo llevó sustentar sus opiniones casi exclusivamente en los escritos del empresario colonizador.<sup>20</sup>

Otro trabajo notable sobre la revolución e independencia de Texas, desde un punto más neutral que los mexicanos y estadounidenses, es el de Andreas Reichstein. A diferencia de Barker, para Reichstein no fue por el choque de culturas, sino “la avaricia de algunos mexicanos y algunos estadounidenses.” La campaña de 1835-36 en particular se perdió porque “si quería sacarle el jugo a Texas tenía que invadir la revoltosa provincia inmediatamente”.<sup>21</sup> Aunque es el trabajo más exhaustivo sobre los intereses financieros en México y en Estados Unidos sobre Texas, y sus actores más relevantes, como S. Austin, L. Zavala, José Antonio Mejía, Sam Houston, Butler, A. Jackson, etc., trata la guerra de 1835-36 principalmente desde la perspectiva de los rebeldes. El lado mexicano de la guerra gira en torno a Santa Anna, mencionando a “su” ejército de paso.<sup>22</sup>

Por último, cabe mencionar dos aportaciones más sobre el tema. Andrew Torget propone entender estos cambios en la región mediante la expansión de las plantaciones de algodón en el sur de Estados Unidos, provocadas por el boom de la producción textil de algodón en Gran Bretaña. Esto impulsó el cambio geopolítico en la región tras un siglo de relativa estabilidad.<sup>23</sup> Por su parte, Andrés Reséndez contribuyó al tema estudiando las identidades de los diversos actores que habitaban la zona. La definición de las divisiones y “etiquetas” estuvo determinada, de acuerdo Reséndez, por dos fuerzas contrapuestas sobre la región: el impulso del estado mexicano por controlar la zona contra el mercado y comercio estadounidense.<sup>24</sup>

---

<sup>19</sup> Véase Eugene C. Barker, “The influence of Slavery in the Colonization of Texas”, *The Southwestern Historical Quarterly*, 28 (1924), pp.1-33; *Ibid.*, “The Texan Declaration of Causes for Taking up Arms against Mexico”, *The Southwestern Historical Quarterly*, 15 (1912), pp. 173-185.

<sup>20</sup> Andreas V. Reichstein, *Rise of the Lone Star, The Making of Texas*, trad. Jeanne R. Wilson, Texas, Texas A&M University Press, 1989, p. 20.

<sup>21</sup> Andreas V. Reichstein, “¿Era realmente inevitable? ¿Por qué México perdió Texas en 1836?”, *Historia Mexicana, El Colegio de México*, 70 (279), pp. 867-887.

<sup>22</sup> Andreas V. Reichstein, *op. cit.*, pp. 120-132.

<sup>23</sup> Andrew J. Torget, *Seeds of Empire, Cotton, Slavery, and the Transformation of the Texas Borderlands, 1800-1850*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2015.

<sup>24</sup> Andrés Reséndez, *Changing National Identities at the Frontier, Texas and New Mexico, 1800-1850*, Cambridge, University Press, 2004.

Por lo tanto, el conflicto por el control de Texas que llevó a su independencia y anexión ya ha sido bastante estudiado. Pero aún en la academia mexicana hay un tema muy poco tratado; el EOT y su campaña. Esto se debe en buena medida a que quizá es de poca importancia para entender las causas de fondo de la separación de Texas en 1836, la anexión y la guerra del 46. Esta investigación se propone estudiar exclusivamente a aquel ejército desde el punto de vista de su formación y movilización. Por lo que además de ampliar la perspectiva de la historiografía mexicana sobre la guerra de Texas, busca profundizar en el entendimiento del funcionamiento del ejército y del recién nacido Estado mexicano.

Afortunadamente la historia de las fuerzas armadas en el siglo XIX es un tema con aportaciones muy valiosas y recientes. Aunque suele mencionar aquí y allá la campaña de Texas, también se ha tratado de forma tangencial. Pero esta literatura es indispensable para conocer el funcionamiento y las dinámicas en las fuerzas armadas el contexto en el que se formó el EOT. Lo más estudiado ha sido la relación de las fuerzas armadas con la formación del nuevo Estado tras la Independencia y sus conflictos e inestabilidad interna.

Tras la independencia, el ejército Trigarante se formó con los remanentes del ejército realista y los grupos de guerrilleros insurgentes que sobrevivieron. La tendencia a premiar el apoyo político para conseguir la lealtad del ejército, junto a la ausencia de legitimidad política, propició la politización y pretorianismo en el ejército. Con la primera república federal se organizó en tres cuerpos: el ejército permanente, la milicia cívica y la milicia activa como grupo de reserva. Las milicias eran por definición el brazo armado de los liberales, mientras que el ejército regular solía ser el de las oligarquías nacionales. En ausencia de una fuente de legitimidad simbólica que sustituyese a la monarquía española, el gobierno buscó sustentar su autoridad con el ejército. Mientras la oligarquía conservadora del centro pretendió cimentar la autoridad del nuevo Estado con unas fuerzas armadas centrales, las élites locales buscaron afianzar su control sobre los gobiernos estatales con milicias cívicas.

Los cuerpos de milicia a su vez eran bastante heterogéneos a nivel nacional e incluso estatal. Aunque los reglamentos excluyeron hasta 1827 a las clases populares de las cívicas, compuestas nominalmente por ciudadanos (propietarios y burguesía local), su composición en realidad dependía de las características socioeconómicas de cada ayuntamiento. Inevitablemente en las localidades menos afluentes estaban compuestas por campesinos pobres. El reglamento de 1827 les atribuyó mayor responsabilidad de defensa de la soberanía nacional y su sistema

político federal. Con ese fin se armó y militarizó más al cuerpo y se relajaron los criterios de reclutamiento, legitimando temporalmente la entrada de sectores populares como artesanos, pequeños comerciantes y trabajadores. Aunque en el papel aumentaría la capacidad militar y autonomía de los estados, algunos cuerpos de milicia de ayuntamientos populares comenzaron a participar en los pronunciamientos de forma independiente a las cabeceras estatales para defender intereses locales. Desde finales de la década las élites reaccionaron a lo que veían como anarquía popular, impulsando la reducción y desarme de las milicias revoltosas. Pero algunos, como Zacatecas y Jalisco, consideraban a sus milicias como un derecho que garantizaba autonomía, lo que generó conflicto armados entre los cuerpos.<sup>25</sup>

Como apunta Claudia Ceja, la historiografía militar en México se ha concentrado en la relación de fuerzas armadas y la formación del Estado y sus distintos niveles de gobierno. Aún se conoce poco sobre las prácticas cotidianas de sus miembros y las relaciones sociales internas y externas.<sup>26</sup> Este tema es central para entender cómo los miembros del ejército sobrellevaron su papel militar, a pesar de que gran parte de ellos lo hacían en contra de su voluntad y en condiciones precarias. El trabajo de Ceja sobre los soldados acantonados en la Ciudad de México es importante porque ofrece un primer vistazo a las negociaciones y conflictos sociales que se fraguaban al interior del ejército y daban forma a las condiciones de vida de sus miembros. Entre

---

<sup>25</sup> Véase José Antonio Serrano Ortega, *El contingente de sangre*, México, INAH, 1993; Günter Kahle, *El ejército y la formación del Estado en los comienzos de la independencia de México*, trad. María Martínez Peñaloza, México, FCE, 1997; Luis Jauregui y José Antonio Serrano Ortega (coords.), *Historia y Nación: política y diplomacia en el siglo XIX mexicano*, México, Colegio de México, 1998; *Ibid.* y Manuel Chust, *¡A las armas! Milicia cívica, revolución liberal y federalismo en México (1812-1846)*, Madrid, Marcial Pons, 2018. Algunos estados ofrecieron incentivos a sus ciudadanos para que se alistasen, como condonaciones de impuestos, derecho a montepío y fuero militar. Zacatecas, con la milicia más prominente, incluso ofreció tierras y préstamos agrícolas. Otro incentivo era que por ley todo aquel que brindase servicio en la milicia cívica quedaba exento de la milicia activa y el ejército permanente, por lo que muchos se enlistaban para eludir a las levas (*Milicia cívica, revolución liberal y federalismo en México*, pp. 72 s; J. A. Serrano Ortega, *op. cit.*, pp. 55 s) Las milicias locales continuaron activas a pesar de las disposiciones gubernamentales y tuvieron un papel importante en las fuerzas armadas hasta finales del siglo XIX (*Milicia cívica, revolución liberal y federalismo en México (1812-1846)*, *passim*; Will Fowler, *op. cit.* pp. 132-187).

<sup>26</sup> Claudia Ceja Andrade, *La fragilidad de las armas. Conflicto y vida social entre los militares de la Ciudad de México, 1821-1860*, tesis, México, COLMEX, 2013, p. 20. Esto se puede comprobar por la frecuencia de términos como nación o Estado en los títulos de muchas de las obras citadas.

ellas encuentra el alcoholismo, las relaciones de poder entre las jerarquías militares y los conflictos cotidianos de clase y género al interior y con la sociedad circundante.<sup>27</sup>

Otra aportación notable es el trabajo de Héctor Strobel sobre el ejército liberal durante la revolución de Ayutla y la Reforma. Después de resumir la formación de las fuerzas armadas y sus distintos cuerpos, como la guardia nacional y el ejército permanente, investiga a detalle la composición social y distribución geográfica de los diferentes componentes del ejército liberal. Para ello llevó a cabo una exhaustiva investigación en los archivos de las distintas regiones que participaron en la revolución de Ayutla (principalmente Guerrero y Michoacán). Su estudio muestra como la movilización militar de cada uno obedecía a circunstancias locales, principalmente los conflictos por la tierra, y muy poco a la pugna ideológica de liberales y conservadores. Las fuerzas de ambos bandos se siguieron reclutando mediante la leva, sus operaciones solían circunscribirse a sus localidades y la cohesión era oportunista más que una visión de estado compartida. Este tipo de investigación muestra que para entender al estado mexicano decimonónico y su forma de operar hay que estudiarlo de lo local a lo nacional y no viceversa.<sup>28</sup>

Por su parte, P. Guardino en su trabajo sobre la Intervención estadounidense en México, propone comparar el ejército mexicano y estadounidense a través de tres criterios sociales: género, raza y religión. Su investigación aporta ideas muy valiosas sobre reclutamiento, la supervivencia y conflicto de estos ejércitos en campaña.<sup>29</sup> Este trabajo busca aportar a la historiografía contemporánea con un estudio de perspectiva similar, sólo que en lugar de la vida en cuartel o la comparación de las fuerzas armadas de dos estados en una guerra, se ocupa de una campaña de operaciones ofensivas sobre un territorio lejano de un ejército en específico.

En conclusión, aunque la historiografía sobre la política y las fuerzas armadas a inicios del s. XIX se ha desarrollado considerablemente, aún faltan estudios de caso que aterricen lo que se ha averiguado en términos generales. Este es el caso de la primera campaña expedicionaria a

---

<sup>27</sup> *Ibid.*, *passim*.

<sup>28</sup> Héctor Strobel del Moral, *El ejército liberal durante la revolución de Ayutla y la Reforma, 1854-1861*, tesis, México, COLMEX /CEH, 2020, *passim*.

<sup>29</sup> P. Guardino, *op. cit.*, *passim*.

Texas,<sup>30</sup> que sólo ha recibido atención tangencial en los estudios sobre la secesión de Texas. La campaña militar merece mayor atención, más tomando en cuenta su relativa envergadura. Aunque el conflicto fue constante en la época, era poco común que se realizase fuera de los centros urbanos principales.

Como ya mencioné, la historiografía sobre la campaña militar mexicana en la Guerra de Texas es escasa. Incluso los historiadores estadounidenses y texanos señalan la mínima atención que la historiografía militar norteamericana ha prestado al conflicto.<sup>31</sup> Aunque han comenzado a labrar terreno en la materia, los pocos estudios al respecto tienen un conocimiento limitado sobre la historia de México y tratan de forma superficial al EOT. La excepción, y quizá el estudio más completo y comprensivo hasta ahora, está en el libro sobre la historia del ejército mexicano del siglo XIX de William De Palo. Su análisis sobre el conflicto armado desde el punto de vista del ejército mexicano aportó mucho a esta investigación. De Palo subraya las grandes dificultades logísticas que implicó la campaña, y analiza los movimientos y maniobras de campaña de los contingentes del EOT.<sup>32</sup>

---

<sup>30</sup> Aunque poco se ha divulgado, la campaña de 1835-36 que culminó con la debacle de San Jacinto fue considerada como el primer de varios esfuerzos por recuperar la región. Tras la retirada del EOT al mando de V. Filisola, el gobierno mexicano continuó con la intención de retomar la provincia de Texas con un ejército del norte, al mando primero de Urrea y luego de Nicolás Bravo. Sin embargo, nunca logró amasar la fuerza ni recursos necesarios para intentar reconquistar en la región. Se limitó a mantener guarecido Matamoros. Hubo algunas escaramuzas por tierra y por mar hasta que la cuestión se sango en el 46. Incluso hay más expedientes posteriores sobre la formación del Ejército del Norte que del conflicto en 1836 tanto en el ramo de Defensa y Marina del AGN cuanto en el de operaciones militares del AHSDN. Para un testimonio de las campañas posteriores, véase también Vicente Filisola, *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México 1849, t. 2. En la guerra contra EUA, Santa Anna logró movilizar una fuerza de alrededor de 20 mil hombres para repeler al ejército invasor de Z. Taylor. Sin embargo, su incursión sólo logro llegar hasta las inmediaciones de Satillo, donde tuvo que retirarse por falta de provisiones (Peter Guardino, *op. cit.*, pp. 87 ss).

<sup>31</sup> Para Pohl y Hardin, que se han dedicado al tema, hay grandes cantidades de narrativas pseudo histórico-militares de la guerra de Texas, especialmente en el nivel local. Pero pocas son análisis serios. De acuerdo con los autores, la historiografía militar estadounidense ha ignorado casi por completo a la “revolución texana” (James W. Pohl y Stephen L. Hardin, “The Military History of the Texas Revolution: An Overview”, *The Southwestern Historical Quarterly*, 89 (1986), p. 269).

<sup>32</sup> W. A. DePalo, *op. cit.*, pp. 47-65.



Las fuentes primarias utilizadas en el trabajo son de dos tipos. Hay una cantidad considerable de diarios de campaña, testimonios e informes publicados por miembros del EOT y de las comisiones de inspección. Estos ofrecen información de primera mano sobre la situación y el camino a Texas y las experiencias y vicisitudes de la campaña militar de 1836. Desde luego, hay que leerlos con precaución y mesura. Especialmente los diarios y testimonios de veteranos del EOT que eran políticamente activos. Además de que todos proceden de oficiales y altos mandos, son en parte publicaciones con propósitos e intereses políticos y algo de carácter panfletario. Por el otro lado están los archivos históricos, que también son una fuente de información importante, particularmente el Archivo histórico de la Secretaria de Defensa Nacional (AHSDN) y el Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí (AHESLP).

Irónicamente, y en contraste con la situación actual, la campaña en Texas de 1836 y sus resultados generaron un intenso debate público entre sus contemporáneos. Prueba de ello es la gran cantidad de diarios, reportes, testimonios y demás documentos escritos y publicados en esos años. Pueden clasificarse en cuatro tipos: publicaciones de altos mandos, de oficiales, reportes de comisión y panfletos.

Los primeros son textos de Antonio López de Santa Anna, José Urrea y Vicente Filisola. El presidente y general en jefe del EOT publicó un manifiesto público tras su retorno de cautiverio en 1837 y además contamos con sus memorias políticas y militares. En ambas defiende su liderazgo durante la campaña y sus polémicas negociaciones tras su captura. A su vez cuestiona el proceder del segundo al mando, Vicente Filisola, por mandar el correo que interceptó el enemigo y le reveló la posición y estado de sus tropas y por retirarse tras San Jacinto con la ventaja militar.<sup>33</sup> José Urrea fue general de brigada al mando de uno de los contingentes del EOT que recorrió el este de Texas, cerca de la costa, y obtuvo varias victorias. También acusa a Filisola de fugarse frente al enemigo vencido tras la captura de Santa Anna y lo culpa de la derrota y todos los males resultantes.<sup>34</sup> Filisola y Urrea se enfrascaron en una batalla

---

<sup>33</sup> Antonio López de Santa Anna, “Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos de 10 de mayo de 1837” y “Mi historia militar y política, 1810-1878”, en Genaro García (ed.), *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, México, Porrúa, 2da edición, 1974.

<sup>34</sup> “Si la república es hoy vilipendiada y amenazada por la ambición de una nación vecina, se ha inmolidado su hijo estérilmente, si pierde la más bella porción de su territorio, si la insulta un puñado de extranjeros rebeldes, si ha perdido sus conquistas, si se ha desmoralizado una parte del ejército, si sus arcas están

reputacional con acusaciones y contestaciones en sus testimonios y la prensa. En sus palabras podemos vislumbrar el fervor y polémica pública del momento: “[...] se ha visto últimamente que todos escriben, que todos revelan lo que pueda importarles, que algunos faltan criminalmente a la verdad y aún calumnian [...]”.<sup>35</sup>

Frente a las acusaciones, Filisola primero logró la exoneración del gobierno, luego publicó un comentario al diario de Urrea para defenderse y años más tarde un conjunto de memorias para la historia de la guerra.<sup>36</sup> Filisola justifica su proceder y retirada de Texas señalando las condiciones más que inadecuadas para proseguir la campaña, como la falta de provisiones y la baja moral, que habrían dejado al EOT inoperante. Mucho se puede decir de esta ola de ataques y contrataques de pluma que ya mostraba cierta madurez en esta etapa temprana de la República mexicana. Ya que se sale de la problemática principal, seguirá quedando pendiente un análisis exhaustivo. En lo que concierne a la investigación, estos textos en particular tienen un alto grado de sesgo político, y provienen de los líderes principales del EOT.

El siguiente grupo de fuentes son el resto de los testimonios de veteranos del EOT, que a su vez provienen de miembros de las clases más acomodadas de la sociedad. Desgraciadamente, quizás por el predominio del analfabetismo, no hay testimonios escritos de las mujeres y hombres de a pie que formaron el grueso del ejército, como sí los hay del lado norteamericano. Este es un problema común para la historiografía cuando se busca tener la elusiva vista “desde abajo” del periodo. En este caso no hay más que sacar el mayor provecho posible a las fuentes disponibles para suponer en la medida de lo posible lo que no podemos asegurar.

Al mismo tiempo, los oficiales que escribieron memorias provienen de diversos puestos en la jerarquía del ejército. José Juan Sánchez Navarro, por ejemplo, tenía un lugar relativamente bajo en el escalafón militar liderando a las descuidadas tropas presidiales que cuidaban la frontera,

---

exhaustas [...]; al general Filisola lo deberá.” José Urrea, *Diario de las operaciones militares de la división que al mando del general José Urrea hizo la campaña de Tejas*, Durango, Imprenta del gobierno, 1838, p. 4.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 5.

<sup>36</sup> Vicente Filisola, *Análisis del diario militar del general José Urrea durante la primera campaña de Tejas*, Mercurio, Matamoros, 1838; *Representación dirigida al Supremo Gobierno por el General Vicente Filisola en defensa de su honor y aclaración de sus operaciones como general en jefe del Ejército sobre Tejas*, Ignacio Cumplido, México, 1836; *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México 1849.

pero provenía de la familia más rica de Coahuila. Su descendiente Carlos Sánchez Navarro publicó sus diarios y memorias en 1938 junto con una breve historia de la colonización del norte de México y el papel de su familia. José Juan se vio involucrado en el conflicto texano cuando fungía como ayudante inspector de Nuevo León y Tamaulipas, cuya tarea principal era luchar contra las incursiones de “indios barbaros”. Fue enviado al frente del batallón Morelos a prestar auxilio a las tropas sitiadas en Béjar de Martín Perfecto de Cos y terminó su participación tras la caída del Álamo. Al ser oriundo de la región conocía mucho mejor sus circunstancias y naturalmente velaba por sus intereses. En las notas que dejó sin publicar en el libro de cuentas de la Ayudantía, cuestiona los planes de los altos mandos del centro que ignoraban las circunstancias locales y explotaban a las rancherías cercanas sin el menor pudor. En cambio, elogia el proceder de José Urrea, quien también formaba parte de la élite militar del norte de México.<sup>37</sup>

Además, está el resumen instructivo de Miguel Barreiro, comisario de división en el EOT. Tiene el propósito de defender su reputación como tesorero ya que “todo México tiene fijos los ojos en la carrera y vicisitudes que aquel [el EOT] ha seguido. Se ha hablado por muchos con harta variedad sobre los recursos suministrados para emprender la campaña de Tejas”.<sup>38</sup> Como hoy en día, el manejo del dinero fue una de las polémicas en la opinión pública. Ramón Martínez Caro, quien fue secretario personal de Santa Anna durante la campaña, también defendía su honor en su testimonio publicado en 1837, frente a los comunicados del afamado caudillo que recién llegaba de su cautiverio. En su publicación sobresale la discordia en que terminó su relación con su antiguo jefe, a quién acusa de celebrar contratos onerosos con Rubio y Errazu, y otros actos de malversación del erario, corrupción y traición durante la campaña.<sup>39</sup>

Otro testimonio importante es el del teniente coronel José Enrique de la Peña. Este texto se dio a conocer un siglo después de los acontecimientos por el coleccionista Jesús Sánchez

---

<sup>37</sup> Carlos Sánchez Navarro, *La Guerra de Tejas, memorias de un soldado*, México, Polis, 1938, *passim*.

<sup>38</sup> Miguel Barreiro, *Resumen del Comisario de División del Ejército de Operaciones sobre Tejas*, Matamoros, Mercurio, 1837, p. 3.

<sup>39</sup> Ramón Martínez Caro, *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después de la acción de San Jacinto*, Imprenta de Santiago Pérez, 1837, *passim*.

Garza en 1955.<sup>40</sup> El texto es una crítica muy dura tanto a Vicente Filisola y Santa Anna cuanto a gran parte de los altos mandos del EOT, con la excepción de Urrea. De la Peña incluso fue llamado como testigo al juicio contra Filisola en 1836, y tras su exoneración intercambiaron acusaciones en los periódicos, como el *Mosquito mexicano*. También intentó publicar su diario el mismo año, pero nunca salió a la luz, quizá porque Santa Anna y/o Filisola consiguieron censurarlo. De la Peña fue encarcelado en 1838 tras apoyar el levantamiento de Urrea contra el centralismo en Sonora, y murió en la obscuridad poco después.<sup>41</sup>

Por último, Vicente Filisola en las *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, publicadas en dos tomos en 1849, incorpora dos diarios de miembros del EOT. Uno es el del ayudante de campo de Santa Anna, el coronel Pedro Delgado, que relata los últimos movimientos del contingente al mando del general en jefe antes de la batalla de San Jacinto. En su relación generalmente imparcial señala la desorganización que imperaba en los movimientos de la división y particularmente la ubicación que se eligió para acampar antes de la fatídica emboscada.<sup>42</sup> El otro diario pertenece a un coronel Garay, y versa sobre las operaciones del contingente al mando de Urrea desde Guadalupe hasta su reencuentro con el resto del EOT. Al final del texto, Filisola agrega unas palabras desmintiendo las declaraciones de Urrea en su diario sobre pedir al segundo al mando continuar con la campaña. En lugar de ello, según dice, pidió acampar en una casa de

---

<sup>40</sup> José Enrique de la Peña, *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de 1836 por un oficial de Santa Anna*, México, J. Sánchez Garza, 1955, *passim*.

<sup>41</sup> Jesús Sánchez Garza, introd. a José Enrique de la Peña, *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de 1836 por un oficial de Santa Anna*, México, J. Sánchez Garza, 1955, pp. XV-XXIII; La autenticidad del documento ha sido cuestionada por algunos historiadores texanos porque su testimonio sobre la muerte de Davy Crockett difiere a su versión heroica tradicional en la que luchó hasta el final por su causa. Según de la Peña, Crockett negó formar parte de la rebelión para salvar su vida tras ser atrapado por tropas mexicanas. Pero autores más imparciales como James Crisp aceptan su autenticidad (James E. Crisp, *Sleuthing the Alamo*, Nueva York, Oxford University Press, 2005, pp. 85-95); Además, su autenticidad ya ha sido comprobada con estudios científicos, que comprobaron que tanto el papel y la tinta son de la época y la caligrafía coincide con otras muestras del mismo autor (David B. Gracy II, "Just As I Have Written It": A Study of the Authenticity of the Manuscript of José Enrique de la Peña's Account of the Texas Campaign", *Southwestern Historical Quarterly*, 105 (2001), pp. 254-291.

<sup>42</sup> Vicente Filisola. *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México, 1849, cap. V. En 1839, el gobierno contrató a los impresores Ignacio Cumplido y José Ximeno para que por cinco años se encargaran de todos los impresos de los supremos poderes (María del Carmen Vázquez Mantecón, *La palabra del poder. Vida pública de José María Tornel 1795-1853*, México, UNAM, 2008, p. 128).

madera del otro lado del río porque no quería que se supiera que había dejado a su contingente regado en el camino entre Matagorda y Guadalupe.<sup>43</sup>

El tercer grupo de documentos consiste en los informes y reportes estadísticos de los agentes militares comisionados por el gobierno. El primero es la comisión de don Manuel de Mier y Terán de 1827 con la tarea tanto de “marcar los puntos convenidos en el tratado celebrado en 1819 por Luis de Onys[sic.]” cuanto “dar noticias sobre la física y la historia natural de aquellos países remotos”.<sup>44</sup> El resto de la comisión estuvo compuesta por los tenientes coroneles José Batres y Constantino Tarnava, encargados de observaciones militares y geográfica, José María Sánchez como dibujante. Los acompañaban científicos civiles, el botánico y zoólogo Luis Berlandier y el mineralogista Rafael Chovell, encargados de las observaciones de las ciencias naturales. Los últimos dos escribieron por orden de Mier y Terán el *Diario de viage de la comisión de límites*. El texto describe su camino hasta Texas y todas las vicisitudes del camino, y concluye exponiendo las características del terreno, la fauna y la flora. José María Sánchez, quien era teniente de artillería, también publicó su diario de viaje, en el que detalla las condiciones de los caminos que llegaban hasta el lejano territorio de Texas.<sup>45</sup>

Juan Nepomuceno Almonte fue comisionado, tras la trágica muerte de Mier y Terán, a reportar la situación que continuaba siendo muy alarmante. A la inversa de la primera comisión, el hijo de Morelos llegó por barco desde Veracruz hasta Galveston, y luego tomó el camino por tierra de regreso. Gracias a la transcripción de Celia Gutierréz, se puede consultar fácilmente el informe secreto que entregó al gobierno mexicano en 1834.<sup>46</sup> El documento, además de describir varios aspectos del territorio como la economía, geografía, la población, habla de la situación política entre los colonos y el deplorable estado de las fuerzas de seguridad en la región,

---

<sup>43</sup> Vicente Filisola. *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México, 1849, cap. XIV.

<sup>44</sup> Luis Berlandier y Rafael Chovell, *Diario de viaje de la Comisión de Límites bajo dirección de D. Manuel de Mier y Terán*, México, Juan R. Navarro, 1850, p. 5.

<sup>45</sup> José María Sánchez, *Viaje a Texas en 1828-1829, diario del teniente miembro de la Comisión de Límites*, México, 1939.

<sup>46</sup> Celia Gutiérrez Ibarra (trans.), *Cómo México perdió Texas. Análisis y transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, México, INAH, 1987.

especialmente en la frontera. Además del informe secreto, Almonte publicó una noticia estadística de Texas para mostrar al público las riquezas de la región e incentivar la colonización.<sup>47</sup>

Por último, el cuerpo documental cuenta con muchos folletos y artículos de periódico de la época discutiendo el tema, como *La guerra de Tejas sin máscara* y una contestación titulada *La verdad desnuda sobre la guerra de Tejas*. Estos eran un negocio bastante lucrativo para los impresores y los propagandistas: “los papeles se vendían por las calles y café y tocaban temas candentes. La desfachatez con la que se decían las cosas agradaba al público mexicano, que era el principal factor que explicaba la profusión de escritos satíricos”.<sup>48</sup>

Estos documentos son una fuente muy rica para estudiar la campaña del EOT de la manera propuesta, pero no hay que perder de vista que la mayoría de estos se produjeron con fines eminentemente políticos. Mientras las publicaciones de los jefes principales buscan achacar la responsabilidad de la derrota a ciertos individuos para lavar su imagen pública y proteger sus aspiraciones políticas, las de otros como J. E. de la Peña y J. J. Sánchez Navarro no sólo cuestionan las decisiones de los altos mandos, sino de forma más general el funcionamiento del ejército y sus vicios sistemáticos. Aunque mucho coinciden en los hechos, suele haber discrepancias, como en el estado y número de las fuerzas enemigas y del mismo EOT. Varios temas álgidos generaron mucha controversia. Primero los mencionados manejos presupuestales y los errores e incompetencia en la preparación y planeación de la campaña que complicaron extremadamente el aprovisionamiento del EOT. Segundo, la ejecución de los prisioneros de guerra, a la que se oponían algunos mandos por principio moral y que además se verificó de forma desorganizada e inhumana. Por último, si la apresurada retirada del ejército fue una fuga o era la única alternativa viable, como sostuvo Vicente Filisola.

De parte de los rebeldes hay un rico cuerpo documental de testimonios de combatientes y participantes. A diferencia de los mexicanos, muchos de ellos sabían escribir y dejaron bien documentadas sus experiencias. Gracias a esfuerzos de historiadores texanos como Eugene C. Barker, muchos de estas fuentes se encuentran transcritas y publicadas en libros y artículos académicos. Estos, junto con otros testimonios de agentes de especuladores, son útiles para la

---

<sup>47</sup> Juan Nepomuceno Almonte, *Noticia Estadística sobre Tejas*, México, Ignacio Cumplido, 1835.

<sup>48</sup> C. Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 68.

investigación por sus testimonios e impresiones, por sesgadas que sean, sobre la batalla de San Jacinto y el estado de los soldados mexicanos.<sup>49</sup>

Por último, pero no menos importante, la investigación está apoyada también en el trabajo de archivo pertinente. En el AGN se consultó el fondo del Ministerio de Guerra para conocer la perspectiva del gobierno federal. En AHSDN se consultaron los expedientes en el ramo de operaciones militares sobre los preparativos, noticias y partes de la campaña de Texas. Finalmente, se consultó el archivo estatal de San Luis Potosí, que fungió como centro de operaciones para organizar la expedición.

### *Estructura y capítulos*

El estudio está dividido en tres partes. Los primeros dos capítulos buscan definir las complejas circunstancias políticas, económicas y geográficas, internas y externas, al momento de la respuesta militar a la rebelión texana. El objetivo es mostrar de qué manera el contexto limitaba y definía de forma importante las posibilidades, medios y recursos que se tenían a la mano para conformar un ejército capaz de marchar en armas hasta Texas. De esta forma podremos entender al EOT a partir de su contexto y dimensionar con mayor exactitud el desafío que representaba la rebelión texana.

Para ello, el primer capítulo busca evaluar la situación interna a partir de una conceptualización del poder nacional según Morgenthau. Discute los factores geográficos y demográficos, la preparación militar, el gobierno, por medio de Estos un conjunto de factores políticos, militares y sociales estrechamente entrelazados entre sí. Aquí se discute el ocaso del experimento federalista del 24, los conflictos políticos por el control de las fuerzas armadas y las condiciones del ejército y la situación económica y fiscal por las que atravesaba el país durante todas estas peripecias.

---

<sup>49</sup> Andrew F. Muir (ed.), *Texas in 1837. An Anonymous Contemporary Narrative*, Austin, University of Texas, 1958; James Washington Winters, “An account of the battle of San Jacinto”, *The Quarterly of the Texas State Historical Association*, 6 (1902), pp. 139-144; “The Battle of San Jacinto (Texas)”, Annual Publication of the Historical Society of Southern California, 7 (1907-1908), pp. 194-197; Eugene C. Barker (ed.), “Descriptions of Texas by Stephen F. Austin”, *The Southwestern Historical Quarterly*, 28 (1924), pp. 98-121.

El segundo capítulo atiende la compleja situación geopolítica del territorio disputado. Primero busca analizar el estado de la ocupación del Estado mexicano, retomando la historia de la ocupación y colonización hispana, la representación cartográfica del territorio de Texas. También busca analizar de forma general los asentamientos hispanos en Texas y la política de colonización del Estado mexicano. Después busca explorar la lejanía geográfica retomando el estado y características de los caminos. Por último, busca repasar brevemente el resto de los actores que habitaban el territorio.

El tercer capítulo entra de lleno a la formación y organización del EOT. Discute los planes de campaña de las autoridades y los distintos medios de cuestionable legalidad empleados para financiar al cuerpo con las arcas del estado vacías. Además de préstamos forzados a departamentos estatales y algunos ciudadanos desafortunados, hubo campañas de donaciones, así como tratos detrás del telón con agiotistas. Tras ello, con base en la investigación del archivo estatal de San Luis Potosí se revisarán los medios y condiciones generales de reclutamiento. Después sigue el análisis de la composición de la tropa, que más que un cuerpo uniforme era un mosaico configurado tanto por jerarquías militares cuanto socioeconómicas. Además de los recién reclutados mediante la leva y los altos mandos, al ejército lo acompañaban un grupo diverso de soldados y oficiales veteranos con distintas afiliaciones políticas y orígenes socioeconómicos, soldados presidiales e incluso algunos voluntarios. El ejército también llevaba consigo las llamadas soldaderas, de mujeres y niños, así como cargadores y arrieros contratados para el transporte de provisiones.

Por último, una vez definida la configuración del escenario y los actores, el capítulo concluye primero tratando el armamento del EOT y su interacción con el de los levantados y segundo hablando de la marcha a y por Texas. Al final, analiza los distintos medios y recursos que se emplearon para que el ejército no se disolviera por completo durante su larga y complicada marcha. Además de atravesar los desiertos del norte de México, los contingentes del EOT se encontraron con otros obstáculos naturales en su camino, entre los cuales sobresale la gran cantidad de ríos que debían atravesar, las lluvias frecuentes y temperaturas bajas. Por escasez de recursos y corrupción de algunos mandos, mucha de la tropa e inclusive algunos oficiales sufrieron constantemente por hambre y sed. Sumado a ello estaba el desgaste de la marcha, que cuando era forzada podía durar dos o tres días seguidos sin descanso.



Frente a ello, mucha de la tropa buscaba desertar a la menor oportunidad, provocando un preocupante desangre del ejército. Los oficiales y veteranos no sólo se volvieron indispensables para controlar la deserción y movilizar a los reclutas, sino que incluso tuvieron que arrear ellos mismo los carros de suministros abandonados. En ocasiones dragones (caballería ligera) tuvo que desmontar para ponerse al frente de las cargas por la renuencia e inexperiencia de los elementos bisoños. Tras la exitosa emboscada de los rebeldes contra las agotadas fuerzas de vanguardia del general en jefe, el resto del ejército sufrió aún más tras la retirada mandada por el segundo al mando. Las condiciones para la marcha de regreso empeoraron por la temporada de lluvias, que alimentó el caudal de los ríos y enlodó el terreno. Como resultado se tuvieron que abandonar en el camino tanto las carretas de provisiones y artillería mientras la tropa iba pereciendo frente al hambre, la sed, el cansancio y las enfermedades.

# I

## EL ESTADO MEXICANO

We put ourselves in the position of the statesman who must meet a certain problem of foreign policy under certain circumstances, and we ask ourselves what the rational alternatives are from which a statesman may choose who must meet this problem under these circumstances (presuming always that he acts in a rational manner), and which of these rational alternatives this particular statesman, acting under these circumstances, is likely to choose.<sup>1</sup>

MORGENTHAU, 1963.

Entender el contexto interno en el que se desenlazó la guerra contra los rebeldes en Texas es crucial para observar el problema desde la perspectiva de la campaña militar de los mexicanos. En particular, es importante entender la situación del Estado mexicano y sus fuerzas armadas y cómo se posicionaba frente a la necesidad de conservar el territorio con las armas. El marco teórico clásico de relaciones internacionales de Morgenthau -el de la política del poder- es adecuado para esta tarea. Desde el punto de vista de las autoridades del Estado la guerra de Texas no fue un conflicto interno más, pues amenazaba con cercenar el territorio de la república. Por eso resultan muy útiles los principios del realismo político para analizar la situación. Sin duda sirven de guía para analizar los aspectos que configuran la perspectiva estatal, aunque el verdadero reto es saber entenderlos en su propio contexto.

Con eso en mira hay que definir un par de conceptos esenciales. Primero, es importante entender a la organización política a la que nos referimos como “Estado mexicano”, más tratándose de este periodo caracterizado por el caos político. De acuerdo con la definición clásica de Max Weber, el Estado es aquella organización con el monopolio de la violencia legítima

---

<sup>1</sup> Hans J. Morgenthau, *Politics among Nations*, Nueva York, A. Knopf, 3.<sup>a</sup> ed., 1963, p. 5.

dentro de determinado territorio. Por lo tanto, difícilmente se podría argumentar siquiera la existencia de un Estado en México a inicios de siglo XIX. Aunque existiese en el papel una autoridad central designada nominalmente con el control sobre el territorio que en ese tiempo se presumía como México, en la práctica es bien sabido que ningún gobierno gozó de suficiente legitimidad y fuerza como para monopolizar el uso de la violencia legítima. Muchas regiones estaban dominadas por caudillos militares<sup>2</sup> o élites regionales. Guerrero, por ejemplo, pasó de manos de Vicente Guerrero a las de Juan Álvarez, o Veracruz, donde Santa Anna llegó a ser dueño de un buen trecho del camino entre Xalapa y el puerto, cuya aduana era una importante fuente de ingresos. Estos recursos eran una plataforma para influir en el sistema político mediante pronunciamientos. Además, otros territorios de difícil acceso y poca población estaban casi olvidados por el centro, en especial el inmenso septentrión y los litorales. En estos a su vez había élites locales que dominaban la política, como la familia Sánchez Navarro, dueña de un latifundio enorme en Coahuila y sus alrededores, o el mismo Stephen Austin en Texas.

Con todo, aunque sea difícil reconocer la existencia de un Estado en el territorio mexicano, tampoco se puede aseverar que sólo era la anarquía absoluta. El poder de la autoridad central era tenue, pero a nivel local era otra historia. Como Serrano y Chust concluyen, “[...] la tesis que presenta como muy débil al Estado Mexicano durante la primera mitad del s. XIX hay que ponerla en cierto relativismo con la potencialidad política y armada de los municipios y los estados”.<sup>3</sup> Sí había un Estado, pero con muchos matices desde la perspectiva del Estado nación moderno, que no se consolidaría en México plenamente hasta finales de siglo. Para entenderlo en contexto hay que encontrar una definición que se ajuste mejor al regionalismo del periodo, entendido como “militancia política en favor de una amplia autonomía local”.<sup>4</sup>

Mientras la definición de Weber implica una entidad homogénea con una jerarquía absoluta, Foucault prefiere entender al Estado que surgió en el s. XVIII como medios o técnicas

---

<sup>2</sup> Por caudillos se entiende: líderes militares con grupos de apoyo, patronazgo y sin adhesión a la legalidad (Peter Guardino, *The Dead March, A History of the Mexican American War*, Cambridge, Harvard University Press, 2017, p. 17).

<sup>3</sup> José Antonio Serrano Ortega y Manuel Chust, *¡A las armas! Milicia cívica, revolución liberal y federalismo en México (1812-1846)*, Madrid, Marcial Pons, 2018, p. 20 (en adelante, *Milicia cívica, revolución liberal y federalismo en México*).

<sup>4</sup> Luis Medina Peña, *Los bárbaros del Norte. Guardia Nacional y política en Nuevo León, siglo XIX*, México, FCE/CIDE, 2014, p. 37.

de gobierno.<sup>5</sup> En lugar de ser un ente o cosa, es una colección heterogénea de instituciones y “técnicas de poder” cuyo objetivo es la población y su mecanismo principal son los aparatos de seguridad.<sup>6</sup> No puede entenderse al Estado mexicano de la primera mitad del s. XIX si se prescribe la existencia de una autoridad directora con un efecto homogéneo sobre todo el territorio. Mientras el ejecutivo y demás poderes federales difícilmente lograban ejercer su dominio político en todos los rincones del territorio, los gobiernos estatales y municipales gozaban de un grado importante de control político sobre sus poblaciones. Era un Estado que carecía de una fuerza centripeta coordinadora, pero que sin duda contaba ya con una serie de instituciones y autoridades con efectos significativos sobre el gobierno. Sus componentes solían contraponerse y disputarse la jurisdicción y legitimidad política, y sus respectivas medidas de gobierno podían contrariarse y sobreponerse tanto a nivel nacional cuanto estatal. Aunque la entendiesen y buscasen definir de formas diferentes, muy pocos cuestionaban su soberanía y existencia nominal. Como señala Fowler, el caos político que aparentan la multitud de pronunciamientos de la época era en el fondo la forma en que el sistema político procesaba las disputas internas. En otras palabras, eran los mecanismos de negociación y presión política que cumplían con las funciones atribuidas nominalmente a las leyes y elecciones formales.<sup>7</sup> Eran contrapesos a la autoridad central que no atacaban a la soberanía del Estado (como sí lo hizo el caso especial de la rebelión texana), sino la legitimidad de sus autoridades y sus programas de gobierno. No se debatía la existencia del Estado mexicano independiente, sino la forma ideal de su organización y quién tenía derecho para liderarlo.

Esta definición se acopla muy bien con la noción historiográfica de la “estabilidad invisible”, formulada así por Tenenbaum y compartida por otros historiadores de la época como Costeloe. Este concepto se ha utilizado para comprender la capacidad de movilización y

---

<sup>5</sup> “[...] the state can only be understood in its survival and its limits on the basis of the general tactics of governmentality” (Foucault, Michel, “Governmentality”, en Graham Burchell et al (ed.), *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, Chicago, University Press, 1991, p. 103).

<sup>6</sup> Es “el ensamblaje formado por instituciones, procedimientos, análisis y reflexiones, cálculos y tácticas que permiten la práctica de esta específica pero compleja forma de poder, que tiene como objetivo a la población, cuya principal forma de conocimiento es la economía política, y los aparatos de seguridad como sus medios técnicos principales” (*Ibid.*, p. 102, la traducción es mía).

<sup>7</sup> Will Fowler, *Independent Mexico. The pronunciamiento in the Age of Santa Anna, 1821-1854*, Nebraska, University Press, 2016, pp. 246-256.

supervivencia estatal a pesar de la insipidez de las instituciones formales, de la autoridad central y las constantes crisis políticas, económicas y fiscales. La “estabilidad invisible” sostiene que a pesar de la escasa legitimidad y solidez institucional, el Estado Mexicano logró subsistir por medio de un conjunto diverso de recursos y prácticas informales o extraoficiales (o un conjunto de técnicas de gobierno y control poblacional en términos de Foucault).<sup>8</sup> Esta noción es crucial para entender la capacidad de movilización militar que ocupa a este trabajo.

Otro concepto esencial ya mencionado es, naturalmente, poder. Estos recursos de gobierno son al final de cuentas formas de ejercer poder sobre determinada población. Cuando hablamos de poder, específicamente político, parafraseando a Morgenthau, nos referimos a las relaciones de control entre las autoridades públicas y entre ellas y el grueso de la población. De acuerdo con la forma en que propongo concebir al Estado mexicano, las relaciones de poder entre sus componentes se caracterizaron por su dispersión regional, multiplicidad y divergencia entre lo que suscribía nominalmente y hacía en la práctica. A su vez, la relación política entre este diverso abanico de autoridades -algunas de ellas actuando de forma contrapuesta como en cualquier sistema político- y el grueso de la población se caracteriza por la recurrencia de técnicas de control informales o extraoficiales; o que, en otras palabras, no se encontraban normadas y regularizadas en leyes ni reglamentos, sino que fueron gradualmente improvisadas por necesidad a partir de la práctica. Así, en lugar de seguir los mecanismos constitucionales para cuestionar y cambiar la agenda del gobierno, como las elecciones y el proceso legislativo, se llevaban a cabo pronunciamientos para forzar la negociación política.

Con la definición de estos conceptos podemos continuar con el objeto de este capítulo:<sup>9</sup> entender las circunstancias en México al momento de la emergencia por la secesión texana. Sólo

---

<sup>8</sup> Barbara A. Tenenbaum, *México en la época de los agiotistas, 1821-1857*, México, FCE, 1985, pp. 65-79 *apud* Josefina Z. Vázquez, *Dos décadas de desilusiones. En busca de una fórmula adecuada de gobierno (1832-1854)*, México, COLMEX/Instituto Mora, 2009, pp. 11-16 (en adelante, *Dos décadas de desilusiones, 1832-1854*); Michael P. Costeloe, *The central republic in Mexico, 1835-1846 hombres de bien in the age of Santa Anna*, Cambridge, University Press, 1993, pp. 22 *apud* Claudia Ceja Andrade, *La fragilidad de las armas. Conflicto y vida social entre los militares de la Ciudad de México, 1821-1860*, tesis, México, COLMEX, 2013, p. 16; Will Fowler, *Independent Mexico. The Pronunciamiento in the Age of Santa Anna, 1821-1858*, Nebraska, University Press, 2016, *passim*.

<sup>9</sup> “the kind of interest determining political action in a particular period of history depends upon the political and cultural context within which foreign policy is formulated [...] the same observations apply

así podemos imaginar los intereses y cartas a la mano de los mexicanos frente a la complicada situación de 1835-36. Para ello propongo evaluar la situación del caso desde dos perspectivas. Primero hay que valorar las circunstancias internas, para lo que adaptaré los elementos del poder nacional propuestos por Morgenthau a las características específicas del caso. Segundo, hay que evaluar cómo se encontraba parado el Estado con relación al conflicto por el territorio texano, lo que se retomará en el segundo capítulo.

### *Las circunstancias internas*

Podemos partir de los elementos detrás del poder nacional según Morgenthau, con su debido matiz, para evaluar las circunstancias del régimen mexicano al momento de la rebelión texana. Hay que saber entenderlos bajo el contexto que nos ocupa e incorporar otras nociones historiográficas para que no resulten anacrónicos. Para ello los discutiremos brevemente antes de entrar de lleno.

Primero tomaré en cuenta la situación geográfica, influencia sistemática y de largo plazo para la configuración de cualquier Estado. En el caso mexicano es evidente su importancia por las características topográficas tan imponentes y particulares del país. Como escribió Humboldt: “A penas hay un punto en el globo, en donde las montañas presenten una construcción tan extraordinaria como las de Nueva España”.<sup>10</sup> El siguiente elemento, también estable, son los recursos naturales, especialmente la seguridad alimentaria de la población y las materias primas esenciales para la tecnología de guerra de la época. En nuestro caso este factor debe matizarse por tratarse todavía de un periodo preindustrial en México. Por lo mismo, el tercer elemento de Morgenthau, la capacidad industrial, tampoco es relevante. Pero alternativamente resulta importante los recursos agrícolas y la infraestructura de comunicaciones y transporte que, además de relacionarse con las actividades económicas, son esenciales para la guerra. El estado de los caminos y de la marina son especialmente importantes. Gran Bretaña, la potencia mundial de la época, derivaba su poder en gran medida de su capacidad naval. Las características

---

to the concept of power. Its content and the manner of its use are determined by the political and cultural environment” (Morgenthau, *op. cit.*, p. 9).

<sup>10</sup> Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, trad. V. Gonzalez Arnao, París, J. Smith, 1822 (fac.), t. 1, libro I, cap. III, p. 53-

geográficas, los recursos naturales disponibles y la infraestructura de comunicación y transporte están estrechamente interconectadas entre sí. Por ello los tomaré en cuenta de forma conjunta en el mismo subapartado.

Después está la preparación militar. Para evaluarla no basta con señalar la cantidad y calidad de las fuerzas armadas y su tecnología militar. Morgenthau también toma en cuenta la capacidad del liderazgo militar. Este elemento es particularmente difícil de evaluar objetivamente en el contexto particular del caso sin entender las circunstancias de las fuerzas armadas de la época. Como se tratará abajo, estaban compuestas por un conjunto diverso de cuerpos que a su vez se encontraban inmersos en las dinámicas y conflictos políticos de la época. También es necesario compararlo con sus competidores en la política internacional porque el poder es un concepto relativo. Para ello opté comparar la tecnología, cantidad y calidad del Ejército mexicano con el de las principales potencias europeas del momento y Estados Unidos.

El siguiente factor es la población. Además de la cantidad de habitantes es importante revisar su distribución, densidad y demás tendencias, como tasa de crecimiento, migraciones internas y su mortalidad. Lamentablemente sólo se pueden ofrecer generalizaciones y aproximaciones porque no existe la estadística necesaria. Y debido a que la distribución de la población en México está tan relacionada con su geografía, lo más sensato fue tratarlas en la misma sección. Al igual que la preparación militar, necesita una comparación con otros Estados, como el vecino del norte en plena expansión demográfica y territorial.

Para culminar, están los elementos que miden el desempeño, capacidad y calidad de gobierno. En particular, se refieren a su estabilidad política, legitimidad y apoyo popular. En otras palabras, es la cantidad de capital político y legitimidad que el gobierno es capaz de reunir, y su eficiencia y efectividad para desplegarlo y operarlo. Un buen gobierno logra el “balance entre los recursos materiales y humanos que forman al poder nacional y el diseño de la política exterior; balance entre estos recursos; y apoyo popular a la política exterior propuesta”.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup>Antes de los elementos que giran en torno a la legitimidad y desempeño gubernamental, Morgenthau toma en cuenta lo que define como “carácter nacional” y “moral nacional”. El primero se refiere a las cualidades distintivas de cada nación. Por ejemplo: la resistencia a condiciones adversas del pueblo ruso. El segundo es el grado de determinación con que una nación apoya las políticas de su gobierno en paz o guerra (Morgenthau, *op. cit.*, pp. 126-133 y 143, la traducción es mía). He decidido omitir estas características por varias razones. Primero, considero prácticamente imposible definir objetivamente un carácter nacional para toda la población de un Estado, más aún si se trata de México y sus diversidad étnica y cultural. Se corre el riesgo de caer en estereotipos y generalizaciones absurdas. Segundo, aún se

*Territorio y población en México: geografía, recursos y tecnologías de comunicación y transporte*

La importancia del papel de la geografía en las sociedades y organizaciones políticas es un tema fértil que ha sido objeto de debate. Para algunos de los historiadores modernos más influyentes es crucial, como en la clásica historia del Mediterráneo de Fernand Braudel. Otros como Morgenthau reconocen su importancia, pero abogan por evitar el determinismo.<sup>12</sup> No cabe duda para el caso es clave, como reconoció el barón Humboldt. Para el influyente científico y explorador, la fuerza política de los estados no sólo depende del tamaño de su territorio y población, sino de las características físicas del primero:

La fisionomía de un país, el modo con que están agrupadas las montañas, la extensión de las llanuras, la elevación que determina su temperatura, en todo lo que constituye la estructura del globo, tiene las relaciones más esenciales con los progresos de la población y el bienestar de los habitantes. Esa estructura es la que influye en el estado de la agricultura que varía según diferencias de los climas, la facilidad del comercio interior, en las comunicaciones más o menos favorecidas por la naturaleza del terreno, y por fin en la *defensa militar* que depende la seguridad exterior de la colonia.<sup>13</sup>

Aunque Humboldt considera imposible entender a la Nueva España sin su configuración geográfica, no lo considera como el único factor ni el más importante. Para él son las “instituciones sociales”, como el sistema de castas, la esclavitud o la servidumbre.<sup>14</sup> Hay que encontrar un balance entre la influencia de la configuración del espacio y el resto de los factores sociales y humanos. Con ese fin, tomaré prestados varios conceptos desarrollados por James

---

trata de un periodo en dónde el nacionalismo estaba en pañales en la cultura política mexicana, que como ya se ha dicho, se caracteriza por su regionalismo. En cuanto a la “moral nacional” considero que la cuestión de la legitimidad y la estabilidad política ya está tomada en cuenta en la variable de la capacidad de gobierno.

<sup>12</sup> Véase “la falacia del factor único” en Morgenthau, *op. cit.*, p. 158 s..

<sup>13</sup> Humboldt, *op. cit.*, t. 1, libro I, cap. III, p. 58 (las cursivas son mías).

<sup>14</sup> Estas contrastan con las instituciones liberales y la libertad individual en el *Ensayo político*, t. 1, libro II, cap. VI.



Scott en su obra clásica sobre las comunidades anárquicas del sudeste asiático para delimitar el alcance de la influencia estatal.<sup>15</sup>

El Estado mexicano aún se caracteriza por los límites significativos a su cobertura por las dificultades del terreno. Para Scott, hay un impulso inherente al Estado por integrar y monetizar a la mayor cantidad de personas, tierras y recursos de sus periferias. Esta suerte de “colonialismo interno” puede traducirse en términos de Foucault como la propagación de las técnicas de economía política a todos los rincones posibles del espacio que el Estado se adjudica nominalmente. Este empuje se puede observar claramente en el régimen colonial de la Nueva España, y su progresiva explotación de los habitantes y recursos por medio de la agricultura y la minería. Para ello fue necesario un esfuerzo constante por sujetar a los habitantes en encomiendas, luego repartimientos y después haciendas, donde eran susceptibles de ser tributarios. Pero a pesar de que el Estado pudo expandir su control considerablemente, los terrenos difíciles aún representaban un obstáculo infranqueable para su autoridad. La revolución industrial permitió la conquista de terrenos antes indómitos, pero aún no llegaba a México. En cambio Estados Unidos ya iniciaba el proceso. En el caso de la colonización de Texas, los barcos de vapor fueron cruciales para el transporte de los colonos de los estados del sur, particularmente de Nueva Orleans a Galveston. Mediante la navegación fluvial se podía llegar con facilidad y rapidez al interior de Texas, lleno de tierras fértiles, y comercializar sus productos, en especial el algodón que tanta demanda tenía en Gran Bretaña. Esto se tratará a fondo más adelante.

Scott retoma principios básicos reconocidos primero por Ibn Jaldún y luego Braudel para delimitar el espacio real de influencia estatal: “for the premodern world, water, especially if it is calm, joins people, whereas mountains, especially if they are high and rugged, divide people”.<sup>16</sup> Los estados prosperan y se expanden en los valles fértiles y los cuerpos acuáticos navegables, pero frenan frente a terrenos montañosos, desérticos o de climas desfavorables. Podemos delimitar el espacio de apropiación estatal imaginando que vertimos agua en el espacio topográfico, como propone Scott. Los lugares dónde terminaría concentrándose tras derramarse sobre el terreno y asentarse serían las planicies y los valles irrigables. Estas zonas pueden

---

<sup>15</sup> James C. Scott, *The Art of Not Being Governed: An Anarchist History of upland Southeast Asia*, New Haven, Yale University Press, 2009.

<sup>16</sup> James C. Scott, *op. cit.*, p. 16.

considerarse como el espacio apto para el dominio estatal.<sup>17</sup> Si hacemos este ejercicio mental en el territorio mexicano, podemos imaginar el agua concentrándose en lo que es el altiplano central, que se forma entre dos enormes cadenas montañosas.

La imagen mental que resulta de este ejercicio coincide con la descripción y análisis de la geografía y población de la Nueva España de Humboldt. En el tercer capítulo del primer libro del *Ensayo político de la Nueva España*, da cuenta de su particular configuración geográfica y su estrecha relación con las actividades económicas y comerciales, tendencias demográficas y con la comunicación y transporte. Entre las dos cordilleras que envuelven el territorio se forma una llanura inmensa de superficie considerablemente uniforme y elevación regular. Esta enorme meseta, escribe Humboldt, parece descender visiblemente hacia Nuevo México y el río Colorado. La llanura interior tiene una elevación de 1000 a 2500 metros sobre el nivel del mar y es la región más habitada del país. Es un espacio estatal ideal por la fertilidad de sus valles y su planicie.<sup>18</sup>

El barón quedó fascinado con la topografía y la biodiversidad “en un país montañoso y extenso como el reino de México, debe ser inmensa la variedad de producciones indígenas, y que apenas hay en todo el resto del globo una planta que no pueda cultivarse en alguna parte de la Nueva España”. Pero aquella característica también implicaba grandes dificultades para el transporte, especialmente de costa a costa. Entre el reino interior y los litorales la naturaleza presenta obstáculos formidables. Aunado a ello, los únicos puertos que había en ese tiempo, Veracruz y Acapulco, no estaban en la parte dónde las costas del golfo y el pacífico están más cerca.<sup>19</sup> Del interior a Acapulco “no se hace sino subir y bajar, y se pasa a cada instante de un clima frío a regiones sumamente calientes.” Pero como el descenso de sus faldas no es tan abrupto es más fácil cruzarlo que el de Veracruz, que desciende precipitadamente desde Perote hasta Xalapa. Este tramo encarece significativamente la conducción de alimentos y demás géneros entre el interior y Veracruz, en perjuicio del comercio. Por eso era clave la construcción

---

<sup>17</sup> James C. Scott, *op. cit.*, pp. 54-59.

<sup>18</sup> Humboldt, *op. cit.*, t. 1, libro I, cap. III, pp. 53-61.

<sup>19</sup> Humboldt, *op. cit.*, t. 2, libro I, cap. III, p. 214. Ya desde entonces Humboldt discutía la apertura de una ruta comercial, explorando la posibilidad en el Istmo de Tehuantepec o en la región de Colombia que hoy es Panamá, entre otras opciones (*Ibid.*, t. 1, libro I, cap. II).

de un buen camino en este tramo, donde en lugar de mulas se podrían utilizar carros que llevarían las mercancías más rápido.<sup>20</sup>

No sorprende entonces lo deshabitado de las costas en comparación al interior, lo que también complicaba el contacto con el exterior. Esta situación de relativo aislamiento de los nodos centrales del Estado no es menor. Humboldt y Guardino coinciden en que mucha de la desigualdad económica y contraste en la estabilidad de las instituciones políticas entre México y Estados Unidos pueden explicarse en buena medida por el factor geográfico. Mientras México está dividido por las montañas y tiene la mayor parte de su tierra cultivable al interior, Estados Unidos cuenta con ríos navegables que conectan el interior con la costa (principalmente el Misisipi). Además, la costa norteamericana contaba con muchas tierras cultivables y estaba sustancialmente poblada.<sup>21</sup> Cabe decir que la cuestión no se reduce al factor topográfico. Durante toda la Colonia sólo se permitió la entrada legal de bienes y personas por un punto en cada litoral para que fuese viable el monopolio comercial: Veracruz y Acapulco. El clima también complicaba su poblamiento por lo enfermizo que resultaba, especialmente a los europeos. El puerto de Veracruz, por ejemplo, tenía un índice de mortalidad enorme por la fiebre amarilla. A pesar de ser una ciudad muy importante, su población fija era casi únicamente de mulatos y libertos que prestaban servicios en la ciudad y esclavos negros que descargaban las mercancías de los barcos en San Juan de Ulúa.

Lamentablemente no se conocen con exactitud las tendencias de la población del periodo, pero Romero y Jáuregui se dieron a la tarea de reunir las mejores estimaciones. Los censos estaban limitados por el terror al servicio militar y a las contribuciones. Las familias se ocultaban conscientemente, en especial los varones, y la población indígena era muy fluida, porque se movía según las estaciones y los trabajos del campo. Además, siempre que había noticia de reclutamiento para el ejército familias enteras escapaban a las sierras.<sup>22</sup> Pero se puede

---

<sup>20</sup> Humboldt, *op. cit.*, t. 1, libro I, cap. III, pp. 63 s.; Ángel Bassols Batalla, “Bosquejo histórico-geográfico del desarrollo de la red de caminos de México”, *Investigación Económica*, 19 (1959), p. 652; Sergio Ortiz Hernán, “Caminos y transportes mexicanos al comenzar el siglo XIX”, *Comercio exterior*, 23 (1973), p. 1257.

<sup>21</sup> Humboldt, *op. cit.*, t. 1, libro II, cap. IV, pp. 112-117; P. Guardino, *op. cit.*, pp. 6-16.

<sup>22</sup> Manuel Payno, “Artículo sobre la población de la república”, en *Panorama de México. Obras completas V*, México, Conaculta, 1999, p. 172, cit. por María Eugenia Romero Sotelo y Luis Jáuregui, “México 1821-1867. Población y crecimiento económico”, *Iberoamericana*, 2003, núm. 12, pp. 34 s.

decir con certeza que la Independencia provocó estancamiento demográfico de un par de décadas. De acuerdo con Josefina Vázquez murieron 600 mil combatientes, alrededor del 10% de la población y la mitad de la fuerza de trabajo. Además, el cataclismo desplazó mano de obra minera y agraria a las ciudades, especialmente en regiones donde abundaron las guerrillas.<sup>23</sup> Hubo un éxodo desde algunas ciudades mineras y pequeñas poblaciones rurales hacía ciudades grandes, como Guadalajara, Durango, Querétaro y San Luis Potosí. La siguiente década tampoco fue amable, pues en 1833 inició una epidemia de cólera que acabó con otro 10% de la población.<sup>24</sup> Además, hay que tomar en cuenta el efecto negativo que tuvo la inestabilidad política y económica. McCaa calcula 2 millones y medio de muertes desde la insurgencia hasta 1870 en guerras civiles.<sup>25</sup>

**Tabla I.1** *Estimaciones de la población total de México a inicios del s. XIX*

Estimación	Población total
<b>Censo de 1793, por el virrey Revillagigedo</b>	<b>5, 200, 000</b>
<b>Población en 1803 según Humboldt</b>	<b>5, 837, 100</b>
<b>Estado de la población del reino de la Nueva España en 1810, por Fernando Navarro y Noriega</b>	<b>6, 122, 345</b>
<b>Notas sobre México, de Joel R. Poisset, 1824</b>	<b>6, 500, 000</b>
<b>México en 1827, de Henry G. Ward, 1827</b>	<b>8, 000, 000</b>
<b>Burkhardt, 1830</b>	<b>7, 996, 000</b>
<b>Censo de 1838, por José Gómez de la Cortina</b>	<b>7, 044, 140</b>
<b>Censo de 1848, por el gobierno de la República</b>	<b>7, 015, 509</b>

Fuente: María Eugenia Romero Sotelo y Luis Jáuregui, “México 1821-1867. Población y crecimiento económico”, *Iberoamericana*, 2003, núm. 12, p. 33.

<sup>23</sup> Josefina Z. Vázquez y José Antonio Serrano Ortega, “El nuevo orden, 1821-1848”, en Erik Velásquez *et al.*, *Nueva historia general de México*, México, COLMEX, 2010, pp. 397-442 *apud* M. E. Romero Sotelo y Luis Jáuregui, art. cit., p. 32.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 35. Esta epidemia también provocó estragos en Texas y la Luisiana (véase cap. II).

<sup>25</sup> Robert Mc Caa, “El poblamiento del México decimonónico: escrutinio crítico de un siglo censurado”, en *El poblamiento de México. Una visión histórico demográfica. México en el siglo XIX*, México, SEGOB/CNP, t. 2, p. 95, cit. por M. E. Romero Sotelo y Luis Jáuregui, art. cit., p. 37.

En cuanto a la distribución, la población de las fronteras y los litorales tendió a la baja y en el centro al alta. Como se tratará en el segundo capítulo, las incursiones comanches al norte de México se agudizaron en este periodo y provocaron el abandono de muchas rancherías en Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Texas. A pesar de los constantes proyectos y esfuerzos de colonización, los litorales y el norte continuaron deshabitados hasta la segunda mitad del s. XIX. En todo el país la densidad de población era apenas de tres personas por kilómetro cuadrado. Y a pesar del fin del sistema de castas, la sociedad, como hoy, estaba muy segmentada. El factor étnico reflejaba el estatus y ocupación social. Los indígenas solían ocupar las tierras de peor calidad, mientras los mestizos, mulatos y zambos estaban diseminados por el territorio como jornaleros, artesanos, obreros o mendigos en las ciudades. Muchos de ellos pasaron de dedicarse a actividades mineras o agrarias a servicios o comercio informal en las ciudades, donde comenzaron a abundar tiendas, pequeños comercios y vendedores ambulantes. Esta población sobrevivió, tras ser desplazada por la violencia de las guerras independentistas, mediante el comercio informal y los servicios no calificados. Allí fue estigmatizada legal y socialmente bajo la categoría de “vagos y malvivientes” por las élites urbanas, que los veían como invasores.<sup>26</sup> Como veremos abajo, este conjunto de habitantes se volvió el objetivo preferido de las comisiones de leva, el servicio carretero y la condena a presidio.<sup>27</sup>

Romero y Jáuregui concluyeron que el estancamiento económico en México de finales del s. XVIII a la séptima década del XIX se debió a la densidad demográfica. Si se coteja el crecimiento demográfico con Europa y Estados Unidos, podemos apreciar la verdadera debacle que sufrió la población en México. En 1800 Europa tenía 187 millones de habitantes, que aumentaron a 265 millones para 1850, por lo que creció aproximadamente 40%. En México apenas creció entre la década de los veinte y 1870 a un ritmo entre 2.3% y 2.4% aproximadamente, que equivale a 47 mil habitantes por año.<sup>28</sup> Si en 1824 había alrededor de seis millones de mexicanos, veinte años después apenas había un millón más. Comparado con el crecimiento Estados Unidos también sobresale por pequeño. A inicios de la década de los veinte el vecino del norte contaba con alrededor de 9 millones de habitantes, que en 1840 eran 17

---

<sup>26</sup> M. E. Romero Sotelo y Luis Jáuregui, art. cit., pp. 42 ss.

<sup>27</sup> Véase el capítulo II.

<sup>28</sup> M. E. Romero Sotelo y Luis Jáuregui, art. cit., pp. 25 s.

millones de habitantes, un aumento de casi el doble.<sup>29</sup> Una vez más, Humboldt dio en el clavo cuando escribió que “en una y otra parte se conoce el inconveniente de una población distribuida con demasiada desigualdad. La de Estados Unidos, aunque en un suelo y en un clima menos favorecido por la naturaleza, crece con infinita mayor rapidez”.<sup>30</sup>

Es evidente la interconectividad entre las características geográficas, el transporte, el comercio y el control político. Como señala Humboldt la configuración geográfica tan particular de México es una fuente de gran riqueza pero también de gran dificultad, en particular de transporte y comunicación. Los caminos de México a Veracruz junto al Camino Real de Tierra Adentro, que recorría de sur a norte la meseta central, fueron cruciales para el desarrollo y poder colonial en el s. XVI. En la segunda parte del s. XVII se comenzaron a deteriorar, lo que no se atendió hasta la segunda mitad del XVIII. Aunque hubo algunos esfuerzos importantes, como el intento del Conde Revillagigedo por arreglar el camino a Veracruz, el recorrido tomaba veintidós días con buen clima y hasta treinta y cinco con malo.<sup>31</sup>

Las obras se atrasaron constantemente por falta de recursos, especialmente mano de obra. Las haciendas la requerían para sus actividades, lo que creaba conflictos con los comerciantes y arrieros que la solicitaban para el servicio carretero. Además, las comunidades indígenas estaban alejadas de los caminos principales y repudiaban el servicio de carreteras en el que eran sometidos a abusos.<sup>32</sup> Es muy probable que evitaran activamente la construcción de caminos cercanos que podrían atraer forasteros y facilitar la captación estatal.<sup>33</sup> Siempre había

---

<sup>29</sup> M. E. Romero Sotelo y Luis Jáuregui, art. cit., pp. 25 s; Brantz Mayer, *México lo que fue y lo que es*, México, FCE, 1953, p. 390, cit. por *ibid.*, p. 34.

<sup>30</sup> Humboldt, *op. cit.*, t. 1, libro I, cap. I, p. 14.

<sup>31</sup> También siguiendo las recomendaciones de Humboldt, el virrey Branciforte comenzó la construcción del camino carretero México-Puebla-Orizaba-Veracruz en 1796. Para resguardar el camino se construyó una fortaleza en el punto estratégico de Perote, para defender la colonia de las potencias europeas. Era una arteria vital para el sistema económico y político, por lo que tenía una gran importancia estratégica, militar y social (Sergio Florescano Mayet, *El camino México-Veracruz en la época colonial*, México, Universidad Veracruzana, 1987, pp. 27-30).

<sup>32</sup> S. Florescano Mayet, *op. cit.*, pp. 69-79; S. Ortiz Hernán, art. cit., p. 1246.

<sup>33</sup> Una táctica común de comunidades autóctonas o no estatales es evadir la construcción de camino que faciliten la expansión estatal. Cuando apenas comenzaba la construcción de camino en el s. XVI, las autoridades coloniales debieron enfrentar muchas protestas de indígenas porque no se construyeran cerca de sus comunidades, ya que era “perjudicial y dañoso, y trabajoso”. Además de los caminos, sobre ellos

escasez de mano de obra, que debía procurarse con medios coercitivos, muy similares a los de la leva. A finales del s. XVIII, además de concesionar ventas en el camino, se comenzó la condena de “vagos” y criminales de delitos leves a servicio carretero, cuyo destino alterno eran los presidios del norte. Para financiar las reparaciones sin sobrecargar al erario se instalaron peajes que fueron concesionados a corporaciones y particulares. Lamentablemente la insurgencia destruyó buena parte de los caminos. Esto terminó beneficiando a quienes consiguieron concesiones porque el gobierno independiente cedió con el tiempo el control de los peajes y aduanas para saldar sus adeudos.

Si el camino más importante (México-Veracruz) tenía problemas, los del resto del país estaban en condiciones lamentables. Había aproximadamente 55 rutas carreteras y 105 de herradura en el país a inicios del s. XIX. En total recorrían una longitud de 27,325 km. Sólo 7,605 km de la red admitía carros. En consecuencia, predominaban las mulas y los caballos, y por lo mismo los arrieros eran los “señores del camino”. El Camino Real de Tierra Adentro (CRTA) era el más grande y “de primaria importancia para la economía del país. Directa o indirectamente, por medio de ramales y rutas alimentadoras, servía a la mayor parte de los distritos mineros, a las zonas trigueras del centro y occidente, a las regiones ganaderas del norte y a todas las ciudades en donde había actividades manufactureras de consideración”.<sup>34</sup>

Como fue el caso con las finanzas públicas, la economía y la demografía, la Independencia fue un cataclismo para los caminos, ya de por sí desgastados. El CRTA se dañó tanto que ciudades tan importantes como Guanajuato, San Luis Potosí y Zacatecas quedaron más aisladas. La situación en las provincias septentrionales era peor por su lejanía y el azote de incursiones comanches cada vez más frecuentes. La destrucción de caminos y la crisis monetaria desincentivaron el comercio interior y ampliaron la economía natural. En 1823 Lucas Alamán lamentaba que los recursos de los peajes no se invertían en los caminos, cuyo estado era una

---

recaía construir las ventas y mesones, así como mantenerlos abastecidos (S. Florescano Mayet, *op. cit.*, pp. 53).

<sup>34</sup> S. Ortiz Hernán, art. cit., pp. 1247-1251.

traba enorme para la recuperación de las actividades productivas como la minería y la colonización del norte.<sup>35</sup>

Los recursos principales del país eran, según Humboldt, la fertilidad de sus suelos y las minas. Pero como se puede inferir de la condición de los caminos, y como el barón apuntó, su progreso estaba limitado por lo costoso y complicado que resultaba el transporte preindustrial en el terreno complicado de México: “las conducciones a los puertos por medio de recuas salen muy caras, y nuestros frutos se alejan cada día de los mercados extranjeros”.<sup>36</sup> La minería no recuperó el vigor de la época colonial. En 1835 el principal recurso económico era la agricultura, subexplotada de acuerdo con el barón.<sup>37</sup> Se limitaba a la producción local. El maíz se podía cultivar en todas las regiones del país y era por supuesto el cultivo más importante y principal alimento de la población. Pero como los excedentes de este género y otros importantes como el azúcar, el cacao y tabaco no se comerciaban con el exterior, su valor era reducido. Por lo mismo no había incentivo para producción comercial. Esto persistió aún sin el monopolio colonial por los efectos nocivos, según Miguel María de Azcarate, encargado de las rentas de la capital entre 1833 y 1838, de la misma lucha que lo terminó: las guerras, epidemias, bloqueos navales, fuga de capitales, inseguridad y mal estado de los caminos. Como ya se mencionó, las guerras y la inseguridad desplazaron a mucha población que antes labraba los campos a las grandes ciudades. Además, la movilización militar tenía el mismo efecto que una plaga de langostas. Como se verá más abajo, los ejércitos sobrevivían forrajeando los cultivos, trojes y conducciones de alimentos sin compensación alguna. La leva a su vez reducía la mano de obra agrícola capturando a los labradores o provocando que escaparan a los montes.<sup>38</sup> Un ejército en campaña imponía un

---

<sup>35</sup> Jesús Hernández Jaimes, *La formación de la Hacienda pública Mexicana y las tensiones centro-periferia, 1821-1835*, México, CEH/Instituto Mora/UNAM, 2013, p. 14; S. Ortiz Hernán, art. cit., p. 1251; S. Florescano Mayet, *op. cit.*, pp. 83-94.

<sup>36</sup> Miguel María de Azcarate, *Noticias estadísticas sobre los efectos de consumo en esta capital en el quinquenio de 1834 a 1838*, México, Águila, 1839, p. 43.

<sup>37</sup> En su opinión México podría enriquecerse mediante su agricultura y minería cuando lograra modernizar sus técnicas de cultivo y mejorar la infraestructura de transporte para el comercio exterior: “Los que han reflexionado seriamente sobre las riquezas de suelo mexicano, saben que la porción de terreno ya desmontado podría producir lo suficiente para la subsistencia de una población ocho o diez veces mayor, solamente con un poco más de esmero en el cultivo, y sin suponer un trabajo extraordinario para regar los campos” (Humboldt, *op. cit.*, t. 2, libro IV, cap. VIII, p. 288).

<sup>38</sup> Miguel María de Azcarate, *op. cit.*, pp. 2-18. Tuvo un efecto devastador sobre hacienda, que cayó en manos del agiotismo y la corrupción. Véase la sección de sociedad y gobierno.



costo significativo al campo en donde realizaba sus operaciones. También limitaba el tiempo que podía operar sin agotar los alimentos para sí mismo y la población circundante. Por ello el despoblamiento representaba un gran desafío para el sostén del ejército, como fue para el caso de la expedición a Texas. Por si esto no fuera poco, los principales poblados en el camino al noreste habían sufrido escases de granos y lluvias. En Saltillo se reportó en 1834 y 35, lo mismo que en San Luis Potosí;<sup>39</sup> ambos fueron centro de operaciones del EOT.

**Tabla I.2** Longitud de los ramales del CRTA a las Provincias Internas de Oriente

Recorridos	Longitud (km)
<b>Querétaro-Laredo</b>	<b>1,052</b>
<b>Querétaro-San Luis Potosí</b>	<b>240</b>
<b>San Luis Potosí-Monterrey</b>	<b>548</b>
<b>Monterrey-Laredo</b>	<b>264</b>
<b>Monterrey-Matamoros</b>	<b>336</b>
<b>Ciudad Victoria-Monterrey</b>	<b>376</b>

Fuente de las cifras: Sergio Ortiz Hernán, “Camino y transportes mexicanos al comenzar el siglo XIX”, *Comercio exterior*, 23 (1973), p. 1248.

Texas formaba parte de lo que se conocía administrativamente como la capitánía general de Provincias Internas desde 1776, a cargo de comandantes militares. Estaban divididas a su vez entre las de occidente y oriente. Coahuila y Texas, Tamaulipas y Nuevo León estaban a cargo del comandante general de las Provincias Internas de Oriente. Para llegar a la región desde el interior se tomaba una ramificación del CRTA desde San Luis Potosí, construida en el s. XVIII. El camino seguía por el lado interior de la Sierra Madre Oriental hasta el valle de Saltillo. Este recorrido por la altiplanicie era una ruta conocida y la parte de más calidad, aunque tenía varios tramos complicados. Después de ello se hacía más precario, en especial desde Saltillo. Primero cruzaba la Sierra Madre Oriental dirección Monterrey. Luego una “llanura sin límites” de clima árido y seco, sin fuentes de agua hasta llegar a Laredo en el río Bravo. Sólo desde Saltillo el

---

<sup>39</sup> *Desastres agrícolas en México. Catálogo histórico*, t. 2: Antonio Escobar Ohmstede, *Siglo XIX (1822-1900)*, México, CIESAS/FCE, 2004, pp. 57 s, 259 s y 263.

trayecto demoraba alrededor de un mes. Era mucho más rápido y eficiente llegar a Texas desde alguno de los puertos cercanos, como Matamoros (el brazo de Santiago), Matagorda, Galveston o Nueva Orleans.<sup>40</sup>

Por ello es importante discutir la situación de la marina mercante y de guerra. Desde el inicio, el gobierno independiente intentó organizar y fomentar una “Marina Mercante Nacional”. Para 1835 había tenido muy poco éxito y se lamentaba de “costas casi desiertas de personas y capitales” y fuga de ellos por medio de “los buques mercantes nacionales dotados de extranjeros con la simulación de nacionalizados”.<sup>41</sup> Con la independencia el comercio exterior sufrió alteraciones radicales. El optimismo de que prosperaría y financiaría al nuevo Estado con el fin del monopolio de Veracruz y España se transformó en decepción y lamentos como los de Azcarate. Las circunstancias favorecieron muy poco al desarrollo de una flota mercante. Los españoles, aún con esperanzas de recuperar su colonia, prohibieron todo el comercio con México hasta 1836 y mantuvieron bloqueado el puerto de Veracruz hasta 1825. A finales de los veinte se exacerbaron los ánimos antiespañoles, con leyes de expulsión en 1827 y 1828. Aunque se abrió el comercio con todas las naciones, se perdió la relación comercial más cercana y a muchos de los comerciantes más importantes, que escaparon junto con sus capitales en pocos años.<sup>42</sup>

Para Lerdo de Tejada, liberal hasta la médula, el fracaso se debió a que las políticas mercantilistas persistieron tras la colonia. Desde la década de los veinte estuvo prohibida la entrada de productos agrícolas como tabaco, algodón, aguardiente de caña y alimentos como maíz, arroz, trigo, café y carne. Para el político decimonónico ello contribuyó al estancamiento de la población de los litorales al impedirles la importación de alimentos, materiales de construcción y vestido. Como era más caro traer estos recursos del interior, los yucatecos, por ejemplo, protestaron en 1830 para que se les permitiera importar harina a sus puertos y lograron que el congreso aceptara la excepción. La ley de colonización de Texas también eximió temporalmente los aranceles para los colonos. Salvo estas excepciones, y la del algodón, incluso los gobiernos más liberales de la época mantuvieron las prohibiciones. En cuanto a las

---

<sup>40</sup> Para la descripción detallada del camino a Texas véase el cap. II.

<sup>41</sup> Juan Dios de Bonilla, *Apuntes para la historia de la marina nacional*, México, s.e., 1946, pp. 107 s. La marina de guerra se trata en la siguiente sección sobre preparación militar.

<sup>42</sup> B. Tenenbaum, *op. cit.*, p. 33.

exportaciones el gobierno fue más permisivo, pues sólo se limitó la salida de oro, plata y dinero para controlar la fuga de capitales.<sup>43</sup>

El bajo rendimiento del comercio exterior redujo la capacidad financiera del Estado porque su nuevo diseño fiscal dependía de las aduanas. La carencia de una marina mercante nacional que facilitara el comercio de cabotaje con las regiones alejadas del centro, como las Provincias Internas y Yucatán, contribuyó a que toda la región al norte de Monterrey quedara más ligada económicamente con el vecino del norte que con el interior de la República. El contrabando comenzó a florecer con la Luisiana desde el s. XVIII y se continuó desarrollando con otros estados del sur de EUA. Por ello, tras la independencia puertos como el brazo de Santiago en Matamoros comenzaron a brotar. Pronto surgieron tensiones con el centro por los aranceles, que desde el punto de vista local eran arbitrarios y en favor de intereses mercantilistas de las élites del centro.<sup>44</sup> La región, ya de por sí aislada por su lejanía geográfica, gradualmente se independizó económicamente del interior de la república para orientarse más al norte. En 1830 Lucas Alamán vio con alarma la situación en estas provincias, y buscó aumentar su comercio con el resto de México,<sup>45</sup> pero estuvo lejos de revertir la tendencia vigente hasta hoy. Esto tuvo implicaciones muy significativas para el prospecto de una campaña a Texas, porque la navegación reducía radicalmente el costo y tiempo que implicaba el camino por tierra.

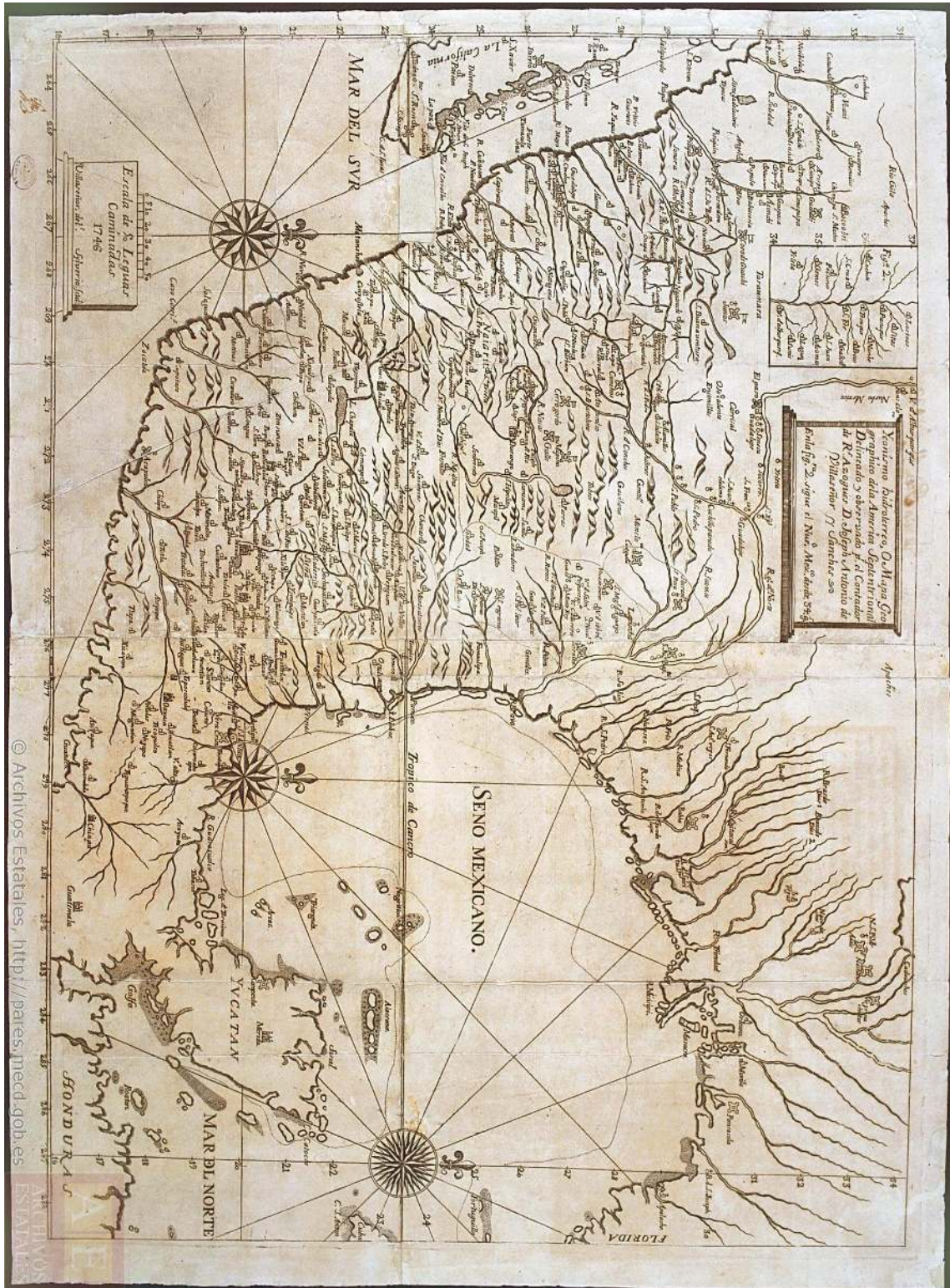
---

<sup>43</sup> Se permitió el algodón para financiar bancos de avío que promovieran la industria textil (Miguel Lerdo de Tejada, *Comerio exterior de México, desde la conquista hasta hoy*, México, Banco Nacional de Comercio exterior, 1967, pp. 29-39; Jesús Hernández Jaimes, *La formación de la Hacienda pública mexicana y las tensiones centro-periferia, 1821-1835*, México, CEH/Instituto Mora/UNAM, 2013, p. 299).

<sup>44</sup> L. Medina Peña, *op. cit.*, pp. 17 y 33-37.

<sup>45</sup> Celia Gutiérrez Ibarra, *Cómo México perdió Texas. Análisis y transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, México, INAH, 1987, p. 41.

**Ilustración 1.** “Yconismo hidroterreo”, o *Mapa geográfico de América Septentrional*. Delineado y observado por Joseph Antonio de Villaseñor y Sánchez, 1746.



Fuente: AGI, Mapas, planos, documentos iconográficos y documentos especiales, México, 161.



*Preparación militar: las fuerzas armadas mexicanas en las primeras décadas de independencia*

El primer cuerpo militar nativo desde la conquista se formó hasta la segunda parte del s. XVIII, pocas décadas antes del periodo estudiado. Se auspició en parte bajo las reformas borbónicas y como medida contra la amenaza de las potencias europeas a las colonias españolas. La invasión británica de Cuba en 1762 convenció a la corona de formar milicias americanas.<sup>46</sup> Como incentivo permitió a los criollos de abolengo ser oficiales de comisión y disfrutar los privilegios correspondientes. Pero no invirtieron en infraestructura militar indispensable, como cuarteles y hospitales. El pequeño ejército novohispano de 2,600 hombres nunca se consolidó como cuerpo profesional y organizado. Ya por costumbre o ilegitimidad de la institución y sus pobres prestaciones, desde el inicio hubo mucha renuencia de la población por prestar servicio militar. Si las autoridades querían llenar las filas del ejército debían hacer levas. Por lo general no eran a tabla rasa, sino que preferían reclutar a los considerados como vagos, ociosos o criminales. En otras palabras, en ausencia de voluntarios suficientes, las autoridades coloniales alimentaban al ejército con quienes no ejercían actividades productivas para el Estado y estaban comúnmente estigmatizados por las élites.<sup>47</sup>

El ejército Trigarante que resultó de la independencia era una amalgama bastante volátil entre el ejército realista y las milicias insurgentes que sobrevivieron. Tras el fracaso del primer Imperio los intereses regionales se consolidaron en la Constitución de 1824, que atribuyó a los estados el reclutamiento de la tropa para la milicia cívica y el ejército regular. Esta responsabilidad se comenzó a arraigar años atrás con la formación de milicias contrainsurgentes en ciudades, villas y ranchos ordenada por Calleja para conservar el orden y seguridad y apoyar al ejército realista. Entre 1813 y 1820 sumaban alrededor de 40,000 cuando el ejército regular contaba con 44,000. La milicia quedó, naturalmente, bajo el control directo de élites económicas y políticas regionales. Ello contribuyó a que afianzaran el regionalismo en el nuevo régimen político. En

---

<sup>46</sup> José Antonio Serrano Ortega, *El contingente de sangre*, México, INAH, 1993, p. 24.

<sup>47</sup> Juan Ortiz Escamilla, "Defensa Militar y despotismo ilustrado, el acantonamiento de tropas en Veracruz, 1797", en Luis Jáuregui y José Antonio Serrano Ortega (coords.), *Historia y Nación: política y diplomacia en el siglo XIX mexicano*, México, Colegio de México, 1998, pp. 127- 131 (en adelante, *Historia y nación en el siglo XIX mexicano*); William Anthony De Palo, *The Mexican national army, 1822-1852*, Texas, Texas A & M University Press, 2004, pp. 3-20; J. A. Serrano Ortega, *op. cit.*, pp. 24-34; Günter Kahle, *El ejército y la formación del Estado en los comienzos de la independencia de México*, trad. María Martínez Peñaloza, México, FCE, 1997, pp. 45-59. m

particular el artículo tercero del Reglamento de Reclutamiento de 1824 y luego en el Reglamento de Milicia cívica de 1827, atribuyeron a los estados y ayuntamientos el reclutamiento para las fuerzas armadas, incluyendo el “contingente de sangre” (reemplazos para el ejército permanente).<sup>48</sup> Con ese fin, muchos estados copiaron literalmente los reglamentos coloniales, en especial la *Real declaración de milicias de 1767*.<sup>49</sup>

Las fuerzas armadas quedaron organizadas en tres clases. La milicia tuvo continuidad con la cívica, concebida como fuerza armada de ciudadanos -que incluso llegaron a elegir a sus propios líderes-, bajo la autoridad de los gobernadores estatales. Estaba “obligada a sostener la independencia nacional y la constitución de la república; y escoltar los reos y los caudales públicos de la federación cuando no hubiese tropa permanente o activa cercana, hasta el punto inmediato donde hubiere guarnición”,<sup>50</sup> además de las obligaciones que le impusiese la legislatura estatal respectiva. Su origen en el sentido liberal puede rastrearse a la milicia nacional de las Cortes gaditanas para la lucha contra los franceses y el viejo régimen,<sup>51</sup> pero también desde el punto de vista conservador en las milicias borbónicas y contrainsurgentes. El ejército permanente -también referido como federal, central o nacional-, bajo el Ministerio de Guerra, era a su vez el principal garante de la soberanía nacional, y para los centralistas la fuerza del orden dentro de la federación. Por último, había un cuerpo provincial llamado milicia activa que funcionaba como reserva para el ejército permanente y cuyos batallones tomaban el nombre de su localidad de origen. La separación de funciones y jurisdicción de las milicias y el ejército generó controversia, y su definición fue uno de los ejes de los enfrentamientos políticos.<sup>52</sup> En

---

<sup>48</sup> *Milicia cívica, revolución liberal y federalismo en México*, pp. 13-20 y p. 73.

<sup>49</sup> La casa de imprenta de Galván, a cargo de Mariano Arévalo, decidió publicar estas leyes “por la suma escasez de los ejemplares de dicha ordenanza, de la que carecían aun los funcionarios encargados de su cumplimiento”. *Reglamento de la milicia activa, y general de la cívica de la República mejicana, con la particular de la segunda en el Distrito Federal*, México, Imprenta de Galván, 1833.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 166.

<sup>51</sup> *Milicia cívica, revolución liberal y federalismo en México*, pp. 27 ss.

<sup>52</sup> Esta es una de las ideas principales de *Milicia cívica, revolución liberal y federalismo en México*. Las milicias eran por definición el brazo armado de los liberales, mientras que el ejército regular solía ser el de las oligarquías nacionales. En ausencia de una fuente de legitimidad simbólica que sustituyese a la monarquía española, el gobierno buscó sustentar su autoridad con el ejército. Mientras la oligarquía conservadora del centro pretendió cimentar la autoridad del nuevo Estado con unas fuerzas armadas centrales, las élites locales buscaron afianzar su control sobre los gobiernos estatales con milicias cívicas.

1835 el ejército permanente se encontraba en un estado deplorable, al grado de que no contaba con efectivos suficientes para mantener la seguridad interior e invadir Texas simultáneamente.

Para hablar de su calidad hay que entender cómo funcionaba la conscripción. Se realizaba de forma similar para todos los cuerpos porque estaban a cargo las mismas autoridades locales. Desde la perspectiva del enfrentamiento entre niveles de gobierno, quizá los censos y sorteos fueron más comunes para los cuerpos de milicia cívica, porque permanecían bajo el mando de las autoridades encargadas de su formación. Para los reemplazos del ejército federal lo común fue la leva, que como en tiempos borbónicos, se cumplía en medida de lo posible con miembros considerados improductivos por la autoridad y generalmente estigmatizados en la sociedad. Así preservaban mano de obra para actividades económicas, principalmente la agricultura y minería, mientras ejercían una suerte de control social expulsando a la población indeseable o improductiva remitiéndola a otros estados en el contingente de sangre:<sup>53</sup>

En nuestro sistema liberal por la aplicación del servicio de vagos, son los que asisten a deshoras a las vinaterías, y cafés, pulquerías, juegos prohibidos, velorios, y los que después de dadas las campanadas llamadas de queda, andan por las calles sin causa justificada, como también deben aplicarse todos los que contravienen a los bandos de policía y buen gobierno.<sup>54</sup>

En teoría el ejército federal dependía de los reclutas más proclives a la deserción y menos aptos para el servicio, y los estados podían reafirmar su autonomía con las armas de ser necesario. Ciertamente esto explica en parte los problemas crónicos de deserción de la época, pero quizá el factor más determinante es el fuerte arraigo local y familiar de la sociedad y lo poco que el servicio se ajustaba a dichas prioridades. Después de todo, aún antes de que existiera la federación ocurría lo mismo con el reclutamiento. Por lo general todos los Estados adoptaron

---

Desde 1824 “el establecimiento de la milicia y la reorganización del ejército derivarían hacia una batalla dialéctica entre los diputados que defendían la supremacía de una u otra institución”. el conflicto político mermaba a las fuerzas armadas en cada oscilación política del régimen (Ivana Frasquet, “El Estado armado o la nación en armas, ejército versus milicia cívica en México”, en *Las armas de la nación*, p. 116 y pp. 124-128; G. Kahle, *op. cit.*, pp. 15 s; Chust y J. A. Serrano Ortega, “Milicia y revolución liberal en España y México”, en *Las armas de la nación*, pp. 104 s.). Aunque pocas veces terminó en enfrentamientos violentos (W. Fowler, *op. cit.*, pp. 246-256).

<sup>53</sup> Contingente de sangre es como se conocía la cuota de reemplazos que cada estado debía proveer a las fuerzas armadas de la federación. Para más sobre el tema, véase J. A. Serrano Ortega, *op. cit.*

<sup>54</sup> Archivo Histórico Municipal de México, Milicias cívicas, caja 3274, cit. por *Milicia cívica, revolución liberal y federalismo en México* p. 44.

los reglamentos coloniales en la materia y se llevaban a cabo de forma similar. La característica que siguió definiendo la situación fue que el servicio eran tan aborrecido por la población que había pocas alternativas de reclutamiento para las autoridades. Era común que comunidades enteras se escapasen a la sierra más cercana si llegaba el rumor de una comisión de reclutamiento, y por lo mismo solían evadir los censos. Ello obligaba a los comisionados a visitar villas y pueblos por sorpresa, de preferencia en días de mercado o mucha actividad comunitaria -como el domingo de misa-, para conseguir los reemplazos necesarios con una redada.<sup>55</sup>

En su estudio de la guerra de 1846, Guardino distingue entre el servicio en la milicia, que estaba arraigada y encargada de la seguridad en la localidad, y en el permanente. Ambos podían ser involuntarios y mal pagados, pero el segundo implicaba abandonar la comunidad de origen, a la familia y sus medios de subsistencia. La situación podía ponerse muy complicada para una familia si no contaba con el padre, que solía ser el responsable del sustento y la seguridad. No había sistema alguno para que los salarios de los reclutas fuesen a sus familias, lo que las obligaba a seguir a los conscriptos a los campamentos militares e inclusive campañas. Los reglamentos daban preferencia a los solteros, pero la evidencia muestra que en la práctica se reclutaban a toda clase de varones de forma arbitraria. Por eso las soldaderas que acompañaban a los ejércitos de la época no sólo eran comunes, sino casi inevitables y necesarias.<sup>56</sup> Fuera de las famosas soldaderas de la Revolución, este es un tema verdaderamente olvidado por la historiografía. Más aún si se considera lo esenciales que eran para el funcionamiento del ejército.

La capacidad de movilización militar sí se vio afectada por los conflictos que generaron la lucha entre las milicias y los permanentes. En 1835, las élites centralistas que ahora controlaban el gobierno estaban inmersos en sus esfuerzos por suprimir a las “revoltosas” milicias populares y sustituirlas con guarniciones del ejército regular. En algunos sitios hubo mucha reticencia, como en Zacatecas, que se rebeló y obligó a Santa Anna a ocupar al departamento con el ejército. Esto afectó la preparación militar porque reducía el número de efectivos disponibles. Hacía imprudente y complicado reunir ejércitos muy numerosos. Una parte importante debía

---

<sup>55</sup> Manuel Chust y J. A. Serrano Ortega, “Milicia y revolución liberal en España y México”, en Manuel Chust y Juan Marchena (eds.), *Las armas de la nación: independencia y ciudadanía en Hispanoamérica (1750-1850)*, Madrid, Iberoamericana, 2007, pp. 81-92 (en adelante, *Las armas de la nación*); *Milicia cívica, revolución liberal y federalismo en México, passim*; J. A. Serrano Ortega, *op. cit.*, pp. 44-47; P. Guardino *op. cit.*, pp. 53-58.

<sup>56</sup> P. Guardino, *op. cit.*, pp. 60-64.



reservarse para conservar la seguridad. Había que cuidarse de que ninguna facción aprovechara el momento para dar un golpe militar. Las autoridades no podían prescindir de sus manos armadas, menos en zonas revoltosas. Había pequeños pronunciamientos todo el tiempo, y los hubo en 1835 y 36 en varios puntos del país, aunque ninguno de gran magnitud. Las palabras de Santa Anna, aunque exageradas, dan una idea de la situación que enfrentó:

La reunión de una fuerza capaz de defender la integridad del territorio no impidiese dejar cubiertos los puntos más importantes, así para conservar la tranquilidad interior como para estorbar o combatir alguna operación de desembarco [...] la Ley sobre milicia nacional, que suscitó una guerra intestina, no permitía levantar la necesaria para subsumir esa necesidad, y nuestros batallones eran apenas cuadros [...] fue necesario casi improvisar un ejército en su sostén.<sup>57</sup>

En conclusión, los gobiernos estatales tenían poco incentivo en aportar recursos humanos y materiales en la expedición que pondría en riesgo la seguridad y autonomía de su región y no tenía ningún beneficio tangible para ellos. Sería, en otras palabras, por mero espíritu patriótico. También hay que tomar en cuenta el riesgo que implicaba una fuerza armada grande en manos de algún caudillo ambicioso como Santa Anna. El golpe del general Mariano Paredes durante la intervención estadounidense, quien se aprovechó de contar con el ejército más numeroso en el país, aunque diez años después, es un gran ejemplo del peligro que conllevaba.<sup>58</sup> El mismo Santa Anna señaló que sería “un mal gravísimo formar un gran ejército, que pudo haber sido utilizado en los enfrentamientos facciosos”.<sup>59</sup>

Aunado a las dificultades del reclutamiento y los costos de la seguridad interna, la situación financiera del país mantuvo al ejército en condiciones paupérrimas durante todo el periodo. Las condiciones de vida de la tropa eran miserables. Todavía no había infraestructura militar adecuada para cuarteles y hospitales, los salarios eran bajos e irregulares, el armamento y vestimenta escasa y vieja, y las enfermedades comunes. Aunque era más probable que contara con alimentación regular en ciudades grandes, cuando salía de campaña incluso los oficiales podían pasar hambre. No por nada estaba tan desprestigiado. Mariano Arista concluyó en 1837

---

<sup>57</sup> Antonio López de Santa Anna, “Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos de 10 de mayo de 1837” en Genaro García (ed.), *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, México, Porrúa, 2da edición, 1974, p. 125 (En adelante, *Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos del 10 de mayo de 1837*).

<sup>58</sup> P. Guardino, *op. cit.*, p. 50.

<sup>59</sup> *Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos del 10 de mayo de 1837*, p. 125

tras su inspección de milicias activas -algunas de las cuales partieron a la campaña del EOT- que la calidad de vida del soldado mexicano era igual o peor que la de las clases más pobres. La tasa de mortalidad en algunas zonas militares era tan grande, como en los presidios de Texas y los acantonamientos en Veracruz, que se mandaba como castigo a los desertores que habían sido aprehendidos más de tres veces.<sup>60</sup> Estas condiciones sin duda implicaban fuertes tensiones dentro del ejército y con la sociedad circundante, como en los cuarteles de la ciudad de México que estudio Ceja.<sup>61</sup>

Tampoco contamos con cifras exactas de la cantidad de soldados en las fuerzas armadas. Según cálculos del servicio exterior británico contaba con aproximadamente 30,000 efectivos en 1827.<sup>62</sup> A finales de la década, en plena crisis financiera, hubo tanta desertión que muchas unidades no tenían suficientes efectivos para entrar en acción. En los casos más graves, que solían encontrarse en la milicia activa, entre el 50% y 70% del total se fugó. En marzo de 1835 había 38,715 efectivos según los registros militares, de los que sólo 18,219 correspondían al ejército permanente. Estas cifras no eran confiables por la desertión, que algunos oficiales subestimaban en sus reportes para quedarse con los sueldos extra.<sup>63</sup>

La generación al frente de este ejército se formó primero bajo el régimen colonial y luego en la guerra de Independencia y sus crisis. Su filosofía militar reflejaba la formación española de muchos de sus oficiales y la de guerra de guerrillas de los líderes insurgentes. El EOT tenía ambas ramas del liderazgo militar. Estaban los oficiales que lucharon en su juventud con el ejército realista y se unieron al ejército Trigarante en 1820, como Santa Anna, José Urrea y Vicente Filisola y los que lucharon del lado insurgente, como el hijo de Morelos, Juan Nepomuceno Almonte (que además de ayudante de campo del EOT había sido director general de la

---

<sup>60</sup> P. Guardino, *op. cit.*, p. 66; Kahle, *op. cit.*, p. 187; William De Palo, *op. cit., passim*; *El Soldado Mexicano 1837-1847: organización, vestuario, equipo y reglamentos militares. Recopilación de fuentes originales*, México, Nieto/Brown/Hefter, 1958, pp. 1-12 (en adelante, *El soldado mexicano*); Juan Ortíz Escamilla, “El acantonamiento de tropas en Veracruz, 1797”, en *Historia y nación en el siglo XIX mexicano*, pp. 127-142.

<sup>61</sup> Véase la tesis doctoral de C. Ceja, *op. cit., passim*.

<sup>62</sup> FO, 50/28, vol. 1823-1827 cit. por Rene Chartrand, *Santa Anna's Mexican Army 1821-48*, Oxford, Osprey, 2004, p. 7.

<sup>63</sup> William De Palo, *op. cit.*, p. 48; G. Kahle, *op. cit.*, p. 175.

colonización en Texas en 1834) y Nicolás Bravo.<sup>64</sup> Estaban más versados en la movilización militar por el control del país que en campañas de expedición a territorios distantes. Otra flaqueza era su nula experiencia naval, rama que quedó en el abandono completo tras la expulsión de los españoles de San Juan de Ulúa y la crisis financiera del Estado.

La élite militar estaba ensimismada en la política del Estado y con el tiempo desarrolló el caudillismo junto al uso del pronunciamiento. Con el Ejército Trigarante comenzó una suerte de pretorianismo con las “leyes de decoraciones”, que daban premios a cambio de lealtad. Esto fue caldo de cultivo para la politización del ejército y su participación en los enfrentamientos facciosos del país. Los líderes militares conseguían adhesiones a sus pronunciamientos repartiendo fueros, pensiones y ascensos. Las promociones en el ejército dependían más de decisiones políticas acertadas que mérito en armas. Las redes clientelares que tejían valían para obtener poder político en sus regiones y puntos estratégicos como las aduanas. Muchos de los altos mandos del EOT fueron formados en este ambiente político.<sup>65</sup> Por eso no debe extrañar que en 1835 lo más lógico fuera que Santa Anna, el caudillo más prominente del momento, fuese rápidamente designado clamorosamente como jefe del EOT. De todas formas, era el único con las palancas necesarias para “acaudillar” los recursos necesarios.

En cuanto a las armas, se seguía usando el mosquete: un fusil de avancarga, ánima lisa y acción de chispa.<sup>66</sup> Era en esencia la misma tecnología desde el siglo XV. Entre 1620 y 1635 se desarrolló la llave de pedernal como mecanismo de chispa y fue adoptada en las fuerzas armadas por su resistencia y confiabilidad. Su manufactura era conveniente para el ejército porque su relativa simpleza y economía. A inicios del s. XIX hubo dos innovaciones importantes: la percusión como mecanismo de chispa y la producción más extensiva del ánima rayada (rifles).

---

<sup>64</sup> Guadalupe Jiménez Codinach, “Niños de la independencia, dirigentes de la nación, 1800-1890”, en *Historia y nación en el siglo XIX mexicano*, pp. 143-156.

<sup>65</sup> Véase G. Kahle, *op. cit.*, pp. 164-176 y 196-200; Juan Ortiz Escamilla, “La nacionalización de las fuerzas armadas en México, 1750-1867”, en *Las armas de la nación*, pp. 292-302; P. Guardino, *op. cit.*, p. 16 s; G. Jiménez Codinach, *op. cit.*, *passim*.

<sup>66</sup> Las armas de avancarga son aquellas cuyo proyectil y propelente son cargados por la boca del cañón y empujados por una baqueta hasta el fondo. La retrocarga tardó varias décadas más en consolidarse, hasta que la sofisticación de cartuchos y municiones en la segunda parte del siglo XIX (Ian V. Hogg, *The Complete Illustrated Encyclopedia of the World's Firearms*, Nueva York, A & W Publishers, 1978, pp. 34-37).

Los ejércitos europeos comenzaron a consolidar estas tecnologías a partir de 1830.<sup>67</sup> En México la fábrica de pertrechos colonial había quedado en desuso, por lo que era necesario importar el armamento. La mayor parte llegó de Gran Bretaña, junto con los préstamos bancarios. Eran mosquetes de las guerras napoleónicas, diseñadas para producir descargas simultáneas en masa a corta distancia.<sup>68</sup> Estos ataques podían tener efectos devastadores en las filas enemigas, pero debían ejecutarse a menos de 75 metros de distancia, o al momento de distinguir lo blanco en los ojos del enemigo. No se puede saber con exactitud la cantidad de armas que tenía el ejército mexicano, pero según las estimaciones de la *Foreign Office* británica, en 1827 había 111,564 mosquetes, 15,280 carabinas, 2,000 rifles, 8,000 pistolas, 26,5000 sables y 5,792 lanzas en México.<sup>69</sup>

Como discutimos, el camino por tierra a las Provincias Internas de Oriente, particularmente Texas, era largo, extenuante y complicado. Por ello es importante revisar brevemente el estado de la fuerza naval. La armada se organizó primero como parte del Ministerio de Guerra y Marina, y luego se creó la Secretaría del Almirantazgo. Sin embargo, tuvo “una vida efímera” e hizo de poco a nada. Sólo había dos departamentos navales, el del Golfo en Veracruz y el del Pacífico en San Blas, un apostadero antiguo. Se planeó habilitar uno en el puerto de Acapulco, pero el proyecto se aplazó intermitentemente por falta de recursos para costearlo (se presupuestaba en 176 mil pesos).<sup>70</sup>

La marina fue víctima de la pobreza del erario. En la primera parte de la década de los veinte se intentó rendir San Juan de Ulúa y se temía una invasión europea. El gobierno buscó adquirir una fragata de 44 cañones y ocho corbetas de 26, con costo de 1,400,000 pesos. Pero por la falta de presupuesto sólo alcanzó para ocho goletas y cuatro balandras cañoneras con madera de peor calidad, todo por 200 mil pesos. Cuando llegaron era evidente que no serían suficientes para retomar San Juan de Ulúa, por lo que tuvieron que buscar más barcos. La segunda

---

<sup>67</sup> Ian V. Hogg, *op. cit.*, pp. 1-24.

<sup>68</sup> *El Soldado Mexicano*, pp. 5-9; Rene Chartrand, *op. cit.*, p. 7.

<sup>69</sup> FO, 50/28, vol. 1823-1827 cit. por Rene Chartrand, *op. cit.*, p. 7, n. 2. Las carabinas eran utilizadas por la caballería, y se diferencian a los mosquetes regulares porque tienen el fusil más corto (Ian V. Hogg, *op. cit.*, p. 315). Véase Cap. III, “las armas”.

<sup>70</sup> Hay poca información sobre los primeros años de la armada de México. La principal fuente de información para esta tesis fue Juan Dios de Bonilla, *op. cit.*

vez llegó una fragata y un bergantín por 423,245 pesos. Para 1827 la armada contaba con un navío inutilizable, dos fragatas, cuatro bergantines, cuatro cañoneras y siete goletas.<sup>71</sup> Cuando la situación del erario empeoró en la última parte de la década, tanto los de mejor calidad, que vigilaban la ruta a Cuba, cuanto el resto quedaron varados en los puertos. La armada también perdió a sus oficiales, algunos por la expulsión de españoles y el resto por falta de recursos. En 1830 Antonio Facio, ministro de Guerra del momento, propuso vender el navío y ocho buques menores para reducir el costo de mantenimiento, que oscilaba 350 mil pesos anuales. La venta nunca se concretó y buena parte de la armada terminó atrofiándose.<sup>72</sup> La Marina de guerra distó de ser prioridad para el gobierno y estuvo reducida en la miseria durante la década de los treinta. Contaba con unos pocos buques pequeños, de mala calidad y mantenimiento. En opinión de Juan Dios de Bonilla, “El descuido de nuestros gobiernos a través de los años, en atender debidamente los servicios marítimos del país, tanto de guerra como mercantes, ha sido la causa principal de los fracasos que hemos sufrido, en la mayoría de las veces por falta de unos cuantos elementos de mar para combatir”.<sup>73</sup> Puede ser que en el caso de la secesión texana tenga toda la razón.

En 1835 el modelo a seguir para los militares mexicanos seguía siendo Napoleón Bonaparte. Santa Anna comparó su fallida expedición texana de 1835-36 con la campaña rusa del emperador francés en 1812, equiparando el grado de dificultad de ambas. Pedro Ampudia,

---

<sup>71</sup> El “Congreso Mexicano”, las fragatas “Libertad” y Tepeyac”, la corbeta “Morelos” y los bergantines “Guerrero”, “Bravo”, “Victoria” y “Constante”. El primero estaba inutilizable, la fragata “Tepeyac” se vendió a los rusos y la otra era inapropiada para el servicio militar. Juan Dios de Bonilla, *op. cit.*, pp. 107-116.

<sup>72</sup> Juan Dios de Bonilla, *Apuntes para la Historia de la marina nacional*, México, s.e., 1946, pp. 107-116. Todas estas embarcaciones aún eran de navegación de vela. Las fragatas eran buques más pequeños que los navíos de guerra, diseñadas para la exploración, protección y ataque de rutas comerciales. Solían tener entre 28 y 44 cañones, pero en el s. XIX llegaron a tener hasta 60 cañones. Las corbetas eran consideradas como buques intermedios, más pequeñas que las fragatas y más grandes que los bergantines. Las goletas eran similares a los bergantines pero más pequeñas, y las balandras cañoneras eran los buques de guerra de menor tamaño. En el Caribe abundaban este tipo de embarcaciones pequeñas, pues eran muy útiles para la defensa y interrupción de las rutas comerciales coloniales (Enrique García-Torralla Pérez, *Las fragatas de vela de la armada española 1600-1850*, s.l., s. e., s. a., p. 24; Robert Gardiner y Andrew Lambert, *Steam, Steal and Shellfire: warships 1815-1906*, Londres, Conway, 1992, pp. 184-188; J.J. Colledge y Ben Warlow, *Ships of the Royal navy. The Complete Record of all Fighting ships of the Royal Navy from the 15<sup>th</sup> Century to the Present*, Londres, Chatham, 2006, p. xi).

<sup>73</sup> Juan Dios de Bonilla, *op. cit.*, p. 127.

comandante de artillería del EOT, escribió a Urrea cuando se pretendía reanudar la campaña de Texas en julio de 1836 que “Napoleón aumentó su artillería cuando vio menos intrépida su infantería como sucedió en su última campaña entre el Sena y el Marne. La historia militar de las naciones en estos últimos tiempos nos presenta una infinidad de ejemplares y uno de ellos es este”.<sup>74</sup> Hay muchas referencias entre los oficiales mexicanos de Napoleón. Como han apuntado varios historiadores, los militares mexicanos conocían de manera bastante superficial la estrategia militar napoleónica. Pero de todas formas es dudoso que tan relevante y útil habrían sido en el contexto mexicano. Las dimensiones de los ejércitos y las batallas de las vicisitudes de este periodo en México palidecen frente a las europeas.

El éxito del ejército francés, que cobró tanta fama entre los militares mexicanos, no se debió a mejoras tecnológicas en su equipo o armamentos. Este no había evolucionado significativamente desde la época de Federico el Grande.<sup>75</sup> Las innovaciones tácticas, aunque fueron en cierta medida importantes, ya se habían discutido y pensado desde la segunda mitad del siglo anterior. Entre estas está la reorganización de los ejércitos: en lugar de formar un cuerpo único, se dividirían en grupos independientes para que sus traslados sean más flexibles durante las operaciones. Se calculaba el tiempo que sobreviviría cada unidad frente al enemigo, para que el resto de los contingentes tuvieran tiempo de unirse a la batalla. Quizá el elemento más importante fue el cambio de la en línea por formaciones más profundas. Cada unidad del ejército podía modificar su formación súbitamente de línea a columna para cargar sobre el enemigo con las bayonetas y romper sus filas.<sup>76</sup> El ejército francés no luchaba como un ente unitario. Cada

---

<sup>74</sup> “V. E. me previene que aliste veinte piezas de batalla, dotación que a primera vista parece excesiva, siguiendo el sistema generalmente admitido en la Europa, de tres por cada mil hombres, pero efectivamente hay casos en los cuales la artillería suple la falta de infantería por razones de número de esta última y de la naturaleza de los terrenos en que se hace la guerra. Napoleón aumentó su artillería cuando vio menos intrépida su infantería como sucedió en Wagram y su última campaña entre el Sena y el Marne. La historia militar de las naciones en estos últimos tiempos nos presenta una infinidad de ejemplares y uno de ellos es este. En las campañas de 1813 y 1814 el grande ejército de los Aliados contrala Francia mandada por el Príncipe de Schwarzenberg se componían de ciento seis y siete mil hombres, y setecientos piezas de artillería; y a este tenor hay multitud de casos que comprueban [ilegible]” (AGN, Comandancias Generales, 1837, exp.8, f. 2).

<sup>75</sup> Michael Howard, *La guerra en la historia europea*, trad. M. Pizarro, México, FCE, 1983, p. 139; Ian V. Hogg, *op. cit.*, pp. 1-24.

<sup>76</sup> También se extendió el uso de los soldados de avanzada, unidades de infantería ligera que realizaban acciones de hostigamiento sobre el enemigo. Bajo la misma línea, se agilizó a la artillería para que pudiera moverse y cambiar de blanco de forma más rápida. Gracias a la velocidad obtenida con esta la

comandante tenía libertad de maniobra en la hora de la batalla; la coordinación se daba con un objetivo común que Napoleón definía.<sup>77</sup> Como se tratará en el tercer capítulo, la forma en que Santa Anna desplegó al EOT sigue en cierta medida estos principios: organizó al ejército en divisiones independientes a las que asignó ciertos objetivos estratégicos. Sin embargo, había una gran diferencia de escala.

En Europa la población creció hasta un punto insostenible para los medios de subsistencia disponibles, especialmente en las ciudades. Aunque implicó mucha inestabilidad política, gracias a ello el régimen revolucionario de Francia logró reunir ejércitos de dimensiones que no se veían desde la antigüedad cuando tuvo que enfrentar amenazas exteriores. En 1794 la potencia emergente ya había reclutado a más de un millón de soldados, principalmente con leva. Las reservas que creó el aumento de la población fueron suficientes para alimentar el ejército napoleónico hasta 1814. Mientras Napoleón comandaba a cientos de miles, los generales mexicanos medían sus fuerzas en millares.<sup>78</sup>

Aunque la cantidad de recursos movilizados difieren drásticamente, la forma en que se lograba es semejante entre México en 1835 y Francia entre 1789-1794: “the new armies were only occasionally provided through bureaucratic channels with what they needed to keep themselves going; instead they had to depend on their own efforts to find food and other necessities, and often added to the prevailing economic disorder by seizing goods with regard to competing claims”.<sup>79</sup> Estas técnicas informales de poder se desarrollaron a partir de medidas desesperadas e improvisadas y con iniciativa local, como claramente era el caso en México del periodo estudiado. Era una forma de movilizar recursos en ausencia de mecanismos formales

---

reorganización, junto con la censura de la prensa, el control de las fronteras y la publicidad engañosa, Napoleón contaba con el elemento de la sorpresa. Estas innovaciones tácticas están muy bien resumidas en Howard, *La guerra en la historia europea*; Bruce, Robert B., et al, *Técnicas bélicas de la época napoleónica, 1792-1815, equipamiento, técnicas y tácticas de combate*, trad. J. Sevillano, Madrid, LIBSA, 2008; Franck, “Innovation and the Technology of Conflict During the Napoleonic Revolution in Military Affairs”, *passim*.

<sup>77</sup> James N. Wasson, *Innovator or Imitator: Napoleons's Operational Concepts and the Legacies of Bourcet and Guibert*, tesis, Kansas, School of Advanced Military Studies, 1998, pp. 33-40; Raymond E. Franck, “Innovation and the Technology of Conflict During the Napoleonic Revolution in Military Affairs”, *Conflict Management and Peace Science*, 21 (2004), p. 70.

<sup>78</sup> Primero fueron Prusia y Austria (William Hardy McNeill, *The Pursuit of Power*, Oxford, Basil Blackwell, 1983, pp. 190-200; M. Howard, *op. cit.*, p. 147; Beatrice Heuser, *The Evolution of Strategy. Thinking war from Antiquity to Present*, Cambridge, University Press, 2010, p. 113).

<sup>79</sup> W. H. McNeill, *op. cit.*, pp. 192 s.

legítimos. Aunque podían ser efectivas a corto plazo, conllevaban problemas: las requisiciones, cooperaciones forzosas y guerras destruían la economía y el tejido social. A finales del siglo XVIII el Estado francés exportó la economía de comando de emergencia a sus vecinos, con lo que se pudo restaurar el mercado y orden interior. En México, como ya se trató, la población se estancó y la mano de obra era un recurso precioso que se disputaban las haciendas, las minas, los comerciantes y el ejército y no se tuvo la posibilidad de exportar ejércitos para realizar pillajes y saqueos en Estados vecinos.

Como en México, la evasión de la conscripción y la desertión alcanzaron niveles muy altos. Pero después fueron contrarrestados gracias al aparato policiaco del Imperio, especialmente la gendarmería, que escoltaba reclutas y perseguía desertores. Este mecanismo de seguridad para alimentar las filas del ejército implicó muchos choques violentos; se calcula que al día había en promedio dos ataques a gendarmes en sus labores de conscripción.<sup>80</sup> Pero a final de cuentas se regularizó y sistematizó el reclutamiento en Francia, cuyo primer paso fue una ley de registro para todos los hombres entre 20 y 25 años en el Ministerio de Guerra.<sup>81</sup> A diferencia del centralismo en México, el Estado francés fue exitoso en el desarrollo instituciones centralizadas de control poblacional bastante eficientes y extendidas por el territorio. La característica principal de Francia durante el imperio napoleónico fue la fuerza del ejecutivo, que escogía a los servidores públicos, comandaba el ejército, legislaba, se encargaba de la política exterior, etc. Pero aparte de más atribuciones, implementó métodos mucho más eficientes y centralizados, como la burocracia, la policía y la gendarmería.<sup>82</sup>

---

<sup>80</sup> Clive Emsley, *Gendarmes and the State in Nineteenth-Century Europe*, Oxford, University Press, 1999, pp. 69-72; Robert Gildea, *Barricades and Borders. Europe 1800-1914*, Nueva York, Oxford University Press, 3era ed., 2003, p. 39.

<sup>81</sup> Este a su vez los clasificaba por generaciones, y la legislatura decidía cada año el número de reclutas necesario. El ministerio designaba las cuotas de cada departamento, y las autoridades locales seleccionaban a los ciudadanos aptos para el servicio. Con el tiempo se regularizaron los sorteos (W. H. McNeill, *op. cit.*, pp. 198 *ss*).

<sup>82</sup> Bonaparte conservó el legado revolucionario de la igualdad de todos ante el estado, plasmada en el Código Civil de 1804; aunque obviamente unos eran más iguales que otros. El emperador buscó formar una élite terrateniente, y se dispuso que para ser elector era necesario tener tierras o propiedad. También formó una burocracia eficiente y profesional. Aunque limitadamente, las promociones se volvieron más sensibles al talento (*Ibid.*, pp. 35-38; M. Howard, *op. cit.*, p. 151).



Ninguno logró librarse del principal problema para cualquier ejército: su alimentación. Al final de cuentas, el aumento de las dimensiones del ejército implica problemas enormes para coordinar los movimientos y comunicación de las divisiones y mantener las líneas de abastecimiento/suministros. Con el tiempo se desarrolló el Estado Mayor para la organización de las operaciones y la logística. Napoleón realizaba todos estos cálculos con poca ayuda. En campañas prolongadas y/o lejanas era imposible mantener la línea de suministros por el costo y la logística. Por eso los ejércitos franceses, como los mexicanos, operaban bajo el antiguo principio *bellum se ipsum alet* (la guerra se alimenta a si misma).<sup>83</sup> La experiencia de campaña de un soldado de infantería francés en 1797 no distaba tanto de la mexicana: debía sostenerse con requisamientos y saqueos, y muchas veces terminaba descalzo y con el uniforme harapiento. Pero esto era poco viable en zonas pobres o deshabitadas donde no había muchas cosechas y obligaba al ejército a estar en constante movimiento en búsqueda de rapiña. Este problema resultó decisivo en la invasión a Rusia.<sup>84</sup> En ese sentido, la comparación de Santa Anna no era tan descabellada, pues el EOT tuvo exactamente la misma dificultad en Texas, donde los rebeldes emplearon la estrategia de tierra quemada.<sup>85</sup>

Mientras los ejércitos franceses se repartieron por el continente, Gran Bretaña canalizó el exceso de población de manera diferente. En algunas regiones, como Irlanda, fue la migración a Estados Unidos y en otras fue el reclutamiento forzoso para la marina. También se ocupó como mano de obra para la producción industrial, que gracias al dominio de los mares podía comercializarse de forma barata y competitiva en otros mercados. Los franceses no podían competir a pesar de tener capacidad productiva porque tenían que usar transporte terrestre para mover sus productos. Gran Bretaña expandió sus mercados por el mundo, especialmente textil, incluido México tras la independencia. Esto venía de la mano con una fuerte dosis de inversión del gobierno en el ejército, que subsidiaba al resto de la economía por la demanda de productos

---

<sup>83</sup> La frase en latín describe la estrategia militar de alimentar y financiar ejércitos con los recursos de territorios ocupados. Fue acuñada por Cato el mayor en el s. II a.c., y se usa principalmente en asociación con la guerra de treinta años (Phifer Michiko, *A Handbook of Military strategy and Tactics*, Nueva Deli, Vij, 2012, p. 34).

<sup>84</sup> R. Bruce *et al*, *op. cit.*, p. 21; M. Howard, *op. cit.*, p. 171; W. H. McNeill, *op. cit.*, pp. 196-204.

<sup>85</sup> La estrategia de tierra quemada busca la destrucción de todo lo que pueda ser útil al enemigo, como cultivos y habitaciones, durante la retirada (Phifer Michiko, *op. cit.*, p. 123).

para las fuerzas armadas y empleaba a la población inactiva de las ciudades.<sup>86</sup> Por lo tanto, podemos concluir que las fuerzas armadas británicas difirieron del caso mexicano y francés por ser una potencia marítima más que continental. Retomado una vez más a Scott, el control de las rutas comerciales por todo el mundo le dio un alcance y extensión al Estado británico con pocos precedentes. En cambio, el ejército mexicano y francés estaban más limitados porque debían enfrentar desafíos logísticos de transporte mucho más complicados y costosos.

Por último, hemos de discutir brevemente el caso estadounidense. La principal fuente de reclutas de su ejército fueron los inmigrantes, como los irlandeses, que en las ciudades pertenecían a las clases marginadas. Y a diferencia de México, el servicio era un poco menos precario. Los reclutas sí recibían sus salarios regularmente, por lo que era más común que se ofrecieran como voluntarios cuando no tenían otra fuente de subsistencia. Además, podían mandar sus salarios a sus familiares y conseguir estatus como americanos.<sup>87</sup> La desertión era común pero menos recurrente que en México. Su ejército permanente no fue muy numeroso en todo el siglo, ni siquiera durante la guerra civil. En casos de emergencia, como las guerras contra “nativos americanos”, se recurrían a cuerpos de voluntarios *ad hoc* que eran desbandados tras el conflicto. Una similitud con México fue la división política entre los que querían que las fuerzas armadas consistieran primordialmente de milicias y los que creían que era necesario un ejército permanente sólido. El resultado en EUA fue un pequeño ejército de 6,000 hombres en 1820, pero que podía expandirse rápidamente a 19,000 de ser necesario. Esto fue posible en buena medida a que no tenían que preocuparse por amenazas extranjeras como México, que desde su independencia continuó bajo amenaza de España y luego Francia. A pesar de su tamaño modesto, el ejército norteamericano era instrumental para el expansionismo. Su tarea principal a partir de 1815 fue de vanguardia a las oleadas migratorias de colonizadores. En 1835 estaba ocupado en la segunda guerra seminolas de Florida, al mando del general Scott, aunque amenazaba con apoyar a los rebeldes en Texas con sus destacamentos fronterizos.<sup>88</sup> Como Guardino concluye, ambos ejércitos distaban de ser los cuerpos profesionales de soldados-

---

<sup>86</sup> W. H. McNeill, *op. cit.*, pp. 205-215.

<sup>87</sup> P. Guardino, *op. cit.*, pp. 39-44.

<sup>88</sup> Richard W. Stewart (ed.), *American Military History*, Washington D. C., Center of Military History, 2da ed., 2009, t. 1, pp. 164-169 y 393 ss.

ciudadanos que se asocian con el Estado nación moderno. Aunque eran en cierta medida profesionales, seguían en una etapa temprana de su desarrollo.<sup>89</sup>

Para 1835 el ejército mexicano tenía tropas y recursos muy limitados para campañas ofensivas. Estaba ensimismado en los conflictos políticos internos, y entraba en acción casi exclusivamente en territorio mexicano. Había muy poca experiencia de combate y operaciones fuera de las regiones centrales del país. Además, una parte importante estaba ocupada en vigilar el constante riesgo de levantamientos internos. Era muy limitado el número real de tropas que podían destinar a una campaña ofensiva sin dejar vulnerable al centro de un pronunciamiento o golpe militar. Los conflictos interiores no sólo debitaron a ejército, sino que dañaban a la sociedad circundante y sus actividades económicas porque las fuerzas armadas se comportaban como una plaga de langostas. Para 1835, gran parte del ejército regular estaba en descomposición por las purgas de los años anteriores y la penuria pública. Y como ya discutimos, buena parte debía quedarse en labores de seguridad. En consecuencia, la exageración de Santa Anna no era tanta en cuanto a la necesidad de formar un ejército de operaciones casi desde cero.

### *Sociedad y gobierno*

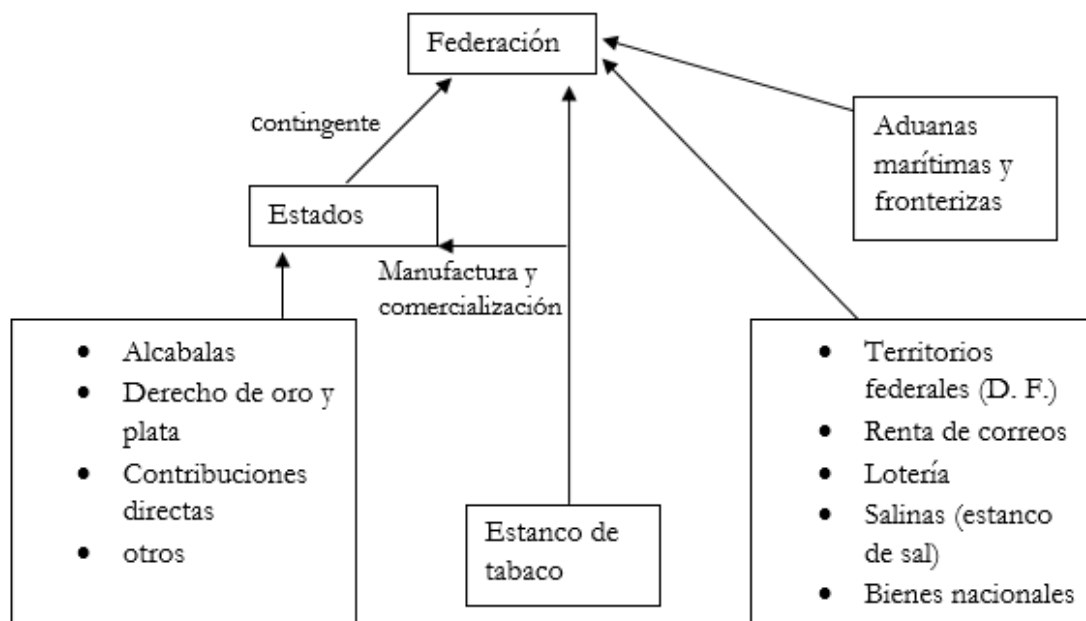
En esta sección vamos a tratar de forma cualitativa varios aspectos que influyen en la calidad de gobierno, para lo que debemos entender el contexto político del periodo. Primero discutiremos funcionamiento del sistema fiscal del periodo, y su capacidad para extraer recursos de la población. Después su capacidad para generar consenso político entre los distintos actores sociales. En otras palabras, revisaremos su estabilidad política. Por último, evaluaremos la relación entre los recursos disponibles y los objetivos del gobierno. Todos estos factores están intrínsecamente relacionados y pesan de manera importante sobre el capital político y la legitimidad con la que cuenta el gobierno en dado momento. Como discutimos al inicio de este capítulo, el Estado mexicano se caracteriza en esta época por su fuerte tendencia regionalista. Por ello es indispensable evaluar el gobierno a nivel regional, por lo que al final analizaremos el caso de San Luis Potosí, estado que fungió como centro de operaciones del EOT.

---

<sup>89</sup> P. Guardino, *op. cit.*, p. 140.

El sistema fiscal colonial era bastante eficiente y lograba gravar a buena parte de la población, incluyendo a la Iglesia, los comerciantes y mineros. Durante las últimas décadas del s. XVIII la Corona logró sostener sus guerras europeas gracias a la aportación fiscal de la Nueva España. En la última década del s. XVIII los virreyes comenzaron un programa de “préstamos voluntarios” y “donativos forzosos” que lograron fiscalizar a gran parte de los sectores sociales novohispanos. Las deudas sobrepasaron los 35 millones de pesos en 1813 “provocando un proceso de descapitalización de importantes sectores sociales”, incluyendo a las corporaciones más poderosas.<sup>90</sup> Por ello, o a su pesar, hubo optimismo de que sin las cargas tributarias que drenaban el capital y el fin del monopolio colonial habría una época de prosperidad.

**Figura I.** *Diseño fiscal de la primera república federal (1824-1835)*



El diseño fiscal que resultó de las negociaciones entre intereses estatales y federales no cambió sustancialmente en todo el periodo (véase figura 1).<sup>91</sup> La federación obtuvo el control de los impuestos al comercio exterior en las aduanas marítimas y fronteras y se cedieron las

<sup>90</sup> Carlos Marichal, “Entre las guerras imperiales y las guerras de independencia: el virreinato de la Nueva España (1762-1812)”, *20/10 Historia*, 2012, núm. 1., pp. 73-86; B. Tenenbaum, *op. cit.*, pp. 19-33.

<sup>91</sup> Mi mayor deuda intelectual en todo lo que respecta al sistema fiscal del periodo es con el clásico de Bárbara Tenenbaum, *México en la época de los agiotistas, 1821-1857* y el exhaustivo libro de Jesús Hernández Jaimes, *La formación de la Hacienda pública mexicana y las tensiones centro-periferia, 1821-1835*.

contribuciones directas a los estados, con excepción de los territorios federales (principalmente el distrito federal). Las autoridades locales variaron en la forma de implementarlos y el éxito que alcanzaron, aunque por lo general la población se resistió a este tipo de tributación. Además de ello, las alcabalas representaron una importante fuente de ingresos para las arcas estatales. En cuanto al estanco de tabaco, fue una negociación complicada, en la que terminaron dividiéndose las ganancias en la mayor parte del periodo: la federación lo vendía en especie a los estados, que lo manufacturaban y comercializaban.<sup>92</sup> Para complementar al ingreso federal, que para algunos era alarmantemente insuficiente, se creó el contingente: una cuota que cada estado debía a la federación, supuestamente proporcional a los recursos y población de cada uno.<sup>93</sup>

La recaudación bajó el 57% con la transición al sistema fiscal de la República independiente. Los primeros años se sobrellevaron con los préstamos ingleses.<sup>94</sup> Pero además de que sus términos eran muy onerosos, se tuvo que hipotecar un tercio, y luego la mitad de los ingresos de aduanas marítimas. Aun con ello se acabaron los recursos para pagar en 1827. El valor de los bonos de deuda pública mexicana se desplomó en 1828. El gobierno tuvo que recurrir a agiotistas e intereses cada vez más grandes para financiarse. Aunque logró aumentar su recaudación a partir de 1830, principalmente por el incremento en ingresos aduaneros, el gasto en el ejército y las obligaciones de la deuda pública mantuvieron el déficit del erario (véase

---

<sup>92</sup> Véase Jesús Hernández Jaimes, *op. cit.*, pp. 167-171.

<sup>93</sup> La cuota era muy difícil de calcular por la falta de estadística, pero se intentó estimar el potencial tributario de cada estado. Luego se categorizaron de acuerdo con el supuesto potencial. La primera categoría le asignaba 6 reales por persona, la segunda 4.5, tercera 3.5, cuarta 3, quinta 2.5. La cuota se multiplicaba por el número de habitantes estimados en cada estado, respectivamente, para obtener el contingente. Este fue motivo de disputa entre estados y federación en todo el periodo. En algunos años fiscales se reducía a la mitad, como en 1826. En 1832 se cambiaron las imprácticas cuotas por porcentaje del ingreso (*Ibid.*, pp. 144 s.).

<sup>94</sup> La deuda inglesa consistió en dos contratos. El primero, negociado por Borja Migoni, fue el más desventajoso. Se pactó en 1824 con la casa Goldschmidt y compañía, y resultó en un préstamo por 16 millones de pesos con el 5% de interés anual. Borja Migoni aprovechó para vender a sus amigos en secreto bonos de la deuda al 58% por ciento de su valor, que luego revendieron al 84%. Por lo tanto, se robaron al aproximadamente el 42% de la venta de los bonos. Ya con los costos administrativos y comisiones descontadas, apenas llegaron 5, 686, 157 pesos. El segundo préstamo no involucró a Migoni y fue menos oneroso. Se contrataron 16 millones de pesos de deuda con la casa Barclay, Herring, Richardson y compañía, con el 6% de interés anual. Estos bonos se vendieron al 86.7% de su valor nominal. Del segundo préstamo, ya con descuentos, llegaron 11, 333, 298 pesos. Por ambos se recibió en total aproximadamente 17 millones de pesos, pero es imposible calcular el valor real por la fluctuación en el valor de los bonos. Ambas instituciones quebraron en 1826 por una crisis financiera en Europa (B. Tenenbaum, *op. cit.*, pp. 42-48; Jesús Hernández Jaimes, *op. cit.*, 2013, pp. 229 s.).

tabla 1.3). Como escribió Tenenbaum, el gobierno federal dependía casi por completo de los impuestos aduaneros, y el comercio exterior estuvo deprimido entre 1827 y 1832. Por más que se lo propusieran, ningún gobierno, federalista o centralista, logró aumentar la recaudación lo suficiente para cubrir los gastos del ejército y el Estado y además pagar los intereses de la deuda que crecieron como una bola de nieve con los años. El movimiento independentista consiguió el apoyo de varios segmentos de la población prometiendo acabar con los tributos “tiránicos”. La percepción social de que cualquier contribución era despótica sobrevivió por mucho tiempo. Esto, junto con incapacidad administrativa, limitó la capacidad de Hacienda de diversificar su recaudación con contribuciones directas de la población.<sup>95</sup>

Los centralistas sostenían que la federación era muy débil para obligar a los estados a pagar sus contribuciones, el contingente y su parte del estanco de tabaco. Pero como señala Hernández, en la década de los treinta estos ramos representaron un porcentaje muy pequeño de los ingresos federales. La principal fuente eran las aduanas marítimas, y luego las contribuciones del Distrito Federal que estaban bajo su jurisdicción. De 1825 a 1835, las tarifas de importaciones aportaron el 60% del presupuesto federal. Por ello el cambio de administraciones centralistas y federalistas no afectó significativamente la recaudación de impuestos ni al déficit, por lo menos entre finales de los veinte y 1835. Cuando los ingresos crecieron progresivamente a partir de 1830, no fue por el contingente, sino por las aduanas y los territorios federales. Y como reconoció Lerdo de Tejada, el libre comercio no era una opción ni para los liberales más radicales.<sup>96</sup> El régimen dependía de los impuestos al comercio exterior.

A su vez los egresos se multiplicaron por los gastos de la deuda, que creció exponencialmente, y el ejército (véase tabla 1.3). Y los “traficantes del dinero”, como los llamó un exfuncionario de hacienda en 1834, asechaban con voracidad los cofres de la recaudación y las aduanas. Hacienda entró a un círculo vicioso: el gobierno se quedaba pronto sin recursos aún para financiar sus funciones básicas porque tenía empeñadas las aduanas y gran parte de los ingresos iban a los acreedores. Entonces se veía en la necesidad de contratar nuevos préstamos con intereses desorbitantes con agiotistas, dando a cambio bonos de la deuda soberana que

---

<sup>95</sup> Jesús Hernández Jaimes, *op. cit.*, pp. 11-30 y 293-313; B. Tenenbaum, *op. cit.*, *passim*.

<sup>96</sup> Véase Jesús Hernández Jaimes, *op. cit.*, pp. 21 s y 193-247; B. Tenenbaum, *op. cit.*, pp. 50-61; Miguel Lerdo de Tejada, *op. cit.*, pp. 29-39.

podían cobrarse directamente en las aduanas.<sup>97</sup> Así se postergaba el círculo vicioso de las finanzas públicas. En palabras de Hernández: “una parte importante del aumento de los ingresos fue capitalizada por los acreedores del gobierno nacional, en su mayoría comerciantes, quienes tenían representantes pendientes del comportamiento de los ingresos arancelarios, es decir, que estaban prácticamente al acecho de los recursos de las aduanas”.<sup>98</sup>

**Tabla I.3. Gastos en el Ejército**

Periodos	Recaudación	Erogación	Gasto en el ejército	déficit
1829-30	<b>11,656,479</b>	<b>13,828,491</b>	<b>7,692,632 (55%)</b>	<b>2,172,012</b>
1830-31	<b>14,521,690</b>	<b>17,601,289</b>	<b>8,340,659 (47%)</b>	<b>3,079,599</b>
1831-32	<b>13,033,698</b>	<b>16,937,384</b>	<b>10,576,230 (62%)</b>	<b>3,903,686</b>
1832-33	<b>11,891,909</b>	<b>n.d.</b>	<b>n.d.</b>	<b>n.d.</b>
1833-34	<b>12,838,721</b>	<b>19,934,390</b>	<b>10,180,620 (52%)</b>	<b>7,095,769</b>
1834-35	<b>n.d.</b>	<b>n.d.</b>	<b>n.d.</b>	<b>n.d.</b>
1835-36	<b>17,036,042</b>	<b>28,876,024</b>	<b>7,686,926 (27%)</b>	<b>11,839,982</b>

Fuente: B. Tenenbaum, *op. cit.*, pp. 73 s.

El otro azote de la hacienda mexicana era la inestabilidad política. El pronunciamiento se desarrolló como el mecanismo político predominante en el sistema político mexicano en ausencia de un orden constitucional operante y legítimo. En la primera década de Independencia canalizó las demandas regionales por mayor autonomía política y en la década de los treinta comenzó a popularizarse y abarcar un mayor número de demandas. Aunque era una forma de protesta agresiva, fueron relativamente pacíficos hasta las guerras de la década de los cuarenta y cincuenta, porque rara vez terminaban en conflicto armado abierto. No eran “revoluciones” en el sentido estricto, sino mecanismos de oposición política y “negociación forzada”. Un grupo, que podía proceder de un amplio espectro de la sociedad mexicana, desde un caudillo, un gobierno estatal o los vecinos principales de un pueblo, pero frecuentemente involucraba a un grupo de oficiales del ejército, publicaba un plan de insubordinación contra los designios de alguna autoridad. Esta podía ser desde el gobierno federal, alguno de sus componentes, hasta las

<sup>97</sup> Para más información sobre el agiotismo y sus protagonistas véase B. Tenenbaum, *op. cit.*

<sup>98</sup> Jesús Hernández Jaimes, *op. cit.*, p. 309.

autoridades locales. El objetivo era obligar a negociar o claudicar a dicha autoridad acumulando adhesiones al plan original en el resto del país. Las proclamas eran distribuidas en la medida de lo posible con panfletos y la prensa. Para conseguir un efecto domino, los pronunciados buscaban con antelación apoyo de otros actores, ofreciendo alguna recompensa a cambio.<sup>99</sup>

Santa Anna estaba bien versado en la política del pronunciamiento. En 1832 surgió uno en el puerto de Veracruz, con el jalapeño como su líder designado. Como explica Josefina Vázquez, siguió la mecánica usual: “Se eligió un punto neurálgico que proporcionara entradas aduanales, el apoyo económico de comerciantes mediante descuentos a los aranceles a las importaciones y el ofrecimiento de la dirección a un líder destacado para garantizar el éxito”. Para conseguir apoyo mandaron cartas y agentes políticos y militares a los opositores de las demás regiones, además de a comandancias generales y autoridades estatales. La administración a su vez envió las circulares respectivas para que las autoridades se decantaran en su favor. Entonces comenzaron las adhesiones a uno y otro bando, que eran reportadas en el *Registro Oficial*, el periódico gubernamental.<sup>100</sup> Como se verá en el siguiente capítulo, su gobierno siguió un procedimiento similar cuando buscó reunir apoyo y movilizar recursos para la respuesta a la amenaza texana a finales de 1835. En este caso la mayoría del ejército permanente se mantuvo leal a Bustamante, que al principio pareció controlar la situación. Pero sus tropas no lograron tomar el puerto de Veracruz dónde se refugió el caudillo jalapeño, quién tenía resistencia a la fiebre amarilla.<sup>101</sup> La aduana de Veracruz aportaba entre 22.5% y 48.8% del ingreso nacional en el periodo, por lo que el gobierno perdió una fuente importante de ingresos.<sup>102</sup> Pronto tuvo que endeudarse para sostener la movilización del ejército. Poco a poco otros caudillos, estados y autoridades locales se adhirieron al movimiento. Bustamante claudicó en finales de 1832.

---

<sup>99</sup> Will Fowler, *Independent Mexico. The pronunciamiento in the Age of Santa Anna, 1821-1854*, Nebraska, University Press, 2016, pp. 246-256; Su dinámica, en palabras de Fowler, “was one based on threats and counter-threats, in which rebels and government officials waited to see how much support the original pronunciamiento received before deciding whether negotiation would be necessary, or whether one side or the other would have no choice but to back down” (*Ibid.* (ed.), *Forceful Negotiations. The Origins of the Pronunciamiento in Nineteenth-Century Mexico*, Nebraska, University Press, 2010, p. xx).

<sup>100</sup> Josefina Z. Vázquez, *Dos décadas de desilusiones, en búsqueda de una fórmula adecuada de gobierno (1832-1854)*, México, COLMEX/Insituto Mora, 2009, p. 21.

<sup>101</sup> Will Fowler, *Santa Anna of Mexico*, Nebraska, University Press, 2007, pp. 1-22.

<sup>102</sup> B. Tenenbaum, *op. cit.*, p. 42.



En febrero de 1833 se realizaron elecciones para congresos estatales y federal y en marzo las presidenciales. Santa Anna llegó a su primera de muchas presidencias tras un pronunciamiento orquestado hábilmente. Como acostumbró a partir de entonces, se retiró a sus haciendas en cuanto pudo, dejando a cargo al vicepresidente Valentín Gómez Farías. La nueva administración tuvo que aceptar la deuda que contrajo Bustamante, que se estimó en 15 millones de pesos, cuando fue obligada por circunstancias similares a financiarse.<sup>103</sup> Para colmo, en la segunda parte de 1833 la epidemia de cólera paralizó la economía y los ingresos de la tesorería.<sup>104</sup> La administración liberal buscó solucionar la crisis fiscal con los bienes de la Iglesia. Redujo lo más posible al ejército permanente, la mano armada del centralismo, en favor de las milicias cívicas (que implicaría menos gastos para la federación y más poder para los estados). El proyecto fracasó estrepitosamente, al enfrentar simultáneamente a los grupos de interés más poderosos del país, y una oleada tras otra de pronunciamientos. La primera tentativa fue en mayo, cuando las autoridades de Morelia se pronunciaron en contra del gobierno michoacano. La inestabilidad política ya se replicaba a nivel estatal, lo que quizá contribuyó, junto con la amenaza de secesiones territoriales, a que dos años después se rompiera el pacto federal en favor del centralismo.<sup>105</sup>

El pronunciamiento de Morelia apoyaba al clero y al ejército, y se adscribió el supuesto patronazgo de Santa Anna. No logró muchas adhesiones ni el apoyo (explícito) del presidente. Pero un mes después estuvo más cerca de prenderse la mecha, cuando hizo lo propio Gabriel Durán en Tlalpan, con la misma consigna antirradical. La proclama consiguió más adhesiones y puso en una situación difícil a la administración de Farías. El gobierno tuvo que enfrentarla al mismo tiempo que el cólera diezmaba a la población. Como su antecesor, tuvo que recurrir a los traficantes del dinero. Además, recrudesció los ánimos con la ley Caso para la expulsión de los opositores. El gobierno logró sobrevivir a la oleada, que Santa Anna contribuyó a apaciguar. Pero en 1834 habría aún más tumulto.<sup>106</sup>

---

<sup>103</sup> Jesús Hernández Jaimes, *op. cit.*, pp. 365 s.

<sup>104</sup> Miguel María de Azcarate, *op. cit.*, pp. 2-18.

<sup>105</sup> Véase J. Z. Vázquez, *op. cit.*; Will Fowler, *Independent Mexico. The pronunciamiento in the Age of Santa Anna, 1821-1854*, Nebraska, University Press, 2016, pp. 169-174; Michael P. Costeloe, *La primera república federal de México (1824-1835)*, México, FCE, 1975, pp. 189-217; *ibid.*, “Valentín Gómez Farías: Perception of Radicalism in Independent Mexico, 1821-1847”, *Bulletin of Latin American Research*, 1996, núm. 1, pp. 39-62.

<sup>106</sup> *Loc. Cit.*

Los últimos dos años de la primera República Federal fueron agonizantes y caóticos. La tensión política y los pronunciamientos se acumularon conforme algunos estados y el congreso federal discutían y decretaban medidas contra los privilegios del clero y el ejército. Los planes y pronunciamientos en defensa a la religión no tardaron en aparecer por todo el país. Y los caudillos militares y altos mandos del ejército no se quedaron con las manos cruzadas. La administración de Farías terminó perdiendo el apoyo hasta de los moderados y Santa Anna, muy pendiente del ambiente político, aprovechó el momento para ponerse al frente de la más reciente avalancha de pronunciamientos. El 25 de mayo de 1834 “en la villa de Cuernavaca, apareció otro plan, que reuniendo los principios contenidos y manifestados en los anteriores, agregaba la proclamación o sea la declaración manifiesta en favor del gobierno del presidente Santa Anna”.<sup>107</sup> El plan de Cuernavaca, que se pronunció contra el Congreso, designaba a Santa Anna como única autoridad legítima y “se generalizó tanto[...] que al fin lo abrazaron todos los estados”.<sup>108</sup> El caudillo regresó a la Ciudad de México para disolver al legislativo y anular los decretos con el respaldo del Plan de Cuernavaca.<sup>109</sup> Aunque es conocido por su recurrente cambio de chaqueta, tenía la convicción, ya por interés o por principio, de mantener al ejército permanente fuerte y las milicias cívicas reducidas.<sup>110</sup> Pero la administración anterior desbandó a buena parte del ejército (especialmente la cercana a A. Bustamante). La pila de deudas, por si no fuera poco, siguió creciendo.

La supresión del Congreso en 1834, aún si gozó de cierta legitimidad bajo el auspicio del plan de Cuernavaca, por lo menos según el santanismo, sólo consiguió empeorar la situación. Varios estados se terminarían revelando para defender al sistema federal. Querétaro, Puebla y Jalisco se coaligaron y las luchas se prolongaron todo el año. Al inicio el nuevo gobierno sobrevivió en buena medida por Zacatecas, el estado con la milicia más poderosa (rondaba los 20,000 efectivos), cuyos políticos moderados pactaron con Santa Anna, quien tuvo cuidado de reafirmar todo el año su compromiso con la constitución federal. En el fondo su propósito

---

<sup>107</sup> José María Bocanegra, *Memorias para la Historia de México Independiente 1822-1846*, México, 1892, p. 547.

<sup>108</sup> J. M. Bocanegra, *op. cit.*, p. 551.

<sup>109</sup> J. A. Serrano Ortega y J. Z. Vázquez, “El nuevo orden”, pp. 414 ss; Michael P. Costeloe, *op. cit.*, pp. 189-217

<sup>110</sup> Para un interesante análisis de la ideología santanista, véase Will Fowler, “El pensamiento político de los santanistas, 1821-1855”, en *Historia y nación en el siglo XIX mexicano, passim*.

siempre fue, en palabras de Bocanegra, “poner un dique al torrente de la exaltación de los partidos” y no defender a la federación.<sup>111</sup> Por ello, el siguiente año, el santanismo, al igual que muchas corrientes políticas moderadas u oportunistas, optó por la república central, que en teoría reduciría la anarquía que había gobernado a la federación y a su vez conservaría el régimen republicano, que los más conservadores ya pensaban sustituir con una monarquía.

El primer mes de 1835 el gobierno tuvo un breve respiro y Santa Anna se retiró a Manga de Clavo, dejando a su mano derecha y publicista José María Tornel a cargo del Ministerio de Guerra y a Miguel Barragán como presidente interino. La “facción santanista”, como la llama Fowler, fue representativa de la moderación de muchos políticos tras los desórdenes que provocaron las movilizaciones populares. Tras el fracaso del Imperio, muchos políticos como Tornel y José María Bocanegra, otro santanista, se volvieron republicanos. Como Santa Anna, eran criollos de formación liberal. Según Fowler, los desórdenes populares de finales de los veinte y la anarquía política los trastornaron tanto que se volvieron escépticos de la participación popular en la política y la vertiente radical. Por eso cuando en 1829 Bustamante se pronunció contra el régimen federalista de Guerrero, Santa Anna no defendió a quien fue su aliado por considerar que los radicales lo manipulaban. Para 1835 la mayoría de los santanistas eran liberales moderados, que creían en reformas graduales y mesura política, por lo que rompieron con la administración dirigida por Gómez Farías. El riesgo de secesiones de territorio, como ocurrió en Texas en 1836, los convenció de la necesidad un ejército regular fuerte que brindara una defensa unitaria del territorio, en lugar de depender de las milicias estatales que alimentaban al faccionalismo.<sup>112</sup> Los santanistas se vanagloriaban defensores de la voluntad popular que rechazaban los intereses de partido. Como Bocanegra, que fue senador por el estado de Zacatecas y magistrado de la Suprema Corte de Justicia en el periodo, escribió: “¡Cuán injusto y ciego es siempre el espíritu de partido!”<sup>113</sup>

Mientras la facción santanista gobernaba en el centro del país, corrió la noticia de los planes para suprimir las milicias cívicas. En febrero y marzo Santa Anna tuvo que pacificar

---

<sup>111</sup> J. M. Bocanegra, *op. cit.*, p. 551.

<sup>112</sup> Will Fowler, “El pensamiento político de los santanistas, 1821-1855”, en *Historia y nación en el siglo XIX mexicano*, pp. 185-200.

<sup>113</sup> J. M. Bocanegra, *op. cit.*, p. 556.

sublevados en San Juan de Ulúa. Luego Juan Álvarez se pronunció en Taxco contra el gobierno. En abril llegó noticia a la capital de la revuelta en Zacatecas, que no estaba dispuesta a perder su milicia. Una vez más partió Santa Anna. En mayo consiguió la rendición de la milicia zacatecana, cuyos líderes se fugaron. Tras ello, hubo un pequeño respiro para el gobierno y Santa Anna pudo regresar a sus haciendas en julio. Pero en estos meses ya comenzaba a hacer ebullición el conflicto en Coahuila y Texas. Además, ya se veía venir el proyecto centralista, que no sólo tendría que enfrentar los usuales pronunciamientos de la oposición, sino amenazas serias de secesión política. El gobierno estaba pendiente de la situación en Texas, pero en lo que se definía el nuevo régimen se dejó a cargo al general de brigada Martín Perfecto de Cos. Mientras tanto, José María Tornel se dedicó a implementar el rescate al ejército y la reducción de milicias. Tras meses de incertidumbre, a partir de octubre se empezó a perfilar un nuevo orden constitucional centralista.

Además de reaccionar contra las reformas del Congreso de 1833, las élites tanto del centro cuanto regionales vieron con horror las revueltas y motines populares que habían ocurrido con la floración de milicias a partir del reglamento de 1827. Además de los saqueos del mercado de productos de lujo del Parían y los pronunciamientos populares por todo el país a favor de la expulsión de españoles y forasteros, muchos cuerpos de milicia se salieron de control. Los vecinos principales de los cabildos menos afluentes aprovecharon su formación para pronunciarse en favor de causas populares y locales. Como encontraron Chust y Serrano, el fervor de las tensiones sociales y lo propenso de algunas milicias a motines y autarquía representaba una seria amenaza para el control de las clases sociales dominantes, por lo que buscaron disminuir los elementos populares de la milicia.<sup>114</sup>

Como sus contemporáneos lamentaban, el Estado mexicano, bajo los criterios expuestos, tenía en muchos sentidos un gobierno muy deficiente. Su única fuente de ingresos confiable eran aduanas y alcabalas, que lo hacían vulnerable a las vicisitudes del comercio exterior, bloques navales, la ambición de los acreedores y a pronunciamientos. Los pocos recursos que le llegaban se esfumaban rápidamente con la voracidad de los agiotistas, los gastos en el ejército y la lealtad política. Las autoridades civiles solían encontrarse a merced de los

---

<sup>114</sup> M. Chust y J. A. Serrano Ortega, “Milicia y revolución liberal en España y México”, en *Las armas de la nación*, pp. 105-108; M. P. Costeloe, *op. cit.*, pp. 243 ss.

caudillos, que contaban con recursos para orquestar pronunciamientos y eran los únicos que podían sustentarlos con movilización militar. Los santanistas quedaron a cargo de un Estado que ellos mismos habían ayudado a atrofiar. Como veremos en breve, los medios constitucionales y legales que tenían a su alcance carecían de legitimidad y solvencia financiera para ser efectivos. En cambio, el capital político que tenían iba de la mano con el caudillaje y otros mecanismos informales de movilización política y militar como el pronunciamiento. Como descubrieron una y otra vez los políticos de la época, una cosa era llegar al poder y otra muy diferente gobernar de facto.

Aún bajo estas circunstancias poco alentadoras nadie se atrevió a dar por perdido Texas. Cuando a finales de 1835 estaba amenazada la soberanía nacional, Santa Anna era el hombre del momento. José Ramón Malo, congresista conservador, anotaba en estas fechas que “el general Santa Anna ha llegado a ser sumamente necesario para dar regularidad a la cosa pública y para contener los avances de la ambición, pues hoy todos los que se creen con derecho al mando giran a su derredor como satélites, y no salen de su órbita”.<sup>115</sup> Aunque el país estuviese en cierta medida fragmentado políticamente, en momentos en los que la integridad misma del Estado se encontraba amenazada se esperaba que el caudillo del momento acudiese al llamado. Este personaje, tan satanizado por la historiografía mexicana, no sólo tenía las relaciones clientelares y de patronazgo necesarias para financiar y movilizar ejércitos, sino que gozaba de cierta legitimidad en aquel momento como “el benemérito héroe de Tampico”. Aunque más tarde se degradó su reputación y sus escrúpulos, aún podía alegar que actuaba en favor de la voluntad popular y contra el faccionalismo.<sup>116</sup>

Aunque el caudillo ocupó varias veces el ejecutivo, lo suyo no era la administración de gobierno. Mientras podía aguardaba expectante en su hacienda Manga de Clavo, pendiente del ambiente político y los pronunciamientos que debía atender. Dejó a cargo del fortalecimiento del ejército a José María Tornel, quien ayudó a glorificar su imagen pública y fue uno de sus principales operadores políticos.<sup>117</sup>

---

<sup>115</sup> José Ramón Malo, *Diario de sucesos notables (1832-1853)*, Mariano Cuevas (comp.), México, Patria, 1848, tomo 1, p. 99.

<sup>116</sup> Véase Will Fowler, *Santa Anna of Mexico*, Nebraska, University Press, 2007.

<sup>117</sup> Will Fowler, “El pensamiento político de los santanistas, 1821-1855”, en *Historia y nación en el siglo XIX mexicano*, p. 183.

Tornel se caracterizó, de acuerdo con Vázquez Mantecón, por “su cercanía con los poderosos y, sobre todas las cosas, su facilidad para tener a la mano la palabra apologética y adecuada a las cambiantes circunstancias”.<sup>118</sup> Es el epítome del político/militar que ascendió la jerarquía alineándose siempre con el bando ganador y lisonjeando al poderoso del momento, una suerte de proselitista de profesión. Logró que Iturbide lo ascendiera a teniente coronel a pesar de carecer de experiencia en combate, con la recomendación de Santa Anna. Después de iturbidista, se volvió secretario de Guadalupe Victoria y yorkino recalcitrante -era de los que asistían a las polémicas reuniones de Poinsett, el enviado plenipotenciario norteamericano- y líder de su logia “India Azteca”. A finales de la década se unió a los que clamaban la expulsión de españoles como congresista, mientras al mismo tiempo en sus funciones como gobernador del Distrito Federal fue acusado en más de una ocasión de vender permisos de estadía y expulsar a sus enemigos. Además de su salario de diputado y gobernador, recibía de coronel, para un total de cuatro mil pesos anuales, contribuyendo a la sobrecarga fiscal del ejército, que mantenía un número excesivo de oficiales.<sup>119</sup> Después fue enviado como ministro plenipotenciario a EU, pero mientras se embarcaba a su destino el gobierno de Guerrero colapsó. Aun así se reportó con el gobierno estadounidense y logró que Lucas Alamán, nuevo ministro de relaciones exteriores, ratificara su cargo. Pero para inicios de 1831 aceptaron su renuncia, tras generar polémica por excederse en sus gastos y descuidar su correspondencia “reservada” al gobierno, que terminó en manos de Poinsett. Pero tendría una nueva oportunidad en 1833, cuando publicó una memoria arengando a la nueva administración y al “héroe de Tampico”. A los pocos días Santa Anna reconoció su talento y le encargó el discurso para la toma de posesión. Fue nombrado gobernador del Distrito Federal nuevamente, con la misión de acallar cualquier crítica al caudillo jalapeño. También ayudó a orquestar los pronunciamientos en contra de las reformas del congreso liberal, distribuyendo planes y consiguiendo firmas y adhesiones. Fue el encargado de adherir las alcaldías y demás corporaciones en la Ciudad de México para dar el golpe final a la

---

<sup>118</sup> María del Carmen Vázquez Mantecón, *La palabra del poder. Vida pública de José María Tornel 1795-1853*, México, UNAM, 2008, p. 44. Recomiendo mucha esta biografía política, muy bien escrita y sustentada en una investigación documental intensiva. Por ello sirvió como fuente de información principal sobre Tornel. Véase también Will Fowler, *Tornel and Santa Anna: the writer and the caudillo, Mexico, 1795-1853*, Westport, Greenwood, 2000.

<sup>119</sup> G. Kahle, *op. cit.*, pp. 241 ss.

administración de Farías en 1834. Al siguiente año lo recompensaron con el puesto de ministro de Guerra, en el que le tocó lidiar con la guerra de Texas.<sup>120</sup>

Como ministro de guerra mandó reducir a las milicias cívicas, a razón de que alimentaban al faccionalismo político. Argumentó que eran una masa informe, indisciplinada y dañina para la economía local, y que en lugar de dar seguridad la quebrantaban. Con el decreto sobre milicia cívica del 24 de marzo de 1835 se limitó el número de milicias a no más de un miliciano por cada quinientos habitantes. Su segundo objetivo era reducir la desertión y “desmoralización” de los soldados del ejército permanente. Para ello incitó a los estados a elevar la calidad de los reemplazos, lo que muchos en su posición ya habían intentado inútilmente desde 1826.<sup>121</sup> En circular del 22 de diciembre de 1835 a los departamentos (otrora estados) el secretario de Guerra señala las prioridades del nuevo gobierno: tomar medidas para cortar de raíz el vicio de la desertión. Para ello exhortaba a las autoridades que verificasen correctamente su contingente de sangre, siguiendo los reglamentos, en especial el artículo segundo de la 12va ley del congreso constituyente de 1824 (basado en la ordenanza real de 1767). Esta eximía a casados, padres de familia y transeúntes del reclutamiento. Pero el inspector de milicia permanente le informó que “con suma repetición, se me están presentando memorias de las deudas de muchos reemplazos [...] alegando que son casados y que además tienen porción de hijos [...] cuyas circunstancias los hacen ciertamente inútiles para el servicio de las armas”.<sup>122</sup> Por esta razón sobrevivieron “muchas de las causas que originan la desertión [...] y aun suponiendo que no se deserten [...] las divisiones compuestas de estos semejantes, no serían más que tribus ambulantes y demasiado pesadas para los movimientos de campaña cuyo mal es también muy grave”.<sup>123</sup> He ahí una descripción acertada del ejército mexicano en campaña. Como ya discutimos, cuando un padre de familia era levantado en la leva corría el riesgo de dejar a su prole en la miseria. Entonces muchas familias seguían a los reclutas y formaban la soldadera.<sup>124</sup> El EOT, como gran parte de los ejércitos del periodo, tuvo su soldadera.

---

<sup>120</sup> María del Carmen Vázquez Mantecón, *La palabra del poder. Vida pública de José María Tornel 1795-1853*, México, UNAM, 2008, pp. 45-124.

<sup>121</sup> J. A. Serrano Ortega, *op. cit.*, pp. 55 s.

<sup>122</sup> AHESLP, SGG, caja 1835.3, 335, folder 6.

<sup>123</sup> *Loc. Cit.*

<sup>124</sup> P. Guardino, *op. cit.*, pp. 61-64.

A pesar de los esfuerzos de Tornel y otros ministros de guerra, los mecanismos de reclutamiento no cambiaron. Por más que insistieran en la selección del reemplazo de acuerdo a la ley, las víctimas de la leva siguieron desertando en la primera oportunidad. Muchos de los funcionarios encargados del reclutamiento ni siquiera tenían a la mano los reglamentos en la materia por la escasez de ejemplares.<sup>125</sup> Tendieron a reclutar ya de forma arbitraria o como medio de control social. Las víctimas más frecuentes eran quienes tenían mala reputación en la comunidad, ya por alguna violación al código familiar (como adulterio, maltrato o abandono de padres envejecidos) o por vagancia (borrachos y apostadores) y los transeúntes. Pero cabe señalar que quien se encontrara en el lugar y momento equivocado podía caer en alguna redada.

Las circunstancias socioeconómicas y políticas en el momento también incentivaban a los estados y ayuntamientos a proceder conforme a la leva que habían practicado desde la Colonia. No tenían incentivos para sacrificar sus propios recursos en consolidar un ejército respetable que amenace su autonomía. Además, como señala J. A. Serrano, se desarrolló un círculo vicioso por la constante deserción y conflictos militares, que obligaban al Ministerio de Guerra a exigir una cantidad de reemplazos que pondrían en riesgo al entramado social de los estados si se llevaban a cabo con sorteos. A su vez la población era renuente a alistarse voluntariamente al ejército cuando debían abandonar su hogar y sólo podían esperar a cambio un salario mísero irregular y hambres, y el prospecto de la ruina económica familiar y los daños a la reputación por la estigmatización social del servicio militar, reservado al paria social.<sup>126</sup>

Por lo tanto, a pesar de constantes misivas del gobierno, que exhortaba a las autoridades a tratar bien a los reclutas y pagarles sus salarios sin faltas, no prosperaron las alternativas a la leva. La falta de legitimidad y estabilidad política, el estancamiento demográfico y la incapacidad fiscal hacía de la leva el método de reclutamiento preeminente. Por último, es importante analizar la situación en el lugar designado para la reunión del EOT. Según Santa Anna aportó con no menos de la mitad de los nuevos reclutas, además de su batallón activo y recursos.<sup>127</sup>

---

<sup>125</sup> Razón por la cual la imprenta Galván publicó en 1833 el *Reglamento de la milicia activa, y general de la cívica de la República mejicana, con la particular de la segunda en el Distrito Federal*.

<sup>126</sup> J. A. Serrano Ortega, *op. cit.*, pp. 44 ss, 78 y 112; P. Guardino, *op. cit.*, pp. 52-56.

<sup>127</sup> *Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos del 10 de mayo de 1837*, p. 127.



*Sociedad y gobierno en San Luis Potosí*

El caso de San Luis Potosí muestra los diferentes ángulos de las dificultades socioeconómicas que venían desde la insurgencia y el costo de la inestabilidad política para la capacidad militar. En 1835, los prefectos y subprefectos de cada departamento del estado reportaban la situación de la industria y la seguridad en sus municipios, según circular del 26 de mayo de 1831. El subprefecto de Catorce escribió que las “minas comenzaron a dar sus frutos de alguna ley, más han vuelto a bajar. Pero no se hallan en el estado de decadencia que antes y con esto el comercio ha subido un poco”. Aunque el año parecía ser regular, se avisaba escasez de semillas, que subieron su precio hasta seis pesos la fanega de maíz.<sup>128</sup>

En Matehuala hubo un altercado en el que resultaron algunos heridos y golpeados, “con motivo de haber puesto en seguridad a dos hombres que se iban a remitir a esta villa para completar el número de los que aquellas autoridades habían pedido para auxiliar al Ejército de Operaciones sobre Zacatecas”. Aunado a ello, el comercio “se halla muy abatido por la esterilidad de las minas que ni aun esperanzas dan de que algún fruto pueda remediar este mal” que se agravaba por la carestía del azogue necesario para la explotación. Los artesanos de jorongos y los agricultores se encontraban abatidos por la poca actividad comercial. Al igual que en Catorce, los productos agrícolas estaban encarecidos y había peligro de escasez de semillas.<sup>129</sup>

El panorama que pintan las autoridades locales, aunque se admita exagerado, es desalentador para la movilización de recursos y manos para la campaña de Texas. La actividad minera seguía algo deprimida, y ello afectaba al resto de la población que dependía de los ingresos de susodicha actividad. Los artesanos en particular se encontraban en una situación paupérrima. La agricultura también sufría tras dos años de escasas de granos y lluvias,<sup>130</sup> por lo que algunos subprefectos temían que sí no se repartían granos habría riesgo de hambruna. Aunado a ello ya había tensión social por la leva y la tesorería, como la federal, estaba corta de fondos. En algunos municipios faltaba el dinero hasta para las funciones públicas básicas, como el papel<sup>131</sup> y la

---

<sup>128</sup> AHESLP, SGG, 1835.1, 333, folder 1.

<sup>129</sup> AHESLP, SGG, 1835.1, 333, folder 1.

<sup>130</sup> *Desastres agrícolas en México. Catálogo histórico*, t. 2: Antonio Escobar Ohmstede, *Siglo XIX (1822-1900)*, México, CIESAS/FCE, 2004, pp. 57 s, 259 s y 263.

<sup>131</sup> AHESLP, SGG, 1835.3, 335, folder 6.

correspondencia.<sup>132</sup> Las circunstancias del estado no eran muy favorables para recibir un ejército de operaciones que además tendría que alimentar y surtir de reclutas.

En 1835 el gobierno estatal se ocupaba con la reducción y desarme de las milicias revoltosas: “considerando que el foco de la revolución en este estado existe en el departamento de Rioverde” se ordenó recoger el armamento de su milicia al coronel Manuel Romero para remitirla a la capital del estado.<sup>133</sup> Además, se sustituyeron las guarniciones de la milicia local con tropa permanente en sitios “revoltosos”, como Rioverde. El coronel fue a reforzar la seguridad del lugar con una partida de 30 hombres y retirar a sus casas a los milicianos. Siguiendo los argumentos del ministro Tornel, el gobierno del estado decía que estas milicias eran una carga innecesaria para el presupuesto estatal cuando había tropas permanentes cercanas. Al excomandante de la milicia de Rioverde se le ordenó disponer de cuarenta o cincuenta hombres de caballería para el coronel Romero cuando este lo requiriese, pero cobrando sus haberes por cuenta de la federación.<sup>134</sup> En este punto las autoridades simplemente optaron por poner a cargo del oficial de la permanente lo que antes era la caballería cívica.

El caso de Matchuala, dónde también se relevó a la guarnición, es muy interesante porque reúne varias de las problemáticas del momento. Pronto la nueva guardia que reemplazó a los cívicos quedó en condiciones igual de decadentes. Según su comandante, la infantería cívica del lugar había sido muy respetable, pero quedó reducida a tan sólo diez hombres “y quizás los más viciosos y desmoralizados, que en vez de ayudar a la conservación del orden, la alteran por sus continuas faltas”. Por ello solicitó que fuese relevada totalmente y se pusiese al mando a un oficial “de autoridad” que haga cumplir el deber del cuerpo. Por ser “uno de los puntos en que hay muchos vecinos inquietos”, el estado mandó reemplazar la fuerza. Pero sólo llegó un pequeño destacamento de un sargento, un cabo y cinco soldados de la compañía de granaderos del Venado porque desertaron trece soldados. Su comandante además lamentó que se llevaron consigo municiones, bayonetas y correaje, dejando sin los pertrechos necesarios al contingente.<sup>135</sup>

---

<sup>132</sup> AHESLP, SGG, 1835.4, 336, folder 5.

<sup>133</sup> Este recogió, además de lo que entregaron los prefectos locales, unos uniformes de paño, tres cartucheras, una canana, dos sables, una lanza y una carabina (AHESLP, SGG, caja 1835.3, 335, folder 4).

<sup>134</sup> AHESLP, SGG, caja 1835.1, 333, folder 3.

<sup>135</sup> AHESLP, SGG, caja 1835.1, 333, folder 3.

El gobierno del estado dispuso cubrir a la brevedad las bajas, pero con dispendio “sólo por esta vez” a los desertores que se presentasen, considerando que “el socorro no les alcanzaba para sobrevivir separados de sus familias”. Se dieron instrucciones para que en lo sucesivo se les abonara su salario íntegro, “con cuyo pago se contendría el abuso”, como había escrito en su circular Tornel. Para cumplir con los pagos, que correspondían a la federación, se descontó de la cuenta del contingente, ya que la subcomisaría del ejército permanente carecía de los fondos necesarios.<sup>136</sup>

La situación fiscal y económica del país impedía que los pagos a los soldados pudiesen ser regulares e íntegros. Pero mientras la tropa de la compañía del Venado se veía alentada a desertar por falta de subsistencia, la misma subcomisaría entregó diez mil pesos del presupuesto sobrante a Cayetano Rubio en el mes de julio y luego todo lo que sobró del mes de mayo, veintidós mil novecientos noventa y cinco pesos.<sup>137</sup> Cayetano Rubio era uno de los agiotistas importantes de la época, que solían ser los primeros en cobrar sus adeudos. Más adelante volveremos a hablar de Rubio y del préstamo de su casa comercial a Santa Anna en San Luis para financiar al EOT.

La meta del gobierno estatal no sólo era desbandar a las últimas milicias populares, sino desarmar al pueblo. Para ello decretó, junto a la persecución de desertores, la recolección las armas y munición en poder de particulares, incluidas las que hayan sido para la milicia.<sup>138</sup> Debían entregarse a la primera autoridad de cada municipio, que gratificaría su entrega con una cantidad aproximada a su valor con fondos del municipio o estado. Para conservarlas por razones de seguridad de algún pueblo o finca de campo se debía tramitar una licencia. Pasados los 20 días de entrada en vigor del decreto habría recompensa a quienes reportasen la posesión o venta de armas y multas -del triple del valor de lo confiscado- para los que incumpliesen con las disposiciones. También se prohibió toda compraventa e intercambio de pertrechos.<sup>139</sup>

---

<sup>136</sup> “Siendo sus vencimientos mensuales de cuenta de la Federación, aunque por la escasez de esta subcomisaría, se verifica el pago de los fondos del estado en cuenta de la deuda de contingente” (*Loc. Cit*).

<sup>137</sup> AHESLP, SGG, 1835.2, 334, folder 5.

<sup>138</sup> AHESLP, SGG, caja 1835.1, 333, folder 10.

<sup>139</sup> AHESLP, SGG, caja 1835.4, 337, folder 2; Estas disposiciones parecen no haber tenido mucho éxito. En la villa de la Hedionda el alcalde segundo apenas logró confiscar a la milicia tres caballos inservibles, unas chaquetas y 16 machetes sin cubierta. Estos se hallaban en poder de un individuo que había sido

El cabildo de San Luis Potosí también ordenó a las autoridades locales vigilar reuniones sospechosas, depósito o tránsito de armas, y reportar “todo lo que tienda a planes revolucionarios”.<sup>140</sup> Esto dio algunos frutos en el municipio de San Luis de la Paz, donde se reportó a los hermanos González “reuniendo gente en casas viejas”. Los hermanos, que presuntamente contaban con una fuerza de 70 hombres, “cometieron tropelías” para hacerse de los mejores caballos y sillas de la localidad, por lo que el subprefecto tomó las medidas necesarias para perseguirlos con los auxiliares del municipio. También se informó al comandante general del estado para que tomase las providencias adecuadas y estuviese listo para asistir a las autoridades en caso de rebelión.<sup>141</sup>

Además de la reducción de milicias, se distribuyó un nuevo reglamento de reemplazos que buscaba imponer el sorteo y que las autoridades estatales encargadas fuesen acompañadas por un oficial y un cirujano del ejército que verificasen la calidad de los contingentes de sangre. El documento, como vimos arriba, indicaba que para detener la desertión había que tratar con dignidad a los reclutas. Aunque San Luis Potosí, como comprobamos, sí redujo su milicia, en especial en donde se había pronunciado de manera independiente, sus reemplazos para el ejército siguieron siendo lo que las autoridades tomaban por vagos y reos.<sup>142</sup> Unos y otros eran tratados de la misma manera. Por ejemplo, en mayo el juzgado tercero de la Hedionda le pidió al administrador de rentas de la misma villa un libramiento de un peso con tres reales para cubrir los gastos del transporte de un reo, dos desertores y un recluta. Fueron escoltados a cuerda por cuatro soldados y un cabo hasta la ciudad de Catorce. Además, se añadió el costo de tres reales y medio en un “bagaje” para uno de los “presos” (no se especifica de cuál se trataba) porque iba enfermo.<sup>143</sup>

Por lo tanto, San Luis Potosí muestra de forma representativa el estado en que se encontraban las manos armadas en el momento en que se necesitó un ejército para marchar

---

encargado de la cívica. En la prefectura del Venado sólo lograron decomisar cuatro prendas de munición (AHESLP, SGG, caja 1835.3, 335, folder 4).

<sup>140</sup> AHESLP, SGG, caja 1835.2, 334, folder 3.

<sup>141</sup> AHESLP, SGG, caja 1835.2, 334, folder 3.

<sup>142</sup> J. A. Serrano Ortega, *op. cit.*, pp. 68-74.

<sup>143</sup> AHESLP, SGG, caja 1835.3, 335, folder 4.

sobre Texas. La tropa del ejército permanente y la milicia cívica en algunos casos sólo cambiaba en el nombre, y ambos cuerpos vivían en condiciones deplorables. Guarniciones enteras podían desaparecer de un día a otro, por mera supervivencia. Si estos cuerpos apenas eran suficientes para guarecer los puntos más revoltosos, no sobraban elementos para ocupar para una expedición militar. Aunque nominalmente había alrededor de 38,715 efectivos armados en todo el país, el caso de San Luis Potosí parece demostrar que en realidad eran mucho menos por los problemas de la desertión y manutención adecuada. Además, estaban embrolladas y absorbidas por los conflictos entre las distintas clases socioeconómicas, aún dentro de los estados, en torno a quienes tenían el derecho a blandir armas y, en términos weberianos, ejercer el monopolio de la violencia legítima. San Luis Potosí muestra la importancia que tenía esta lucha en el momento de la guerra de Texas. Después de todo, en el sistema político de la época los intereses se defendían mediante pronunciamientos, respaldados con armas en la mano y palabras fuertes. Como trataremos en el tercer capítulo, este departamento fue la principal fuente de reclutamiento para el EOT. No debe sorprender que mayor parte de las aportaciones no fueron sus veteranos, sino nuevos reclutas tomados improvisadamente con leva a las poblaciones por donde las divisiones del ejército iban transitando.

## II

### EL ESCENARIO: TEXAS

All would style themselves, unselfconsciously, as bearers of order, progress, enlightenment, and civilization. All wished to extend the advantages of administrative discipline, associated with the state or organized religion, to areas previously ungoverned.<sup>1</sup>

SCOTT, 2009.

On the stage of space, only the settler makes history. In other words, as space becomes a stage, history becomes teleology.<sup>2</sup>

CRAIB, 2004.

¿Cómo entender aquel lugar tan codiciado conocido como Texas? ¿Qué es, después de todo, eso que entendemos por territorio? ¿Simplemente un espacio con ciertas características geográficas? En ese caso podríamos proceder describiendo las características físicas y climáticas de Texas. Aunque es importante conocer esto, nos diría muy poco en verdad sobre lo que era desde la perspectiva de los mexicanos. No como espacio neutral, sino como territorio que se constituyó través de los años, particularmente durante el siglo XVIII e inicios del XIX. En otras palabras, no podemos pensar la noción omnipresente de territorio del Estado moderno si queremos entender lo que Texas era para los mexicanos en 1835, sino atender a su realidad histórica. Para ello, entenderemos territorio como el conjunto de tecnologías y nociones asociadas al control,

---

<sup>1</sup> James C. Scott, *The Art of Not Being Governed: An Anarchist History of upland Southeast Asia*, New Haven, Yale University Press, 2009, p. 2.

<sup>2</sup> Raymond B. Craib, *Cartographic Mexico. A History of State Fixations and Fugitive Landscapes*, Londres, Duke University Press, 2004, p. 5.

ocupación, medición, representación e interpretación del espacio.<sup>3</sup> La primera parte de este capítulo pretende analizar al escenario denominado Texas como territorio desde la perspectiva del Estado mexicano, con énfasis en el prospecto de una campaña militar.

¿Cómo hacía el Estado mexicano para interpretar, medir, ocupar y controlar Texas en 1835?, y ¿cómo estaba parado frente al prospecto de verse obligado a hacer la guerra para conservarla? Como veremos en breve, contaba con lo que heredó del proyecto colonizador español, las leyes y política de empresas de poblamiento, y las labores, al final frustradas, de sus agentes político-militares en la región. Para los habitantes del interior de la República era un lugar lejano, imaginado como un espacio desértico, fronterizo, incivilizado y repleto de “indios bárbaros”. Pero no estaba desierto, sino poblado por un conjunto diverso de grupos humanos. Todo el noroeste, del lado interior de la zona de falla Bacones, era territorio comanche hasta lo que hoy es Nuevo México y Kansas. Del lado litoral, donde estaban los mexicanos, no sólo llegaban cada vez más norteamericanos. Había comunidades indígenas que habitaban la región desde antaño, y otras que recién llegaban desde el norte, desplazadas por la expansión estadounidense y los campos algodoneros -como los apaches-. Cada uno de estos grupos tenía sus propias técnicas y nociones de ocupar y explotar este espacio, y de imaginar y relacionarse con los otros. Por lo tanto, después de analizar la perspectiva mexicana, y describir las características geográficas, es necesario discutir Texas como espacio de disputa entre distintos proyectos de ocupación.

---

<sup>3</sup> “Territory should be understood as a political technology, or perhaps better as a bundle of political technologies. Territory is not simply land, in the political-economic sense of rights of use, appropriation, and possession attached to a space; nor is it a narrowly political-strategic question that is closer to a notion of terrain. Territory comprises techniques for measuring land and controlling terrain.” Para Elden, que parafrasea a Heidegger, la tecnología también es una forma de comprender y concebir el mundo, por lo que incluyó la interpretación en la definición (Stuart Elden, *The Birth of Territory*, Chicago, University Press, 2013, pp. 1-10 y 322 s).

Craib propone entender al territorio y su representación -la cartografía- como un proceso histórico íntimamente ligado al poder y control estatal. Las técnicas para medir, definir, representar y nombrar a la realidad no sólo era instrumentos del estado, sino que son una referencia de su forma de gobernar (R. B. Craib, *op. cit.*, pp. 7-13).

*Texas desde la perspectiva mexicana*

Antes de llegar a lo que hoy conocemos como Texas, los conquistadores encontraron a Florida a inicios del s. XVI, creyendo que se trataba de una isla que albergaba “la fuente de Juvencio”.<sup>4</sup> En el s. XVII llegaron otras potencias europeas. Los franceses colonizaron la Luisiana y amenazaron la frontera norte de la Nueva España y las posesiones de Florida. La corona española organizó las primeras expediciones y asentamientos defensivos en Texas para controlar su avance.<sup>5</sup> Las principales instituciones de colonización del régimen colonial eran misiones y presidios,<sup>6</sup> que actuaban como vanguardia, seguidos por rancherías y haciendas, y minas si había fortuna. En Nuevo León, por ejemplo, la minería, la ganadería y la Iglesia fueron los intereses principales (véase ilustración 2.3).<sup>7</sup> En Texas, sin embargo, no llegó a haber encomiendas, repartimientos, ni minas. El territorio fue ocupado primordialmente mediante misioneros, que “cruzaban desconocidos desiertos e inmensas selvas” para llegar a los “bárbaros” y predicarles “contra las supersticiones, *la vida errante*, el derramamiento de la sangre humana y costumbres inmorales”,<sup>8</sup> y compañías presidiales. Los españoles aprendieron a controlar y defender zonas fronterizas y despobladas durante la reconquista con esta especie de municipios armados, o presidios, y misiones, cuyas redes formaban una línea defensiva.<sup>9</sup>

Pero estos primeros asentamientos fueron descuidados cuando menguó la amenaza francesa. Frailes y soldados terminaron abandonando la frontera por veintidós años, entre 1696

---

<sup>4</sup> Los españoles veían a las “indias” como un archipiélago en el primer siglo de la colonización. Fue más tarde que descubrieron que se trataba de un continente (Véase Luis Weckmann, *La herencia medieval de México*, México, FCE, 2da ed., 1996, pp. 32-90).

<sup>5</sup> Celia Gutiérrez Ibarra, estudio introductorio de *Cómo México perdió Texas*, México, INAH, 1987, pp. 15 ss; De acuerdo a Tijerina, las autoridades coloniales poblaron Texas como *buffer zone* para el norte de la Nueva España, como aprendieron durante la reconquista en la frontera con los moros (Andrés Tijerina, *Tejanos and Texas under the Mexican Flag 1831-1836*, Texas, A&M University, 199, p. 5).

<sup>6</sup> “Se daba el nombre de presidio a una guarnición de soldados que podía estar organizada en compañía, escuadra o compañía volante, e integrada por un número de plazas que iba de ocho a 100” (Luis Medina Peña, *Los bárbaros del Norte. Guardia Nacional y política en Nuevo León*, siglo XIX, México, FCE/CIDE, 2014, p. 60).

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 22 s.

<sup>8</sup> Esteban L. Portillo, *Apuntes para la historia antigua de Coahuila y Tejas*, Saltillo, Amado Prado, 1886, p. 242.

<sup>9</sup> Andrés Tijerina, *Tejanos and Texas under the Mexican Flag 1831-1836*, Texas, A&M University, 1994, p. 6.



y 1718.<sup>10</sup> A inicios del s. XVIII volvieron los franceses, y se instauraron las poblaciones que seguirían habitadas hasta el periodo estudiado. Muchas de ellas sobrevivieron más de un siglo, pero quedarían condenadas al estancamiento por su posición marginal en el imperio español.

San Antonio de Béjar, según documentos de su archivo consultados por J. N. Amonte, fue fundado sobre el río San Antonio en 1718 por un oficial y 50 soldados. En 1719 los franceses atacaron la línea de presidios y misiones cercanos a la frontera durante el siglo anterior, replegando a los hispanos hasta el río Colorado. Los desplazados se refugiaron en San Antonio de Béjar. Cuando las potencias europeas cesaron hostilidades, la corona mandó a cuatrocientas familias canarias a poblar el sitio. De todas, apenas 16 llegaron, teniendo que ir a Veracruz y luego recorrer todo el camino por tierra, en lugar de llegar directamente.<sup>11</sup> En 1730 se convirtió en cabecera y por su notoria fertilidad, varias misiones -Concepción, San José, San Juan y la Espada- se mudaron a sus alrededores. También se fundó San Fernando del otro lado del río, junto al Álamo ocupado por presídiales.<sup>12</sup> Cuando se abandonó el presidio de los Adaes de la frontera con Luisiana en 1773, sus habitantes fueron reubicados en Béjar.<sup>13</sup> Para 1835, Béjar seguía siendo la concentración urbana tejana más grande de Texas, y también más cercana desde el camino terrestre (a menos de que se partiera desde Tamaulipas, en cuyo caso sería San Patricio y Goliad). La “capital” de Texas “vista desde lejos por la parte sur, presenta el aspecto de una gran villa, a pesar de estar en una hondonada del valle. Lo contrario sucede por los lados del norte y este; pero la perspectiva es más agradable y anuncia el nacimiento de una pequeña villa”.<sup>14</sup>

También se fundó el presidio la Bahía de Espíritu Santo en 1722, junto a una la misión de mismo nombre. En 1749 se mudó en la orilla izquierda del río San Antonio, más cerca de la costa que Béjar. Hasta 1820 se le consideró villa, y durante la República tuvo su Ayuntamiento. En la década de los treinta estaba creciendo en importancia y población, aunque en 1834 hubo

---

<sup>10</sup> L. Medina Peña, *op. cit.*, pp. 18 s.

<sup>11</sup> Para su arribo a Béjar, las autoridades virreinales les repartieron 86 caballos y 77 mulas de carga en Saltillo. Además, les dieron otras provisiones y 16 yuntas -dúos- de bueyes (E. L. Portillo, *op. cit.*, pp. 292-296).

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 297; Juan Nepomuceno Almonte, *Noticia Estadística sobre Tejas*, México, Ignacio Cumplido, 1835, p. 28 (en adelante, *Noticia Estadística sobre Tejas de Almonte*).

<sup>13</sup> AGI, Secretaría de Estado, Guadalajara, 513, núm. 65.

<sup>14</sup> Luis Berlandier y Rafael Chovell, *Diario de viaje de la Comisión de Límites bajo dirección de D. Manuel de Mier y Terán*, México, Juan R. Navarro, 1850, pp. 116 s (en adelante *Diario de viaje de la Comisión de Límites*).

una epidemia de cólera –como en otros sitios costeros de la región, incluido Nueva Orleans<sup>15</sup> que redujo su crecimiento.

En 1772 también se fundó la misión de Nacogdoches, con “familias de la extinguida misión de los Ais [...] a orillas del río Trinidad”.<sup>16</sup> Era la población más cercana a la frontera, a aproximadamente 100 km al este del Sabina, y por lo mismo fue víctima frecuente de los ataques desde Luisiana, aunado a la amenaza comanche. Estos, además de los del río Bravo, fueron los principales asentamientos “mexicanos” en Texas durante el periodo estudiado. Su recurso principal era la ganadería, que en Nacogdoches se suplementaba con el contrabando. En las leyendas del plano geográfico y corográfico de la costa nororiental de México se pueden apreciar las instituciones y la economía política con que se colonizó el norte: Ciudades, villas, pueblos, haciendas, minas, misiones, presidios y compañías volantes -presidios de caballería liguera- (véase ilustración 2.3).

¿Cómo se medían estos territorios? Durante el siglo XVIII los encargados eran los miembros del Real Cuerpo de Ingenieros Militares. Para ello la corona estandarizó las unidades de medida (con el pie y la toesa francesas). Su deber, además de la elaboración de mapas, era el diseño y construcción de fortificaciones -como los presidios- y otras edificaciones para el Estado colonial y la tarea nada sencilla de delinear los litorales (véase ilustraciones 2.3 2.4 y 2.6). Hasta 1764 se comisionó una expedición para recorrer y trazar la frontera septentrional de la Nueva España. Al mando del marqués de Rubí, la comisión recorrió más de 12,000 km para realizar el primer mapa de la frontera septentrional de la Nueva España (que se encuentra en la mapoteca Orozco y Berra). Para elaborar los “planos” o mapas se necesitaban los levantamientos y registros cartográficos como referencia, lo que Craib define como rutina cartográfica: exploración, agrimensura, etiquetamiento y producción de mapas.<sup>17</sup> No había GPS, pero a partir de mediados del siglo XIX ya se podía medir la longitud del planeta desde cualquier punto de

---

<sup>15</sup> L. Portillo, *op. cit.*, pp. 318 s; Hubo una fuerte epidemia de fiebre amarilla y colera en 1832 y 33. Murieron en promedio quinientas personas al día (Edward L. Miller, *New Orleans and the Texas Revolution*, Texas, A&M University Press, 2004, p. 9).

<sup>16</sup> E. L. Portillo, *op. cit.*, pp. 318 s.

<sup>17</sup> Como argumenta Craib, la “rutina cartográfica” de la que depende el estado no sólo es un instrumento importante, también refleja su forma y lógica de gobierno. Después de todo, la cartografía es un lenguaje (R. B. Craib, *op. cit.*, pp. 7 s).

forma bastante precisa gracias al cronómetro y el sextante. Las coordenadas y los mapas ya eran más precisos, en especial en donde se habían realizado levantamientos.<sup>18</sup>

El plano geográfico y corográfico de la costa noreste no tiene longitud de referencia. No se conoce su autor ni fecha de realización, pero es muy probable que se trate de algún ingeniero militar entre 1776 y 1800. El ejemplar de la RAH es una copia de 1804 c. a. Aún había algunos errores en la representación, ya era un avance positivo para el mapeo de la región (véase ilustración 2.3). Hay que considerar además que hasta las cartas cartográficas con más actualizaciones eran en su mayor parte trazadas a partir de sus antecesores.<sup>19</sup> A finales de la colonia se implementaron técnicas cartográficas más avanzadas para representar con mayor fidelidad el territorio de la Nueva España. En 1820, por ejemplo, los ingenieros hicieron un plano hidrográfico de la bahía de San Bernardo y Galveston en Texas, que usaba de referencia los meridianos y paralelos, y marcaban los puntos más convenientes para el anclaje y las zonas

---

<sup>18</sup> La latitud es el ángulo que se forma desde el centro del planeta con dado punto en el globo y el Ecuador. La longitud se forma de la misma manera pero en relación con algún meridiano. Hasta 1884 se estableció como estándar mundial el meridiano de Greenwich para calcular la longitud. La latitud se ha podido medir desde antaño utilizando cuadrantes o astrolabios o simplemente registrando la variación en la duración del día. En cambio, el cálculo exacto de la longitud desde cualquier punto del globo fue un enigma durante muchos siglos. A diferencia de la latitud, había que tomar en cuenta la rotación de la tierra para medir las distancias en relación al tiempo (una hora equivale a 50 minutos de longitud). Fue hasta la invención de cronómetro en 1780 por John Harrison que se pudo medir la longitud de cualquier punto, y durante la navegación (Robert Karrow, “How Did They Make Those Maps?”, en <https://www.youtube.com/watch?v=wbwmXKwkgaw>, consultado el 10 de marzo de 2020, Knoxville, McClung Museum, 2011 (conferencia); Ángel Díaz, “Cuando Newton convirtió la Luna en el GPS de los mares”, *El Mundo*, <https://www.elmundo.es/elmundo/2013/07/19/ciencia/1374233371.html>, consultado el 11 de marzo de 2020, 19 de julio del 2013 (sec. Ciencia).

En México, según la Sedena, se usaba de referencia el meridiano de Cádiz, establecido por el Real Observatorio de la Marina Española, hasta 1850 (Oficialía Mayor de la Sedena, *Cartografía militar mexicana*, México, Litografía Dorantes, 2010, pp. 32-54 y 90) Según Craib y Mendoza Vargas, el meridiano tradicional de los mapas mexicanos, hasta que García Cubas uso el de Greenwich en 1857, era el este de la Catedral de la Ciudad de México (Craib, *op. cit.*, p.33, n. 48). Sobre las redes de presidios a finales del siglo XVIII y la expedición del Marqués de Rubí con LaFora, véase Irma Herrera Escamilla y José Omar Moncada Maya, “La Línea de Presidios septentrionales en el siglo XVIII novohispano. Un antecedente de la frontera mexicana”, en Quim Bonastra, Magno Vasconcelos P. Junior y Maricarmen Tapia (eds.), *Actas del XIII Coloquio Internacional de Geocrítica: El control del espacio y los espacios de control*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2014; Los mapas del periodo estudiado, de menos carácter “nacional”, también podían tener como referencia el meridiano de Greenwich o Washington.

<sup>19</sup> Robert Karrow, “How Did They Make Those Maps?”, en <https://www.youtube.com/watch?v=wbwmXKwkgaw>, consultado el 10 de marzo de 2020, Knoxville, McClung Museum, 2011 (conferencia).

con bancos de arena (véase ilustración 2.4). Esto lo hicieron probablemente tras realizar un registro cartográfico de las bahías desde sus barcos. No había puerto, pero ya existía la posibilidad de anclar y desembarcar con ayuda de chalanas.<sup>20</sup>

En el siglo XIX, los ingenieros y oficiales de artillería se educaban en el Real Seminario de Minería. Tras la independencia cambió el nombre a Colegio Nacional de Minería, a cargo de los mandos del ejército. En 1833 se fundó el Instituto Nacional de Geografía y Estadística, que debía fomentar la representación espacial de un territorio nacional. En otras palabras, desarrollar la cartografía para definir y reafirmar el espacio nacional. Para ello debían estandarizarse las escalas y unidades de medición, contar con un mapa del territorio nacional y de cada uno de los estados de la república. En particular, había que realizar levantamiento de tierras para conocer las coordenadas exactas de los puntos más importantes desde el punto de vista del estado. Desafortunadamente, como había sucedido con otras instituciones, su trabajo se vio interrumpido por los avatares políticos y financieros del momento. En 1835, quizá no por casualidad, varios generales -entre los que se encontraba Almonte-, conscientes de la importancia de estas técnicas para el poder y la consolidación del Estado-nación y las operaciones militares, retomaron la institución, haciendo una biblioteca y recopilando mapas y otros trabajos cartográficos. Por lo tanto, en 1835 el gobierno contaba con la cartografía que logró recuperar de lo producido a finales de la colonia y entre 1824 y 1829.<sup>21</sup>

Quizá el mapa más detallado con el que contaba de Texas era el que entregó al gobierno Stephen Austin en 1829, sobre el cuál escribió unas notas el general Mier y Terán (véase ilustración 2.1). Venía acompañado con una descripción bastante halagüeña del territorio.<sup>22</sup> Es bastante minucioso: daba cuenta de gran parte de los poblados de la región, las coordenadas exactas de Saltillo, Monterrey, Laredo, Béjar, Gonzales, Nacogdoches y la frontera en el punto

---

<sup>20</sup> “Embarcación menor, de fondo plano, proa aguda y popa cuadrada, que sirve para transportes en aguas de poco fondo” (Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, s. v. CHALANA).

<sup>21</sup> La institución incorporó civiles hasta la década de los cincuenta. El objetivo de contar con una “carta nacional” se consiguió hasta que Antonio García Rubias, discípulo de Orozco y Berra, hizo la *Carta general de la República Mexicana* en 1857, compilando y coordinando los mejores mapas regionales elaborados hasta ese momento. Se volvió el mapa de referencia el resto del siglo, apareciendo en México a través de los siglos (R. B. Craib, *op. cit.*, pp. 21-25 y 27-50); los mapas de Oficialía Mayor de la Sedena, *Cartografía militar mexicana*, México, Litografía Dorantes, 2010, p. 74.

<sup>22</sup> Eugene C. Barker (ed.), “Descriptions of Texas by Stephen Austin”, *The Southwestern Historical Quarterly*, 28 (1924), pp. 98-121.

que se separa del Sabinas (anotadas por Mier y Terán), los ríos y las montañas (aunque de forma algo burda), las características geográficas de ciertos espacios (como llanos, “nopaleras”, pinales y encinales, “lomasillas” y ojos de agua), trazaba la red de caminos, las jurisdicciones políticas estatales y locales (Béjar, Goliad, Nacogdoches, Austin), las bahías y bocas de río en la costa (incluyendo el calado de sus entradas), los pueblos de “indios”, zonas de ganado mestizo y cíbolos. Incluso marcaba el punto de la victoria del capitán Joaquín de Arredondo, en la que participó como teniente Santa Anna a los 19 años, sobre los independentistas al sur de Béjar en 1813. Utiliza de referencia una cuadrícula de paralelos y meridianos, estos últimos contados en la parte posterior a partir del meridiano de Washington y el inferior con el de Greenwich.<sup>23</sup> Se contaba con una descripción bastante detallada y razonablemente fidedigna de los espacios que se encontraban poblados y la red de caminos. Este era un instrumento crucial para el control territorial y las operaciones militares como la del EOT.

Si se estudia de cerca *El mapa de Texas con partes de los estados adyacentes* de 1832, hecho por J. Fisher en México, se nota que sigue en grandes rasgos el mismo trazo que el de Austin: se podrían superponer sin problemas (véase ilustración 2.2). Las coordenadas de referencia son las mismas. La diferencia es que representa un espacio mucho más acotado. Omite el norte de Coahuila y la parte noroeste de Texas a partir de la falla de Balcones, seguramente más la mitad del estado.<sup>24</sup> La falla de Balcones no resalta por casualidad: enmarca claramente los límites de la autoridad nacional, omitiendo el lado continental dominado por los comanches. Tiene menos detalles en general, pero conserva lo más importante: los asentamientos, la red de caminos, los ríos. Además, añade algo de mucho interés para el estado mexicano: los límites de las concesiones a las empresas de colonización. Con ello el gobierno podía aseverar su estatus nominal de concesionario y administrador en últimas instancias de aquellas colonias. Su repartición había sido desorganizada y corrupta. Estaba a cargo del gobierno estatal de Coahuila y Texas, que osciló entre Monclova y Saltillo, lo que provocó un desorden: “cotejando nosotros dicha noticia

---

<sup>23</sup> Este y otros mapas de la época pueden consultarse en la biblioteca virtual de la Mapoteca Orozco y Berra y de la Real Academia de la Historia.

<sup>24</sup> No se tenía ninguna idea aún de las dimensiones de Nuevo México, también escasamente poblado. El teniente de artillería José María Sánchez fue parte de la comisión, y publicó su diario de la expedición (*Viaje a Texas en 1828-1829, diario del teniente miembro de la Comisión de Límites*, México, 1939, p. 27) «en adelante, *Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*».

[la información que les dio el gobierno del estado] con la *carta geográfica*, hallamos que se habían hecho concesiones sobre concesiones”.<sup>25</sup>

El símbolo de la nación, el águila devorando a la serpiente, sobresale en la esquina inferior izquierda. La alusión no es casual: reafirma simbólicamente a Texas como uno de sus órganos.<sup>26</sup> Además, este mapa tenía utilidad práctica como tecnología de administración. Por lo menos brindaba el elemento más básico de control sobre las empresas de colonización: la supuesta delimitación de su concesión. También reúne información imprescindible para organizar su defensa y planear campañas militares en caso de ser necesario. Fue un fruto de los esfuerzos de registro cartográfico -entre otros- de la Comisión de Límites para hacer de Texas un territorio nacional. Fue un modo de fijar, construir y consolidar la legitimidad y jurisdicción del Estado de la nación mexicana sobre Texas. Que omita a buena parte del estado muestra que lo conocían los mexicanos como Texas era sólo la parte “civilizada” -colonizada- la franja sureste de Balcones a la costa. No se hace ningún esfuerzo por reclamar las llanuras continentales de Texas, territorio de las “tribus bárbaras”.<sup>27</sup> Recomiendo al lector usar, a partir de ahora, cualquiera de estos dos mapas como guía.<sup>28</sup> Cabe mencionar que ambos mapas tenían el mismo defecto: falta Bastrop, que debería estar marcado sobre el río Colorado, en el camino de Béjar a Nacogdoches ¿Fue coincidencia que la 2da Brigada del EOT se perdiera en aquellos rumbos?

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>26</sup> La mayor parte de las representaciones sociales de la nación excluyeron al septentrión mexicano, que en cambio fue imaginado como territorio desértico e indómito (S. Rajchenberg, Enrique y Catherine Héau Lambert, “La frontera en la comunidad imaginada del siglo XIX”, *Frontera Norte*, 2007, núm. 38, p. 39), lo que es en buena medida cierto para Texas en 1835, a excepción de este mapa.

<sup>27</sup> “Estas localidades, aunque apenas se conocen, no hemos podido reconocerlas por los muchos enemigos indígenas que las habitan y no hacemos más que referir lo que se dice de ellas [que había un pequeño lago de mercurio entre las “hordas”] en el país” (*Diario de viaje de la Comisión de Límites*, pp. 76 s); “Al otro lado de esta cadena de montañas [Balcones], hacia el noroeste siguen inmensas llanuras, hasta ahora poco o nada conocidas, en donde se dice que abundan el cíbolo [búfalos] y las mesteñas [caballos salvajes]” (*Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 21, §46).

<sup>28</sup> Se pueden descargar la versión digital en la página de la Mapoteca Orozco y Berra y usando el enfoque se pueden apreciar a detalle.



Ilustración 2.1 Mapa original de Texas por S. Austin con notas de Mier y Terán, 1829



Fuente: Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Internacionales, 1143-OYB-7278-B.



**Ilustración 2.2** Mapa de Texas con partes de los estados adyacentes, de J. Fisher y Manuel de Mier y Terán, 1832.



Fuente: Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Internacionales, 1139-OYB-7278-A.



En cuanto a la división política, en 1786 se formó la capitanía general de las Provincias Internas, dividida a su vez en las de oriente y occidente. En el breve régimen de Iturbide, Texas quedó al mando de un jefe político militar. Con la primera República se volvió uno de los departamentos del estado de Coahuila. Luego este se dividió a su vez en tres departamentos: Béjar, Brazos -San Felipe de Austin- y Nacogdoches.<sup>29</sup>

Parece ser que en la segunda mitad del siglo XVIII las cosas no iban tan mal. La población en Coahuila y Texas se cuadruplicó, aunque quizá la mayor parte del crecimiento probablemente se dio en el primero. Tras el eventual fracaso de las misiones y una costosa guerra con los comanches y otras tribus de la región, en las últimas décadas del siglo XVIII la corona adoptó un sistema basado en el comercio que logró mantener la paz en la región. Se tenía que subsidiar porque no era un negocio redituable por la lejanía de la región. Texas seguía siendo una población aislada del resto del país. No había comercio de cabotaje y el camino por tierra era largo, extenuante, accidentado y peligroso. Desde el punto poblado más cercano había que cruzar el desierto hasta la línea de asentamientos en el río Bravo, y de ahí otro trecho sin población hasta Béjar.

Aunque empezaron a brotar pequeños puertos, como el Brazo de Santiago en Matamoros, la situación de los asentamientos de la región se complicó. Primero se cortó el flujo de recursos tras la ocupación francesa de España y las guerras de independencia. Al mismo tiempo que Nacogdoches y luego Béjar se quedaban sin recursos para sus tratos con las tribus, estaba ocurriendo una enorme expansión de campos de plantación algodонера en el sur de Estados Unidos. Estos generaban una demanda insaciable por caballos y mulas, indispensables para las tareas del cultivo de algodón.<sup>30</sup> A partir de 1810 comenzaron a frecuentarse las incursiones y saqueos de los comanches y otras tribus de la región. Estos ataques se prolongaron por más de una década y provocaron el éxodo de agricultores, rancheros, mineros y ganaderos hacía las concentraciones urbanas. Con el tiempo comenzaron a adentrarse aún más, llegando a lo que hoy es Coahuila y Nuevo León. En 1818 Laredo y las rancherías circundantes, sobre el río Bravo, sufrió una fuerte oleada de invasiones, y sus rancheros tuvieron que refugiarse en la

---

<sup>29</sup> C. Gutierréz Ibarra, *op. cit.*, p. 21; *Noticia Estadística sobre Tejas de Almonte*, p. 13 s.

<sup>30</sup> Andrew J. Torget, *Seeds of Empire, Cotton, Slavery, and the Transformation of the Texas Borderlands, 1800-1850*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2015, pp. 45-55.

ciudad. Entre 1830 y 1854 se estancó el crecimiento demográfico de todo el septentrión mexicano, y por ende la migración a Texas.<sup>31</sup> Según Almonte, “todavía en el año de 1806 se contaban más de 100 mil cabezas de ganado, y como 40 o 50 mil caballos mansos; pero a principios del año de 1810 hubo una irrupción terrible de indios bárbaros que destruyeron la mayor parte de aquellos ganados y también los establecimientos que se hallaban a alguna distancia de las poblaciones grandes”.<sup>32</sup>

Los tejanos no eran indolentes frente a las amenazas y dificultades que enfrentaban, por su propia cuenta, como población fronteriza. La mayor parte de ellos heredó de sus padres una tradición de servicio militar.<sup>33</sup> Parece que una de las estrategias de supervivencia era concentrarse cuando les era imposible protegerse y dispersarse cuando mejoraban los tiempos. Aunque esta suerte de fluctuación constante de la población entre centros urbanos y ranchos dispersos también podría interpretarse simplemente como el resultado de las incursiones filibusteras y comanches. Las primeras fueron una amenaza constante en la región fronteriza de Nacogdoches. Originalmente eran los franceses y luego aventureros norteamericanos. Por su parte, los comanches no atacaban poblados grandes, sino a las rancherías desprotegidas de sus alrededores. Hacían sus excursiones entre el río Bravo y Nueces, robando a los ranchos de la zona.<sup>34</sup> Las áreas más afectadas eran dos llanuras inmensas que separaban el norte de Coahuila (Monclova y Saltillo) con la línea de presidios del río Bravo y luego con los asentamientos del río San Antonio. Muchos ranchos de la zona fueron abandonados, como los que se encontraban a orillas del río Salado, una parada obligada para abastecerse de agua para el camino hasta río Bravo desde Coahuila.<sup>35</sup>

Con todo, la resiliente población recuperó algo del terreno perdido en los últimos años de la década. Para 1830 se restablecieron algunas rancherías sobre el río San Antonio, entre Béjar

---

<sup>31</sup> Luis Aboites Aguilar, “Poblamiento y Estado en el norte de México. 1830-1835”, Antonio Escobar Ohmstede (coord.), *Indio, nación y comunidad en el México del siglo XIX*, México, CEMCA/CIESAS, 1993, pp. 304-310; L. Medina Peña, *op. cit.*, pp. 16 s y 57-61; A. Tijerina, *op. cit.*, p. 82.

<sup>32</sup> *Loc. Cit.*

<sup>33</sup> Por lo mismo había muchas viudas, que registraban de forma más consistente los censos de periodo, especialmente en Béjar (A. Tijerina, *op. cit.*, p. 13). Más abajo se trata el tema de los presidiales.

<sup>34</sup> L. Medina Peña, *op. cit.*, pp. 57-89; G. Kahle, *op. cit.*, pp. 220-230.

<sup>35</sup> *Diario de viaje de la Comisión de Límites*, pp. 89 s; *Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, p. 16.

y Goliad. Otros lo hicieron alrededor de Victoria, al noreste de Goliad, o al sur, en San Patricio. Algunas familias tejanas se volvieron bastante ricas (Como los De León, Seguín, De la Garza, Cavasos, Ybarbo y Tijerina) y preferían vivir en grandes ranchos. Otras provenían de oficiales presidiales retirados, especialmente en la región de Goliad, donde gozaron de mayor prestigio y aceptación. Los asentamientos del sureste de Béjar (Goliad, Victoria y San Patricio) tenían una población más joven y emprendedora, y de ellos provenían gran parte de las nuevas estancias. Cabe mencionar además otra red de rancherías que estaba creciendo entre el río Bravo y Nueces en el norte de Tamaulipas.<sup>36</sup> Estas regiones eran más inaccesibles para los comanches que Béjar, según Almonte la más desolada por las incursiones.<sup>37</sup> Además de protección, estar cerca de la costa tenía muchas ventajas comerciales. También, a diferencia de Nacogdoches, estaban alejados de la frontera y cerca de la costa. Los habitantes de la zona limítrofe con Luisiana eran especialmente dados a “retirar toda su población en tiempos de invasión y regresar cuando las condiciones lo permitían”.<sup>38</sup> Nacogdoches nunca quedó completamente abandonado, pero era, si se permite la expresión burda, la frontera de la frontera de la frontera. El asentamiento consistía en aproximadamente cincuenta ranchos alrededor del pequeño pueblo, entre el río Angelina y Attoyac. Dependía aún más del comercio con Luisiana que los demás asentamientos y muchos de sus habitantes compartían su ascendencia criolla y mestiza con angloamericana, francesa e irlandesa.<sup>39</sup>

Aunque hubo una recuperación relativa de la población tejana, a partir de 1820 también hubo un influjo masivo de nuevos pobladores angloamericanos. Pronto los superarían en número y comenzarían a preocupar a los agentes enviados a la región como Mier y Terán, que sabían muy bien lo efímera que era la influencia real del Estado mexicano sin una presencia física significativa. Para solucionar el problema, en 1832 promovió varios puestos militares, que también cobrarían impuestos al comercio, en puntos clave del territorio: sobre el río brazos, la

---

<sup>36</sup> A. Tijerina, *op. cit.*, pp. 13-17.

<sup>37</sup> *Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 24, §52; J. M. Sánchez lamentaba “aunque el terreno es feracísimo, no lo cultivan los habitantes [de Béjar] por el peligro que corren con los bárbaros en cuanto se separan un poco de las casas” (*Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, p. 29).

<sup>38</sup> A. Tijerina, *op. cit.*, p. 18.

<sup>39</sup> Durante el siglo XVIII e inicios del XIX hubo mucha fluctuación poblacional desde la Luisiana a Texas y viceversa (AGI, Gobierno, Guadalajara, 513, núm. 65); A. Tijerina, *op. cit.*, pp. 19- 21.

bahía de Galveston y Nacogdoches. Pero el mismo año fueron desmantelados por grupos de colonos angloamericanos, que se excusaron adhiriéndose al plan de Veracruz que tiró al gobierno de Bustamante. Estos puntos estratégicos quedaron abandonados y las guarniciones se retiraron a Matamoros.<sup>40</sup>

A pesar de la capacidad de supervivencia y relativa recuperación de la comunidad mexicana en Texas, el tenue control del territorio desde la perspectiva estatal quedó peligrosamente corroído. Ahora que tenemos el beneficio de la retrospectiva es fácil reconocer que, a la larga, la principal amenaza para la soberanía del territorio era la expansión de las plantaciones de algodón desde el sur de Estados Unidos. Esto cambió radicalmente la dinámica que había ponderado en la región por más de un siglo. Trataremos estas cuestiones con más detalle en la siguiente sección y por lo pronto repasaremos las consecuencias que tuvo para los mexicanos.

Sería difícil enfrentar esta amenaza con la marginación del territorio desde la perspectiva mexicana, agravada por lo que se discutió arriba. En 1835, quedó despoblado entre el río Bravo y Béjar. De Matamoros a Goliad sólo había un par de pueblos. Por lo tanto, había distancia considerable entre las poblaciones importantes del norte de México, como Saltillo, Monclova y Monterrey, y Texas. Para llegar desde cualquiera de estos puntos, que ya de por sí se consideraban alejados, era necesario preparar una expedición.<sup>41</sup> Texas se volvió una suerte de confín de la frontera, tanto en sentido práctico cuanto mental. Esta consistía en de la red misiones -para el periodo estudiado la mayoría fueron secularizadas y ocupadas por “algunos miserables agricultores”-<sup>42</sup> y presidios, amalgamado con las villas contiguas, y algunas las guarniciones del ejército en Béjar y algunos ranchos dispersos, especialmente sobre el río San Antonio. A inicios de la década de los treinta del XIX había tres zonas con asentamientos: Nacogdoches, Béjar/Goliad y alrededor del río Bravo. Sus poblaciones ya habían entrado en un proceso

---

<sup>40</sup> Ello se debió a un tumulto por un supuesto arresto arbitrario. Unos colonos norteamericanos atacaron a los jefes de los puestos militares de la zona, Velasco, Anáhuac y Nacogdoches, para hacer justicia por sí mismos. Según Amonte, sólo fue una excusa para “deshacer la tropa que guarnecía” y se justificaron adhiriéndose al plan de Veracruz del mismo año (*Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, pp. 5 s, §10).

<sup>41</sup> L. Aboites Aguilar, *op. cit.*, pp. 304-310.

<sup>42</sup> Lo que pertenecía a las misiones se vendió, con algunas excepciones, por una ley del congreso 8 *Diario de viaje de la Comisión de Límites*, p. 116 y 121.

importante de mestizaje. Eran descendientes de las familias hispanas y tlaxcaltecas que habían colonizado la región durante el siglo anterior, algunos inmigrantes europeos (como los irlandeses en San Patricio), lo que quedaba de las misiones, y los presidiarios que habían llegado y formado familias.<sup>43</sup> También solía haber otros indígenas en las inmediaciones de las haciendas conocidos como “mezcaleros” o “carrizos”.<sup>44</sup> La evangelización de la región por lo general fracasó, ya que las comunidades nativas de Texas siguieron con sus formas de vida “errantes” e “incivilizadas” y para 1835 tan sólo quedaba un triste cura en todo el territorio.<sup>45</sup> Los asentamientos sobrevivían primordialmente del ganado, pero algunos ya comenzaban a incursionar en el cultivo de algodón y azúcar. En Béjar se daba muy bien el maíz, que se solían comerciar en las inmediaciones.<sup>46</sup>

Desde la colonia las autoridades intentaron sin mucho éxito frenar el contrabando con Luisiana. El crecimiento de las plantaciones y su demanda por esclavos y otros recursos, y la disminución de la presencia estatal en la costa del noreste y la zona fronteriza de Texas, propiciaron el crecimiento rampante del contrabando, como el que llevaban a cabo los hermanos Laffite en la bahía de Galveston.<sup>47</sup> A su vez, el comercio con el interior de la República era

---

<sup>43</sup> Los tlaxcaltecas fueron parte importante de la colonización de varios asentamientos del norte de Coahuila, como Saltillo, Monclova, Parras, Punto de Lampazos, Boca de Leones y sobre el río Bravo (A. Tijerina, *op. cit.*, pp. 5-11; L. Medina Peña, *op. cit.*, pp. 22-37).

<sup>44</sup> Así se nombraba a los indígenas del septentrión que construían sus cabañas con hojas de palma en los mezquitales cerca de las villas. Halaban el castellano y estaban bautizados y desde la perspectiva de los agentes estatales, aunque se habían alejado algo de su “estado primitivo”, seguían teniendo una forma de vida “perezosa”, “errante” y “miserable”. Los consideraban “inofensivos” e “indolentes”, inútiles para la guerra y víctimas de los comanches (*Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, p. 10; *Diario de viaje de la Comisión de Límites*, pp. 68 s); Desde 1750 se reportó la llegada de apaches y lipanes. Algunos se quedaron entre el río Bravo y Nueces y a otros se les permitió poblar más al sur, donde se les conoció como mezcaleros (L. Medina Peña, *op. cit.*, p. 58).

<sup>45</sup> *Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 23, §51; Según Sánchez, “en nuestros días los destellos de la ilustración que tan repentinamente han venido sobre nosotros, hizo que algunos de los pocos individuos que tienen representación en Béjar, por su caudal, clamaran: ¡fuera frailes! Y logrando la extinción de las misiones, se repartieron las tierras entre sí” (*Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, p. 30).

<sup>46</sup> *Diario de viaje de la Comisión de Límites*, p. 119; “[S]us legumbres son las mejores que se conocen en Texas y la carne es excelente, El trigo se da perfectamente y es de buena calidad, la caña abunda, pero no se hace más que piloncillo; el algodón crece con extraordinaria facilidad, lo mismo el tabaco, la uva, el olivo y se puede decir que todas las producciones de la zona templada” (*Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 20, §44).

<sup>47</sup> AGI, Gobierno, Guadalajara, 515, núm. 43; AGS, Secretaría de Estado, Gobierno, Nueva España, 7022, núm. 4; Andrew J. Torget, *op. cit.*, pp. 165-170.

simplemente inviable por la lejanía de la ruta continental. Lo que hacía falta se tenía que importar de Nueva Orleans, como harina, azúcar y peletería, mientras las exportaciones consistían en “8 o 10 mil pieles de todas especies”.<sup>48</sup> Cuando los miembros de la Comisión de límites de 1826 inspeccionaron estas poblaciones, apuntaron:

Estas haciendas limítrofes de las regiones invadidas por los indios tienen una forma particular, común a todas las misiones, y en general a todos los establecimientos expuestos a las invasiones de los pueblos nómades. Cada una tiene su iglesia, y las casas de los propietarios y los jacales de los sirvientes están dispuestas de manera que forman un vasto patio cuadrado, el que sólo tiene una o dos entradas, susceptibles de ser interceptadas en caso de guerra [...] cada individuo de estas haciendas debe estar armado; y cuando son atacados, se defienden desde las azoteas.<sup>49</sup>

¿Qué tan mexicanos eran en verdad estos pobladores? ¿Se puede argumentar que se veían a ellos mismos como tejanos mucho antes que mexicanos? Seguramente sí, aunque lo mismo podría decirse de gran parte del resto de los “mexicanos”, como los yucatecos al mando de Urrea, que no entendían, o pretendían no entender, el español.<sup>50</sup> Mientras que su identidad era muy particular a la vida de frontera, y el gobierno central no les inspiraba demasiado confianza, innegablemente existían lazos que los unían políticamente al septentrión mexicano. Esta discusión es relevante porque para cualquier campaña militar en la región su apoyo sería muy importante. La compleja identidad de los habitantes de la región es un tema que supera esta tesis, pero se ha tratado de forma excepcional en otras investigaciones. Más que resolver la cuestión, es importante mencionar aquí que los intereses de los tejanos se coaligaban en algunos aspectos con los del Estado mexicano en su conjunto, pero en otros estaban comenzando a divergir cada vez más. El principal interés de los tejanos era naturalmente su propia prosperidad. A partir de 1820, muchos quedaron convencidos por su “persuasión de mercado”. Por ello, por lo general las élites locales y regionales apoyaron el proyecto algodonoero, y presionaron para que el gobierno aceptara la esclavitud que lo hacía más redituable. Pero hubo oposición en algunos

---

<sup>48</sup> *Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte; Diario de viaje de la Comisión de Límites*, p. 123.

<sup>49</sup> Estas entradas solían cerrarse con una tapia cuando no había suficientes casas, cuyas puertas miraban al interior, limitando el acceso al cuadrado (*Ibid.*, p. 77 y 116).

<sup>50</sup> José Urrea, *Diario de las operaciones militares de la división que al mando del general José Urrea hizo la campaña de Tejas*, Durango, Manuel Gonzales, 1838, p. 11.

sectores, como las élites en Saltillo, y en el centro. Por lo mismo, la cuestión de la federación, que daría a la región la facultad de legalizar estas instituciones, se volvió un interés central para los tejanos.<sup>51</sup> El nuevo régimen que se estaba formando se perfilaba cada vez más al centralismo. Por lo tanto, en el caso de 1835 no se podía esperar el apoyo de una parte importante de las familias ricas de Texas.

Por otro lado, no hay que olvidar los lazos con el septentrión mexicano, no sólo identitarios sino familiares y de mestizaje. Eso no excluye que hubiese cierto desprecio y condescendencia mutua. Como los habitantes del centro veían con deferencia a los coahuilenses, estos veían de la misma manera a los tejanos. Ello no era incompatible con que albergaran mayor afinidad al Estado mexicano que a sus alternativas, y mayor extrañeza y otredad frente a lo norteamericano. Por ello también había tejanos que apoyaban al centralismo por disputas por tierras y miedo al dominio angloamericano.<sup>52</sup> Y Muchos de los que se opusieron se sintieron traicionados por la declaración de Independencia y perdieron sus hogares tras la misma.<sup>53</sup> Pero al mismo tiempo, su prioridad siempre sería su propia supervivencia, que no suponía necesariamente la pertenencia a una tambaleante federación mexicana que de todas formas poca ayuda brindaba.

**Tabla II.1** Población aproximada de los principales asentamientos hispánicos, según los reportes de Mier y Terán, Almonte y los archivos de Béjar.<sup>54</sup>

Asentamientos hispanos	Población aproximada en 1806	1826	1834
---------------------------	------------------------------------	------	------

<sup>51</sup> Andrés Reséndez, *Changing National Identities at the Frontier, Texas and New Mexico, 1800-1850*, Cambridge, University Press, 2004, pp. 22 y 45-47 Andrew J. Torget, *op. cit.*, pp. 172-184.

<sup>52</sup> Andrés Reséndez, *op. cit.*, p. 202.

<sup>53</sup> Andreas V. Reichstein, “¿Era realmente inevitable? ¿Por qué México perdió Texas en 1836?”, *Historia Mexicana, El Colegio de México*, 70 (279), pp. 882 s.

<sup>54</sup> Las cifras son aproximaciones, a partir de la información que recogieron los agentes estatales y Andrés Tijerina del Archivo de Béjar.

Béjar (cabecera municipal)	<b>5,000<sup>55</sup></b>	<b>1,425</b>	<b>2,400</b>
Goliad	<b>1,400</b>	<b>570</b>	<b>700</b>
Nacogdoches	<b>670</b>	<b>500</b>	<b>500-600</b>
Victoria		<b>500</b>	<b>300</b>
San Patricio			<b>600</b>
Total aproximado de mexicanos	<b>7,070</b>	<b>3,195</b>	<b>6,900-7,000</b>

Nota: Estas estimaciones no toman en cuenta a la población dispersa en ranchos entre estos centros urbanos.

Fuentes: *Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 20; *Noticia Estadística sobre Tejas*, p. 25; J. M. Sánchez, *op. cit.*, p. 30; A. Tijerina, *op. cit.*, p. 12 y 20.

Es importante tratar el componente militar local: ¿Quiénes eran los soldados presidiales, y que eran dentro del tejido social tejano? En 1835, eran nominalmente la milicia cívica de Texas, aunque se les seguía conociendo comúnmente como presidiales. Desde 1713 la mayoría se conformaba en compañías volantes, cada una compuesta por entre 70 y 100 hombres a caballo. Solían vivir con sus familias y dependían de su cosecha para sostenerse, ya que desde la colonia su paga solía ser irregular.<sup>56</sup> En campaña también cazaban búfalos y venados. Los tejanos eran una sociedad acostumbrada al servicio militar, especialmente adaptado a las condiciones de frontera y regiones despobladas que habitaban. De forma similar a los comanches, podían patrullas las grandes llanuras de la región contando con varios caballos extra por persona (la caballada).<sup>57</sup>

---

<sup>55</sup> Está era la población de Béjar según Almonte (*Noticia Estadística sobre Tejas de Almonte*, p. 25); Según Tijerina, excluyendo a los soldados de presidio y sus familias, eran 1,998 (Bexar Archives, Censo de Texas, del 20 de junio de 1805, cit. por Tijerina, *op. cit.*, p. 8).

<sup>56</sup> *Diario de viaje de la Comisión de Límites*, p. 123; y “Si acaso llegan algunas cantidades de dieron desaparecen al momento pues no faltan las manos infames que las empleen para dar en efectos al pobre soldado, y por precio doble, lo que ha ganado sufriendo” (*Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, p. 29 s).

<sup>57</sup> L. Medina Peña, *op. cit.*, pp. 60 s; A. Tijerina, *op. cit.*, p. 40; *Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, p. 53.



Por lo general, la descripción clásica de este cuerpo es bastante acertada: “estuvieron expuestas a constantes fatigas y peligros; hombres acostumbrados a condiciones climáticas extremas pasaron gran parte de su vida a caballo, atravesando *inhóspitos desiertos*, viviendo casi sin alimento”.<sup>58</sup> Cada uno era responsable de procurar su propio equipo, que en el papel eran de siete caballos y una mula, sable, escudo de cuero de res (rodela o adarga para desviar flechas), dos pistolas y fundas, una carabina, silla, mantilla y espuelas, guajes y equipajes para provisiones. También se mencionan lanzas, escopetas cortas y chalecos de piel de venado.<sup>59</sup> Pero los diseños de los “modernizadores” de los presidiales (véase ilustración 2.5) solían tener poco efecto sobre la práctica. La comitiva de Mier y Terán, además de anotar estas discrepancias, observó que además del equipo especial, lo necesario era contar con las habilidades de supervivencia necesarias:

El vestuario y montura de estos dragones, contrasta con el de las demás tropas de la República. [...] Cada soldado posee uno o dos caballos (según su reglamento deben tener siete caballos y una mula por plaza), y como hay siempre una remonta detrás de las compañías, el tercio por lo menos de la fuerza se ocupa en su custodia. El equipo es generalmente muy pesado: llevan un fusil, y algunos una carabina incomoda en una acción contra tropas arregladas, pero que les son extremadamente útiles para la caza, cuando en los *desiertos* han agotado sus provisiones. El soldado predial lleva sable, pero no pistolas, y tampoco lanza [porque eran demasiado estorbosas]. Cada individuo que va a hacer una excursión cualquiera lleva consigo, y sobre el mismo caballo que monta, todas las provisiones necesarias para no morir de hambre en los *desiertos* que va a recorrer. Estas tropas hacen servicio en la frontera y protegen a las poblaciones limítrofes contra los indígenas, buscando mantenerlos en paz.<sup>60</sup>

Los soldados presidiales contaban con la pericia y técnica de supervivencia en los “desiertos” de Texas. Aunque las reformas desde el centro cambiaban algunas denominaciones, su forma de operar era más bien producto de varias generaciones de aprendizaje. Podían guiarse a través de extensiones enormes de terreno y seguir el rastro cualquier grupo o individuo en él. Sabían dónde encontrar comida y agua cuando se acababan las provisiones. No eran pocas sus tácticas de

---

<sup>58</sup> C. Gutiérrez Ibarra, *op. cit.*, p. 17, las cursivas son mías; A. Tijerina, *op. cit.*, p. 81.

<sup>59</sup> C. Gutiérrez Ibarra, *op. cit.*, p. 18.

<sup>60</sup> *Diario de viaje de la Comisión de Límites*, p. 73 s.

supervivencia y podían hacer toda la diferencia. Son el tipo habilidad que sólo se adquiere con la práctica. Por ejemplo:

En estos *desiertos*, cuando los militares de presidio quieren comunicar alguna cosa a los individuos que deben pasar por el mismo lugar que ellos, matan un ave cualquiera (por lo común un zopilote), a la que amarran una carta y la cuelgan de un árbol, cerca del camino, de algún guaje u otro punto frecuentado. De esta manera se comunicaba un oficial que marchaba dos jornadas antes que nosotros, con un amigo suyo que iba en nuestra caravana.<sup>61</sup>

Durante la Primera República, las nuevas regulaciones para los presídiales siguieron el diseño federalista que discutimos en el capítulo anterior. En breve: se dio la responsabilidad a las autoridades locales -estado y ayuntamientos- de su reclutamiento y organización. En el papel, las compañías presídiales y volantes de la época colonial se volvieron milicias cívicas. En la práctica los habitantes en Texas ya estaban acostumbrados a organizar su propia defensa militar, sin la cual no habrían podido sobrevivir. Por lo tanto, para la ley de milicias de 1826, ya estaban acostumbrados a elegir a sus líderes, por lo que más que cambiar la práctica la legitimaron. Al igual que muchas otras milicias, solían ser vecinos de mayor riqueza y prestigio. Su responsabilidad de defensa militar era clave, pero antes de discutirla más a fondo, cabe mencionar que su relación con la sociedad tejana iba más allá. Eran apreciados y respetados, en especial en la región de Goliad, Victoria y San Patricio. Las familias que formaban los soldados retirados fueron probablemente el principal influjo que mantuvo la población y las rancherías.<sup>62</sup>

Es extraordinaria la cantidad de terreno que debían recorrer, más considerando lo relativamente pocos que eran. En 1820 el censo registraba 289 de la compañía volante y 642 infantes de reserva. En 1829 las guarniciones del ejército permanente fueron transferidas por Mier y Terán a otros puestos de vigilancia (Anáhuac, Tenochtitlan y Terán), que fueron desmanteladas en 1832 por una revuelta de colonos angloamericanos. En 1835 Almonte, además de reportar el abandono de aquellos puntos, estimaba que en Texas no había más de 200 presídiales. No se puede saber con exactitud cuántos eran al momento de la campaña de 1835-36, pero por lo regular cada poblado organizaba su propia compañía para proteger a su

---

<sup>61</sup> En 1833 se les adeudaban entre 30 y 40 mil pesos de sueldos (*Diario de viaje de la Comisión de Límites*, p. 74).

<sup>62</sup> A. Tijerina, *op. cit.*, pp. 83 s; véase la sección de preparación militar del primer capítulo.

comunidad de las amenazas externas-que no eran pocas- y para hacer cumplir autoridad local. Las operaciones contra comanches eran una de sus principales preocupaciones, pero no la única. Eran los encargados de perseguir fugitivos, desertores y criminales, incluyendo redadas para frenar el avance de los inmigrantes ilegales angloamericanos que venían desde el norte.<sup>63</sup> También eran uno de los principales medios de comunicación entre los tejanos, y distribuían la correspondencia de las autoridades.<sup>64</sup>

El diseño clásico de los presidios eran habitaciones (cuarteles de oficiales y soldados, caballerizas y corrales, capilla y torres de vigilancia) distribuidas de manera cuadrangular o hexagonal (véase la ilustración 2.6).<sup>65</sup> Además, los menos afortunados vivían en jacales, de madera y barro. Pero para 1835 sus cuarteles podían ser indistinguibles del resto de haciendas y misiones de la región:

Según las descripciones de algunos viajeros, pensábamos que los presidios se compondrían de cabañas reunidas en derredor de algún mal parapeto, en el que se encerrarían algunos militares encargados de defenderlo y de hacer la guerra a los salvajes: por esta razón quedamos sorprendidos a la vista de Punta de Lampazos, que es una grande villa [Entre Monterrey y Laredo] que encierra 1,891 habitantes, entre los que se cuentan 200 familias, la mayor parte de soldados y algunas de labradores. En esta villa hay una compañía de dragones, encarada de conducir la correspondencia, de proteger a los agricultores y de hacer una verdadera guerra ofensiva contra la astucia de los indígenas.<sup>66</sup>

La afamada antigua misión de el Álamo también fungió como uno de estos presidios semifortificados. Lo ocupaba la compañía volante de San Carlos Parras.<sup>67</sup> El presidio de Goliad sí era un fuerte como tal: es de los pocos asentamientos de la época que sobreviven hoy en día, y era quizá el más imponente. Las edificaciones de ambas villas eran principalmente de cal y canto, mientras las de Victoria y San Patricio de madera.<sup>68</sup> Los baluartes de Nacogdoches fueron

---

<sup>63</sup> Victoria, por ejemplo, tenía “Guardia victoriana” y Béjar a la “Guardia de San Fernando” entre otras. Las comunidades de Nacogdoches Goliad y mediaciones del río Bravo también contaban con las suyas (A. Tijerina, *op. cit.*, pp. 15-23 y 86 s).

<sup>64</sup> Mier y Terán recibía correspondencia durante su expedición del general Bustamante por medio del servicio de correo de los soldados de presidio (*Diario de viaje de la Comisión de Límites*, p. 66).

<sup>65</sup> Sedena, *Cartografía militar mexicana*, México, Litografía Dorantes, 2010, p. 45.

<sup>66</sup> *Diario de viaje de la Comisión de Límites*, pp. 84 s.

<sup>67</sup> A. Tijerina, *op. cit.*, p. 80.

<sup>68</sup> *Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 22, §48.

desmantelados en la mencionada revuelta de los colonos norteamericanos de 1832, dejando la zona fronteriza desprotegida.

¿Cómo se defendían de la comanchería? Sabían muy bien que encerrarse en sus fortificaciones era pésima estrategia. Como los ayuntamientos de la región explicaron en sus comunicados oficiales al vicepresidente A. Bustamante en 1826, equivalía una desastrosa guerra de atrición.<sup>69</sup> Los comanches no atacaban los poblados más grandes y guarecidos, sino las rancherías de las inmediaciones que eran mucho más fáciles de saquear. Su estrategia de combate era muy similar a las que hacían tan exitosas a las hordas de las planicies centrales de Asia. Eran excelentes arqueros y tiradores a caballo que atacaban cuando tenían las de ganar, de forma sorpresiva de preferencia, y se dispersaban cuando no. Solían acechar a los mercaderes y conductas de plata en los caminos, ya para tenderles emboscadas o asaltar a los rezagados si eran caravanas defendidas.<sup>70</sup> Por lo tanto, contra ellos la mejor defensa era la ofensiva. Con ese fin, en el año 1826 comenzaron a organizar y coordinar excursiones de compañías volantes de diez hombres entre los asentamientos tejanos y los del río Bravo. Estas “cortadas” y patrullajes por las llanuras buscaban frenar a las incursiones antes de que se adentraran en el territorio. Esta estrategia defensiva era muy adecuada para la protección de las rancherías dispersas por el territorio. Pero desde el punto de vista de Estado hacía falta la vigilancia de la frontera y protección de sus derechos aduanales. Seguramente esto era lo que pretendía Mier y Terán con los nuevos puestos de vigilancia en la frontera y la costa. Si la milicia texana ya se hacía cargo de su seguridad, tenía más sentido destinar a los regulares a aquellas tareas de seguridad tan descuidadas. Además, el objetivo era instaurar aduanas para financiar la colonización del territorio con el comercio del algodón.<sup>71</sup>

No se podía esperar que los presidiales fueran a defender por sí mismos el “territorio nacional”, pero sus pericias sí que serían necesarias. Conocían y sabían cómo moverse y

---

<sup>69</sup> Béxar Archives, Ayuntamiento del río Grande a Bustamante, 18 de octubre de 1826, cit. por A. Tijerina, *op. cit.*, p. 85).

<sup>70</sup> “su táctica consiste en dar una carga al principio de la acción, y si en ella logran desconcentrar a sus enemigos, hacen destrozos, pero si se ha resistido se retiran luego en precipitada fuga” (*Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 24, §53); L. Medina Peña, *op. cit.*, pp. 64 s; Sobre los comanches, véase Pekka Hämäläinen, *op. cit.*; S. C. Gwynne, *Empire of the Summer Moon*, Nueva York, Simon & Schuster, 2010; Douglas V. Meed, *Comanche 1800-74*, Oxford, Osprey, 2003, p. 14.

<sup>71</sup> Andrew J. Torget, *op. cit.*, p. 165.

sobrevivir en tierras texanas: “Esta tropa de los presidios es utilísima para los trabajos, pues apenas ven un mal paso se dirigen a componerlo sin manifestar desagrado [...] Si no fuera por estos soldados, creo que quedaríamos en el camino moriríamos de hambre”.<sup>72</sup> Serían por lo tanto indispensables como guías, exploradores y mensajeros para el ejército. Su asesoría sería invaluable para evitar desastres en las operaciones, como extravíos, atolladeros y malos pasos, conocer fuentes de agua y alimento, seguir el paso a las fuerzas enemigas, comunicación entre contingentes etc. Además, una cortada para prevenir que los comanches asaltaran la línea de suministros del ejército hubiera sido lo ideal.

Por supuesto, hay que preguntar: ¿Se podría contar con su apoyo? Había ciertamente desconfianza natural frente a las autoridades del centro. Según Urrea, la mayoría apoyaba al sistema federalista y la constitución de 1824: como ya vimos legitimaba la agencia local de sus milicias y autoridades.<sup>73</sup> Al momento de la expedición del EOT al mando de Santa Anna, aún no estaba claro que sistema constitucional apoyaba el nuevo gobierno (véase cap. I), pero sí era evidente que era un giro hacia el centralismo. Es indudable que existía cierta afinidad por la autonomía local, pero sí se podría persuadir de una y otra forma su cooperación. Urrea fue exitoso en este aspecto, a lo que posiblemente se debió buena parte del éxito de su división durante el conflicto en 1836. Después de todo, los colonos angloamericanos también amenazaban con despojarlos de sus tierras. Pero no se podía contar con su apoyo simplemente por ser nominalmente mexicanos. Lamentablemente, según los testimonios de J. E. de la Peña y Sánchez Navarro, el resto de los mandos del EOT trató con desdén a estos soldados de la frontera, incluso robándoles la caballada, desaprovechando tropa extremadamente útil.<sup>74</sup>

---

<sup>72</sup> *Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, p. 54.

<sup>73</sup> En su camino de Saltillo a Matamoros, desde donde debía marchar hasta el río nueces, La división de Urrea se encontró con un grupo de soldados al mando de un excoronel sublevado. Logró capturar a 24 mexicanos de compañías presidiales, entre sargentos cabos y soldados. Según su testimonio, le declararon a Urrea que estaban a favor de la constitución del 24 y que por lo mismo simpatizaban con los rebeldes porque creían que la sostenían. El general los tuvo que “persuadir” para que se unieran a su división, donde prestaron buenos servicios (José Urrea, *op. cit.*, p. 7). Hay que tomar esta información con un grano de sal, ya que Urrea era un liberal moderado que en los años subsecuentes fue un opositor político liberal contra el centralismo.

<sup>74</sup> José Enrique de la Peña, *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de 1836 por un oficial de Santa Anna*, México, J. Sánchez Garza, 1955; Carlos Sánchez Navarro, *La Guerra de Tejas, memorias de un soldado*, México, Polis, 1938.

En términos de seguridad territorial, en 1835 Almonte reportaba alarmado que “no hay un solo soldado en ella [la frontera]”. Sin ella era inútil pensar en implementar medidas contra la inmigración ilegal (aunque la ley migratoria de 1830 ya había sido derogada) y la introducción de esclavos, así como observar el cumplimiento de los contratos de colonización.<sup>75</sup> Por lo mismo había sido imposible instalar aduana en el territorio, a la que los colonos norteamericanos se oponían férreamente, por obvias razones. El este de Texas, desde Austin hasta el río Sabinas, ya estaba repleto de colonos angloamericanos. Aunque había comunicación entre los asentamientos angloamericanos y los tejanos, por lo general vivían de forma separada y convivían poco. La división entre ambas esferas de influencia estaba dividida aproximadamente por el río Colorado.<sup>76</sup> Había cierto resentimiento entre los mexicanos del septentrión y los inmigrantes angloamericanos, porque los últimos estaban exentos a impuestos y las tarifas proteccionistas que se imponían desde el centro sin tomar en cuenta sus intereses.<sup>77</sup>

Por lo tanto, el Estado mexicano ocupaba Texas por medio de los grupos presidios y misiones que habían sobrevivido y mimetizado con las “villas” que crecieron a su alrededor, y algunos ranchos dispersos el sur del este de Texas, a partir del río Colorado. Las nuevas bases militares que Mier y Terán mandó situar (Anáhuac, Tenochtitlan y Terán) para vigilar los puntos estratégicos del territorio -la frontera y entradas fluviales- fueron desmantelados, y hasta 1835 se intentó restaurarlos.<sup>78</sup> Las propuestas de Almonte para reforzar la seguridad del territorio en 1834 ni siquiera tuvieron la oportunidad de materializarse.<sup>79</sup> Como puede deducirse de la tabla

---

<sup>75</sup> *Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 7, §14.

<sup>76</sup> Andrés Reséndez, *op. cit.*, pp. 99-105.

<sup>77</sup> “[Y]a es tiempo que se pongan [aduanas] porque los habitantes de Béjar, Goliad y Victoria se quejan de las ventajas que gozan sobre ellos los colonos, pues no pagan derecho ninguno de importación, ni se les exigen contribuciones por el Estado [...] y no sería extraño que su posición los violentase a ponerse de acuerdo con los colonos, con la mira de unirse a los Estados Unidos” (*Ibid.*, p. 8, §15).

<sup>78</sup> A. Tijerina, *op. cit.*, p. 7; *Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 6, §11.

<sup>79</sup> A grandes rasgos, Almonte propuso que se fortificaran los puertos, se pusieran destacamentos de defensa en la frontera norte y sobre el río Bravo y que se colocara una fuerza respetable en Béjar y Nacogdoches que pudieran auxiliar a los primeros. Sólo se requerirían 3,000 soldados: mil en Béjar, mil en Nacogdoches y mil en las fronteras y costas. A la distancia que se encontraba el comandante general de las Provincias Internas de Oriente hacía imposible que tuviera información verídica y cumpliera su deber, además de demorar las decisiones de sus subalternos en la región, por lo que debería situarse uno en Texas. Además del aserradero en Galveston, proponía que se vigilasen las costas del contrabando,

2.1, la población se contrajo a mediados de la década de los veinte como consecuencia de la independencia y los ataques comanches. Quizá por lo mismo la mortandad infantil y de hombres adultos era desproporcionadamente grande al resto de los habitantes.<sup>80</sup> Se ha querido explicar el fracaso relativo del poblamiento de Texas con que, a diferencia de otras regiones que sí se poblaron (como Nuevo León o Tamaulipas), los religiosos de las misiones texanas fueron muy reticentes en permitir que los soldados presidiales se establecieran como colonos. Los frailes, se argumenta, temían que esclavizarían a los indios, como sucedió a pequeña escala en otras partes de la Nueva España.<sup>81</sup> Pero desde la colonia las autoridades sabían que debían poblar la región fronteriza para tener un control de facto de territorio, e intentaron incitar a los habitantes del interior a emigrar a la región.<sup>82</sup> Béjar se mandó poblar por la corona en el siglo XVIII con familias canarias, pero apenas llegó una pequeña fracción (1/25 del total), lo que no sorprende después de recorrer la enorme distancia de camino por tierra desde Veracruz y el interior de México. Los proyectos gubernamentales por incentivar el poblamiento de Texas entre 1800 y 1830 fueron aún menos exitosos. La migración voluntaria por medio de la ley de colonización no generó ningún interés. En esos años, según reportaban los agentes estatales, apenas se conservó el número de habitantes mexicanos, gracias a la integración progresiva de presidiales.<sup>83</sup>

¿Por qué hubo tanta reticencia de parte de los mexicanos por colonizar la región, a pesar del incentivo oficial? Esta pregunta merece su propia investigación. Desde el punto de vista de este trabajo, el principal factor, además del pobre desempeño demográfico del país a

---

especialmente el comercio de esclavos desde Cuba, con dos goletas de guerra (*Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, pp. 10-19, §21-41).

<sup>80</sup> “The high death rates among productive men and among infants combined to produce the erratic and apparently stagnant population figures for Bexar during this period” (A. Tijerina, *op. cit.*, p. 13).

<sup>81</sup> *Ibid.*, pp. 142 s; C. Gutiérrez Ibarra, *op. cit.*, pp. 16 s.

<sup>82</sup> Muchos políticos prominentes de la época eran muy conscientes de esta problemática, e intentaron que se poblara Texas. Durante la colonia el marqués de Rubí, que recorrió las provincias septentrionales en 1766, recomendó la construcción de una línea de presidios. Después, ya con la independencia, Ramos Arizpe insistió en la importancia colonizar con población del interior la frontera de Texas para proteger el territorio (A. Tijerina, *op. cit.*, p. 6). Otro político que se preocupó por la situación era Lucas Alamán, tras recibir el reporte de Mier y Terán. En 1830, además de prohibir la inmigración ilegal, quiso que se poblara la región con mexicanos, prisioneros y reos de ser necesario, o con otras poblaciones extranjeras que contrarrestara a los norteamericanos. Como solución también quiso promover el comercio con el interior de la república (C. Gutiérrez Ibarra, *op. cit.*, p. 41).

<sup>83</sup> A. Tijerina, *op. cit.*, p. 7..

comparación de Estados Unidos (véase cap. I), quizá sea sencillamente la dificultad de llegar. Era un territorio aislado y alejado en dos sentidos: el físico y el imaginario. En otras palabras, no sólo había una separación objetiva, sino la concepción subjetiva de Texas como frontera incivilizada, salvaje y desértica.<sup>84</sup> La primera lo resume la introducción del *Informe estadístico de Almonte*, escrito para informar e incitar a los mexicanos que valorasen y poblasen Texas:

He oído que se pone por objeción para colonización de Tejas por mexicanos la distancia que media de aquí allá; pero los que así racionan, no tienen sin duda presente que para ir a aquel territorio, no es preciso hacer todo el camino por tierra, pues de aquí se puede ir a Veracruz en cuatro días, y de allí a Galveston o Brazoria en seis u ocho más. Se puede, pues, asegurar que en menos de doce o catorce días probablemente se hace el viaje de aquí a Tejas. Y ya se ve, aunque la distancia que hay de aquí allá por tierra es considerable, por agua es muy insignificante para servir de obstáculo a la realización de un proyecto tan lucrativo y honroso.<sup>85</sup>

Retomando el capítulo pasado, hay que recordar el concepto de espacio estatal de Scott. El camino por tierra a Texas estaba lleno de obstáculos importantes para la colonización estatal, pues no sólo había que cruzar eventualmente la Sierra Madre Occidental, sino el desierto del norte de México. El espacio conocido como Texas además estaba repleto de ríos y arroyos que le daban gran fertilidad, pero grandes dificultades de transporte y riesgos de enfermedades -la malaria y el colera-. Pero como Almonte señala, la distancia relativa disminuía considerablemente si se iba por mar. Aunque el Caribe no es ningún Mediterráneo, pues sus aguas son bastante peligrosas en la temporada de huracanes (del verano a noviembre), sí facilitaban sustancialmente el viaje a Texas. Catorce días no se comparan con el par de meses que tomaba el camino por tierra. No sólo era más rápido, sino más económico. Pero como también vimos en el primer capítulo, tanto la marina de guerra cuanto la mercante eran prácticamente inexistentes. Y estaba el peso de siglos de monopolio comercial: la navegación no era predilección de los mexicanos, sino al contrario.

Aun así, se podría argumentar que ya existía la posibilidad del desarrollo del comercio marítimo y el transportarte fuerzas armadas. Ya comenzaban a brotar algunos puertos en las bahías de Texas, como en Matagorda y Galveston, especialmente en los puntos de salida al mar

---

<sup>84</sup> E. Rajchenberg y C. Héau Lambert, art. cit., *passim*.

<sup>85</sup> *Noticia Estadística sobre Tejas de Almonte*, p. 8.



de los ríos navegables. La navegación fluvial conectaba el interior del territorio con la costa y ofrecía excelentes rutas comerciales. La desventaja, como veremos más abajo, era que complicaban enormemente el recorrido por tierra, porque lo cortaba transversalmente. Estas avenidas fluviales, junto a la abundancia de tierras cultivables, era lo que hacía tan atractivo este territorio para la economía algodonera que se estaba expandiendo en el sur de Estados Unidos.

Según el reporte de Almonte, aun tomando en cuenta que podría ser exagerado, ya pasaba por ellos un flujo comercial considerable, gracias a la exportación de algodón, pieles y ganado a Nueva Orleans (véase tabla 2.2). Por ello, este territorio era una mina de oro para quien lograra controlar la entrada y salida del comercio algodonero. Desde la perspectiva del Estado mexicano, que como vimos en el primer capítulo dependía de los impuestos al comercio exterior, era una enorme fuente potencial de ingresos. Por lo mismo era evidente la importancia de instalar aduanas y controles fronterizos de alguna especie en estos puntos estratégicos.

¿Qué puertos y entradas fluviales había en Texas? Después de todo, no sólo facilitaban la comercialización del algodón, sino también eran la forma más económica y efectiva de llevar un ejército numeroso a la región. No hay que olvidar que objetivo de este capítulo es evaluar las alternativas que tenían los mexicanos frente al problema de la secesión de Texas. Aunque la expedición marítima no se concretó, con excepción de los trecientos infantes yucatecos, sí fue sopesada, como revisaremos en el siguiente capítulo. Por lo tanto, hay que repasar, aunque sea brevemente, la situación de estos puertos estratégicos desde el punto de vista de los mexicanos y la posibilidad de una expedición militar marítima.

**Tabla II.2** Comercio de importación y exportación de Texas en 1834, de J. N. Almonte

Departamentos	Importación	Exportación	Total
Béjar	<b>40,000</b>	<b>20,000</b>	<b>60,000</b>
Brazos	<b>325,000</b>	<b>275,000</b>	<b>600,000</b>
Nacogdoches	<b>265,000</b>	<b>205,000</b>	<b>470,000</b>
	<b>640,000</b>	<b>500,000</b>	<b>1,130,000</b>
Exportaciones al interior de la República desde Brazoria, Matagorda y Copano:			<b>270,000</b>
			<b>1,400,000 pesos</b>

Fuente: *Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 103.

De sur a norte, primero había un pequeño puerto en Matamoros conocido como el Brazo de Santiago (véase el mapa de Austin). Sólo recibía buques de poco calado, que aun así corrían el riesgo de encallar. Después de descargar había que cruzar un brazo de agua llamado Boca Chica. Había unas chalanas que trasladaban las mercancías y tripulación. Cuando el mar se agitaba, las lanchas debían esperar porque podían hundirse. En consecuencia, no era poco común que ocurrieran desastres, en especial en época de lluvias.<sup>86</sup> Por lo tanto, hubiera sido complicado e impráctico desembarcar un ejército en este punto, aunque si se hubieran podido traer un contingente menos numeroso o víveres. Como veremos en el siguiente capítulo, se pactó la entrega de víveres en este puerto, en el que además desembarcaron trecientos infantes yucatecos.<sup>87</sup>

Luego estaba el Copano (Corpus Christi), sobre la desembocadura del río Nueces. Almonte quedó entusiasmado con el lugar tras lo que le contaron en Béjar. Se decía que era el puerto de mayor calado en Texas, de entre 15 y 18 pies. El punto “está perfectamente situado para una aduana marítima: el terreno es elevado y hay bastantes maderas en sus inmediaciones”. La madera no sólo era relevante para las instalaciones, sino para el prospecto de un astillero. Además, Almonte estimaba que podría albergar “más de 100 buques”.<sup>88</sup> Y para su seguridad, podía construirse un fuerte en la boca de la bahía. Sin embargo, aunque ya era “frecuentado”, admite que apenas había una casa en el lugar. Más al norte estaba el del Sabinito, en la bahía de Matagorda, donde confluyen el río San Antonio y Guadalupe, que tenía seis pies de calado. La actividad en estos puertos aún era bastante reducida. Se usaban para exportar pieles (entre ocho mil y diez mil al año según Almonte) e importar bienes de consumo desde Nueva Orleans, que se vendían en Béjar.<sup>89</sup>

Al noreste había un puerto nuevo en Matagorda, en la bahía del mismo nombre. Estaba en el margen izquierdo de la boca del río Colorado, que desemboca en la bahía, junto con otros

---

<sup>86</sup> *Diario de viaje de la Comisión de Límites*, pp. 152 s.

<sup>87</sup> Antonio López de Santa Anna, “Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos de 10 de mayo de 1837” en Genaro García (ed.), *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, México, Porrúa, 2da edición, 1974, p. 126; José Urrea, *Diario de las operaciones militares de la división que al mando del general José Urrea hizo la campaña de Tejas*, Durango, Imprenta del gobierno, 1838, p. 6.

<sup>88</sup> *Noticia Estadística sobre Tejas de Almonte*, p. 35.

<sup>89</sup> *Ibid.*, pp. 36-39.

ríos menores. Su clima, a pesar de ser costa, era bastante amable. Para Almonte, tenía bastante potencial comercial y ya estaba creciendo rápidamente junto con su población. Su aduana podría ser la segunda en importancia. Este punto sí era bastante conveniente para el desembarco de una expedición militar. Goliad estaba relativamente cerca, y se cultivaba maíz, camotes y papas en los márgenes del río Colorado y Trinidad. Además de estos recursos, a poca distancia en el norte estaba Brazoria, un asentamiento sobre el margen occidental del río Brazos con “tiendas bien surtidas”, al que se podía llegar en barcos de poco calado. Sin embargo, parece que también sufrió la epidemia de colera del 34, y era conocido como “el lugar más enfermizo del departamento”.<sup>90</sup> Estaba sobre una marisma que bordeaba la costa texana, de suelo húmedo y salobre. Las regiones de las planicies en donde el agua se estanca, por una u otra razón de la fisionomía terrestre, son bastante mortíferas. Los anofeles (mosquitos) de estos humedales no sólo son molestos, sino que transmiten los agentes patógenos de la malaria.<sup>91</sup> También abundan otros dípteros más grandes, los tábanos, que se alimentan de la sangre de mamíferos grandes, como caballos, mulas y bueyes. Por estos inconvenientes Matagorda estaba eclipsando a Brazoria, por lo menos según Almonte.

Al norte del río Colorado, los puertos estaban bajo control de los colonos angloamericanos, que los desarrollaron como un *outpost* comercial de Luisiana. Importaban todo desde Nueva Orleans, y a cambio exportaban algodón, ganado y pieles (véase tabla II.2).<sup>92</sup> La entrada por el río Brazos, por el que se podía llegar hasta San Felipe de Austin, era usada por los colonos angloamericanos para comercializar el algodón, y lo recorrían con buques de vapor.<sup>93</sup> Por último, pero no menos relevante, era Galveston, el mejor situado para Almonte, porque “su bahía es espaciosa y segura: el fondeadero está protegido por la Isla Pelicano, y su entrada quedaría perfectamente defendida fortificando esa isla, la de Galveston y la punta Bolívar. Un astillero en este punto sería de la mayor importancia para el gobierno, pues por ese medio se fomentaría el comercio de cabotaje, y se pondría a los colonos en contacto con el resto de la

---

<sup>90</sup> *Ibid.*, pp. 53-56. Según Almonte, sólo Nacogdoches se libró de las epidemias de colera que azotaron a la región en aquellos años (*Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 32, §66).

<sup>91</sup> Fernand Braudel, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, trad. M. Monteforte, W. Roces y V. Simón, México, FCE, 2da ed., 2013, p. 78-84.

<sup>92</sup> Andrés Reséndez, *op. cit.*, pp. 50-55.

<sup>93</sup> *Noticia Estadística sobre Tejas de Almonte*, p. 63.

república”.<sup>94</sup> Ya era evidente pues, que Galveston, junto con Matagorda, se convertiría en el puerto más importante de Texas. Lamentablemente, también era dominado por contrabandistas y comerciantes de algodón. Para 1835, la compañía de Nueva York, que tenía las concesiones de Zavala, Burnet y Vehlin para colonizar tres cuartas partes del departamento de Nacogdoches (véase la ilustración 2.2), ya había emprendido la navegación con barcos de vapor en el río Brazos, Trinidad y el San Jacinto por Galveston, donde ya también planeaba hacer un astillero.<sup>95</sup>

En conclusión, si el ejército mexicano quería llegar a Texas en barco, las opciones se reducían a los puertos que estaban al sur de la salida del río Brazos. Estos estaban más cerca de los asentamientos mexicanos, especialmente Goliad, que estaba situada estratégicamente entre la costa y Béjar, sobre el mismo río San Antonio. Brazoria y Austin tenían la misma relación sobre el río Brazos. Los puertos más viables para recibir una expedición militar eran Copano y Matagorda. Ambos tenían poblados mexicanos cercanos, San Patricio y Goliad respectivamente, y no estaban limitados por el calado y complicaciones en el desembarco que tenía el Brazo de Santiago. Sin embargo, este último estaba resguardado por la guarnición militar de Matamoros. Los otros dos no estaban defendidos, no tenían fortificaciones ni guarniciones de seguridad. Por lo tanto, hubiese sido necesario asegurar estos puntos para aguardar la llegada del ejército y/o sus provisiones. Para complicar aún más el asunto, y como lamentaba Almonte, se hubiese tenido que recurrir al extranjero “para mandar los pocos buques que se tienen”.<sup>96</sup>

Entonces, ¿era viable la expedición marítima? Quizá sí, pero no habría sido nada fácil. Como ninguno tenía guarnición que recibiera con seguridad al ejército hubiese tenido que involucrar algún tipo de operación anfibia. No hace falta decir que la logística, organización y planeación necesaria sería inmensa, y los comandantes mexicanos no tenían nada de experiencia en algo así. Es dudoso que hubiesen podido concebir y ejecutar la campaña a Texas de esta forma. Su experiencia y formación militar era eminentemente continental, en expediciones terrestres en el interior de la República, con tácticas de campaña y batalla más semejantes a la tradición francesa que inglesa. Pero incluso aceptando que la invasión por mar era demasiado riesgosa, más tomando en cuenta la impericia mexicana, los puertos no dejaban de ser puntos

---

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 60.

<sup>95</sup> *Ibid.*, pp. 63 y 68 s; Andrew J. Torget, *op. cit.*, pp. 148-151.

<sup>96</sup> *Noticia Estadística sobre Tejas de Almonte*, pp. 61.

estratégicos, pues eran la llave de entrada al territorio. Por lo tanto, aún si la operación fuese exclusivamente terrestre era indispensable considerar el control de estos puntos en la estrategia de campaña. Retomaremos esta cuestión cuando analicemos los planes de campaña de la campaña de Texas. Por lo pronto, resta retomar el camino por tierra, que a final de cuentas tomó el EOT.

### *El camino*

El barco era la mejor forma de llegar a Texas y moverse en su territorio. Como Austin, que como Almonte escribía para promover la colonización, señaló: “te toman tres o cuatro días de vela para llegar de la costa de Texas a la boca del Mississippi, o a Veracruz, o a la Habana”. Además hay cuatro ríos que son navegables de 160 km a 640 km al interior, el río Natchez, Trinidad, Brazos y Colorado, además de varios arroyos con menos distancia.<sup>97</sup> Almonte viajó de Veracruz a Nueva Orleans, para palpar la situación de Texas, y entró por la frontera de Luisiana porque no juzgó prudente hacerlo por Galveston. Esto parece sugerir que aún eran muy precarios esos puertos, o que estaban incomunicados con los mexicanos, o que pudieran ser hostiles a la llegada de Almonte.<sup>98</sup> No por nada Almonte recordaba que se “prorrogara el permiso que por la ley de 6 de abril de 1830, en su art. 12, se concedió a los extranjeros, para que pudiesen hacer el comercio de cabotaje de las colonias de Tejas a los puertos de Matamoros, Tampico y Veracruz”.<sup>99</sup> La Comisión de límites llegó a la inversa; primero tomó la ruta terrestre y luego regresó por Luisiana. Partió en 1826, tras algunos retrasos por falta de fondos, al mando del general Manuel Mier y

---

<sup>97</sup> Eugene C. Barker (ed.), “Descriptions of Texas by Stephen Austin”, *The Southwestern Historical Quarterly*, 28 (1924), pp. 98 s (la traducción es mía).

<sup>98</sup> “Mi objeto al dirigirme a Nueva Orleans, fue informarme de la situación de Texas, por los capitanes de los buques que arribaban a la sazón de Brazoria y Galveston con frutas de aquel país, y según las noticias que de ellos adquiriese, continuar mi viaje por mar o por tierra. En efecto logré mi intento, y como no juzgase prudente dirigirme a Galveston, emprendí por tierra” (*Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 5, § 8). Eugene C. Barker (ed.), “Descriptions of Texas by Stephen Austin”, *The Southwestern Historical Quarterly*, 28 (1924), pp. 98.

<sup>99</sup> En su opinión, está era la única forma con la que se lograría el comercio y comunicación marítima de Texas con el interior (*Noticia Estadística sobre Tejas de Almonte*, p. 39).

Terán.<sup>100</sup> Tomaron el Camino Real de Tierra adentro hasta Coahuila, pasando desde México por Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí, Catorce y al fin Saltillo.

Los diarios de la expedición muestran las adversidades geográficas que había de enfrentar en el camino y movilidad terrestre hacia Texas y en su interior. Estos pueden clasificarse en cuatro: los pasos montañosos, las llanuras desérticas, las crecidas de ríos y los humedales. Los primeros dos eran obstáculos permanentes, y los últimos dos empeoraban en la estación de lluvias de la primavera.<sup>101</sup> Todas las sufrió el ejército mexicano en la campaña de Texas.

Primero, estaban los pasos en mal estado que cruzaban terrenos montañosos. Para llegar a Texas en algún punto había que cruzar la Sierra Madre Oriental, como el trecho entre Saltillo y Monterrey. Estos pasos daban muchas dificultades a los arrieros y carros, porque formaban cuellos de botella en las partes estrechas. La comisión llevó consigo varias carretas que sufrieron bastantes penalidades en el camino. Desde Saltillo “por el espacio de seis leguas [30 km aprox.] se camina por el valle en un descenso continuo” hasta que al oriente se ve una cortadura en la cadena montañosa. Aquella es un abra a la que se llega por una cañada irregular, por donde pasa el camino a Monterrey. En este punto una parte de la comitiva se extravió y una de las carretas se averió. El camino se iba haciendo más estrecho, hasta llegar a un pequeño valle entre las montañas donde se podía descansar en la hacienda de la rinconada.<sup>102</sup> De este punto se llega al costado oriental de la cordillera, donde está Monterrey.

Luego estaban las grandes llanuras desérticas o semidesérticas del septentrión mexicano. Ya por Monclova o por Monterrey, no había forma de evadir la “nopalera” que se extendía hasta el río Bravo:

Al N. O. corre la Sierra Madre, y nosotros nos dirigíamos al N. E. hacía unos llanos sin fin, y ellos que el viajero sólo descubre a los lejos un horizonte visual, sin que nada lo interrumpa ni distraiga. [...] las orillas del camino están cubiertas de bosques de mimosas, de yuca, de gobernadora, etc., sobre todo, de cactus, que constituyen el principal adorno de estos llanos. En tiempo de guerra con los

---

<sup>100</sup> De acuerdo con el teniente de artillería José María Sánchez, fue Ramos Arizpe quien financió la expedición con 880 pesos mensuales (Jorge Flores D., introd. a *Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*).

<sup>101</sup> *Noticia Estadística sobre Tejas de Almonte*, pp. 45, 66 y 88.

<sup>102</sup> *Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, p. 7.

indígenas, es peligroso andar por estos caminos, que recuerdan con horror las muchas inhumanidades que en ellos han cometido los lipanes y comanches.<sup>103</sup>

El río salado era una parada obligada, para reabastecerse de agua “midiendo el tiempo para que no les haga falta a las bestias en las veinte y cinco leguas, o menos, que faltan hasta Laredo”.<sup>104</sup> En este río bordeado por mimosas y álamos había muchos ranchos abandonados por los ataques comanches. Cuando estaba crecido había que esperar para algunos días para poder cruzar.<sup>105</sup>

Después sigue otra “llanura sin límites”, árida, cubierta de pequeños arbustos y nopales (como mimosas y raquetas).<sup>106</sup> El agua era muy escaza, y la vegetación reducida a los nopales y una “gramínea” corta y seca, que por lo menos era “excelente pasto para los animales.” Aún con un grupo pequeño, se corría mucho riesgo de deshidratación: “a pesar de nuestro cuidado, se nos acabó el agua porque hacía demasiado calor y la sed nos molestaba demasiado; y ya como a las once del día era inaguantable, sin poder siquiera tomar alguna sombra para descansar, porque no había no un sólo árbol que pudiera prestarla.” En el horizonte no se veía más que una planicie inmensa, atravesada por el río Bravo como “un hilo de plata.” El deseo de llegar a la corriente, por agua y sombra, hacía el camino más desesperante. En invierno el recorrido tampoco era fácil porque las temperaturas eran especialmente bajas en las planicies y llanuras por los vientos fríos del norte. Según el teniente, llegaron cuando ni ellos ni las bestias parecían poder más. Tras la parada en Laredo o Guerrero (Presidio del río Grande), cuya población no ascendía de dos mil personas, había otro tramo similar. No había ningún poblado de ahí hasta Béjar desde el camino de Monclova o Saltillo. Había que preparar un “bastimento” (provisiones para dos semanas), para recorrer de 60 a 70 leguas 189 a 337 km.<sup>107</sup> Solía consistir en galletas de maíz tostado con, harina de maíz dulce, anís, canela o pinole para hacer atole y “aguafresca en el calor del día” y carne seca y salada de res. Se recorría otro camino de despoblado “plano y llano y lleno de arbustos” donde “la vegetación es más animada”. Lo bueno de este trecho es que había más fuentes de agua y pastura, y algunas manadas de ciervos y caballos mostrencos (mesteñas), que

---

<sup>103</sup> *Diario de viaje de la Comisión de Límites*, pp. 86 s.

<sup>104</sup> *Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, p. 16.

<sup>105</sup> *Diario de viaje de la Comisión de Límites*, pp. 91 s.

<sup>106</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>107</sup> Esto era lo que estimaba Almonte en 1835 (*Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 25, §54).

los soldados presidiales solían cazar cuando faltaban alimentos.<sup>108</sup> A partir de este punto por lo menos se podrían sostener a los animales que requeriría un ejército de expedición para la caballería y las provisiones. Lo malo es que serían susceptibles a asaltos comanches hasta Béjar, especialmente los rezagados y los suministros, a menos de que se hiciese una cortada.<sup>109</sup>

Ya en Texas las fuentes de agua abundaban tanto que se convertían en un verdadero problema para la movilidad. El camino de “arriba”, tras converger en Béjar desde Saltillo o Monclova, seguía hasta Nacogdoches. Otra rama iba a San Felipe Austin pasando por Gonzales, un poblado en el río Guadalupe que “hace algunos progresos” con 900 habitantes.<sup>110</sup> El camino de “abajo” venía desde Matamoros hasta Goliad, y a diferencia del anterior, pasaba por un poblado en el río Nueces, San Patricio. Llegaba hasta el sur de la frontera con Luisiana, pasando por Victoria y Austin. Este camino a su vez tenía varios ramales, los que salían de los dos últimos poblados hacía los asentamientos costeros, principalmente Copano, Matagorda, Brazoria y Galveston, y los que conectaban con el camino de arriba. Por último, estaba la ruta de Béjar a Goliad, bordeando el río San Antonio. Aún para este último era necesario cruzar varios efluentes. Había alrededor de 25 ríos. Los más caudalosos de sur a norte, eran el Bravo, Nueces, San Antonio, Colorado, Trinidad, Neches y Sabina. Además, había aproximadamente otros 625 manantiales y arroyos y 57 lagunas en todo Texas.<sup>111</sup> Inevitablemente había que cruzar muchos de estos cuerpos fluviales para recorrer Texas, especialmente si se iba desde el norte mexicano al noreste, dirección que habría que tomar una expedición militar terrestre.

No había puentes. Los menos caudalosos podían cruzarse a caballo y a pie, pero cuando estaban crecidos no había otra forma más que con chalanas o canoas y buscando un vado para las carretas. Algunas veces no había de otra más que cruzar los cargamentos y carros en hombros. Era común encontrar chalanas en las rutas principales, pero algunas veces era necesario improvisarlas, más si debía cruzar un ejército. Además, era peligroso, porque las corrientes se

---

<sup>108</sup> Estas manadas de *mustangs* abundaban en Texas, y era uno de los recursos que hacían tan codiciada la región, por la economía del algodón que requería de muchos animales de carga para sus operaciones (Andrew J. Torget, *op. cit.*, p. 48).

<sup>109</sup> *Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, pp. 16-19; *Diario de viaje de la Comisión de Límites*, pp. 91 s.

<sup>110</sup> *Noticia Estadística sobre Tejas de Almonte*, pp. 50 y 54.

<sup>111</sup> L. Portillo, *op. cit.*, p. 9. En el mapa de Austin están trazados estos caminos.



volvían tan agresivas, especialmente de marzo a junio, que se desprendían “enormes árboles que la misma corriente derriba”.<sup>112</sup>

El camino de arriba iba “sobre un terreno elevado, pero sin montañas y de poca piedra”, pasaba por menos ríos crecientes, malos pasos y atolladeros que el de abajo, pero era menos seguro y habitado.<sup>113</sup> Era más fácil provisionarse en el de abajo, también conocido como Atacosito, pero con las lluvias se formaban malos pasos por las crecientes y humedales que se formaban en los terrenos bajos. Las crecientes de los ríos “interrumpen las comunicaciones con el sur”.<sup>114</sup> Estás venían en la primavera, entre marzo y mayo. Los mejores meses para viajar eran verano y otoño, aunque algunas veces llovía en septiembre y octubre:

Esta abundancia de agua es causa de que todo Tejas sea bellissimo, principalmente por la parte occidental, pues aunque igual hermosura se encuentra en la oriental por sus soberbios bosques, se hace menos sensible por las terribles inundaciones que las aguas de los ríos hacen en las más bellas estaciones del año, formando pantanos y lagunas horrorosas, cubriéndose por todas partes de inmensidad de zancudos, garrapatas, aradores, jejenes, pinolillo y tábanos que molestan sin cesar de día y de noche; cuyos animales desaparecen en el invierno; pero entonces las nieves y los impetuosos fríos vientos del noreste no dejan de gozar de unos campos cubiertos sólo de árboles despojados de su verdor y lozanía.<sup>115</sup>

La franja este de Texas, de Austin y Brazoria al sur de Luisiana, era la más boscosa. Había fajas de árboles espesas (nogales, pinos, álamos, cedros y encinos) aproximadamente cada 20 km en el departamento de Brazos, que se concentraban en el departamento de Nacogdoches y se iban haciendo más dispersos y escasos hacia al sur y el oeste hasta llegar a las llanuras del sur del río San Antonio y la falla de Balcones.<sup>116</sup> Estaba repleta de pantanos, marismas y humedales y por ello era la zona más enfermiza de todo el Estado. La población sufría por las penalidades de la

---

<sup>112</sup> *Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, pp. 39-46. En Austin había un “chalán o canoa grande” para cruzar el río Brazos, con a que se navegaba río abajo porque el paso frente a la villa era muy malo. En el cruce del río Trinidad, donde se unía la ruta de Nacogdoches desde Austin con el camino de arriba, había un chalan y una piragua (*ibid.*, pp. 47 s y 57).

<sup>113</sup> *Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, pp. 24 s, 30 s y 36 s, §53, §63 y §73.

<sup>114</sup> *Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, pp. 16-19 y 39; *Diario de viaje de la Comisión de Límites*, p. 123.

<sup>115</sup> *Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, pp. 27 s.

<sup>116</sup> Para una descripción de la época del “aspecto físico de Texas”, véase las primeras páginas de la *Noticia Estadística sobre Tejas de Almonte*, los diarios de la Comisión de Límites y las descripciones de Stephen Austin.

fiebre amarilla, paludismo y colera, especialmente durante la primavera y el verano. Varios miembros de la Comisión de Límites cayeron enfermos de fiebre tras sufrir picaduras de “una inmensidad de zancudos”, incluyendo Berlandier y Chovell, varios soldados y el cocinero. Los caballos, mulas y bueyes de carga también sufrían mucho en estas regiones, por “los malos pastos”, los tábanos que les daban “sangrías horrorosas” y “unos pequeños mosquitos llamados rodadores que se meten en las orejas de las bestias y las sangran excesivamente”.<sup>117</sup>

También se complicaba enormemente la movilidad por los atolladeros y lodazales que se formaban en las llanuras y los bosques de la región. Las carretas se atascaban y atrofiaban con facilidad. El tránsito se volvía “penosísimo” por la “multitud de arroyos y pantanos” que formaban “atascaderos de tanta consideración, que a cada momento era necesario sacar el brazo de los carruajes y caballos que se enterraban hasta los encuentros”. La Comisión de Límites recorrió la región en la peor estación del año, y sufrió toda clase de penalidades que amenazaron seriamente a la expedición. Al final, gran parte de la comitiva se vio obligada a regresar a Béjar, mientras Mier y Terán continuó a caballo el camino a Nacogdoches, acompañado por el teniente Sánchez y una escolta de siete hombres, llevando sólo lo indispensable.<sup>118</sup> Por lo tanto, en la temporada de lluvias el camino terrestre se hacía extenuante y prácticamente intransitable. La suma de los retrasos por las crecientes y los lodazales triplicaban fácilmente el esfuerzo y tiempo que se requería para llegar de un lugar a otro.<sup>119</sup> Retomando a Scott, el espacio estatal no sólo estaba limitado por la topografía, sino por las estaciones. En ausencia de transporte fluvial, el estado desaparecía cuando las lluvias y los ríos cortaban la comunicación y el tránsito.<sup>120</sup>

Además de estas limitaciones físicas al control territorial hay que tomar en cuenta la distancia imaginada y reputación de Texas como la frontera más lejana del país. Estaba más allá de las altiplanicies bordeadas de montañas del interior. Cuando un habitante del interior cruzaba la Sierra Madre Oriental y la veía desaparecer en el horizonte del noroeste y todo lo que veía a su camino era una llanura inmensa, no podía más que sentir que abandonaba su tierra: “[e]stos

---

<sup>117</sup> *Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, pp. 48-58.

<sup>118</sup> Las carretas que la expedición traía llevaban los instrumentos de los científicos y provisiones. Se averiaron y atrofiaron en varias ocasiones, especialmente en la región pantanosa, donde se volvieron inoperables (*Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, pp. 50-56).

<sup>119</sup> *Diario de viaje de la Comisión de Límites*, pp. 122 s.

<sup>120</sup> James C Scott, *op. cit.*, pp. 35.

son los últimos montes que por este rumbo se divisa, y al contemplar que para mí desaparecían los terrenos montuosos donde vi la luz primera, una feroz melancolía se apoderó de mi alma, y volví el rostro a México para dar un adiós [...]”.<sup>121</sup> Las montañas eran imponentes en el paisaje mexicano, no sólo de la capital sino de muchas partes del territorio. Era uno de los “goesímbolos” principales de lo mexicano, que contrastaba con las “llanuras desérticas” que separaban Texas del Estado mexicano.<sup>122</sup>

Además de este “paisaje textual”, la literatura y otras memorias históricas representan al septentrion mexicano como la oposición de la “civilización”: tierras desérticas de hombres salvajes y nativos caníbales. Este es el típico discurso de expansión estatal que legitima la integración de los nuevos espacios y personas concibiéndolos como sujetos y espacios primitivos y atrasados.<sup>123</sup> La distancia subjetiva de estos discursos se traducía en tabús muy concretos en el imaginario de la población. El más sobresaliente en el caso de Texas, por lo menos según los testimonios de la Comisión de Límites y Almonte, era la fiereza y canibalismo de los indios:

Se ha dicho de ellos que son antropófagos, pero yo creo que esto no es más que una fábula.<sup>124</sup>

Yo confieso ingenuamente que a pesar de haber leído un poco sobre distintas materias, no tenía más conocimiento de Tejas que los que me había podido ministrar las crónicas de los padres de la Santa Cruz de Querétaro, llenas de embustes y falsas noticias que me ha hecho conocer la misma experiencia [...]no me era posible alentar a los carreteros y soldados que nos escoltaban, pues estos a cada paso les figuraba que se les aparecían los indios y los asaban, o se los comían vivos.<sup>125</sup>

En conclusión, una campaña militar en Texas implicaba superar distancias y barreras naturales y mentales. Conllevaba una expedición con una logística muy complicada y la reunión provisiones para cruzar muchos kilómetros sin agua ni alimento. Para una campaña terrestre se tendría que considerar la gran cantidad de ríos y arroyos que se tendrían que cruzar, así como los pantanos y marismas de las regiones del este; y tomar en cuenta su crecimiento entre marzo y mayo. Habría

---

<sup>121</sup> *Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, p. 15.

<sup>122</sup> E. Rajchenberg y C. Héau Lambert, art. cit., pp. 43-50.

<sup>123</sup> J. Scott, *op. cit., passim*; E. Rajchenberg y C. Héau Lambert, art. cit., pp. 43-50.

<sup>124</sup> *Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 24, §51.

<sup>125</sup> *Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, pp. 9 s.

que contar con compañías de zapadores listas para improvisar chalanas para las crecidas de los ríos y “nadadores diestros y bien pagados”.<sup>126</sup> Tener un equipo médico también resultaría importante, tomando en cuenta la variación de temperaturas y climas, y lo enfermizo de las regiones pantanosas. Un importante cuerpo de caballería también sería de gran utilidad estratégica, como lo era para los presidiarios y los comanches.

Ya en Texas había algo de cultivos que se podían confiscar, aunque estos apenas alcanzaban para sostener a la población local. También se podría forrajear algo de comida: especialmente carne, tanto del ganado de los pobladores cuanto de las manadas de cibolos y venados (que se podrían cazar con ayuda de los presidiales). Por lo menos abundaban los pastos para alimentar a los animales de tiro, principalmente bueyes y mulas, y los caballos del ejército. Aun con ello es difícil pensar que sería suficiente para alimentar por mucho tiempo a un ejército de varios miles sin una línea de suministros. Para ello lo más sensato era establecer comunicaciones con el interior desde algunos de los puertos de Texas, desde donde podrían llegar refuerzos y provisiones.

En una economía no industrializada, los núdulos estaban limitados por la geografía y el espacio estatal por lo tanto delimitado a la distancia en la que era viable el transporte de granos por mulas y bueyes.<sup>127</sup> Como acabamos de ver, la lejanía de Texas no estaba configurada sólo por la distancia, sino por las dificultades del terreno. Estaba claramente más allá del alcance del comercio terrestre con el interior del Estado. Por ello Almonte insiste tanto en su *informe secreto* en medidas para aprovechar la accesibilidad al territorio que brindaba la navegación, como promover el comercio de cabotaje con Tampico y Veracruz y los aserraderos en Matagorda y Galveston. Por lo mismo notó los progresos que los norteamericanos comenzaban a lograr en aquellos años con la navegación fluvial con barcos de vapor en el río Brazos y Galveston. Estas tecnologías resultarían bastante importantes para el prospecto de los rebeldes en 1836, lo que se

---

<sup>126</sup> Además, era “preciso conocer la profundidad de esos ríos, su latitud, sus escarpes, así como la fuerza de sus corrientes y las ventajas e inconvenientes de los bosques que los circundan” (José Enrique de la Peña, *op. cit.*, p. 17).

<sup>127</sup> The principle of design [del espacio estatal] must obviously hinge on the geographical concentration of the kingdoms's subjects and the fields they cultivate within easy reach of the state core. Such concentration is all the more imperative in premodern settings where the economics of oxcart or horsecart travel set sharp limits to the distance over which it makes sense to ship grain (J. Scott, *op. cit.*, pp. 40 s).

tratará en el siguiente capítulo. Para el éxito en campaña sería indispensable, por lo tanto, que por lo menos una parte de las operaciones se ocuparan de establecer la línea de suministros en alguno de los puertos de Texas. Lamentablemente, como se verá en breve, los altos mandos concibieron la campaña del EOT primordialmente como una expedición terrestre.

### *El tablero*

Ahora hay que ver los proyectos de ocupación de los otros actores de la región y sus relaciones con el Estado mexicano. En otras palabras, hay que repasar brevemente todo el tablero. El proyecto colonial del Imperio Español en el septentrión de la Nueva España radica en el CRTA, misiones, presidios y minas. Aunque estas redes de asentamientos en el inmenso terreno del norte rindieron algunos frutos, en algunas regiones tuvieron poco éxito. Este fue el caso de la Texas que heredó el Estado mexicano.

Como se trató arriba, para 1835 el flujo migratorio desde el interior de la República había sido ínfimo y no había crecido el número de colonos mexicanos, en buena medida por la lejanía y aislamiento que implicaba el camino por tierra. Las misiones, que buscaban “evangelizar” y civilizar a los “indios salvajes”, fracasaron totalmente. Aunque algunas comunidades indígenas desarrollaron relaciones pacíficas y alianzas con los asentamientos hispanos, siguieron viviendo según sus usos y costumbres. Además de la multiplicidad de grupos indígenas establecidos por generaciones en la región, había un constante influjo de tribus del norte desplazadas por el expansionismo estadounidense. Desde inicios del siglo XIX comenzaron a migrar al oeste del Mississippi, algunas hasta Texas. Sus formas de vida también variaban ampliamente: había tribus predominantemente nómadas -como los comanches- otras sedentarias y muchas otras mixtas.<sup>128</sup> Los mexicanos, como Almonte, solían clasificar en dos tipos a los indígenas de la región: los “indios pacíficos” y “los indios bárbaros”.<sup>129</sup>

---

<sup>128</sup> Lindy Eakin, “Continuity, Change, and Removal. Native Women and the Texas Revolution”, en Mary L. Scheer (ed.), *Women and the Texas Revolution*, Texas, University of North Texas Press, 2012, pp. 13-18.

<sup>129</sup> Según estimaciones de Almonte, los “indios hostiles” eran los Comanches (10,000), Tehuacanos (500) y Wacos (200) y “amigos” los Tehuayases (100), Coshates (500) Cheroquis (500), Sawanos (400) Kikapoos (800), Chactas (500), Delawareos (300), Criks (600), Cadoos (500), Texas (100), Nacogdoches (300), entre otras más pequeñas (*Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 61); el teniente Sánchez también enlista las tribus pacíficas de los alrededores de Nacogdoches, añadiendo a los nadacos, ignanés, alabamos y quichas. (*Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, p. 63).

Tras el fracaso de las misiones, la Corona desarrolló a finales del siglo XVIII un sistema de alianzas basado en el intercambio de regalos y el comercio. Para ello había agentes designados que sostenían reuniones anuales en Nacogdoches con las tribus de la región. Los comanches trataban directamente en Béjar, dónde había un establecimiento especial para recibirlos. El problema de la nueva estrategia era que no atendía el problema de fondo: la lejanía del territorio. Mantener la línea de suministros hacía Texas era complicado y caro, pero preferible a los costos de los saqueos. Cuando se interrumpió el flujo de recursos a la región las incursiones comanches reanudaron con gran intensidad, impulsadas por la creciente demanda por mulas y caballos en la frontera con Estados Unidos.<sup>130</sup>

El gobierno mexicano quiso recuperar estas alianzas sin demasiado éxito. Cuando el general Mier y Terán llegó a Nacogdoches en 1829 y sostuvo una serie de audiencias con representantes de estos grupos, algunos ya ostentaban algún cargo oficial por el gobierno mexicano. Los Ais, Texas y Nadacos, habitantes antiguos de la región, le reclamaron la admisión de las tribus del norte. A su vez, las del norte solicitaron audiencia con el general, como representante de gobierno a su llegada a Nacogdoches. En las reuniones, descritas por el teniente Sánchez Navarro, expresaron su deseo de vivir en paz con la idea de que había venido a concederles tierras.<sup>131</sup> Lo cierto es que, aunque se las hubiese otorgado, el gobierno mexicano no tenía autoridad para hacerlo valer. Estas negociaciones y alianzas, que se llevaban a cabo desde antaño con los estados coloniales, solían acompañarse con muestras de buena voluntad en forma de regalos y comercio. El gobierno mexicano descuidó, ya por negligencia o falta de recursos, estos pactos.

Las comunidades que venían del norte, como los cheroquis, negociaron tanto con mexicanos y angloamericanos para obtener una concesión de tierra. Pero como se trataban de grupos diversos, con divisiones y afinidades muchas veces irreconocibles para los occidentales, comenzaron a perder la confianza de los tejanos y angloamericanos por su aparente duplicidad. Su organización y cultura política no siempre se acoplaba a las expectativas de la diplomacia

---

<sup>130</sup> Lindy Eakin, *op. cit.*, pp. 18-25; Andrew Torget, *op. cit.*, pp. 36-39.

<sup>131</sup> Para más información sobre estas negociaciones, véase *Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, pp. 58-68.

occidental. Esto complicaba la estabilidad del sistema de alianzas. Por lo tanto, para el conflicto entre manos lo más razonable era esperar su neutralidad más que apoyo.<sup>132</sup>

Las tribus comanches eran quizá el actor más potente. Para finales del s. XVIII e inicios del s. XIX, la comanchería dominaba las relaciones comerciales y económicas de la región. Adhirieron paulatinamente a otros grupos indígenas a su sistema comercial y usos y costumbres, desplazaron a otros, y también llevaban la iniciativa en las relaciones con los occidentales de la región. Para el periodo en cuestión tenían suficiente fuerza como para llevar su política exterior bajo sus propios términos. Trataban a cada una de las unidades de los asentamientos coloniales de forma separada y aprovechaban y fomentaban el enfrentamiento entre ellos.<sup>133</sup> Por lo tanto, no cabría esperar su intervención a favor de uno u otro, pero sí que aprovecharan el influjo de recursos para alimentar su sistema comercial. Probablemente robarían y saquearían lo que pudieran sin mucha dificultad de los suministros de los mexicanos y lo venderían al mejor postor en su frontera con Estados Unidos. Esto implicaba un nivel de dificultad más para la extensa línea de suministros de un ejército expedicionario.

El conflicto geopolítico en la región había permanecido relativamente estable por muchos años. La Corona española se había disputado el control frente a un grupo diverso de tribus nativas, los comanches de las planicies del oeste y el imperio francés desde la Luisiana. En 1805, para financiar sus guerras europeas, Napoleón Bonaparte vendió este territorio a Estados Unidos. Hasta entonces, el principal rival había sido el pujante Imperio comanche. Pero en pocos años, derivado del boom de la economía de plantación algodonera, cambió radicalmente el panorama de la región. Como se mencionó arriba, la abundancia de agua de la región complicaba la movilidad terrestre y implicaba enfermedades como la malaria y la disentería. Pero también la hacía ideal para el cultivo del algodón: “todo el país produce algodón de la mejor calidad, reconocido en Nueva Orleans por ser superior al de Luisiana”.<sup>134</sup> Además, la buena cantidad de

---

<sup>132</sup> Para un buen recuento de la variedad de grupos indígenas en la región, las relaciones entre sí y con los actores estatales, y el efecto de la guerra de 1835-36, véase Lindy Eakin, *op. cit.*, pp. 13-45.

<sup>133</sup> Pekka Hämäläinen propone entender este periodo no como el fracaso del proyecto colonial hispano, sino a través de la expansión y dominio del sistema comanche (véase Pekka Hämäläinen, *op. cit., passim*). Eugene C. Barker (ed.), “Descriptions of Texas by Stephen F. Austin”, *The Southwestern Historical Quarterly*, 28 (1924),

<sup>134</sup> Eugene C. Barker (ed.), “Descriptions of Texas by Stephen F. Austin”, *The Southwestern Historical Quarterly*, 28 (1924), p. 100 (la traducción es mía).

ríos navegables ofrecían una avenida directa para el comercio transatlántico. Por ello, Texas, que para buena parte de la población mexicana era un desierto, se convirtió en un territorio codiciado.

El Estado mexicano actuó de forma ambivalente frente a este fenómeno. Primero la corona otorgó la famosa concesión a Moses Austin, misma que pasó a las manos de su hijo. México siguió una política permisiva, aunque en ocasiones ambivalente, para poblar la región por medio de concesiones de tierra a empresarios e inmigrantes autorizados. Los incentivos que ofrecieron eran más que favorables, con costos muy bajos, buenos créditos y exención de impuestos por importación hasta 1830 y luego 1835, y las condiciones pocas y laxas. La principal era que fuesen católicos y se prohibió la entrada de esclavos, lo que nadie se ocupó en verificar. La autoridad encargada de administrar y otorgar concesiones territoriales era el estado de Coahuila y Texas.<sup>135</sup> De acuerdo con los agentes estatales mexicanos, además de sobornos y otras prácticas deshonestas en las concesiones,<sup>136</sup> ni si quiera se llevó a cabo el debido registro de sus delimitaciones.<sup>137</sup> Por lo tanto, en la práctica no hubo seguimiento ni control de facto de estas colonias.<sup>138</sup>

Muchos de estos contratos fueron motivo de especulación de mexicanos y estadounidenses. En Estados Unidos se formaron grupos de empresarios inversionistas. Además de cotizar sus acciones en Nueva York y Nueva Orleans, vendían *land papers* sin fomento legal en México. Una las más importantes era la “Galveston and Texas Land Company”, también

---

<sup>135</sup> Para ser empresario debía llevarse un mínimo de cien familias y no más de ochocientas (Celia Gutiérrez Ibarra, estudio introductorio de *Cómo México perdió Texas*, México, INAH, 1987, p. 29).

<sup>136</sup> Entre ellas estaba la cesión de tierras a funcionarios mexicanos a cambio de los permisos. S. Austin ofreció más de medio millón de acres para coludir a las autoridades de Coahuila y Texas (Celia Gutiérrez Ibarra, *op. cit.*, p. 44). El segundo al mando del EOT, Vicente Filisola, por ejemplo, había sido comandante general de las Provincias Internas de Oriente y tenía una concesión para colonizar Texas con quinientas familias (J. Sánchez Garza, anexo de la biografía de Vicente Filisola en *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 28).

<sup>137</sup> Véase la sección de cartografía del Cap. II.

<sup>138</sup> Sobre el tema de la colonización, véase Josefina Z. Vázquez, “La colonización, independencia y anexión de Texas: dilema de la política mexicana”, en et. al (eds.), *Pensar la Historia, pensar la política. A la manera de Lorenzo Meyer*, México, COLMEX, 2016, pp. 37-60; Lars Schoultz, *Beneath the United States. A history of U.S. Policy Toward Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 1999, pp. 14-28; Miguel Soto, “Texas y la Federación Mexicana”, en Josefina Z. Vázquez y José Antonio Serrano Ortega (coords.), *Práctica y fracaso del primer federalismo mexicano (1824-1835)*, México, COLMEX, 2012, pp. 575-594; Josefina Z. Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos, un ensayo histórico, 1776-2000*, México, 4ta ed., FCE, 2017, pp. 35-65.



conocida como la compañía de Nueva York, de la que formaba parte David Burnet, Butler, y los políticos mexicanos Lorenzo Zavala y José Antonio Mejía. Está consiguió un extenso territorio en la zona de Nacogdoches (véase ilustración 2.2). Otra compañía especuladora sobresaliente era la “Texas Association”, en la que formó parte Stephen Austin y Sam Houston. Muchos políticos y militares mexicanos, como Vicente Filisola y probablemente Santa Anna, entraron en estos negocios, utilizando prestanombres para acaparar tierras. Algunos de estos grupos se disputaban las tierras y los contratos de colonización. Además de la falta de supervisión las concesiones se hicieron un desorden por la disputa por el control del estado de Coahuila y Texas entre Saltillo y Monclova. En 1835, por ejemplo, Monclova buscó ganar el apoyo de los texanos en su disputa por el control del estado con Saltillo y dio rienda suelta a las concesiones.<sup>139</sup>

Ello vino de la mano a la oleada de colonos angloamericanos, impulsados por la crisis bancaria de 1819 y el aumento del precio de la tierra en 1820, que incentivó aún más a los sureños desposeídos a buscar tierra en Texas. Por lo mismo, además de los que venían con empresas de colonización -la mayoría con sede en Luisiana-, una parte importante del influjo era de inmigrantes ilegales. Los primeros se establecieron según la administración de los empresarios, que lucraron con ellos vendiéndoles el territorio que les había donado el gobierno.<sup>140</sup> Los que venían de su parte simplemente se asentaban por su propia cuenta y medios dónde podían. Su único obstáculo, además de la madre naturaleza, eran las partidas ocasionales de presídiales y comanches. No se puede saber cuántos llegaron exactamente de la segunda forma. De acuerdo con las comisiones mexicanas, más allá del río San Antonio los indocumentados abundaban, cada vez con mayor frecuencia, hasta la frontera con Estados Unidos.<sup>141</sup> Muchos iban acompañados por esclavos negros, que llegaron a ser más de dos mil según estimaciones del *Informe secreto* de Almonte, aunque probablemente eran alrededor de cinco mil.<sup>142</sup>

---

<sup>139</sup> Miguel Soto, *op. cit.*, p. 583 y 588 s; Andreas V. Reichstein, “¿Era realmente inevitable? ¿Por qué México perdió Texas en 1836?”, *Historia Mexicana, El Colegio de México*, 70 (279), p. 882.

<sup>140</sup> Stephen Austin, a quien le concedieron 65 mil acres de tierra por cada 200 familias, cobraba doce y medio centavos por acre centavos por acre (Celia Gutiérrez Ibarra, *op. cit.*, p. 30 s).

<sup>141</sup> Mier y Terán y el teniente Sánchez se encontraron a cada vez más “habitaciones de norteamericanos [...] avocindados los más sin conocimiento de las autoridades del país” en su camino a Nacogdoches (*Viaje a Texas en 1828-29, diario de J. M. Sánchez*, pp. 60 y 63).

<sup>142</sup> Andrés Reséndez, *op. cit.*, p. 204.

Entre 1820 y 1835, inmigraron aproximadamente 3 mil colonos angloamericanos por año- En 1835 había aproximadamente 25,000.<sup>143</sup> Este incremento vertiginoso pronto cambio la dinámica demográfica de la región. De acuerdo con Reséndez, ya eran diez veces más que la población de los tejanos. Pero la a población de tejanos era de aproximadamente 7,000 (véase tabla II.1) sin contar a los que vivían fuera de las concentraciones urbanas. Por lo tanto, sí había una gran disparidad, pero de entre 4 a cinco colonos angloamericanos por cada tejano. La población de tribus indias era de aproximadamente 20,000.<sup>144</sup>

Muchos de los colonos, más que la pertenencia a un Estado -del que muchos más bien huían por deudas o condenas- estaban interesados en prosperar con plantaciones algodoneras. Como los mexicanos anotaron, llevaban un modo de vida más bien aislado e independiente, con desdén a cualquier autoridad que pretendiese regular sus actividades. Ello obliga preguntarse ¿qué tan interesados estaban los colonos en las disputas estatales? Seguramente en la medida en que afectará su derecho de propiedad de la tierra y los que la trabajan (sus esclavos), e interfiriera con su modo de vida e independencia. Pero como ya ha quedado claro, hasta 1835 el gobierno mexicano, aunque en ocasiones se mostrara hostil frente a la inmigración y la economía esclavista, poco o nada había hecho para despojarlos ¿Por qué decidieron rebelarse en 1835? Como hemos visto, la literatura ha ofrecido varias respuestas, algunos haciendo énfasis en los intereses de las empresas de colonización, el expansionismo estadounidense, la esclavitud, la economía algodonera, el establecimiento de aduanas, las diferencias culturales, el cambio de régimen al centralismo entre otros. Probablemente es una combinación de esos factores.

Pero cabe decir que no todos los colonos participaron o apoyaron activamente la contienda. Muchos, a la inversa, tuvieron que abandonar rápidamente sus bienes y propiedades por los despojos de ambos bandos.<sup>145</sup> Muchos de los “rebeldes” eran en su mayoría recién

---

<sup>143</sup> Andrés Reséndez, *op. cit.*, pp. 41 s.

<sup>144</sup> Linda Eakin, *op. cit.*, p. 17.

<sup>145</sup> “Indeed, there can be no doubt but that the citizens of Texas suffered more from their depredation upon each other in the hour of general calamity than from the vindictive and desolating spirit of Santa Anna himself” ( Véase Andrew, H. Muir (ed.), *Texas in 1837, an anonymous contemporary narrative*, Austin, University Press, 1958, p. 61 y *passim* « en adelante, *Texas in 1837, an anonymous contemporary narrative* »); “Estos [los colonos] se hallaban en pugna con los aventureros que habían venido del Norte, en razón de que les atacaban su propiedades, pues no teniendo nada que perder todo era para ellos ganancia” (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 107).

llegados de varios puntos del sur de Estados Unidos, financiados e impulsados por especuladores y de forma indirecta por el gobierno estadounidense. Estos últimos eran los que tenían el mayor incentivo e interés por llevar a cabo el proyecto anexionista.<sup>146</sup> Como Reséndez demuestra, dentro de los mismos colonos había muchos clivajes que contraponían sus intereses, como las diferencias entre los viejos y los recién llegados, los grandes propietarios y los pequeños, etc.<sup>147</sup> El éxito de su proyecto no excluía necesariamente al Estado mexicano ni implicaba que la expansión de la economía de algodón equivaldría a la expansión del Estado norteamericano. Pero para aprovecharse de la bonanza del algodón y no perder el territorio, los mexicanos debían decidir qué hacer con este fenómeno expansivo. Esta sería una de las decisiones más importantes que se debían tomar para la campaña de Texas.

---

<sup>146</sup> Como se verá más adelante, los políticos y militares mexicanos no ignoraban el interés estadounidense por anexionarse la región. De acuerdo con John Quincy Adams, Jackson utilizó desde el primer día de su administración una doble estrategia: por un lado, seguir negociando con el gobierno la compra, y por el otro incitar al pueblo de la provincia para que se levantara contra México. Houston era el agente de la rebelión y Butler (su enviado plenipotenciario en México), agiotista de tierras de Texas (véase Celia Gutiérrez Ibarra, *op. cit.*, pp. 13-71); “Las circunstancias los obligaron a quitarse la máscara, cuando menos les convenía, y el dos de marzo de mil ochocientos treinta y seis declararon la independencia de Texas, cuando ya el ejército había pisado el territorio, porque sin esta declaración los especuladores de acres de Nueva York, Nueva Orleans y de otros puntos de los Estados Unidos, habrían suspendido los subsidios que les tenían ofrecidos por la guerra” (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 12).

<sup>147</sup> Andrés Reséndez, *op. cit.*, *passim*.

**Ilustración 2.3** *Provincia de Texas, fragmento del plano geográfico y corográfico de la costa norte del seno mexicano, c.a. 1804.*<sup>148</sup>



<sup>148</sup> Se estima que este mapa, del archivo de la Real Academia de la Historia de España, es una copia que se hizo alrededor de 1804 de un mapa de 1776 (BDRAH, "Plano Geográfico y Corográfico que comprende parte de la Costa del Norte del Seno Mexicano", c.a. 1804, [http://bibotecadigital.rah.es/es/consulta/resultados\\_ocr.do?id=10012](http://bibotecadigital.rah.es/es/consulta/resultados_ocr.do?id=10012), consultado el 2 de enero de 2020).

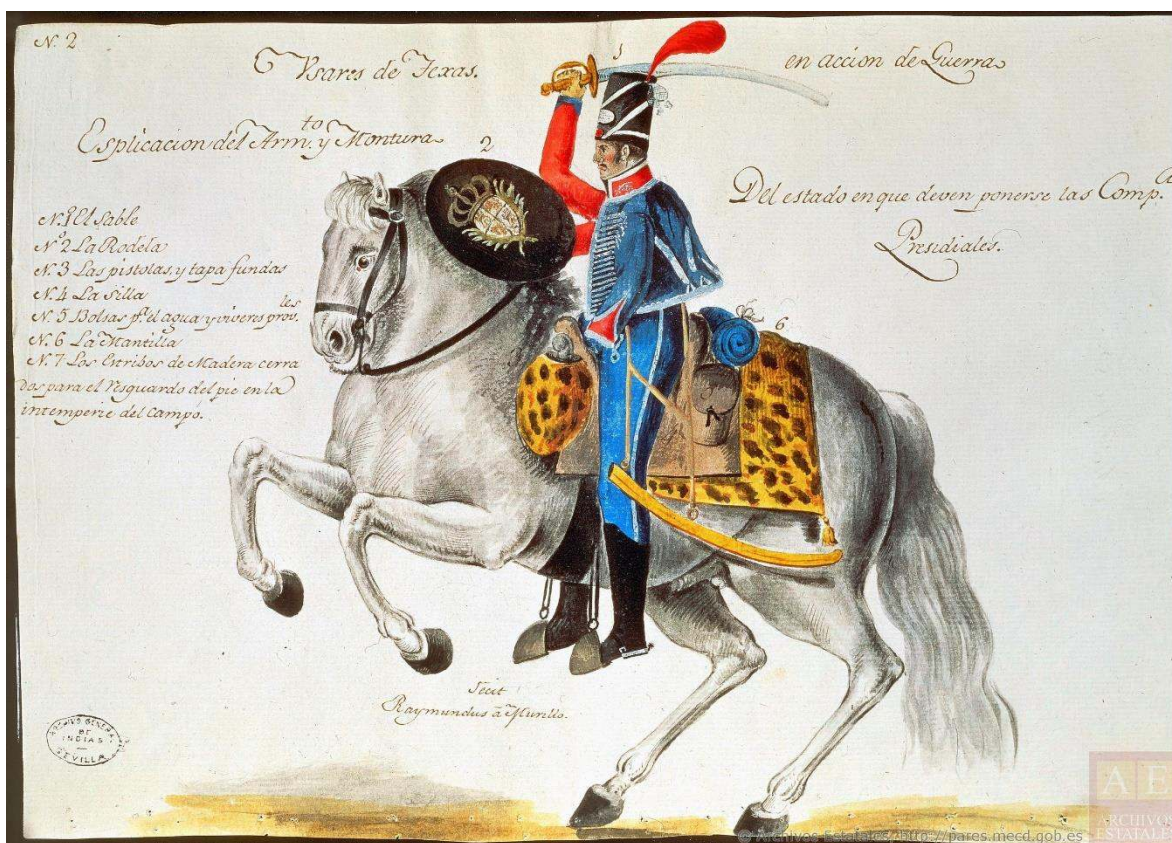
**Ilustración 2.4** Plano hidrográfico de la bahía de Galveston, copia de Manuel Chávez, 1820.



Fuente: BDRAH, "Plano Hidrográfico de las dos Bahías de Galveston y San Bernardo: con los ríos que desembocan en ellas, islas, pequeños islotes, bancos de arena y demás cosas notables que en el mismo se representan", 1819, [http://bibliotecadigital.rah.es/es/consulta/resultados\\_ocr.do?id=10012](http://bibliotecadigital.rah.es/es/consulta/resultados_ocr.do?id=10012), consultado el 2 de enero de 2020.

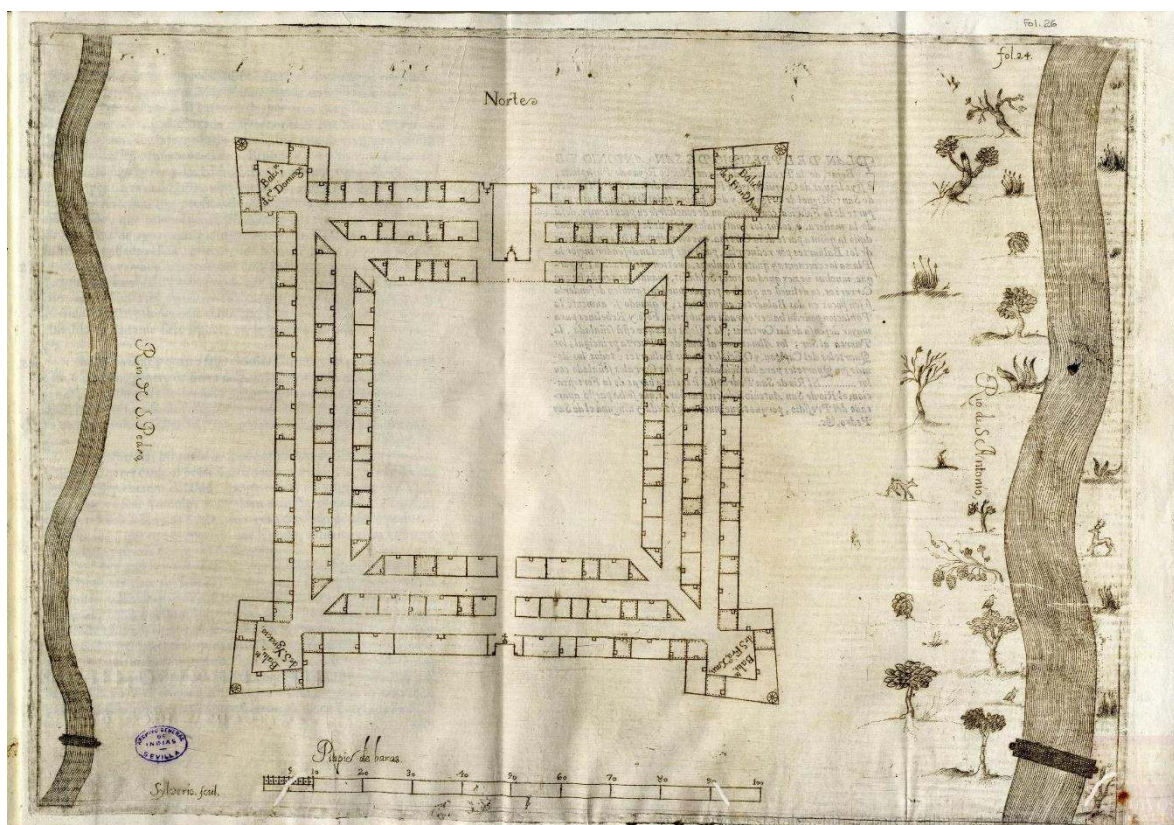


Ilustración 2.5 *Diseño de uniforme de los húsares de Texas en acción de guerra, 1804*



Fuente: AGI, Mapas, planos, documentos iconográficos y especiales, Uniformes, 57.

Ilustración 2.6 Plan del Presidio de San Antonio de Béjar, 1722.



Fuente: AGI, Mapas, planos, documentos iconográficos y especiales, México, 118BIS.

### III

#### EL EJÉRCITO DE OPERACIONES SOBRE TEXAS (1835-36)

Dado caso que triunfemos sobre los colonos, ¿cómo nos defenderemos del hambre, de las intemperies y de los malos propios del desierto por donde hemos de machar?, ¿qué haremos sin caballos? Dios sólo lo sabe.<sup>1</sup>

SÁNCHEZ NAVARRO, José Juan, 1837.

La guerra era lo que menos podía asustar a los mexicanos, que parece han jurado no vivir sin ella, pero la distancia del país en que se iba a hacer, su clima, sus circunstancias locales, tanto en la topografía general como particular, eran cosas de mucho peso a los ojos del hombre pensador [...] Todo era nuevo en esta guerra y aunque en nuestro propio suelo, parecía que íbamos a llevarla a un suelo extranjero, pero el Gobierno no lo creyó así, pues que, como se verá, todo se libró a la ventura.<sup>2</sup>

DE LA PEÑA, José Enrique, 1837.

Ya que llegó el momento de hablar del flamante Ejército de Operaciones sobre Texas cabe preguntarse sobre la serie de acontecimientos que la historiografía ha llamado “la /Independencia/Guerra de Texas”. Con revisar un poco la historia de la región es evidente que estudiarlo como evento separado y extraordinario es improductivo. El conflicto armado entre

---

<sup>1</sup> Carlos Sánchez Navarro (ed.), *La Guerra de Tejas, memorias de un soldado*, México, Polis, 1938, p. 136 (en adelante, *La Guerra de Tejas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*).

<sup>2</sup> José Enrique de la Peña, *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de 1836 por un oficial de Santa Anna*, México, J. Sánchez Garza, 1955, p. 5 (en adelante, *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*).



1835 y 36 forma parte de uno con décadas y hasta siglos fraguándose. Además de muchos antecedentes similares -aunque generalmente de menor intensidad- hubo eventos consiguientes, como la “segunda campaña de Texas” y demás intentos fallidos y escaramuzas fronterizas que continuaron hasta la guerra de 1846, que zanjó el asunto para los mexicanos.<sup>3</sup> En retrospectiva es razonable aseverar que la breve guerra iniciada en octubre de 1835 fue parteaguas para la situación en Texas y la expansión estadounidense. No por ello hay que perder de vista que la historia del conflicto por la colonización de la región involucró a un conjunto mucho más diverso de actores, intereses y dinámicas que la querrela entre mexicanos y anglos en 1835 y 36. En pocas palabras, para tener una idea acertada sobre la perspectiva de los mexicanos sobre la situación geopolítica con respecto a Texas a finales de 1835 hay que entenderla como la primera y no definitiva campaña.

El conflicto de 1835 movió definitivamente la balanza a favor de los intereses expansionistas norteamericanos, estrechamente ligados la expansión de las plantaciones algodoneras. pero antes los mexicanos habían logrado aferrarse al territorio frente a otras incursiones. Hacía décadas que se enfrentaban a las temibles incursiones comanches que, quizá más que nada, mermaron los recursos de los hispanos de la región.<sup>4</sup> Al mismo tiempo, con la llegada de cada vez más norteamericanos, se abrió el frente contra el expansionismo estadounidense. Los problemas con la inmigración sin control empezaron a manifestarse con una serie de levantamientos e incursiones de filibusteros que el gobierno logró contener hasta 1835. Aunque se tomaron algunas medidas para mejorar la situación de su autoridad en Texas mediante

---

<sup>3</sup> Los antecedentes más recientes fueron la expedición Gutiérrez-Magee de 1813-13, la insurrección de James Long mientras se negociaba el tratado de Adams-Onís en 1819 y la de un grupo de colonos en 1826 a favor de la república de Fredonia (Véase J. Sánchez Garza, introd. a *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*; Celia Gutiérrez Ibarra, introd. a *Cómo México perdió Texas, Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, México, INAH, 1987). En 1832 un grupo de colonos atacó a los jefes de los puestos militares de la frontera que había puesto Mier y Terán (Velasco, Anáhuac y Nacogdoches) para hacer justicia por si mismos de supuestos abusos de poder. Según Almonte, sólo fue una excusa para “deshacer la tropa que guarnecía” y se justificaron adhiriéndose al plan de Veracruz del mismo año. Las fortificaciones fueron destruidas, y la tropa que quedó fue conducida a Matamoros, abandonando la frontera (*Ibid.* pp. 5 s, §10). Para los consiguientes, véase el segundo tomo de Vicente Filisola, *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México, 1849.

<sup>4</sup> Véase Luis Aboites Aguilar, “Poblamiento y Estado en el norte de México. 1830-1835”, en A. Escobar O. (coord.), *Indio, nación y Comunidad*, México, CIESAS, 1993, pp. 303-313; Pekka Hämäläinen, *op. cit.*, pp. 141-180; Luis Medina Peña, *Los bárbaros del Norte. Guardia Nacional y política en Nuevo León, siglo XIX*, México, FCE/CIDE, 2014, pp. 57-89.

decretos y enviados especiales, la situación siguió empeorando. Para abril de 1833 se celebró una convención San Felipe, como si se tratara de una ciudad norteamericana, para tratar la separación de Texas con Coahuila.

Con ese fin se distribuyó una carta constitutiva y Stephen Austin viajó a negociar en la Ciudad de México. Pero a la sazón de su llegada a la capital se hizo pública una carta que supuestamente mandó circular en Texas, en la que señalaba la anarquía de la república y la necesidad de un gobierno local e independiente de Coahuila. Austin no era naturalmente afín a los intereses norteamericanos, sino a los suyos. Según Reichstein, pensó que era posible que su proyecto prosperara perteneciendo al Estado mexicano, hasta que fue detenido por traición en 1834.<sup>5</sup> Tras su captura se comisionó a Almonte para ver el “estado en que se hallaba aquel país, y a examinar tanto las necesidades de sus habitantes, como las medidas que convendría tomar para asegurar la integridad del territorio”.<sup>6</sup> Tras su regreso a Texas, Austin “se percató de que los especuladores se estaban apoderando de todo y no le quedó otro remedio que unirse a los colonos angloamericanos fanáticos que querían separarse de México”.<sup>7</sup>

En 1835 venció el límite de la exención de impuestos que se había prorrogado cinco años en 1830. Desde el inicio provocó muchos problemas. En enero, por ejemplo, William Travis atacó Anáhuac, que estaba al mando de Antonio Tenorio, inspector de aduanas. Esto coincidió con el prospecto de un régimen centralista, al que se oponían los intereses de autonomía política en Texas, tanto de tejanos cuanto de colonos angloamericanos. La nueva administración en México mandó al general Cos a poner orden en la provincia fronteriza con 500 hombres. Llegó por el Cópamo desde Veracruz el 20 de septiembre y el 2 de octubre ocupó Goliad. Dejó una pequeña guarnición de 50 hombres y machó a Béjar. Las noticias de su llegada desataron definitivamente a la insurrección. Los rebeldes lo recibieron cortaron su comunicación con el

---

<sup>5</sup> Andreas V. Reichstein, *Rise of the Lone Star, The Making of Texas*, trad. Jeanne R. Wilson, Texas, Texas A&M University Press, 1989, p. 61-68.

<sup>6</sup> *Transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, p. 6, §11 y 12.

<sup>7</sup> Miguel Soto, “Texas y la Federación Mexicana”, en Josefina Z. Vázquez y José Antonio Serrano Ortega (coords.), *Práctica y fracaso del primer federalismo mexicano (1824-1835)*, México, COLMEX, 2012, pp. 580; Andreas V. Reichstein, art. cit., p. 882.

puerto tomando Goliad, en donde Cos había dejado muchas de sus provisiones, y luego lo sitiaron en Béjar.<sup>8</sup>

En conclusión, el problema para México en 1835 iba más allá de reprimir y castigar a los “ingratos y pérfidos” colonos rebeldes. No sólo faltaba resolver el problema de la inmigración ilegal de colonos angloamericanos y organizar y regularizar los terrenos ya cedidos a las empresas de colonización. Había que lidiar con los comanches y demás comunidades indígenas de la región. Todo ello era imposible si el Estado no asentaba su autoridad de forma firme en Texas. Para ello debía tener el control de los puertos y fronteras, respaldados con elementos militares, y controles aduanales. Además, debía aumentar la proporción de colonos mexicanos o europeos para contrarrestar a la mayoría angloamericana. Como veremos a continuación, estas fueron problemáticas y consideraciones que atendieron los diferentes planes y decisiones de las autoridades mexicanas en 1835.

### *Planes*

¿Cómo se concibió y planeó la respuesta a la rebelión -o quizás mejor dicho, invasión- de Texas? Como en cualquier otra cuestión de gran interés nacional no faltaron las voces y opiniones de todo tipo de autoridades y militares. Es importante tomarlas en cuenta porque rebelan la forma en que los mexicanos definieron y pensaron la situación y las alternativas que sopesaron. Algunas fueron más escuchadas que otras, pero las decisiones recayeron, al final de cuentas, sobre los hombros de Santa Anna y su publicista y operador político, el ministro de guerra. Tornel se encargó principalmente de la movilización política para reunir recursos y apoyos de los actores político-militares del Estado. El caudillo jalapeño, presidente y general en jefe, se ocupó de operacionalizar estos recursos, conseguir los que hacían falta sobre la marcha, y la organización, planeación y operaciones militares del contingente. Aunque Tornel logró mantener la estabilidad interna mientras Santa Anna marchaba a Texas, proveyó con muy pocos recursos al contingente. Al final de cuentas el general en jefe y demás mandos tuvieron que improvisar sobre la marcha para conseguir los recursos, suministros y reemplazos indispensables.

---

<sup>8</sup> Miguel Soto, *op. cit.*, p. 591; Andreas V. Reichstein, “¿Era realmente inevitable? ¿Por qué México perdió Texas en 1836?”, *Historia Mexicana, El Colegio de México*, 70 (279), p. 882.

Tras la noticia de la rebelión, Santa Anna, perfilado como líder indiscutible del EOT, se encontraba en sus aposentos de Tacubaya cerca de la Ciudad de México. Durante esta primera etapa de preparativos “se formaron juntas y se tuvieron largas discusiones porque se trataba de una guerra nacional [...] Cada uno, según sus talentos, según sus deseos, sus intereses y modo de ver las cosas, presentaba su proyecto y daba su opinión”. La mayor parte fueron, desde la perspectiva de un teniente que probablemente no tomó parte, “discusiones vanas”, y como se llevaron dentro de los palacios de Tacubaya no queda registro de ellas.<sup>9</sup> Sin embargo, podemos darnos una idea de la perspectiva de las autoridades más serias y versadas en materia de seguridad nacional con la propuesta que José Ignacio Gutiérrez, jefe del escuadrón de seguridad pública de la Ciudad de México, mandó a Tornel (véase anexo 1).<sup>10</sup>

En su plan, Gutiérrez reconoce la amplitud del problema, que “ha de comprender la organización, la política y la defensa de la República, porque todas estas cosas están íntimamente unidas con la campaña que se prepara”. Para ello proponía un préstamo de diez millones de pesos, lo que representaba prácticamente todo el presupuesto anual del gobierno en esos años (Véase tabla 1.3). Con ello se formaría un ejército de 32,000 hombres, lo que también era muy cercano al número total de fuerzas armadas que nominalmente se adjudicaba el Estado mexicano, aunque probablemente mucho mayor que el real. Por lo tanto, era un plan que buscaba un borrón y cuenta nueva a toda la organización militar del país. Esto evidencia lo poco que figuraban las fuerzas armadas y el desafío que implicaba la campaña de Texas.

Usando como referencia al *Informe secreto* de Almonte, Gutiérrez estimaba que el enemigo podría reunir máximo cuatro mil hombres, sin contar posibles refuerzos desde Nueva Orleans o la intervención del ejército norteamericano. Con ello concluyó que para asegurar la victoria se necesitaban mínimo ocho mil, para lo cual se mandarían diez mil para cubrir las bajas que habría por deserción y enfermedad. El resto del ejército se asignaría a la seguridad interna: “Para que en el interior se eviten los pronunciamientos, ha de quedar otros diez mil en guarniciones”; y el resto (doce mil) se ocuparían para defender los puertos y como reserva en caso de una invasión estadounidense.

---

<sup>9</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 22.

<sup>10</sup> AHSDN, XI, 481.3, exp. 1106. Véase anexo la para a transcripción completa.

Aunque era un plan completo que atendía la difícil situación del Estado en materia de seguridad interior y exterior, era bastante optimista y ambicioso ¿De dónde se conseguirían los recursos? ¿Quién daría un préstamo tan grande cuando ya no había acceso a créditos, y cómo se pagaría? Quizá con eso en mente, Gutiérrez propuso otra solución más realista “entre tanto”: había que reunir a seis mil hombres “entendiéndose que para esta reunión no se ha de desgarecer los puntos de la república, en donde pueda estallar una revolución”. Con ellos se debería organizar una campaña de ocupación anfibia. Un contingente de cuatro mil hombres, preferentemente de caballería, irían por tierra, fortificando los puntos estratégicos y evitando que “los sublevados reciban auxilios por tierra”. Los dos mil restantes irían por mar para tomar Galveston y los demás puntos de desembarco en Texas, que luego fortificarían para “impedir que entre y salga cosa alguna”. Como apoyo se mandarían los buques de guerra “que hubiere” a resguardar y cerrar la entrada a estos puertos, además de “buques mercantes nacionales” que traigan víveres para el ejército en Texas.

Retomando la discusión del capítulo anterior, Gutiérrez reconoció que el control de las entradas marítimas era clave para derrotar la rebelión y conservar Texas. Las avenidas fluviales eran punto de suma importancia estratégica por ser el medio más conveniente y eficiente para llegar y recorrer Texas. Además, eran la llave al comercio exterior y las jugosas ganancias de la exportación del algodón. En pocas palabras, los colonos no podrían sobrevivir “sin los auxilios del comercio y de guerra que por agua tienen en Norteamérica”. Con el bloqueo no podrían seguir con la guerra, y en dado caso se podrían derrotar fácilmente. Y, ya siendo más optimistas, podría crecer el comercio, la comunicación y aumentar la migración del interior de México a Texas. Con esa fuerza en el territorio se podría disuadir o enfrentar una incursión estadounidense y atacar a los “indios barbaros”. Sobre este último punto no ahonda mucho más, y es quizá el aspecto menos pertinente de su plan, tomando en cuenta lo difícil que sería derrotar a los comanches.<sup>11</sup>

El segundo plan era mucho más modesto y daba en el clavo en cuanto a la importancia de las entradas litorales. Gutiérrez no era el único que pensaba así. Como vimos, Juan Nepomuceno Almonte lo tenía muy claro, y también el teniente J. E. de la Peña, Filisola y

---

<sup>11</sup> AHSDN, XI, 481.3, exp. 1106.

Sánchez Navarro.<sup>12</sup> Por estos testimonios se puede asegurar que esa cuestión crucial sí fue considerada. El problema, como se discutió en el capítulo anterior, era que tanto la marina de guerra cuanto la mercante estaban muy desdibujadas en ese momento. Quizá estas circunstancias disuadieron a los mexicanos de una campaña con un componente naval significativo. No sólo era difícil imaginar que se pudieran reunir suficientes buques de ambas clases y financiar su operación para resguardar y proveer Texas, sino además que salieran airoso frente a los buques modernos de los que podrían disponer los rebeldes desde Nueva Orleans y el gobierno estadounidense si entraba al conflicto. Además, se hubiera corrido el riesgo de un bloqueo o invasión norteamericana por Veracruz, que ya de por sí estaba bastante vulnerable -como se evidencio diez años después-. Por si eso fuera poco, los altos mandos del ejército tenían poca o nula experiencia naval. Lamentablemente, por el momento no hay evidencia para afirmar que se tomó la decisión de ir únicamente por tierra por estos inconvenientes o simplemente se ignoró a los proponían el componente naval.

La parte del plan de Gutiérrez que definitivamente se escuchó fue la sugerencia de que “autorizara plenamente al ejecutivo”. Para sustentarla citó, como solían hacer lo militares mexicanos de la época, un ejemplo de las guerras napoleónicas: la negativa de los legisladores franceses en darle poderes absolutos a Napoleón tras la batalla de Leipzig, lo que llevó, a su parecer, a la derrota de Francia. Tampoco fue el único, sino uno entre muchos de los que pedían “toda plenitud al gobierno”, en ese momento controlado por la facción santanista. Al final de cuentas, aún pocos osaban cuestionar al “héroe de Tampico” cuya reputación había sido ensalzada por Tornel. Este último ciertamente contaba con talento retórico, lo que le valió el cargo de ministro de guerra. Pero como anotó el teniente J. E. de la Peña, a pesar de sus talentos no podía “conocer las necesidades del soldado en campaña” con la nula experiencia militar que tenía.<sup>13</sup> Era difícil justificar un cargo de tanta responsabilidad para un inexperto en la guerra. Por

---

<sup>12</sup> “Las principales operaciones debieron ejecutarse por mar, que a la vez que eran más rápidas eran indudablemente más económicas” (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 21); “Si como propuso el 2ºdo general en jefe, desde dicha villa se hubiera formado la línea de campaña sobre ella, guerrero, Mier, Camargo, Reynosa y Matamoros, y enviar antes a este puerto si quiera tres buques de guerra para auxiliar al ejército con víveres por el Cópamo y Matagorda , y para que hostilicen al enemigo por mar[...].” (*La guerra de Texas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 136).

<sup>13</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 13.

otra parte, Tornel sí era versado en el aspecto meramente político de su trabajo. No debe sorprender que su actuación frente a la emergencia se adscribió a ese ámbito.

¿Cómo respondió el persuasivo y versátil ministro de guerra a la emergencia texana? Puede ser complicado entender la actuación de los funcionarios del gobierno cuando los canales formales eran poco relevantes. Quizás el principal problema para entender la política en el México decimonónico reside en que la mayor parte ocurría detrás del telón. Y cabe recalcar que, en sentido metafórico, el régimen estaba “al desnudo” frente a la guerra de Texas: ocurrió justo durante la transición de la primera República Federal al centralismo de Las siete leyes, que a la larga tampoco tuvo éxito. Por ello, esta campaña, y en general los movimientos de esta etapa de redefinición, podrían ser útiles para entender cómo funcionaba realmente el poder. En concreto, es un buen momento para analizar cómo los caudillos y jefes derivaban su capacidad de movilización política y militar. Para ello quizá sería provechoso explorar los conceptos de redes de clientelismo, patronazgo, compadrazgo y el papel de los hombres de dinero (los agiotistas) en esta trama. Pero esto tendrá que quedar pendiente para futuras investigaciones porque supera por mucho el alcance de esta tesis. Por lo pronto, el concepto del pronunciamiento como medio informal de hacer política puede resultar útil para entender como actuó José María Tornel frente a la campaña de Texas.

La idea no es que Tornel llevó a cabo un pronunciamiento para la movilización política, sino que el *modus operandi* que siguió fue semejante. El propósito era inverso. En lugar de oponerse contra el gobierno buscaba reunir legitimidad proactivamente para la primera campaña de Texas. Para ello siguió el siguiente procedimiento: el 31 de octubre mandó a todas las guarniciones militares del país y al *Diario* del gobierno una proclama denunciando y condenando a los “ingratos colonos” y el “negro carácter” de su sublevación. Además, mandó que se imprimiera y distribuyera a todos los cuerpos militares del país, y se leyese frente a la tropa como primer orden de día para arengarla a “castigarlos y defender el honor nacional”. Las respuestas de contingentes alrededor de México no tardaron en llegar, expresando su deseo de “marchar y batirse como en la lucha de independencia y la invasión española del 29”. En algunos municipios hasta los vecinos “unieron sus sentimientos” a los de los militares. A su vez, estas respuestas, excitaciones y “deseos positivos de que el supremo gobierno les ocupe para ser los primeros que marchen a batir y escarmentar a esos cobardes desagradecidos” eran publicadas en el *Diario*, como si fuesen adhesiones a un pronunciamiento. Tornel también publicitó, mediante 100

ejemplares impresos, el *Diario* y el *Nacional*, la proclama de Nicolás Bravo, que urgía a los mexicanos “seguir las huellas de un gobierno sabio que sabrá desplegar toda su energía” y tener sus “espadas predispuestas para vengar tales ultrajes” (véase anexo 2).<sup>14</sup>

El propósito no era reunir hombres para el ejército. Como veremos adelante, de eso se encargaría Santa Anna y sus generales. De acuerdo con la hipótesis propuesta, fueron una forma de reunir capital político y legitimidad para el gobierno, y Santa Anna en particular. Quizá esto contribuyó a que el interior se mantuviera relativamente estable, por lo menos lo suficiente para que no hubiese alguna revuelta importante. El campo de las proclamas, discursos y manifiestos públicos era la especialidad de Tornel, y puede que hayan surtido efecto en este caso. Pero no se podía contar con el sentimiento de la “defensa del honor nacional” para llevar soldados a Texas. Para ello se necesitaban recursos para movilizarlos y sostenerlos en campaña. Aquí es donde quizá falló Tornel, que nunca participó en la guerra. No ayudaba que el Ministerio de Hacienda estaba en la situación usual de carecer de recursos para “cubrir los presupuestos y dar las pagas de marcha a los cuerpos y oficiales destinados a la campaña”, mientras, como de costumbre, los agiotistas recibían antes que nadie sus pagos.<sup>15</sup> La nula liquidez del erario no era para nada favorable, tanto que quizá cualquiera en zapatos de Tornel hubiera fracasado en proveer los recursos necesarios. Aunque se decretaron medidas para reunir el dinero, no se tradujeron en nada. Los canales formales no surtieron ningún efecto y eso limitaba cualquier cosa que pudiese hacer Tornel desde su despacho. Para juntar recursos, y para enviar víveres y refuerzos, preferentemente por el Cópago o el brazo de Santiago habría que utilizar recursos alternos, y eso requería conexiones y relaciones políticas necesarias.

En cuanto Santa Anna se enteró de la noticia de la sublevación -que no fue para nada inesperada porque su yerno, el general Cos, se encontraba como comandante en la región y mandaba reportes periódicos al gobierno sobre las sediciones-<sup>16</sup> buscó cubrirse de gloria una vez más como líder contra los enemigos de la nación. No era la primera vez que tocaba suelo texano con un ejército expedicionario. En 1813, cuando tenía el rango de teniente coronel, participó en la campaña del general Joaquín de Arredondo contra la expedición filibustera/insurgente

---

<sup>14</sup> AHSDN, XI, 481.3, exp. 1144.

<sup>15</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 13.

<sup>16</sup> AHSDN, XI, 481.3, exp. 1101.



conocida como Gutiérrez-Magee. Esta campaña exitosa contó con el apoyo clave de la armada colonial.

Es difícil imaginar que Santa Anna ignorara completamente lo conveniente de contar con una línea de suministros marítima. En 1837 dijo que el préstamo que pactó con los agiotistas incluía la entrega de víveres directamente a Matamoros. Pero como trataremos en la siguiente sección, el contrato no parece estipularlo. Haya pactado la llegada de los víveres o no, una vez que partió a San Luis Potosí perdió la capacidad de asegurarse que ocurriera. Definitivamente no sé planeó traer muchos refuerzos, y aprobó la llegada de suministros a los puertos de Texas libres de aranceles hasta que llegó al río Bravo. Al final, sólo llegaron 300 infantes yucatecos junto a unos caballos al brazo de Santiago, Matamoros, y unos víveres, aunque algunos podridos, al Cópago. Se ordenó a general Vital Fernández, comandante de Tamaulipas, mandar una goleta de guerra.<sup>17</sup> Santa Anna no dice más al respecto en sus memorias. Si no hubiese sido por su súbita captura, quizá hubiesen llegado más cosas, pero también es posible que la realidad haya descartado la posibilidad de contar con un componente naval. Como vimos, no había los recursos ni busques suficientes para que fuese viable sin correr el riesgo de un desastre por derrota naval, accidente en el agitado mar Caribe, o una posible invasión norteamericana.<sup>18</sup>

En cambio, el ejemplo que sí siguió de su campaña con Arredondo fue la cero tolerancia contra los sublevados. Esta política tiene el objetivo de desincentivar futuras rebeliones y limitar el crecimiento de las activas. En el contexto de Texas sí tenía lógica estratégica, pero para muchos mexicanos era cuestionable moralmente y resultó ser un arma de doble filo. Los rebeldes utilizaron las anécdotas del Álamo y los fusilamientos de prisioneros en Goliad para incitar a los colonos a que abandonaran y quemaran sus propiedades.<sup>19</sup> Si esto fallaba, las quemaban ellos mismos, que no tenían nada que perder.<sup>20</sup> Y también incitaron a los rebeldes a no tomar muchos

---

<sup>17</sup> *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto* por R. Martínez Caro, p. 16 y 21; *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 202.

<sup>18</sup> Había un temor genuino por una guerra con Estados Unidos. Incluso se tomaron algunas medidas defensivas. Se reforzó a la guarnición de Perote, punto estratégico de defensa entre el puerto y la Ciudad de México (AHSDN, XI, 481.3, exp. 1144).

<sup>19</sup> “Scorched Earth means destroying anything that might be of use to the enemy while retreating or advancing” (Phifer Michiko, *A Handbook of Military Strategy and Tactics*, Nueva Delhi, Vij, 2012, p. 123).

<sup>20</sup> Una bejareña que vivía en Austin, María Francisca de los Reyes, informó a de la Peña que “Algunas familias que no que no tomaron parte en la guerra, había resultado esperarnos por el interés de conservar sus vienes; pero que no pudieron verificarlo porque los hombres de armas les quemaban sus habitaciones,

prisioneros tras la “batalla” de San Jacinto. Según su propio manifiesto, Santa Anna sabía que “pocos de los colonos propiamente [tomaron] las armas en la contienda” porque la mayoría venía de Luisiana y otros estados sureños. Por eso el gobierno mexicano los definió como piratas y bandidos y se propuso tratarlos como tal, de acuerdo con la “ley universal de soberanía”.<sup>21</sup> Por lo tanto, el 27 de agosto de 1835 Tornel decretó la ley de no misericordia contra los filibusteros. Santa Anna optó por ser extremadamente severo sólo con los sublevados. También ordenó el fusilamiento a los desertores de su ejército.<sup>22</sup>

¿Cuál era el estilo de mando del caudillo jalapeño? De acuerdo con José Enrique de la Peña y Vicente Filisola, era bastante necio y no escuchaba mucho las recomendaciones de sus subalternos. El tiempo que paso en el centro del país intentando organizar la campaña fue bastante frustrante por los pocos recursos de los que podía disponer inmediatamente desde el gobierno. Aunque quizá fuese terco, por lo general dio bastante libertad de improvisación a sus comandantes. Para que pudiera reunirse el ejército instruyó a sus generales que hiciesen lo necesario para reunir reclutas y recursos. Sin decirlo explícitamente, les dio carta blanca para que la campaña se concretara mediante préstamos forzosos y levas.<sup>23</sup>

---

para obligarlas por este medio bárbaros a huir de nosotros, cuando no conseguían intimidarlos con la relación de las escenas fúnebres del Álamo y Goliad”. Por su parte, los mexicanos quemaron Harrisburg, pueblo dónde casi atrapan al gobierno rebelde, presuntamente por la frustración de Santa Anna (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, pp. 134-144).

<sup>21</sup> Antonio López de Santa Anna, “Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos de 10 de mayo de 1837”, en Genaro García (ed.), *op. cit.*, p. 131 (en adelante, *Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos del 10 de mayo de 1837*).

<sup>22</sup> Antonio López de Santa Anna, “Mi historia militar y política, 1810-1878”, en Genaro García (ed.), *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, México, Porrúa, 2da edición, 1974, p. 18 (en adelante, *Santa Anna, Memoria militar y política*); “[Santa Anna] previene que todo individuo que cometa semejante crimen [deserción] se le aplique la pena de muerte” (Anexo núm. 6 en *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 258).

<sup>23</sup> “Santa Anna, ocupado en estos debates estuvo violento los días que permaneció en Tacubaya, su carácter iracundo le hace poco a propósito para la discusión y le fastidiaban las que se tenían con el objeto de proporcionar arbitrios, no hacía sino declamar, lamentarse de las escaseces y reñir con todos [...] impaciente por la lentitud con que se recogían los prestamos e instado por el deseo de abrir pronto la campaña, se marchó para San Luis Potosí, en donde creía encontrar el medio de poder hacerlo” (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, pp. 22 s y 29); “Ninguna de las providencias tomadas hasta aquel día, había ido de acuerdo con mi modo de ver las cosas, y en diferentes ocasiones había pretendido insinuarle con [Santa Anna] sobre la materia, pero inútilmente, porque no daba oído a nada de aquello que no iba enteramente en consonancia con sus ideas” Vicente Filisola, *Representación dirigida al supremo gobierno por el general Vicente Filisola en defensa de su honor y aclaración de sus operaciones como general en jefe del Ejército sobre Texas*, México, Ignacio Cumplido, 1836, p. 11 (en adelante, *Representación al gobierno por*

Desde Tacubaya, el 23 de noviembre de 1835, el presidente interino Miguel Barragán,<sup>24</sup> hombre de los santanistas, indicó al comandante general de Chihuahua, al de Nuevo León y al general José Urrea las indicaciones: Santa Anna “marcha a ponerse al frente de 10,000 soldados que deberán obrar sobre los rebeldes de Tejas. Usted citará en San Luis Potosí a principios del entrante [...] para dirigirse después a S. Antonio de Béjar a fin de operar según convenga pasado que sea el invierno”. Santa Anna estableció como punto de reunión de las fuerzas en San Luis Potosí, y mientras tanto mandó al general Ramírez y Sesma, comandante de Zacatecas, a auxiliar a Cos, que pedía desesperadamente recursos al gobierno para poder defenderse.<sup>25</sup> El regimiento permanente de Iguala lo escoltó a Querétaro el 26 de noviembre y dos días después salió para San Luis Potosí. El gobierno ordenó los gobernadores de los departamentos de Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Coahuila y Texas, Nuevo León, Tamaulipas y Jalisco que “le franqueen todos los auxilios que se puede necesitar [...] sin menor dilación, teniendo presente que se trata de nada menos que de vindicar el honor nacional y salvar la integridad de nuestro territorio”. Al general Ramírez y Sesma se le indicó que con su división de vanguardia esperara en Saltillo a los cuerpos que debían unírsele y “los recursos pecuniarios que está procurando el gobierno”. Al general Ventura Mora se le previno que con los reemplazos del batallón Morelos siga su marcha hasta Laredo, “donde tomará noticias de la situación en que se encuentra Béjar y de las posiciones que guarden los sublevados a fin de que al emprender su marcha no sea cortado, anticipando sus avisos al general Cos”.<sup>26</sup>

La noticia de la capitulación del 11 de diciembre en Béjar, que ya llevaba cincuenta y cinco días sitiado al mando del comandante Perfecto de Cos,<sup>27</sup> obligó a Santa Anna a replantear la campaña. De acuerdo con Ramón Martínez Caro, que era su secretario personal, pero para la publicación de su diario sobre la campaña en 1837 ya hablaba pestes de su exjefe, el caudillo

---

*Vicente Filisola en defensa de su honor y aclaración de sus operaciones como general en jefe*); *Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos del 10 de mayo de 1837*, p. 125-128).

<sup>24</sup> Murió poco después, el 1 de marzo de 1836, y fue sustituido el 27 por José Justo Corro (Ramón Malo, *Diario de sucesos notables (1832-1853)*, arreglados y anotados por el P. Mariano Cuevas S. J., tomo 1, México, Patria, 1848, p. 107).

<sup>25</sup> AHSDN, XI, 481.3, exp. 1101, fojas 1-3.

<sup>26</sup> AHSDN, XI, 481.3, exp. 1103, fojas 3-20.

<sup>27</sup> Véase las memorias de José Juan Sánchez Navarro, que alcanzó a participar en los últimos días del sitio y la subsecuente retirada: *La guerra de Texas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, pp. 93-121

ocultó al gobierno las noticias de la derrota de Cos.<sup>28</sup> Más que ocultarlo al gobierno, lo importante fue ocultarlo al público. El 23 de diciembre Tornel informó en sesión secreta del Congreso la derrota y posible captura de Cos, y el 31 anunció al resto del Congreso que Cos había capitulado “honrosamente” en Béjar.<sup>29</sup> Probablemente se consideró que era información muy sensible para hacerse pública y se censuró en la medida de lo posible.

El 18 de diciembre se dio la orden general para la organización del EOT en dos divisiones. La primera, con los batallones de Matamoros, Jiménez, el activo de San Luis Potosí, el regimiento de Dolores y ocho piezas de artillería, quedó a mando del general Ramírez y Sesma. La segunda se subdividió en tres brigadas: una al mando del general Gaona, con el batallón de Aldama, Toluca, Querétaro y auxiliares de Guanajuato con dos piezas; la segunda al mando del general Tosa, con el batallón de Guerrero, de Morelos, el activo de México, de Guadalajara y Tres Villas, con seis piezas de artillería; la tercera de caballería, al mando del general Andrade, con el regimiento permanente de Tampico, activo de Guanajuato y auxiliares del Bajío. Vicente Filisola fue nombrado segundo al mando, Arago mayor general y Woll cuartel maestro. Pedro Ampudia fue nombrado a su vez comandante general de artillería y el teniente coronel Luis Tola comandante de ingenieros (pero este último no se unió al ejército hasta que ya se encontraba en retirada). Por último, se nombró a José Reyes López comisario general y a Miguel Dromundo proveedor general (Véase Organigramas del EOT al final del texto).<sup>30</sup> El Estado Mayor de Santa Anna era: De infantería, Gen. coronel Manuel Fernández Castrillón, teniente coronel Juan Díaz, teniente M. Bachiller, teniente Anastasio Cobos, primer ayudante Eugenio Flores, el cazador Juan Álvarez, cabo 1ero Valentín Gil. Y Caballería: teniente coronel José Batres, teniente coronel, Juan María Bringas, teniente coronel Manuel de la Portilla, teniente coronel Esteban de la Mora, teniente coronel Pedro Francisco Delgado, capitán Marcial Aguirre, capitán Manuel Badillo y el dragón Justo García.<sup>31</sup>

---

<sup>28</sup> Ramón Martínez Caro, *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después de la acción de San Jacinto*, México, Imprenta de Santiago Pérez, 1837, p. 4 (en adelante, *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto por R. Martínez Caro*)

<sup>29</sup> José Ramón Malo, *op. cit.*, p. 105.

<sup>30</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, pp. 24 s; *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto por R. Martínez Caro*, pp. 2-4; Manuel Muro, *Historia de San Luis Potosí*, México, SPEH, t. 2, 1973, pp. 124-131. Véase organigramas en anexo 3.

<sup>31</sup> AHSDN, XI, 481.3, exp. 1103, foja 2.

A partir del 22 de diciembre salieron brigada tras brigada en lapsos de un día a Saltillo. Santa Anna llegó el 6 de enero, y le siguieron las demás. El mismo mes se incorporaron las fuerzas de Cos y de Urrea, e inició la segunda fase de la planeación. Aquí se discutieron los planes de campaña, principalmente la administración de los víveres, su transporte y la ruta que debía tomarse. Según los testimonios, parece ser que la mayoría de los generales opinaba que el mejor destino era Goliad por su importancia estratégica y los recursos que se podrían encontrar cerca de la costa. Pero Santa Anna era de la opinión de que había que ir por Béjar, el bastión de mayor población mexicana que había sido recientemente tomado contra su yerno Cos.<sup>32</sup> Al final la marcha fue a Béjar, considerada como la capital hispana del departamento. Como se tratará más adelante, la marcha se llevó a cabo sin una organización muy definida, como una serie de corrientes alargadas y dispersas por los caminos.

El 22 de enero se dio una nueva orden general de organización del ejército reunido en Saltillo. Esta dio a los generales de brigada su itinerario, con el permiso de modificarle según las necesidades. Además, “prevenía que los cuerpos llevaran sus depósitos porque el general en jefe deseaba que nuestros soldados se presentaran con brillantez, cuando llegara la ocasión de saludar el Sabina y fijar nuestras águilas sobre sus márgenes”. Cada brigada debía contar con un mes de víveres. También se estableció un hospital general militar, que como veremos más adelante, nunca funcionó en la práctica porque estaba totalmente desprovisto. Por ello la mayoría de los heridos en el asalto al Álamo, entre 200 y 300, no sobrevivieron.<sup>33</sup> El 23 se pasó revista al EOT,

---

<sup>32</sup> “El [enemigo] contaba con que marcharíamos por Goliad, que es la llave que nos debió franquear la entrada al teatro principal de la guerra. En efecto, debimos atacar al enemigo en el corazón en lugar de debilitarnos yendo a Béjar, plaza de ninguna importancia política y militar. Esta era la opinión unánime de todos los militares y el general en jefe la oyó de todos los de representación en el ejército [...] nada fue bastante para hacer desistir al general Santa Anna de marchar a Béjar” *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 29-31; José Urrea, *Diario de las operaciones militares de la división que al mando del general José Urrea hizo la campaña de Tejas*, Durango, Imprenta del gobierno, 1838, p. 6 (en adelante, *Diario de las operaciones militares de la división al mando del general José Urrea*); William De Palo, *The Mexican national army, 1822-1852*, Texas, Texas A&M University Press, 2004, p. 5; *La guerra de Texas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 136.

<sup>33</sup> Según de la Peña, el EOT sólo contó con un cirujano, José F. Moro, que no contó ni con vendas. “Fue en efecto muy dolorosa la situación de nuestros heridos y no podía entrarse a los locales, a los que indebidamente de llamaron hospitales, sin estremecerse de horror [...] No había quien les extrajera una bala, ni quién hiciera una amputación y perecieron muchos desgraciados a quienes la facultad pudo salvar” (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 79 s); “Los heridos están que dan lastima; no tienen jergones en qué acostarse, ni menos con que taparse” (*La guerra de Texas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 153).

resultando entre 4,500 y 5,000 hombres, sin contar la fuerza de 1,500 de Ramírez y Sesma que se encontraba en los asentamientos del río Bravo y 200 de caballería que partieron con Urrea hacia Matamoros. De este aproximado de 6,000-6,500 hombres había que restar las bajas que habría por enfermedad, hambre y desertión en el camino a Texas.<sup>34</sup>

En esos días se recibieron reportes alarmantes de un posible ataque a Matamoros,<sup>35</sup> y en noviembre hubo algunas escaramuzas en los alrededores de San Patricio, entre Goliad y Matamoros. La pequeña ciudad y el brazo de Santiago estaban mal resguardados y eran muy vulnerables. Tenían apenas una guarnición de 180 hombres “sin socorros ni ranchos”, y por la falta de recursos no se habían podido hacer fortificaciones de defensa. La ciudad además era difícil de defender porque no contaba con cañones y las casas estaban muy dispersas.<sup>36</sup> Por ello, para la primera fase de las operaciones, José Urrea, que se incorporó al EOT el 9 de enero en Saltillo con el regimiento de Durango, fue enviado a Matamoros, vía los asentamientos del río Bravo, para que luego tomara el camino de la costa (el “de abajo”) de Texas. A finales del mes, el resto del ejército marchó sobre Béjar vía Monclova, con Ramírez y Sesma en la vanguardia sobre el río Bravo.

Ramírez y Sesma llegó a Béjar el 23 de febrero y Santa Anna lo alcanzó el 27. El mismo día Urrea llegó a San Patricio. Tras la incorporación paulatina del resto del ejército, el sitio del Álamo culminó el 6 de marzo. El EOT terminó de concentrarse en Béjar el 11, y se estableció el cuartel general y el “hospital” del Ejército. Mientras tanto, Urrea ya había derrotado a James Grant el 1 de marzo y seguía recorriendo el camino de “abajo”, o atacosito, rumbo a Goliad, obligando a James Fannin, que llevaba 350 hombres de refuerzo para el Álamo, a contramarchar. Poco después atrapó a Fannin en una llanura y lo capturó. Dejó a los prisioneros a cargo del coronel Portilla en Goliad, quien los ejecutó por órdenes de Santa Anna. Este evento, junto a degüello en el Álamo, generó mucha controversia en Texas y entre los mexicanos. Según Urrea, cuando se enteró de la orden ya era muy tarde. Los fusilamientos en Goliad se llevaron a cabo

---

<sup>34</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 31 ss; *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto por R. Martínez Caro*, pp. 4-5.

<sup>35</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 87. a

<sup>36</sup> AHSDN, XI, 481.3, exp. 1145, fojas 1-30.

de forma inhumana y desorganizada, por lo que además algunos prisioneros consiguieron escapar y vengarse más tarde en San Jacinto.<sup>37</sup>

Santa Anna dividió la fuerza concentrada en Béjar en cuatro contingentes. La brigada de Gaona, con 700 hombres, siguió por el camino de “arriba”, pasando por Bastrop, hacía Nacogdoches. Ramírez y Sesma, con 800 hombres, partió hacía San Felipe vía Gonzáles, con Santa Anna y Filisola en su retaguardia. La brigada al mando de Andrade se quedó en Béjar. Por último, el coronel Morales fue enviado con dos batallones, tres piezas de artillería, 65 cajones de fusiles y víveres para reforzar a Urrea en Goliad, vía el camino del río San Antonio. El plan era reagruparse en San Felipe, dónde se encontraban los líderes de los “filibusteros”, sin dejar enemigos en la retaguardia. Después el ejército sólo tendría que alcanzar la frontera con Estados Unidos en el Sabina para controlar todo el territorio y prever una posible excursión del país vecino.<sup>38</sup>

Sus testimonios y los de sus colegas indican que más que una estrategia comprensiva, el caudillo dirigió la campaña de Texas mediante una serie de principios tácticos. El más importante de ellos era la premura y velocidad de las operaciones, porque los recursos eran muy limitados y sólo los primeros cuatro meses del año el clima es favorable para campaña. Era crucial terminar las operaciones antes de la temporada de lluvias, que empezaban entre marzo y abril, cuando los caminos se volvían intransitables (véase cap. II). Además, así quitaba tiempo a la insurrección de consolidarse. Basado en periódicos norteamericanos, temía que llegasen refuerzos numerosos desde los estados sureños. Con esos problemas en mente ordenó que se limitara a la mitad las raciones del ejército y se avanzó a marchas forzadas.<sup>39</sup> Pero más que un plan elaborado de campaña, cuya existencia es desconocida, hubo un conjunto de estratagemas y principios a seguir. Estos eran el resultado de la experiencia el instinto del general en jefe.

Santa Anna, por su carrera contrainsurgente, tenía experiencia enfrentando grupos guerrilleros como los invasores de Texas. Para combatirlos decidió dividir su ejército en tres elementos de maniobra que pudieran cubrir el terreno texano y lo barrieran sin riesgos de

---

<sup>37</sup> *Diario de las operaciones militares de la división al mando del general José Urrea*, pp. 21 ss.

<sup>38</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, pp. 31 ss y 85 s; William De Palo, *op. cit.*, p. 59; *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto* por R. Martínez Caro, pp. 17 s.

<sup>39</sup> *Santa Anna, Memoria militar y política*, p. 19;

emboscadas o ataques por los flancos. La premura también quitaría tiempo a los rebeldes de fortificarse, y a sus propios hombres de desmoralizarse por las marchas frecuentes que los iban separando cada vez más de sus familiares.<sup>40</sup> Otra razón era la ineptitud del ejército mexicano recolectando inteligencia. Rara vez tuvo información fiable sobre la posición y números del enemigo.<sup>41</sup> También es probable que la dispersión fue en cierta medida necesaria por lo diseminado de los recursos en Texas. De cualquier forma, la estrategia hasta San Felipe por lo general fue exitosa. Logró dividir los grupos de rebeldes, que al final de cuentas actuaban sin un verdadero mando, y despejar el terreno hasta San Felipe.

De acuerdo con sus testimonios, Santa Anna pretendía estacionar al ejército en el Sabina para controlar el territorio y prevenir una intervención estadounidense (que a la sazón tenía un par de guarniciones en la frontera). Pero como vimos en el capítulo pasado, hasta las pequeñas comitivas de los agentes estatales tuvieron grandes dificultades para llegar a la región. Era muy complicado marchar hasta ese punto con un contingente numeroso, y otro tanto mantener una línea de suministros. Además, cubrir la frontera continental no serviría de nada sin resguardar bien los puertos y entradas fluviales. Y en la zona fronteriza y los “desiertos” entre los asentamientos del río San Antonio, el río Bravo y Monclova y Saltillo, había pocos recursos, mientras en las zonas pobladas de Texas se podían encontrar provisiones. Había cantidades considerables de ganado que deambulaba por los campos, fuentes de agua, y algunos otros víveres. De hecho, como se tratará más abajo, fueron indispensables para el sostén del ejército.

Cuando el caudillo se internó al territorio se dio cuenta de que había que determinar una estrategia a largo plazo para conservarlo. Mientras familias angloamericanas escapaban de sus hogares, algunas a los bosques y otras acumulándose en Galveston con las pocas pertenencias que lograron juntar (por miedo a los mexicanos y la estrategia de tierra quemada de los rebeldes) Probablemente se preguntó muchas veces:<sup>42</sup> ¿Y ahora qué hacer para conservar este territorio y

---

<sup>40</sup> *Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos del 10 de mayo de 1837*, p. 128 s.

<sup>41</sup> William De Palo, *op. cit.*, pp. 56-61; “Se dice igualmente que el enemigo teme mucho que lo vayamos a atacar, como deberíamos haber hecho, y más cuando sabe la fuerza superior que tenemos, pues no obra a ciegas, como nosotros, que hasta ahora no hemos tenido dentro de él un solo espía” (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 150).

<sup>42</sup> “Families had been collecting for some time at this place from many parts of Texas; on their way to Galveston expecting to embark from that point to the United States in case they were forced to leave the country” (*Texas in 1837, an anonymous contemporary narrative*, p. 21); “El enemigo iba indudablemente en retirada, pero habiéndosele cortado ésta, la necesidad lo obligó a abrirse paso. Todo su objeto era



con los pobladores que queden? Más de un testimonio menciona que tras las primeras muchos oficiales estaban confiados en la victoria. Quizá por ello al internarse en Texas escribió al gobierno para que se planteara una solución para el problema de la ocupación del territorio y la política de colonización. Escribió una carta a Tornel el 16 de febrero desde Guerrero, sobre el río Bravo. En ella indicaba que el legislativo y ejecutivo debían ocuparse en decretar las mejores medidas para conservar el orden tras su victoria. La “marcha penosa” y “sumas cuantiosas” gastadas no debían ser en vano.<sup>43</sup>

Además de sus propias sugerencias, subrayó las cuestiones abiertas: como qué hacer con el número considerable de esclavos, los inmigrantes ilegales y los prisioneros mexicanos y extranjeros, qué hacer con las propiedades de todos ellos, y la política de poblamiento. También había que decidir si se hostilizaba, expulsaba o permitía establecer a las tribus inmigrantes que prestaron servicios a la nación en 1827 a cambio de tierras que el gobierno nunca entregó. Por último, pero no menos importante, había que resolver la disputa territorial con Estado Unidos.<sup>44</sup> De todas las medidas que tenía en mente, la expulsión de los colonos fue la más cercana en concretarse. Según el teniente Peña, Santa Anna quiso arrasar con todo lo poblado en Texas “para que este inmenso desierto, sirva de muro entre México y los EE. UU., como si la guerra tuviera el único objeto talar y devastar campiñas, reduciendo a pavesas las poblaciones, inundar de sangre los campos y matar el mayor número de hombres posible”.<sup>45</sup> Aún si se toma por

---

maniobrar para dar tiempo a las familias de las colonias de retirarse y salvar en lo posible sus intereses” (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 153).

<sup>43</sup> Para el caudillo los rebeldes deberían pagar los gastos de campaña y pedía al gobierno que dicte la manera en que lo deberán hacer. Texas debía poblarse como una colonia militar, usando como referencia a los rusos en Siberia. En su opinión no se debía dejar que ningún extranjero poblara la frontera y los litorales por los intereses geopolíticos del Estado, por lo que se debían expropiar sus terrenos. En cuanto a las concesiones, proponía anularlas, en especial las que fueron objeto de especulación en EUA (Nueva York y Nueva Orleans) sin el respeto a la Ley de colonización. Luego el gobierno debería centrarse en medidas para fomentar el poblamiento con mexicanos, para lo que sugería familias de exfuncionarios y oficiales militares. La gran extensión de tierras en el interior podría venderse en oficinas de tierras como las que había en EUA, para poblar y generar recursos para el gobierno, sin permitir a ningún anglosajón, y sólo un número limitado de cada nación europea con preferencia a los de habla hispana. Además, pidió al gobierno que considere la conveniencia de dar premio de tierras a los jefes, oficiales y tropa que quisieren permanecer en Texas: una legua cuadrada a jefes, media a oficiales y un solar por soldado (“Carta núm. 8 de Santa Anna al ministro de Guerra Tornel”, en Genaro García (ed.), *op. cit.*, pp. 160 ss).

<sup>44</sup> *Loc. Cit.*

<sup>45</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 106.

exagerado, todo apunta a que el caudillo decidió tratar a los colonos, una buena parte inmigrantes ilegales, como invasores. Aunque una parte de la población texana fuese nominalmente ciudadana, y a pesar de que sabían que muchos de los rebeldes ni siquiera eran colonos, no se hizo ningún intento por persuadirlos por la causa mexicana. Incluso a los tejanos mexicanos y compañías presidiales se les trató condescendentemente. Al final ambos bandos terminaron incendiado y hostilizado sus propiedades.

Se puede argumentar que para los colonos norteamericanos el meollo del asunto era la posibilidad de tener tierras, en buena medida para tener las plantaciones de algodón trabajadas por esclavos. Si de todas formas el gobierno había dado la vista gorda en cuanto al catolicismo y la introducción de esclavos, no había razón por la cual oponérsele. Como escribió Austin en su descripción de Texas, la esclavitud se disfrazaba: “está prohibida por la Constitución, pero los contratos hechos con sirvientes en un país extranjero están garantizados por un decreto especial de la legislatura del estado”.<sup>46</sup> Como se trató al final del segundo capítulo, a cambio de solapar la esclavitud podría obtener una fuente rica de ingresos aduanales.

Al final de cuentas, ya por la cuestión del esclavismo, ya por el cambio de régimen al centralismo, ya la incompatibilidad cultural o la ausencia de intereses económicos y comerciales con suficiente injerencia en el sistema político mexicano, el gobierno mexicano, y Santa Anna en particular, dejó de tolerar la presencia de todos los colonos norteamericanos en Texas, sin importar si formaban parte o no de los rebeldes. La definición del conflicto como una guerra contra los “ingratos colonos”, tratando a todos ellos por igual, cuando cabía la posibilidad de que se buscara persuadir en lugar de desplazar o dividir para vencer, fue una decisión. Consciente o inconsciente, esta elección inevitablemente influyó en los objetivos y la estrategia de la campaña. Se podría especular incluso que otro acercamiento hubiera rendido buenos frutos. Urrea, por ejemplo, escribió que muchos colonos estuvieron dispuestos a ayudar a la campaña mexicana y que de hecho se benefició por información que recibía de las poblaciones locales. Aunque quizá no se podía esperar mucho, como mínimo se hubiese logrado conseguir mejor inteligencia sobre los movimientos de los rebeldes. Y a largo plazo era lo más realista y

---

<sup>46</sup> Eugene C. Barker (ed.), “Descriptions of Texas by Stephen F. Austin”, *The Southwestern Historical Quarterly*, 28 (1924), p. 102 (la traducción es mía).

conveniente para mantener el control del territorio. Pero en lugar de buscar aliados locales, el ejército mexicano terminó de quemar lo que habían dejado los rebeldes.<sup>47</sup>

Por supuesto, aún sí el EOT hubiese salido victorioso, tal vez Texas ya era territorio perdido de todas formas. Los grandes factores estructurales seguían su marcha para que eventualmente buscara su independencia o fuese conquistada por Estados Unidos. Pero es importante no tratar esta campaña como un hecho consumado. No sólo hay detrás decisiones y eventos clave, sino muchos kilómetros marchados, muchas hambres, fríos, enfermedades y demás dificultades que nos pueden ayudar a comprender mejor la súbita derrota de San Jacinto y la posterior sumisión de los mexicanos. En otras palabras, es importante ponernos en los zapatos del EOT. Para ello, primero trataré su financiamiento y aprovisionamiento y luego su reclutamiento. Finalmente, vamos a tratar su recorrido hasta San Jacinto.

#### *Financiación y suministros*

Nunca se pudo resolver la terrible crisis fiscal del Estado mexicano de inicios del siglo XIX. Para el momento del conflicto en Texas se intentaba resolver el problema con el centralismo. El 8 de diciembre de 1834 el gobierno anunció su derecho a intervenir las rentas de los estados para asegurar el pago de sus contribuciones. En teoría se solucionarían los constantes problemas fiscales de la federación. Pero el déficit que arrastraba era tan grande, que el dinero de las alcabalas estatales y los ingresos producto del monopolio del tabaco no bastó para revertirlo.<sup>48</sup> Aun aumentando significativamente la recaudación, como había logrado la administración de los “hombres de bien” de Bustamante, los gastos por la lealtad del ejército y los intereses de las deudas succionaban todos los recursos. Y el dinero que se lograba juntar terminaba rápidamente

---

<sup>47</sup> Por ejemplo, los colonos de Victoria “mexicanos, franceses e irlandeses se hallaban en comunicación conmigo, y cuando llegué habían aprendido a seis enemigos”, y los colonos ingleses, americanos y alemanes de Brazoria, que dijeron resistir las instigaciones y “comunicaron noticias de importancia para las operaciones de la guerra, y se ofrecieron por su parte a contribuir a la conclusión de de ella” (*Diario de las operaciones militares de la división al mando del general José Urrea*, p. 19 y 26); “Siguiendo la conducta del general Urrea los colonos se hubieran sometido sin dificultad, pues con su política les había ganado la voluntad y por ende que le dieran noticias importantes para el buen éxito de sus operaciones y que el ofrecieran contribuir por medio de la persuasión y el convencimiento a separar de los bandos armados a aquellos de sus camaradas que aun permanecían en ellos” (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 107).

<sup>48</sup> B. Tenenbaum, *op. cit.*, p. 64.

en mano de los agiotistas: así fue con el que generó la venta de las misiones filipinas que fue a los bolsillos del general José María Cervantes, que había prestado cincuenta mil pesos al gobierno,<sup>49</sup> o el que Cayetano Rubio recolectaba cada mes en la subcomisaría de San Luis Potosí.<sup>50</sup>

Para financiar la campaña a Texas, el 23 de noviembre de 1835 el presidente interino facultó al gobierno “para que se proporcione hasta la cantidad de quinientos mil pesos, precisamente en numerario, y del modo menos oneroso, destinándola exclusivamente a las atenciones de la guerra”. Pero sin liquides fiscal los decretos eran inútiles. Por lo tanto, para variar, en 1835 no se pudo poner un peso para el EOT.<sup>51</sup>

Las autoridades no se quedaron con los brazos cruzados. Por tratarse de una emergencia nacional hubo varias medidas desesperadas para conseguir fondos. En octubre de 1835 se informó a la comisaría del ejército que se contarían con los recursos de préstamos forzosos a los departamentos y los rendimientos de las aduanas marítimas de Tamaulipas y Matamoros. También se intentó poner recargo de 1% al precio de la venta de propiedades urbanas en San Luis Potosí, Coahuila y Texas, Nuevo León y Tamaulipas. Pero en la aduana de Matamoros no había rentas disponibles ni para pagarle a sus propios empleados. La de Tampico ignoró las extraordinarias y repetidas órdenes para aportar sus fondos, probablemente por las mismas razones. Las contribuciones por propiedades urbanas fueron insignificantes y la población se resistió, por lo que en su lugar se optó por un préstamo con el 6% de rendimiento. En San Luis Potosí, el estado más rico entre los grabados, sólo se consiguió quinientos setenta y seis pesos.

Esta campaña ilustra como la crisis fiscal obligaba al gobierno a recurrir a medios extraordinarios cuando requería de recursos para una operación militar importante. Entre los más benignos estaban los eventos de beneficencia y campañas de donaciones, que se promovieron para financiar al EOT. Pero sus aportaciones eran insignificantes. Entonces tenían que pedir préstamos forzosos a cambio de exenciones fiscales o pagares (inservibles si no se contaba con las conexiones políticas necesarias para cobrarlos), confiscar y forrajear recursos.

---

<sup>49</sup> B. Tenenbaum, *op. cit.*, p. 67 ss.

<sup>50</sup> En los cortes de caja de la subcomisaría del estado hay pagos de hasta 10,000 pesos por libramientos girados para el agiotista (AHESLP, SGG, 1835.2, 334, folder 5).

<sup>51</sup> “Doc núm. 1 de la Secretaría de Hacienda”, en Genaro García (ed.), *op. cit.*, p. 151; Manuel Muro, *op. cit.*, p. 114.

Por lo tanto, buena parte de los costos de la guerra terminaban recayendo sobre la sociedad. Y quizá sólo los agiotistas y militares corruptos podían beneficiarse de los gastos.<sup>52</sup>

¿Cómo se podía salvar esta situación para atender el problema urgente de Texas? Aquí las conexiones políticas informales de los caudillos toman relevancia. Como, escribió Isabel Monroy sobre el estado de San Luis Potosí, Las relaciones y las redes personales eran importantes para asegurara operaciones de crédito. Las alianzas matrimoniales y la incorporación de distintos miembros de la familia a las empresas fueron fundamentales.<sup>53</sup> El proceso político que permitió la movilización de recursos cuando las instituciones formales estaban literalmente en la bancarrota debe analizarse a fondo y podría ser una tesis en sí misma, que espero poder escribir en el futuro. Por ahora tendremos que conformarnos con un esbozo.

Según los cálculos de Miguel Barreiro, comisario de división del EOT, se necesitarían más de trescientos mil pesos mensuales para el sostén adecuado de seis mil hombres en campaña.<sup>54</sup> Para conseguir estos recursos Santa Anna buscó préstamos de todas las fuentes posibles. Primero logró conseguir uno de la Iglesia por 47,000 pesos.<sup>55</sup> También pidió uno de manera forzosa al departamento de San Luis Potosí por 10,000 pesos. En San Luis Potosí todavía faltaba bastante dinero.

El último recurso fue recurrir a un agiotista prominente de la región. El 15 de diciembre pactó un préstamo con José María Errazú, yerno de Cayetano Rubio y miembro de su casa comercial Rubio & Errazu,<sup>56</sup> por 400,000 pesos con un interés “inconvenientemente usurero”. Según Santa Anna, la mitad serían entregados al momento en plata y vales, y el resto se entregaría

---

<sup>52</sup> Peter Guardino, *The Dead March, A History of the Mexican American War*, Cambridge, Harvard University Press, 2017, pp. 171-174. (“Carta núm. 8 de Santa Anna al ministro de Guerra Tornel”, en Genaro García (ed.), *op. cit.*, pp. 160 ss

<sup>53</sup> María Isabel Monroy Castillo, “Una década de federalismo: San Luis Potosí, 1825-1835” en Josefina Z. Vázquez y José Antonio Serrano Ortega, (coords.), *Practica y fracaso del primer federalismo mexicano (1824-1835)*, México, COLMEX, 2012, p. 380.

<sup>54</sup> Miguel Barreiro, *Resumen del Comisario de División del Ejército de Operaciones sobre Tejas*, Matamoros, Mercurio, 1837, p. 5.

<sup>55</sup> De Palo, *op. cit.*, p. 48; La Catedral de Monterrey, por ejemplo, donó 1000 pesos (*Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto por R. Martínez Caro*, p. 5).

<sup>56</sup> María I. Monroy Castillo, *op. cit.*, p. 380.

en forma de víveres directamente al puerto de Matamoros.<sup>57</sup> Pero el contrato firmado sólo establece la entrega de doscientos mil pesos de contado en la subcomisaría de San Luis Potosí y la otra mitad en “vales”, sin ninguna mención de las provisiones en Matamoros. Para resarcir el préstamo, se entregarían los préstamos forzosos y subsidios de guerra de los departamentos de San Luis, Zacatecas, Guanajuato y Guadalajara; libramientos sobre la aduana de Tampico, Veracruz y Matamoros, “admisibles en compensación de toda clase de derechos en su totalidad, sin exigirme dinero alguno”. Pero el Congreso no aprobó el préstamo, el dinero de contado llegó parcialmente y los recursos que llegaron a los puertos fueron pocos y tarde.<sup>58</sup>

De acuerdo con el comisario Barreiro, del préstamo con la firma de Cayetano Rubio sólo llegaron cincuenta mil pesos.<sup>59</sup> Como aún no había dinero, muchos de los contingentes que llegaron a San Luis Potosí tuvieron que ser socorridos por sus departamentos. Río Verde, por ejemplo, proveyó doscientos pesos al regimiento permanente de Dolores para su socorro y forraje. La misma cantidad fue entregada al batallón activo de Guerrero y al Piquete permanente de Dolores para sus bagajes.<sup>60</sup> La situación era tan magra que el 11 de enero de 1836, mientras el EOT se encontraba cerca de Saltillo, el gobierno tuvo que suspender el pago de sueldos atrasados y pensiones.

Por lo mísero del presupuesto, el comisario tuvo que gastarlo en lo esencial, como mil doscientos caballos y la contrata de los arrieros para las provisiones. Aun así, cuando el ejército había marchado hasta Saltillo sólo sobraban dos pesos tras el corte de caja. Como solución, se hizo una contrata de víveres a los Srs. Flores a finales de diciembre, fiados al crédito del gobierno. Además, el hijo de Barreiro, Antonio, trajo veinte tantos mil pesos desde San Luis Potosí. Si no hubiese sido por la contrata de víveres y los respectivos arrieros para su transporte, el ejército probablemente se hubiera desbandado. Pero la escasez de dinero afectó la línea de suministros porque muchos arrieros desertaron la expedición tras las primeras penalidades y la falta de pago:

---

<sup>57</sup> *Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos del 10 de mayo de 1837*, p. 126; Cuando la goleta “Watchman” llegó con víveres al Cópamo el EOT ya se había retirado al Nueces, por lo que cayó en manos del enemigo (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 164).

<sup>58</sup> El contrato está recopilado en Manuel Muro, *op. cit.*, México, SPEH, t. 2, 1973, pp. 115 s; y en Genaro García (ed.), *op. cit.*, pp. 151 s.

<sup>59</sup> *Ibid.*, pp. 9-13.

<sup>60</sup> AHESLP, SGG, 1835.3, 335, folder 1.

“por la miseria hay todos los días bajas considerables y se hace difícil el modo de que se cumpla con rigor la disciplina militar, pues voz en cuello se dice, que la deserción es impulsada de la necesidad”.<sup>61</sup>

El ejército tomó lo necesario para su sostén en las poblaciones por donde marcharon sus contingentes. Para la división de vanguardia del general Ramírez y Sesma se pidió al gobernador y comandante de Tamaulipas, el general Vital Fernández, que le llevara 74,000 pesos. Aún con ello Ramírez y Sesma escribió al gobierno que le faltaban los recursos necesarios para la campaña. Alegó que como le faltaban tiros para la artillería tuvo que retrasar su salida para asistir a Cos en Béjar y evitar su derrota. Santa Anna respondió, “facultándole extraordinariamente a nombre del gobierno”, que hiciese lo necesario para reunir los recursos necesarios, incluyendo “500 caballos gordos, de todas las haciendas de esos rumbos [...] y acopiara considerable número de víveres [...] *a previsión de usted queda reconocer lo interesante de estas medidas*”. Santa Anna prometía satisfacer el importe de aquellos recursos a su llegada.<sup>62</sup>

El 8 de noviembre Ramírez y Sesma encontró lo necesario para llevar a cabo su marcha hasta el río Bravo, porque por “casualidad” se encontró con “la conducta de platas para Tampico”. De ella mandó “al conductor entregar diez mil pesos a la comisaría, deduciéndolos de los derechos que debe pagar a la de San Luis”. Y para que fuese efectiva la exención de la alcabala le pidió al general en jefe “se sirva dar las ordenes correspondiente a fin de que en San Luis Potosí no se resistan a admitir el pago del certificado que de esta comisaría lleva el conductor”.<sup>63</sup>

Con las contribuciones de los departamentos de San Luis Potosí y sus poblaciones, las conductas de plata interceptadas y los préstamos con Cayetano Rubio, el ejército logró marchar de San Luis Potosí a Saltillo. De ahí logró llegar a Texas gracias a la contrata de víveres con los Flores y el apoyo de las haciendas del camino, que pertenecían al latifundista Melchor Sánchez Navarro. En ellas se refugiaron y alimentaron los contingentes del ejército en su ardua marcha al norte. Del río Bravo para el interior de Texas, la manutención consistió principalmente de la media ración que en teoría proporcionaban los proveedores del ejército y los recursos del

---

<sup>61</sup> Miguel Barreiro, *op. cit.*, p. 20.

<sup>62</sup> “Orden número 15” en Manuel Muro, *op. cit.*, p. 121 (las cursivas son mías)

<sup>63</sup> AHSDN, XI, 481.3, exp. 1144, fojas 13 s.

camino. A partir del río Frío había manadas de liebres, ciervos y búfalos salvajes. Y a partir de Béjar había algo de maíz y bastante ganado.<sup>64</sup> Una vez en Béjar, se autorizó Ricardo Dromundo, proveedor general del ejército, a introducir suministros por los puertos de Texas libres de impuestos, y se le ordenó a Vital Fernández que mandara una goleta de guerra al Cópano para auxiliar al ejército. Pero sólo alcanzó a llegar a Goliad, por medio del Cópano, algo de arroz, manteca y galleta, aunque una parte estaba podrida.<sup>65</sup>

Santa Anna y Filisola, en buena medida para justificar su fracaso, pintan Texas como un territorio desprovisto de recursos y provisiones. Pero según otras fuentes, como los testimonios del teniente J. E. de la Peña y Urrea, había bastantes recursos alrededor de los asentamientos abandonados. Lo que faltó fue “prudencia, cálculo, orden, previsión, juicio recto y acertado”.<sup>66</sup> Para los que lideraron y perdieron la guerra obviamente resultaba conveniente justificarse exagerando la escasez de recursos. A la inversa, para los que creían haber podido ganar con un mejor mando (como ellos mismos) lo conveniente era inflar la abundancia de recursos. Lo más cercano a la realidad probablemente es un punto medio: no todo Texas era un desierto desprovisto de recursos. Había algo de granos, bastante ganado y puertos. Pero no era infinito y estaba disperso. En ningún punto se podría sostener por mucho tiempo a más de cuatro mil hombres, pero sí a la misma cantidad distribuida en varios. Por ello, además de las consideraciones estratégicas, la dispersión del ejército era algo necesario para su sostén.

En Béjar todo lo que se incautó a los rebeldes, aunque no era mucho, fue vendido en una “tienda del gobierno [...] caro y por dinero”.<sup>67</sup> Los arrieros por su parte llevaron provisiones consigo para venderlas a precios altos al ejército. De lo que llevaba el ejército en mulas, bueyes

---

<sup>64</sup> “Se contó con el tesoro de un particular y el ejército que salió de San Luis Potosí bajo los auspicios de don Cayetano Rubio, no hubiera pasado de Monclova, sin los esfuerzos patrióticos de los departamentos de Nuevo León, de Coahuila y Tamaulipas, y sin los oportunos y benéficos auxilios del propietario Melchor Sánchez, que le dieron impulso hasta Béjar.” *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 31; Por obvias razones, su familiar José Juan hace énfasis en estas ayudas (*La guerra de Texas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, pp. 126 y 129).

<sup>65</sup> *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto* por R. Martínez Caro, p. 16 y 21; *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 202.

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>67</sup> *La guerra de Texas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 153; Según Caro, las ganancias de la venta no superaron los 2,500 pesos (*Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto* por R. Martínez Caro, p.16, n. 1).



y carretas, una parte se rezagó, otra se echó a perder con las lluvias y el resto se repartió a cuentagotas. Además de ello, el principal recurso para los soldados fueron las grandes cantidades de ganado que deambulaba abandonado en los alrededores de los asentamientos. El contingente de José Enrique de la Peña y los hombres de Urrea, por ejemplo, comieron de forma regular carne del ganado. También había suficientes fuentes de agua. El “pasto es sorprendentemente abundante y exuberante y es bueno en verano e invierno”.<sup>68</sup> Texas tenía la capacidad de alojar a grandes manadas de búfalos, venados y caballos. Había bastante alimento para la caballería, las mulas y bueyes, y demás animales que fue incorporando la tropa. Aunque los rebeldes intentaron quemar todo a su paso, sobrevivieron habitaciones donde se encontraron “maíz borregos, puercos, y harina en abundancia [...] permanecemos en aquella mientras la tropa tomaba el rancho”.<sup>69</sup> El teniente J. E. de la Peña y el coronel Delgado, sabedores del valor que tenía en el mercado, notó la cantidad considerable de algodón y máquinas despepitadoras. El teniente J. E. de la Peña lamentó de que fuera pisoteado por el ejército y utilizado por las mujeres para ir al baño.<sup>70</sup>

Tal vez hubiese sido posible mantener al ejército con estos recursos. En cualquier caso, el hecho es que gran parte del ejército logró llegar hasta al interior de Texas sin desbandarse, lo que implica que el sufrido soldado mexicano pudo de una forma u otra alimentarse por un par de meses. Incluso, de acuerdo con Peña, las soldaderas que acompañaban a la tropa llegaron hasta las inmediaciones del río Colorado. Las cosas comenzaron a complicarse cuando se cortó la línea de suministros con la subida de este y los demás caudales de Texas. Para cruzarlos se emplearon las pocas chalanas que había para el propósito o se improvisaron unas, y algunos

---

<sup>68</sup> Eugene C. Barker (ed.), “Descriptions of Texas by Stephen F. Austin”, *The Southwestern Historical Quarterly*, 28 (1924), p. 99 (la traducción es mía).

<sup>69</sup> “Relación o diario del coronel Pedro Delgado”, en Vicente Filisola, *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México, 1849, t. 1, p. 83.

<sup>70</sup> “Nuestros soldados sufran grandes privaciones por la criminal indiferencia con que se les veía, cuando sus necesidades podían haberse remediando recogiendo el maíz que con abundancia había en los flancos, pues que el ganado de cerda y vacuno abundaba en todas direcciones” (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 17, pp. 120 s); “fue una impostura decir que faltaron víveres, y esto no ha sido más que un pretexto para justificar la necesidad y conveniencia en retroceder” (*Ibid.*, pp. 163 s); Urrea encontró víveres en Matagorda y demás puntos del camino de abajo, como ganado, maíz harina, azúcar, papas, frijol, manteca y “abundantísimos víveres de todas clases” (*Diario de las operaciones militares de la división al mando del general José Urrea*, pp. 20-26); “Relación o diario del coronel Pedro Delgado”, en Vicente Filisola, *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México, 1849, t. 1, p. 83.

soldados y animales de carga se ahogaron intentando cruzar. Por eso mismo, para cuando Santa Anna se encontraba en persecución de Houston, era evidente que el tiempo para la campaña estaba contado.

Aunado al límite de tiempo, esta forma de hacer campaña, que puede calificarse como *bellum se ipsum alet*, implicaba daños socioeconómicos y conflictos sociales significativos.<sup>71</sup> Los recursos que sobrevivieron de la tierra quemada de los rebeldes, que eran considerables de acuerdo con los testimonios, permitieron que el EOT sobreviviera en Texas. Ya en este territorio lejano, la orden de Santa Anna fue clara: “tomar los ganados de los colonos y cuanto les perteneciera, convirtiéndolo en la subsistencia” de las tropas.<sup>72</sup> Pero como consecuencia terminaron de arrasar a los poblados de Texas, incluyendo los asentamientos de origen mexicano como Goliad y Béjar. Al final de cuentas, para muchos colonos, tanto de origen hispano, europeo o norteamericano, la guerra fue un desastre por los tratos que recibieron de ambos bandos.<sup>73</sup>

Sí bien las poblaciones que estaban en el camino al teatro de la guerra no quedaron en ruinas, el paso del ejército tuvo sus estragos. Es imposible calcular con exactitud los costos y los daños causados por los préstamos forzosos, las requisiciones y la leva. La magnitud del daño socioeconómico que tuvieron las campañas del ejército mexicano en la época es un tema que aún está por explorarse a fondo. Por lo pronto se puede aseverar que, de acuerdo con la evidencia encontrada en San Luis Potosí, provocaba estragos considerables. Desde el punto de vista de la población, el paso del ejército podía implicar la ruina para quién se cruzase en su camino.

Como ejemplo representativo se puede citar el caso de Don Pedro Gramón, comerciante de Mineral de Catorce. Tuvo que dar al ejército un préstamo forzoso de mil pesos porque, en sus palabras: “que por no sufrir más violencia en mi persona tuve que dar a costa de mil afanes y vergüenzas”. Para que le reconozcan el adeudo apeló a la misericordia de las autoridades, sosteniendo que el capital a su cargo “es en si bien corto y su producto apenas alcanza para la sostencion [sic.] de una Sra. viuda y una niña doncella menor de edad, esposa e hija del ciudadano José Ignacio Villaseñor, quien falleció en julio del año 1832, en fuerza de los accidentes y

---

<sup>71</sup> “The Latin phrase *bellum se ipsum alet* (The war will feed itself) describes the military strategy of feeding and funding armies primarily with the potentials of occupied territories” (Phifer Michiko, *op. cit.*, p. 34).

<sup>72</sup> *Diario de las operaciones militares de la división al mando del general José Urrea*, p. 20.

<sup>73</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 199.

pesadumbres que le ocasionaron las circunstancias de aquellos aciagos tiempos”. Don Pedro, que fue forzado al préstamo en septiembre de 1833, logró que le reconocieran la deuda hasta enero de 1835, con ayuda de un representante legal.<sup>74</sup> El reclutamiento, como ahora veremos, siguió la misma lógica depredadora que la recolección de suministros.

### *Reclutamiento*

De octubre a noviembre de 1835, Santa Anna solicitó a los estados diez mil soldados para levantar el EOT.<sup>75</sup> Sólo logró juntar seis mil hombres cuando partió para Saltillo. Aunque el ministro Tornel consiguió el compromiso de muchos contingentes alrededor del país, por diversas circunstancias muchos no pudieron realizar su marcha. Por un lado, como ya se trató, una parte importante de ellos debía quedarse para proteger la seguridad interior y la estabilidad del gobierno. Por otro lado, no había recursos para hacerlos marchar hacia la campaña de Texas.

En consecuencia, apenas se juntaron alrededor de tres mil hombres que ya formaban parte de las fuerzas armadas. Para engrosar al ejército se fueron consiguiendo reclutas en el camino a Texas. De acuerdo con Santa Anna, por lo menos la mitad de la tropa fue reclutada en San Luis Potosí.<sup>76</sup> En lugar de formar nuevos cuerpos con los elementos bisoños, se repartían entre contingentes veteranos. Este era el *modus operandi* más común para llenar las filas del ejército y mantenerlo operable. Los reclutas, como ya se advirtió, eran tratados como reos, amarrados “a cuerda” en líneas cuando marchaban y vigilados en los cuarteles y campamentos del ejército.<sup>77</sup>

El reclutamiento para el EOT comenzó con el cuerpo de avanzada de Ramírez y Sesma. El general incorporó a la milicia activa del estado y tomó 200 reemplazos. A Vital Fernández, comandante de Tamaulipas, también se le ordenó reunir recursos y hombres. Para ello llevó a cabo una leva “terrible” sobre las zonas limítrofes de San Luis Potosí con Tamaulipas. Como ya se mencionó, Ramírez y Sesma partió a Guerrero con la facultad extraordinaria del gobierno

---

<sup>74</sup> AHESLP, SGG, 1835.1, 333, folder 1.

<sup>75</sup> José Antonio Serrano Ortega, *El contingente de sangre*, México, INAH, 1993, p. 19.

<sup>76</sup> *Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos del 10 de mayo de 1837*, p. 127.

<sup>77</sup> *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto* por R. Martínez Caro, pp. 6 s; El reclutamiento siguió operándose de forma muy similar, como muestra Héctor Strobel en su investigación doctoral (Véase Héctor Strobel del Moral, *El ejército liberal durante la revolución de Ayutla y la Reforma, 1854-1861*, tesis, México, COLMEX/CEH, 2020, *passim*).

para que “en el departamento de río Grande [Bravo] reúna cuanta fuerza pueda”. Se le instruyó también que a los “dispersos los irá reuniendo y armando otra vez”. Mientras tanto, Santa Anna llegó a San Luis Potosí con aproximadamente 3,000 hombres y salió con 4,500: 1,500 más que debieron ser reclutados en el departamento.<sup>78</sup>

¿Cómo se llevó a cabo este reclutamiento? La evidencia recabada en San Luis Potosí no da cuenta de forma puntual. Pero sí da una buena idea de los métodos utilizados y sus efectos sobre la sociedad y administración pública potosina. Se puede aseverar con bastante seguridad que los recursos humanos se reunieron de la misma forma que el dinero y los suministros: el ejército fue incorporando reclutas forzosamente a su paso por las poblaciones.<sup>79</sup> Según esta hipótesis, el ejército realizaba redadas en las poblaciones que estaban a su paso y tomaba a cualquier hombre apto para el servicio sin tomar en cuenta el reglamento oficial. Una evidencia importante es que llevó consigo muchos padres de familia, supuestamente exentos, e incluso algunos servidores públicos de mediano y bajo rango. Por ejemplo, en noviembre el jefe de la Casa de la Moneda de San Luis Potosí se quejó con el gobernador porque:

Se aproxima la hora en que deben comenzar a salir los trabajadores de ella, y para evitar lo que otra vez a sucedido, que se aglomeran desordenadamente en el zaguán de la Casa no queriendo salir para sus casas, me veo en la precisión de comunicarlo para que me diga lo que debo hacer, y será contestación a otro que en la mañana de hoy le dirigí sobre los operarios que se habían cogido para la tropa.<sup>80</sup>

Los trabajadores de la Casa de la Moneda temían tanto a las redadas del ejército que no querían salir a sus casas. No era un temor injustificado porque el mismo jefe tuvo que solicitar que se entregase un documento a los empleados de la institución para “evitar que los operarios de la casa sean aprehendidos por la comisión encargada de reclutar hombres para el ejército”. Además, le dio una lista al prefecto de la capital de todos los operarios para que “teniéndola a la vista pueda providenciar inmediatamente que si ocurra la aprehensión de alguno que se ponga en libertad”.<sup>81</sup> Otras autoridades también lamentaban que “por las familias y hombres que han

---

<sup>78</sup> Véase Manuel Muro, *op. cit.*, pp. 119-125.

<sup>79</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 14.

<sup>80</sup> AHESLP, SGG, 1835.4, 336, folder 5.

<sup>81</sup> AHESLP, SGG, 1835.4, 336, folder 4.

salidose” para Texas no había suficientes ciudadanos para cubrir puestos de alcaldes, regidores y síndicos.<sup>82</sup>

Por lo tanto, podemos concluir que, como era costumbre, la leva entre septiembre y noviembre en San Luis Potosí se realizó de forma arbitraria e improvisada. A diferencia de los reclutamientos más ordinarios, este no se limitó a la paria social, sino a la sociedad en su conjunto. En otras palabras, los amontonamientos en el patio de la Casa de Moneda muestran que para el reclutamiento de este ejército se llevó a la fuerza todo aquel que se encontrara en el momento y lugar equivocado. Se puede afirmar con seguridad que durante la leva para el EOT entre 2,000 y 3,000 personas fueron capturadas en las poblaciones del territorio entre San Luis Potosí y Monclova. Esto resultó en un ejército “con reclutas robados a las artes y a la agricultura; con padres de familia, que no son los mejores soldados; con hombres que en los calabozos esperaban el castigo de sus crímenes y hasta sentenciados por los mismos cuerpos se vieron en las filas de otros”.<sup>83</sup>

El ejército mexicano en campaña era como una plaga de langostas que a su paso consumía los recursos de la sociedad. Además de proveer dinero, suministros y población para la campaña, las comunidades debían costear su mantenimiento y transporte. Los departamentos internos, por ejemplo, pagaron por la manutención y transporte de los reclutas para el EOT.<sup>84</sup> Por esta presión comenzaron a hacer falta ciudadanos para cubrir cargos y soldados para sus guarniciones. Por ejemplo, el cabildo de San Luis Potosí tuvo que mandar una partida de 30 hombres a la guarnición de Río Verde “debiendo marchar fuera de este estado la mayor parte de las tropas que lo guarecen”. En esas fechas también empezó a faltar dinero hasta para el papel<sup>85</sup> y la correspondencia,<sup>86</sup> materiales esenciales para la administración.

---

<sup>82</sup> AHESLP, SGG, 1835.4, 336, folder 2.

<sup>83</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 18. Como ya se mencionó, los padres de familia tenían mucho incentivo para desertar porque corrían en riesgo de dejar desamparadas a sus familias. También obligaba a sus familias a seguirlos al campo de batalla como la “soldadera” (P. Guardino, *op. cit.*, p. 61).

<sup>84</sup> Por ejemplo, el de Río Verde gastó trecientos sesenta y un pesos para el socorro y transporte de reclutas para el Batallón permanente de Morelos y el activo de San Luis Potosí en septiembre y octubre AHESLP, SGG, 1835.3, 335, folder 1.

<sup>85</sup> AHESLP, SGG, 1835.3, 335, folder 6.

<sup>86</sup> AHESLP, SGG, 1835.4, 336, folder 5.

Al final de cuentas, el brazo armado del estado mexicano era capaz de reunir ejércitos. Pero no podía costear por sí mismo la alimentación y los pertrechos.<sup>87</sup> Aún con la pésima reputación y condiciones de vida en el servicio y aversión de la población por prestarlo, se lograba engrosar las filas con reclutamiento forzoso. Aún con los cofres vacíos podía contar con créditos del clero y de los agiotistas para los gastos indispensables. Y lo que faltaba para alimentar y mantener a las tropas se conseguía con préstamos forzosos, requisiciones y saqueo de los cofres estatales y a su propia población. A corto plazo estos medios podían ser efectivos, como lo muestra la campaña a Texas. Pero a largo plazo eran contraproducentes porque alimentaban la animadversión entre la sociedad y las fuerzas armadas y dañaban el tejido social. Quizá por eso ninguno de los ejércitos que sucedieron al EOT en su propósito de defender el territorio texano lograron llegar tan lejos.

El hambre muchas veces es el principal obstáculo para el ejército. En México constituía la principal causa de la desertión. Frente a ello, los oficiales no tenían otra alternativa que depredar sobre su propia población si querían conservar su tropa.<sup>88</sup> Por lo menos para el caso de la campaña a Texas se puede afirmar que estos mecanismos de supervivencia informales no sólo eran recurrentes sino necesarios para el funcionamiento de las fuerzas armadas de la época. Sólo así se entiende la materialización de la expedición a Texas bajo las circunstancias del Estado del periodo, que parecerían imposibilitarla.

#### *Los actores*

Si algo sale a relucir en el caso en cuestión es el poco control que el liderazgo mexicano ejercía sobre las circunstancias históricas. Como se trató en los primeros dos capítulos, muchos otros factores, como la geografía, intervinieron en el desenlace del Estado mexicano en general y su campaña de Texas en particular. El factor social también está sumamente oscurecido. Hasta ahora se ignora la agencia histórica de las clases populares que engrosaban los rangos bajos, las mujeres y familias de la soldadera, y a mandos medios que provenían de familias acomodadas pero excluidas de la élite. Lamentablemente, en gran medida por el analfabetismo generalizado

---

<sup>87</sup> P. Guardino, *op. cit.*, p. 5.

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 6.

de la época, no quedaron registros como para dar voz a aquellos actores que conformaron el grueso de la tropa. Pero por lo menos podemos inferir, y matizar brevemente al EOT a partir de sus componentes sociales. Con ese propósito trataremos a cada uno en orden descendente, de la cabeza a los pies.

Gran parte de la cúpula militar de la época, como Santa Anna y Filisola, se formaron en las luchas armadas independentistas. Un ejemplo representativo es el del citado Juan Nepomuceno Almonte, que fue ayudante de campo de Santa Anna en el EOT y compañero de cautiverio. Otro caso similar es el de Manuel Lombardini, uno de los secretarios personales de Santa Anna, que sirvió en la insurgencia bajo Nicolás Bravo.<sup>89</sup> Este sector estaba a su vez compuesto por ex realistas y ex insurgentes. Como ya se anotó, para 1835 su referencia principal en términos de teoría militar seguía siendo las campañas napoleónicas. En la práctica su experiencia fue de mucho menor escala y con una buena dosis de guerra de guerrillas.<sup>90</sup>

Con todo y sus defectos y fama de cambiachaquetas, se debe reconocer la habilidad de Santa Anna para organizar ejércitos en medio del caos político y fiscal del México de la época. No por nada se acudió a él, sin demasiada oposición, en el momento de emergencia de Texas, o incluso diez años después durante la intervención estadounidense.<sup>91</sup> Pero como ya se ha escrito incansablemente sobre el general en jefe, vale la pena tratar más a fondo a su segundo al mando. Aunque poco conocido, Vicente Filisola tuvo un papel central en la campaña de Texas. Fue un militar de carrera de origen italiano que sirvió en el ejército realista antes de adherirse a Iturbide. Más que el tipo de militar que concebimos comúnmente, enfrascado en campañas y batallas, se dedicó a la parte burocrática del ejército. Tras la independencia ocupó varios cargos administrativos de alto rango, como capitán general de Guatemala, comandante de Orizaba, comandante general de Puebla, Michoacán y México. También fue presidente del Supremo Tribunal de Guerra y Marina, ministro de guerra, mayor general del ejército de reserva durante la invasión de Barradas y comandante general e inspector de los departamentos Internos de

---

<sup>89</sup> Guadalupe Jiménez Codinach, “Niños de la Independencia, dirigentes de la nación, 1800-1890”, Luis Jáuregui y José Antonio Serrano Ortega (coords.), *Historia y Nación: política y diplomacia en el siglo XIX mexicano*, México, Colegio de México, 1998, pp. 143-156.

<sup>90</sup> P. Guardino, *op. cit.*, p. 51.

<sup>91</sup> Véase Will Fowler, *Santa Anna of Mexico*, Nebraska, University Press, 2007; P. Guardino, *op. cit.*, p. 87 ss.

Oriente. Aprovechó su estancia en la región para conseguir un contrato de colonización junto a David Burnet, a quien después enfrentaría en 1836.<sup>92</sup> Rara vez dirigió una expedición militar o a un ejército en el campo de batalla. Más que su osadía militar se distinguía por su labor minuciosa como administrador y burócrata del ejército. Filisola no era un comandante de campaña sino de escritorio. Santa Anna no lo eligió como segundo al mando para que dirigiera tropas, sino porque además de sus relaciones de compadrazgo, tenía cualidades administrativas y burocráticas y conocimiento como comandante general de la región militar donde estaba Texas. Desafortunadamente, la responsabilidad de dirigir al EOT cayó sobre él tras la imprevista captura de Santa Anna. Estas circunstancias lo obligaron a tomar una decisión que determinaría el resultado de la campaña de Texas.<sup>93</sup>

Un escalafón abajo estaban las elites militares regionales. De los generales de brigada del EOT, hay que hablar del que destacó más tanto en la campaña cuanto en las polémicas posteriores: José Urrea. Nació en un presidio del septentrión de la Nueva España, hoy día Sonora, en una familia de comandantes presidiales. Desde muy joven inició su carrera militar combatiendo a los “indios barbaros”. Cuando se unió al ejército virreinal en 1816 combatió contra las guerrillas insurgentes al interior del país. Como muchos otros, se unió al ejército Trigarante en 1821 y comenzó a participar en la serie de pronunciamientos y contra pronunciamientos de la época como un liberal moderado. A diferencia de Filisola, sí tuvo experiencia de combate y participó en las idas y venidas del régimen mexicano desde Durango, su base territorial.<sup>94</sup> No sorprende pues, que estuviese preparado para los obstáculos y dificultades del septentrión mexicano. Quizá ello más que nada explica su éxito en la campaña de Texas. Como ya se trató, poco después de la debacle se enmarañó con Filisola en una serie de querellas públicas mediante sus memorias y la prensa. Urrea lo sucedió como general en jefe del remanente del EOT en Matamoros, donde a partir de entonces los mexicanos intentaron

---

<sup>92</sup> Andrés Reséndez, *op. cit.*, p. 206.

<sup>93</sup> J. Sánchez Garza, anexo en *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 28;

<sup>94</sup> Medina Bustos, José Marcos y Iván Aarón Torres Chon, “José Urrea: trayectoria política y bases de poder territorial en Durango y Sonora. 1821-1849”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, 53 (2017), pp. 1-20; J. Sánchez Garza, anexo en *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 84.



concentrar fuerzas. Pero nunca se juntaron suficiente para llevar a cabo la campaña y con el tiempo se resignaron a vigilar la zona fronteriza.<sup>95</sup>

José Juan Sánchez Navarro fue otro militar del norte que escribió su testimonio sobre la campaña. Tampoco se contaba dentro de la élite político-militar nacional pero sí de la región de Coahuila. Provenía de una familia poderosa del norte de México, los Sánchez Navarro, que llegaron a poseer un latifundio del tamaño de Portugal. Sus antepasados llegaron desde el siglo XVI al norte de la Nueva España. Como Urrea, era típico que los descendientes de notables de la época optasen entre una carrera en las armas que dirigían a las “tribus salvajes” o una en la Iglesia. José Juan entró desde joven al ejército realista y cuando se convirtió en Trigarante fue nombrado capitán. Estuvo comisionado “para recorrer y vigilar los presidios de las fronteras, luchando continuamente contra las incursiones de los indios barbaros”.<sup>96</sup> De 1831 a 1835 fue ayudante inspector de Nuevo León y Tamaulipas. A finales de 1835 fue a socorrer junto con el batallón Morelos a Martín Perfecto de Cos en Béjar. Tras su derrota lo acompañó en su retirada. Luego participaría en la campaña del EOT hasta la batalla del Álamo, tras la cual no fue tomado en cuenta para proseguir pese a su protesta. Por fortuna, casi un siglo después un descendiente encontró y publicó su testimonio. José Juan continuó sus tareas de pacificación en los conflictos de la frontera hasta llegar a coronel efectivo en 1844. Luego formó parte del Estado Mayor de Santa Anna en la batalla de la Angostura durante la intervención norteamericana y terminó su carrera como Comandante General de Coahuila hasta su muerte en 1849.<sup>97</sup>

Además, había un conjunto de militares extranjeros que ocupaban cargos intermedios, especialmente en cuerpos de artillería e ingenieros. Santa Anna solía incorporarlos con la idea de que mejorarían la cualificación técnica de su ejército, pero por lo general la clase militar desconfiaba de ellos. Este fue el caso Adrián Woll, un oficial de origen francés que llegó en 1817 a México y ascendió a general en 1832. Santa Anna lo incorporó su cuerpo en 1829 durante la

---

<sup>95</sup> P. Guardino, *op. cit.*, pp. 46 s; AHSDN, XI, 481.3, exp. 1445, fojas 1-28; Poco a poco se fueron retirando los batallones que quedaron en Matamoros, con lo que Urrea poco tiempo después optó por relevar el mando, que fue dado a Nicolás Bravo y posteriormente por segunda vez a Filisola.

<sup>96</sup> *La Guerra de Tejas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 45.

<sup>97</sup> José Juan continuó sus tareas de pacificación en los conflictos de la frontera hasta llegar a coronel efectivo en 1844. Luego formó parte del Estado Mayor de Santa Anna en la batalla de la Angostura durante la intervención norteamericana y terminó su carrera como Comandante General de Coahuila hasta su muerte en 1849 (*Ibid.*, pp. 44 s.).

campana contra Barradas y permaneci3 a su lado hasta la de Texas. Tiempo despu3 termin3 siendo ayudante de Winfield Scott durante la invasi3 estadounidense de 1846. Posteriormente sirvi3 al ej3rcito de Maximiliano. En la campana de Texas fue encargado de ir al campamento de los rebeldes tras la captura de Santa Anna para negociar un intercambio de prisioneros.<sup>98</sup>

Otro extranjero fue Juan Jos3 Holzinger, de origen alem3n, que era parte del cuerpo de ingenieros del EOT. Lleg3 a M3xico contratado por la compa3a minera brit3nica Real del Monte. En 1828 se incorpor3 al ej3rcito bajo la leyenda de “aventurero de Ingenieros”. Su carrera en el ej3rcito fue larga, con varias pausas por licencias para visitar su pa3s y atender sus negocios. Tambi3n permaneci3 cerca de Santa Anna desde 1828 hasta la campana de Texas. Sus labores consist3an en construir fortificaciones, construir y reparar puentes y otros trabajos similares. Sus servicios fueron 3tiles para el EOT, especialmente para cruzar los r3os. Tras la debacle, Holzinger fue en persona a Estados Unidos para intentar conseguir la libertad de Santa Anna.<sup>99</sup>

En el siguiente escal3n estaban oficiales de menor rango, que reclutaban, adiestraban y comandaban de forma directa al resto de la tropa. El mejor ejemplo que podemos utilizar para ilustrar este sector es el de Jos3 Enrique de la Pe3a, autor del testimonio quiz3 m3s completo y exhaustivo sobre la campana de Texas. Como los otros miembros de su clase, sus tareas principales en el ej3rcito ten3an que ver con el mando inmediato de la tropa, principalmente mediante medios coercitivos. El teniente J. E. de la Pe3a se encarg3, por ejemplo, de vigilar a los reclutas y perseguir y capturar desertores durante la marcha a Texas, llevar a cabo las ordenes de marcha de los mandos y procurar el transporte de los suministros. Eran, por lo tanto, parte integral del ej3rcito. Los m3todos coercitivos que sol3an emplear seguramente provocaban roces con la tropa. El caso del S3nchez Navarro muestra como esta clase guardaba a su vez resentimientos frente a los altos mandos:<sup>100</sup>

Su excelent3simo se3or general, segundo jefe del Ej3rcito, Vicente Filisola, nos ha consolado y si estuviera en su mano remediar3 nuestra hambre desnudez y miseria. Los mismos sentimientos nos manifiestan muchos dignos jefes y oficiales; pero en lo general nos desprecian. Y parece que en lo particular s3lo

---

<sup>98</sup> Josefina Z. V3zquez, “Soldados alemanes en las huestes santanistas”, *Anuario de Historia de Am3rica Latina*, 25 (1964), pp. 422-429; *Verdadera idea de la primera campana de Tejas y sucesos ocurridos despu3 San Jacinto* por R. Mart3nez Caro, p. 48.

<sup>99</sup> *Loc. Cit.*

<sup>100</sup> P. Guardino, *op. cit.*, p. 51.

alternan con nosotros por el gusto que tienen en que veamos sus lustrosos vestidos, brillantes armas, gordos caballos y bonitos equipajes.<sup>101</sup>

Podemos imaginar que este tipo de discordia era común dentro de las fuerzas armadas. Esta situación era en buena medida lo que las élites designaban como “desmoralización”. El grueso de los mexicanos no tenía el sentimiento patriótico y cívico que esperaban sus líderes. A pesar de que a nuestros ojos es evidente que un grupo de soldados reclutados a la fuerza poco interés iba a tener por la causa y mucho por desertar, los oficiales de la época confrontaban la cuestión como si se tratara de un problema moral. Hacía falta, se decía, hacer un buen convencimiento de las tropas.<sup>102</sup> Pero en la práctica la única manera de “motivar” a los reclutas eran las prácticas coercitivas que discutimos en las secciones anteriores y el primer capítulo.

Como los estados de la fuerza eran inexactos, especialmente tras salida de Coahuila, no se puede conocer el número preciso de los que entraron a Texas con el EOT. Tomando en cuenta todas sus divisiones, tenía entre 6,000 y 6,500. Para la caballería se juntaron apenas alrededor de mil caballos, tomando en cuenta a los presídiales.<sup>103</sup> El grueso de la tropa estaba compuesta por dos tipos de soldados: los veteranos y los reclutas o reemplazos. De acuerdo con las estimaciones de Santa Anna, eran mitad y mitad.<sup>104</sup> Muchos de los primeros formaron parte del ejército de Santa Anna desde la campaña de Zacatecas, de unos meses antes. Los segundos, como se puede deducir con lo tratado del reclutamiento, podían provenir de cualquier parte de los sectores populares, y eran involuntariamente transportados al campo de batalla, comúnmente mediante la cadena o cuerda. Como ya se trató, la mayoría de los conscriptos provenían de San Luis Potosí. Muchos iban “desnudos” y hasta descalzos. A partir de los testimonios de ambos lados podemos imaginar que una buena parte de este ejército no era más que un grupo de personas harapientas que nunca tuvieron la oportunidad siquiera de aprender a usar el mosquete. Y no sólo hombres, puesto que el ejército era una suerte de caravana conformada por una multitud de diversos actores, que prácticamente cubrían todos los espectros de la sociedad

---

<sup>101</sup> *La Guerra de Tejas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 126.

<sup>102</sup> Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios*, México, COLMEX, 2014, pp. 52 s y 173 ss; Héctor Strobel del Moral, *op. cit.*, pp. 221 s.

<sup>103</sup> De acuerdo con de la Peña, el general Andrade concordó con estas cifras (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 33).

<sup>104</sup> *Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos del 10 de mayo de 1837*, p. 128 s.

mexicana: “Tres quintos o una mitad al menos del número de nuestros soldados eran de escuadrones de mujeres, arrieros, carreteros, muchachos y vivanderos; familia semejante a la langosta, que todo arrasa”.<sup>105</sup>

Las soldaderas y muchas familias de los soldados siempre acompañaban a los ejércitos mexicanos de la época.<sup>106</sup> Sobre la que acompañó al EOT, la mayor parte de las fuentes sugieren que no llegaron mucho más allá del río Bravo. Quizá sí se redujo de tamaño, pero según el teniente Peña, una parte se adentró hasta San Felipe y no se detuvo hasta el río Colorado. Entonces ya era muy complicado cruzar el río porque había comenzado la época de lluvias. Sin embargo, esto fue muy poco antes de que Santa Anna sufriera su estrepitosa derrota en San Jacinto. Las soldaderas, por lo tanto, acompañaron al cuerpo principal del EOT en gran parte de su campaña y probablemente desempeñaron muchas de las actividades esenciales para su supervivencia: “algunas veces cargaban la mochila, se apartaban del camino una o dos millas, en la fuerza del sol, para buscarles agua, les preparaban el alimento y se afanaban en construirles una barraca que los resguardase algo de la intemperie”.<sup>107</sup>

A pesar de las tareas esenciales que llevaban a cabo las soldaderas, la evidencia que tenemos sugiere que no tomaban parte activa en el campo de batalla. Como Ceja y Guardino apuntan, los roles de género eran un aspecto importante para las relaciones sociales dentro del ejército. La familia era una institución primordial en la sociedad de la época. Prueba de ello son las enormes distancias recorrían para acompañar a los soldados. Pero a su vez el campo de batalla era un lugar reservado a los hombres, que debían comprobar su masculinidad batiéndose con arrojo contra el enemigo. El teniente J. E. de la Peña da una idea sobre las controversias de la retirada:

No es posible, se decía, que nuestros generales consientan en su oprobio y en el de toda la Nación; que sacrifique con ligereza sus intereses; el general Urrea que ha dado pruebas de valor y patriotismo se opondrá, y bastará que él lo quiera para que sigamos; todos los que no quieran quedarán entre las mujeres y aparecerán tan débiles como ellas.<sup>108</sup>

---

<sup>105</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 35.

<sup>106</sup> P. Guardino, *op. cit.*, pp. 61-64; W. De Palo, *op. cit.*, p. 51.

<sup>107</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 207.

<sup>108</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 166.

Para la sociedad de la época, el rol de la mujer, incluso en el ejército, no era el campo de batalla. Debía conservarse como algo precioso pero débil cuyo honor había que proteger. En el EOT también se manifestó el lado más violento de las relaciones de género. El teniente J. E. Peña escribe con horror como un sargento de artillería sin escrúpulos mató a su mujer de una puñalada por una “bagatela” (una razón insignificante).<sup>109</sup>

Otro componente importante, pero hasta ahora invisible, fueron los arrieros y carreteros. Los miembros de esta suerte de gremio transportista de larga distancia, típico de la época novohispana y aún preponderantes en el periodo estudiado, solían consistir en recuas, a veces con un dueño, una asociación o un encargado, de tamaño variable y trabajadores de diverso estatus socioeconómico. Es difícil clasificar sus actividades de forma absoluta porque muchos fungían a la vez de transportistas, comerciantes y vivanderos en el ejército. En resumen, pueden definirse como “pequeños empresarios que viajaban con sus mulas, parientes que les ayudaban sin paga, empleados asalariados y esclavos”.<sup>110</sup>

¿Qué incentivo podían tener estos personajes para no abandonar al ejército si desde la salida de Saltillo se les había dejado de pagar? Esto se explica porque su negocio no sólo era recibir la paga por el transporte de parte del ejército. Muchos llevaron consigo víveres de reserva sabiendo muy bien que una vez campaña podrían venderlos a precios muy altos. Este comercio, aunque riesgoso, podía ser bastante lucrativo. Los diarios y testimonios de campaña están repletos de quejas por los precios abusivos en que muchos de estos arrieros empresarios vendían productos de primera necesidad. Un muy buen ejemplo de las actividades de los arrieros durante la campaña lo ejemplifica Antonio Tafallé, que parece haber contado con una recua numerosa. Sus arrieros salieron del contingente principal en busca de víveres para vender y recorrieron los márgenes del río brazos hasta la posición de Urrea. Ahí aprovecharon para cargar unas mulas con maíz y frijol para transportarlo de vuelta.<sup>111</sup> El mismo Tafallé fío 130 pesos, por medio del general Woll, a Juan Nepomuceno Almonte y el secretario Caro Martínez cuando estaban en

---

<sup>109</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 207.

<sup>110</sup> Bernd Hausberger, “En el camino. En busca de los arrieros novohispanos”, *HMEX*, 2014, núm. 1, pp. 65-104.

<sup>111</sup> *Diario de las operaciones militares de la división al mando del general José Urrea*, pp. 27 s; El mismo Antonio Tafallé tenía un dependiente apodado el “Curro” que viajaba junto al proveedor general Ricardo Dromundo (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 125).

cautiverio.<sup>112</sup> Podemos darnos una imagen somera del comercio en el ejército citando de nuevo al teniente Peña: “Un parían parecía hoy el campo del señor Urrea, y al nuestro se han venido a vender varias cosas, entre otras, esperma, azúcar muy blanca, chocolate amargo, puros a peso de cajón, cristal, sombreros finos, ropa hecha, etc”.<sup>113</sup>

Tras este breve repaso podemos imaginarnos el aspecto del ejército de forma más adecuada. En lugar de concebirlo como un grupo homogéneo de hombres uniformados, hay que visualizarlo como un mosaico de personajes de diverso origen y composición social. No debe sorprender que para cualquier espectador uno de sus campamentos se pudiera asemejar más a un mercado que a una barraca militar estereotípica. Era un ejército “muy sobrecargado de mujeres, niños, equipaje, parque y pesadísimas carretas”.<sup>114</sup>

Por último, no hay que olvidar a los presidiales, que ya se trataron en el capítulo anterior. Muchos de ellos fueron condenados al servicio en la frontera por delitos menores o deserción. Eran exploradores y guías muy hábiles, conocían el territorio, y sabían sobrevivir a pesar de su pobreza material. De acuerdo con el teniente Peña, aunque eran más pobres que el resto del ejército, estaban “menos desmoralizados”. Lamentablemente no se aprovechó su conocimiento del terreno y demás habilidades de supervivencia en tierras tejanas. En lugar de ello, el ejército confiscó sus caballos.<sup>115</sup> Por lo menos fueron muy útiles para el general Urrea como guías y para seguir los movimientos enemigos.

### *Las armas*

Como se trató en el primer capítulo, el armamento del ejército mexicano de la época era relativamente viejo y desgastado. El mosquete de ánima lisa y acción de chispa era su arma principal. Muchos eran viejos vestigios ingleses de las guerras napoleónicas, ya que la fábrica de pertrechos colonial quedó en desuso. La infantería del EOT estaba equipada con “fusiles ingleses con bayonetas, baquetas y llaves”, los cartuchos de fusil respectivos y pedernales de repuesto. Los de artillería y caballería llevaban sables con vainas de acero, tercerolas y carabinas (fusiles

---

<sup>112</sup> *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto* por R. Martínez Caro, p. 53.

<sup>113</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 149.

<sup>114</sup> *La Guerra de Tejas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 137.

<sup>115</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 33.

recortados) inglesas y el respectivo parque. El mosquete era conocido como “la morena” y tenía un alcance efectivo de entre 75 y 85 metros.<sup>116</sup>

Como su manufactura era relativamente simple y barata, y el arma resistente y confiable, era adecuada para el ejército. El ánima lisa lo hacía más barato de producir y rápido de recargar, pero limitaba la precisión y el alcance de forma significativa. No estaba pensada para apuntar a un objetivo individual, sino como parte de una descarga masiva y simultánea desde una formación de línea a corta distancia. Para ser efectivos debía de dispararse a menos de 75 metros, o cuando se distinguiera lo blanco del ojo de los enemigos. El mosquete de llave de chispa sería el arma preeminente hasta la adopción de la percusión y el uso más extensivo del rifle (ánima rayada), consolidadas en los arsenales europeos a partir de 1830.<sup>117</sup>

En la práctica su uso no era para nada sencillo. El proceso de carga era laborioso y requería de entrenamiento para realizarse lo más rápido posible. Primero había que colocar el mosquete en posición horizontal y descubrir la cazoleta de la llave de chispa levantando el rastrillo. Tras ello tomar un cartucho, que contenía la pólvora (alrededor de 15 gramos) y la bala esférica de plomo (calibre 17.5 mm) envueltos en una bolsa cilíndrica de papel. Luego morder la tapa del cartucho y guardar la bala en la boca, mientras se vertía una pisca de la pólvora en la cazoleta. Después de bajar el rastrillo, se colocaba al mosquete en posición vertical con la boca del fúsil hacia arriba y se metía el resto de la pólvora. Entonces se escupía la bala junto con la tapa de papel dentro del cañón y se empujaba hasta el fondo con la baqueta, retirándola lo más rápido posible. Se colocaba la baqueta en boquetero para no extraviarla y, por último, se jalaba el martillo o pie de gato hacia atrás. Cuando finalmente se accionaba el gatillo, el martillo caía con su pedernal sobre el rastrillo y el roce producía una chispa que prendía la pólvora colocada dentro de la cazoleta. Esto prendía a su vez la pólvora de la cámara del cañón por un pequeño orificio llamado oído que lo conectaba a la cazoleta. El disparo que resultaba no era instantáneo.

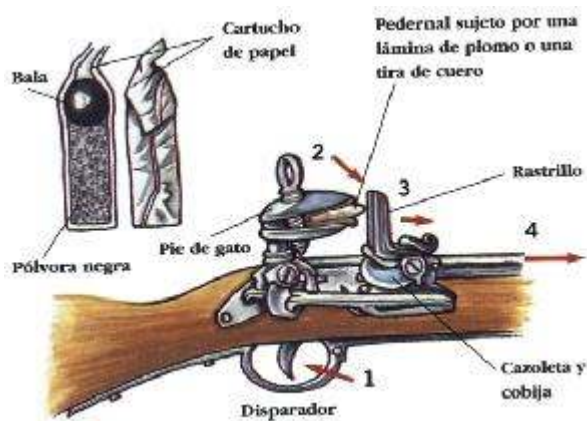
---

<sup>116</sup> *El Soldado Mexicano 1837-1847: organización, vestuario, equipo y reglamentos militares. Recopilación de fuentes originales*, México, Nieto/Brown/Hefter, 1958, pp. 5-9; W. De Palo, *op. cit.*, p. 50.

<sup>117</sup> De 1400 a 1800 hubo pocas modificaciones en la construcción de los mosquetes. Los principales avances ocurrieron en los mecanismos para prender la pólvora dentro del fúsil, de un hierro ardiente a una mecha. Entre 1620-1635 se inventó la llave de chispa y se volvió la tecnología prominente para las armas (Ian V. Hogg, *The Complete Illustrated Encyclopedia of the World's Firearms*, Nueva York, A & W Publishers, 1978, pp. 1-24).

Había que esperar unos momentos a que la pólvora prendida por la chispa en la cazoleta llegara hasta la cámara.<sup>118</sup>

Ilustración 3.1. *Componentes del mosquete*



Fuente: Fernando Quesada Sanz, “El Mosquete de Chispa, una escopeta de feria”,  
[http://www.granaderos.com.ar/articulos/art\\_mosq.htm](http://www.granaderos.com.ar/articulos/art_mosq.htm)

El laborioso proceso de recarga no era su único inconveniente. Había que proteger a toda costa la pólvora del agua y los cartuchos de papel eran propensos a absorber la humedad. Además, requerían de mantenimiento y limpieza regular. Había que reemplazar el pedernal cuando se desgastaba con el uso, y limpiar las sobras de la combustión para que no se obstruyera el oído. El cañón también podía obstruirse con el uso, reduciendo la potencia palatinamente. Era relativamente común que fallara de vez en cuando en combates prolongados y tiempos húmedos o lluviosos. Un mosquete desgastado podía fallar uno de cada cuatro tiros o más. El retroceso que generaba al disparar era fuerte y podía llegar a dislocar el hombro si no se agarraba correctamente. Además, la pólvora negra que se utilizaba generaba nubes de humo, por lo que tras la primera descarga la visibilidad de los tiradores empeoraba.

Tomar un mosquete por primera vez y aprenderlo a usar no era una cuestión sencilla ni natural. No se trataba de una lanza o una espada, que al menos podían blandirse sin experiencia. Un soldado británico entrenado podía realizar cuatro tiros por minuto. Podemos imaginar que

---

<sup>118</sup> Fundación Legado de las Cortes, “El fusil de avancarga”, <https://fundacionlegadodelascortes.wordpress.com/2017/07/16/el-fusil-de-avancarga/>, consultado el 22 de octubre de 2019.



muchos de los reclutas mexicanos que iban a cuerda en el ejército apenas tuvieron oportunidad de tomar un mosquete antes de la batalla. Santa Anna dio prioridad a la premura de la marcha y desatendió el adiestramiento de los conscriptos. Sólo la división de Urrea aprovechó unos días de calma para entrenar a los reclutas.<sup>119</sup> No es descabellado pensar que muchos soldados de leva con suerte pudieran realizar más de un tiro en combate. Ello podría explicar la aparente inocuidad de los ataques mexicanos en varios lapsos durante la guerra de Texas.<sup>120</sup> El efecto de disparo simultáneo en masa perdía poder si sólo la mitad de la tropa estaba instruida en el uso del mosquete. Las cargas en columna que se ocupaban solucionaban en parte está problemática al concentrar el rango de disparo de la descarga. Pero quizá con el precio de perder cobertura y exponer a los oficiales y veteranos.

Por lo general los rebeldes tuvieron la precaución de no quedar al descubierto frente a estas cargas del ejército mexicano. Su táctica consistió en ponerse a cubierto, bajo los muros de un antiguo presidio o algún bosque y aprovechar el alcance y puntería de su arma preferida: el rifle Kentucky. Esta utilizaba el mismo mecanismo de chispa para disparar, pero a diferencia del mosquete tenía rayada el ánima y un cañón más largo. Como la bala rota bajo su propio eje al disparar, sale con mayor rapidez, alcance y precisión. El rifle Kentucky utilizado por los rebeldes llegó a Estados Unidos en los primeros años del siglo dieciocho con la inmigración de armeros suizos, alemanes y bohemios que producían rifles de caza. Para el siglo XIX ya los producían en masa y era el arma preferida de los “aventureros” norteamericanos. Un buen riflero podía alcanzar a un enemigo en la cabeza desde casi 180 metros de distancia.<sup>121</sup>

Su desventaja, además de ser más caro, era una recarga aún más laboriosa. Como el mosquete, era un arma de avancarga,<sup>122</sup> sólo que por la tensión generada por las muecas del

---

<sup>119</sup> *Diario de las operaciones militares de la división al mando del general José Urrea*, p. 21.

<sup>120</sup> Por ejemplo: “Para sostener el puesto que se me había confiado pusieron a mi disposición cosa de diez buenos infantes de Morelos, y ochenta reemplazos de los que yo había conducido para el mismo, pero como los dichos no sabían ni aún cargar, no hicieron más que aumentar la confusión” (*La Guerra de Tejas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 100).

<sup>121</sup> La mayoría de los armeros de rifles largos estaban en Pennsylvania, pero se popularizó el nombre de rifle Kentucky con las baladas sobre la guerra de 1812 y los hombres de la montaña de Kentucky dirigidos por Andrew Jackson (Ian V. Hogg, *op. cit.*, pp. 44 s).

<sup>122</sup> Las armas de avancarga son aquellas cuyo proyectil y propelente son cargados por la boca del cañón y empujados por una baqueta hasta al fondo. La retrocarga tardó varias décadas más en consolidarse, hasta que los cartuchos y las municiones comenzaron a ganar sofisticación en la segunda parte del siglo

cañón costaba más trabajo y tiempo forzar la bala al fondo. Para facilitar el proceso era común envolver la bala con un pedazo de papel engrasado y golpearla con un pequeño martillo. A diferencia del mosquete, no se utilizaba con cartuchos de papel prefabricados, sino que la pólvora y las balas se llevaban en contenedores separados. Si un soldado bien entrenado podía cargar su mosquete en 15 segundos, con el rifle lograba dos por minuto. Por ello muchos rebeldes llevaban dos o más para tener tiros de reserva.<sup>123</sup>

Por último, hay que hablar de la artillería del EOT, que consistió en veintiún cañones: dos de calibre de 12 libras, cuatro de 8, cuatro de 6, siete de 4 y cuatro obuses tipo howitzer. Se fabricaban con bronce o hierro, y funcionaban con los mismos principios que los mosquetes, pero en grandes dimensiones. Los que usaba el ejército mexicano del periodo seguían siendo de ánima lisa. Para su transporte se montaban en cureñas (carros de cañón de madera), que se jalaban con animales de tiro. Obviamente entre más grandes más lento era su transporte. Para un cañón grande de 12 libras, por ejemplo, se requerían hasta quince caballos para transportarlo eficientemente. También se podían usar bueyes, pero iban más lento.<sup>124</sup>

Tampoco era sencillo utilizarlos: la artillería, como el cuerpo de ingenieros, era una rama técnica el ejército que requería de experiencia, organización y destreza. Para cada pieza se podían llegar a emplear hasta cinco personas, cada una con una función especial. Además de realizar el proceso de recarga, había que limpiar y apuntar. Por ello cada ejército solía contar con un manual de uso y una escuela de artillería. Un personal entrenado y experimentado podía cargar y disparar una pieza de artillería ocho veces por minuto y nueve si se omitía la limpieza con la esponja. Pero si se quería apuntar en cada tiro, la frecuencia disminuía a entre dos y tres tiros por minuto porque había que reacomodar el cañón, que retrocedía alrededor de un metro tras cada disparo.<sup>125</sup>

---

XIX. La invención bala Minié en 1846 por un oficial del ejército francés del mismo nombre facilitó el proceso de la avancarga poniendo una base hueca de cobre a una bala puntiaguda. Hasta entonces el rifle ganó preeminencia sobre el mosquete (*Ibid.*, pp. 34-37).

<sup>123</sup> “Cada uno de sus soldados tenía cargados tres o cuatro fúsiles y rifles de que disponer en los momentos más críticos” (*Diario de las operaciones militares de la división al mando del general José Urrea*, pp. 14 s).

<sup>124</sup> Los obuses o howitzers tenían el cañón más corto y la trayectoria de su disparo tenía una parábola más marcada, para alcanzar objetivos ocultos detrás de algún obstáculo. Véase Jeff Kinard, *Artillery. An Illustrate History of its Impact*, Santa Barbara, ABC-CLIO, 2007, pp. 105-113.

<sup>125</sup> *Ibid.*, pp. 128-132.

El papel de la artillería en la campaña fue por lo general tímido. Y quizá fue más significativa para los rebeldes, que contaban con cañones norteamericanos más modernos en el Álamo y en el grupo de Fanning. Cuando Urrea interceptó al último en un llano cerca de Goliad, los rebeldes pudieron repeler por un día las cargas en columna de los mexicanos por su artillería.<sup>126</sup> Los cañones de los defensores durante el sitio de El Álamo, junto con los rifles, provocaron alrededor de 400 muertos y heridos en el primer ataque mexicano. En cuanto a los cañones mexicanos, sólo habían llegado dos (uno de seis y otro de ocho libras) y uno de los obuses, cuyos disparos, según los testimonios, no surtieron mucho efecto. La antigua misión de el Álamo, más que una fortaleza, era como uno de los asentamientos fronterizos descritos en el capítulo anterior y tenía varios puntos débiles. No es impertinente asumir que la artillería bien empleada podía abrir un boquete con fuego concentrado. Parece ser que los generales querían esperar la llegada del resto de la artillería, pero Santa Anna había perdido la paciencia y ordenó el ataque.<sup>127</sup> Otra ocasión en que la artillería brilló, otra vez por su inoperancia, fue en el encuentro de un *steamboat* en río Brazos. Los mexicanos no encontraron forma de hacerle daño. Intentaron dispararle con artillería, pero los cañones no lograron atinarle.<sup>128</sup>

Tomando en cuenta lo complicado que fue su transporte hasta y por Texas, fue quizá una pérdida innecesaria de tiempo y recursos. Además de que el ejército tenía pocos hombres capaces de emplearla efectivamente, tenía mal tiro para llevarla en un terreno complicado. Por eso se rezagó constantemente. Cuando comenzó la temporada de lluvias y los cauces de los ríos crecieron la situación empeoró, y apenas pudo participar en la contienda. Cuando Santa Anna,

---

<sup>126</sup> Las fuerzas de Fanning se parapetaron poniendo sus carros y carruajes en un cuadro y su artillería en los ángulos. Las cargas mandadas por Urrea eran destrozadas por los flancos con el fuego de los cañones. Urrea optó por rodear al enemigo para prevenirle la fuga hasta que al día siguiente llegó la artillería mexicana que los motivó a rendirse a discreción (*Diario de las operaciones militares de la división al mando del general José Urrea*, pp. 14-17).

<sup>127</sup> El primer ataque mexicano inició a las cinco en punto de la mañana y consistió en cuatro columnas, una por cada costado del Álamo. Las fuentes difieren en cuanto a la cantidad de muertos y heridos, pero se puede estimar que fueron en total 400. Como el servicio médico sólo existió en el papel, probablemente muchos murieron por sus heridas, aunque no fueran graves (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, pp. 53-82; *La Guerra de Tejas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, pp. 145-153 ss; *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto por R. Martínez Caro*, p. 8 ss).

<sup>128</sup> “Un cañonazo de ocho que se disparó sirvió sólo para avisar que teníamos artillería, pues no se hizo a calculo [...] No pudieron hacerle ningún daño a pesar de que se prepararon para ello” (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, pp. 130 s).

sabedor de que el tiempo se agotaba, salió en persecución del último grupo rebelde, sólo llevaba un cañón en San Jacinto. Al final de cuentas, los cañones, que fueron un suplicio para transportar, terminaron hundidos en el lodo y abandonados por el ejército durante su retirada.

Como concluye De Palo, la interacción entre las fuerzas fue determinada en buena medida por sus armamentos. Los mexicanos, al mando de Urrea, consiguieron derrotar a varios grupos rebeldes, incluyendo al de Grant y Fannin, porque los enfrentaron en terreno abierto y llano. Pero bajo cobertura, como en el Álamo, los rifles provocaron bastantes muertos y heridos al ejército mexicano.<sup>129</sup> Además, las batallas cobraban las vidas de una cantidad desproporcionada de oficiales y veteranos mexicanos porque debían dirigir y liderar con el ejemplo a las columnas de ataque, lo que los ponía al alcance de los rifles. En algunas ocasiones hasta la caballería tuvo que desmontar para llevar a cabo la carga porque muchos soldados de infantería no sabía usar el mosquete y no conocían las órdenes.<sup>130</sup> Estos dos escenarios dominaron las batallas de la campaña.<sup>131</sup>

Como vimos en el capítulo anterior, conforme uno iba del sur al noreste de Texas, iba incrementando la proporción de los bosques. A partir de San Felipe ya había bastantes, y Sam Houston pudo usar uno de cobertura cuando se encontró al ejército mexicano en San Jacinto. Santa Anna sabía que tenía la ventaja táctica en el llano y en lugar de atacar a los rebeldes guarecidos en el bosque, decidió esperarlo.<sup>132</sup> Irónicamente, los mexicanos estaban tan

---

<sup>129</sup> En la batalla del Álamo murieron 11 oficiales y 19 fueron heridos (*La Guerra de Tejas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 153).

<sup>130</sup> Este fue el caso de los reclutas “bisoños” de Yucatán de la división de Urrea. “Su primer ímpetu se acabó y se detuvieron sobrecogidos sin que ningún esfuerzo bastase a hacerlos avanzar, pues que la mayoría de sus oficiales natos [...] desaparecieron en los momentos más críticos. Estos soldados con pocas excepciones no entendían el español” (*Diario de las operaciones militares de la división al mando del general José Urrea*, p. 11).

<sup>131</sup> W. De Palo, *op. cit.*, p. 53; Por ejemplo: “el enemigo se abrigaba en caminos cubiertos y casa; sólo las bocas de sus rifles descubrían por uso pequeños agujeros o troneras, desde a dónde el fortín llamado de Santa Anna, nos hirieron impunemente tres hombres” (*La Guerra de Tejas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 98).

<sup>132</sup> W. De Palo, *op. cit.*, pp. 52 s; “Quise atraerlo al terreno que más me convenía, y me retiré mil varas, sobre una loma que proporcionaba ventajosa posición, agua a la retaguardia, bosque espeso por la derecha asta a orilla de San Jacinto, llanura espaciosa por la izquierda, y despejado el frente” (*Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto por R. Martínez Caro*, p. 25).

desorganizados y despistados que Houston se dio cuenta de que podían sorprenderlos y mandó quemar el único puente que cruzaba el río sobre la retaguarda de Santa Anna.

### *La marcha*

Retomando el segundo capítulo, la distancia que había que recorrer desde San Luis Potosí hasta Saltillo, y de ahí al interior de Texas, era de más de 700 km. Se tomaba el viejo Camino Real de Tierra Adentro hasta Coahuila. De ahí había varias rutas que se podían tomar hacia Texas. La ruta más rápida desde Saltillo -donde se reunió el ejército en enero de 1836, con excepción de Urrea que tomó el camino “de abajo”- hasta Béjar era vía Laredo. Ese fue el camino que tomó la comitiva de Mier y Terán en 1829. Sin embargo, Santa Anna decidió tomar una desviación, vía Guerrero, también llamado presidio de río Grande, pasando primero por Monclova.

¿Por qué se decidió ir hasta Monclova en lugar de tomar el camino más directo? No tenemos ninguna respuesta clara de parte de Santa Anna. Quizás la explicación más convincente tenía que ver con los suministros y el mantenimiento del ejército. Aunque terminará recorriendo más distancia se podría hacer una parada de reabastecimiento en Monclova y los ranchos cercanos. Pero esta decisión, que no era nada fácil, es cuestionada por varios testimonios, como el de Filisola, el teniente J. E. de la Peña y Sánchez Navarro. Muchos opinaban que el objetivo principal de la campaña no debía ser Béjar sino los asentamientos cercanos a la costa, como Goliad y el Cópago. Pero para Santa Anna había que tomar la localidad con mayor número de habitantes mexicanos.<sup>133</sup>

¿Cómo fue la marcha? Las fuentes que la describen más a fondo son los diarios del teniente J. E. de la Peña y Sánchez Navarro. No hay que visualizarla como una columna regular de hombres marchando ordenadamente hacia su destino, como suelen mostrar en las películas. El 26 de enero comenzó su marcha hacia Monclova dividida en brigadas. Primero salió la de Ramírez y Sesma, un día después la de Gaona, y dos días después la de caballería. En Monclova, Santa Anna dejó el itinerario de cada brigada antes de adelantarse a encontrarse con Ramírez y

---

<sup>133</sup> “No sólo los militares eran de esta opinión, sino también todas las personas influyentes que conocían el país, siendo entre otros los gobernadores de Nuevo León, Coahuila y Texas[...] pero nada fue bastante para hacer desistir al general Santa Anna de marchar a Béjar” (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 31); “se hubiera formado a línea de campaña sobre Guerrero, Mier, Camargo, Reynosa y Matamoros, y enviar antes a ese puerto siquiera tres buques de guerra para auxiliar al ejército con víveres por el Cópago y Matagorda[...] pero dicen que vamos a Béjar...” *La Guerra de Tejas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 136.

Sesma. Ahí también limitó la ración a media galleta por soldado.<sup>134</sup> En su marcha, las brigadas se fragmentaron a su vez en batallones, que avanzaron de forma bastante desarticulada hasta Béjar junto a “multitud de cargas, mujeres y carretas[...] en una columna de legua y cuarto de extensión”.<sup>135</sup> Mientras unas se rezagaban y otras se perdían, apenas había comunicación con los que iban adelante o atrás. Algunos contingentes como el del teniente J. E. de la Peña, se extraviaron porque “el desorden con el que se avanzaba era inmenso; no se dejaban puestos militares ni se establecían puntos de contacto”.<sup>136</sup> Los suministros y la artillería también se rezagaban y obligaban a los oficiales a retroceder para recuperarlos.<sup>137</sup>

Este fue el tramo de mayor deserción. Como vimos en el capítulo anterior, en el imaginario popular de la época ya era la frontera de todo lo conocido. Más allá de Monclova empezaba un desierto extenso y llano, que tan sólo a la vista podía acongojar el corazón de hombres acostumbrados a vivir entre montañas. No sólo la tropa comenzó a escaparse cuando tuvo oportunidad, sino que los arrieros desaparecían en la noche. Por si no fuera poco, uno de estos días cayó una nevada que mermó y desmoralizó a los pequeños grupos que iban marchando de forma desarticulada hacía Texas. Para intentar frenar el desangre por las deserciones, Santa Anna mandó a las autoridades de las ciudades de la región, como Monclova, a que estuviesen vigilantes para capturar y reprender a los desertores. Como también ordenó fusilarlos, al llevar “muchos hombres por la fuerza, se reportó por bárbara e injusta [la disposición]”.<sup>138</sup>

Se puede asumir que el problema de la deserción disminuía una vez que se cruzaba el río Bravo y se adentraba en el territorio de Texas. A partir del río Frío mejoraba el clima considerablemente y había más recursos. Ya había pastizales para la caballada, mulas y bueyes, mucha fauna silvestre y ganado que se podía atrapar, y fuentes de agua fresca. Además, podemos hipotetizar que la deserción se hacía menos probable porque pocos se atreverían a regresar y cruzar el desierto por su propia cuenta. Quizá por eso el ejército no se desbandó en Texas,

---

<sup>134</sup> *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto* por R. Martínez Caro, p. 5.

<sup>135</sup> *La Guerra de Tejas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 146.

<sup>136</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 120.

<sup>137</sup> *La Guerra de Tejas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 95 y 149.

<sup>138</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 18.

aunque hubiese oportunidades de sobra para escapar con lo relajado y despistado de las guarniciones y vigías de los campamentos mexicanos.

Pero antes hubo que marchar sin descanso alrededor de dos semanas hasta el río Bravo y luego otras dos hasta Béjar. Aunque en teoría cada brigada llevaba un mes de suministros y había por lo menos media ración de galleta, según las fuentes los ranchos de los Sánchez Navarro fueron vitales para que el ejército lograra cruzar este terreno. Aún así fue común pasar varios días sin comer y ni tomar agua. Además, muchos de los “infelices reclutas que iban en la cuerda, la mayor parte de ellos, sino todos, desnudos” tuvieron que cruzar la región en pleno invierno. El desierto cobró varias víctimas, que quedaron regadas por el camino. Los carros y cureñas de la artillería que iban rezagándose “tenían que conducir los muchos enfermos que había, y en más de una ocasión [R. Martínez Caro y Pedro Ampudia] tuvimos que hacer entrar en dichos carros (a pesar de estar llenos), a algunos desgraciados que encontramos en el camino, casi espirando”.<sup>139</sup> Sánchez Navarro resume de buena manera la experiencia del recorrido:

Al ver que la infantería ya no podía dar un paso ni así moverse de cansancio, y porque en los zacatales y fangales habían tirado los zapatos y huaraches, porque no había comido casi en veinticuatro horas, porque era continua la lluvia, no había quedado en la infantería ni una arena de qué disponer, y porque el frío, que se hacía más terrible desde que pasamos los campos incendiados [por la tierra quemada de los rebeldes] atormentaba a los infantes en su mayoría desnudos, me hizo patentizar todo al señor coronel y su señoría me contestó: “A Béjar hemos de ir a dar como fuere”.<sup>140</sup>

La cantidad de recursos a la mano también variaba según la posición que tenía cada quién entre la vanguardia y la retaguardia. Los que iban hasta delante podían explotar a gusto los recursos que iban encontrando, mientras los que les sucedían ya se encontraban con los resultados del saqueo de los primeros. Peña y Sánchez Navarro se quejan de que cuando llegaban a poblados donde ya había pasado la vanguardia de Ramírez y Sesma se les trataba como enemigos, y muchas veces ya se habían consumido los recursos que había.<sup>141</sup> Quizá por ello, Santa Anna y su estado

---

<sup>139</sup> *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto* por R. Martínez Caro, pp. 6 s.

<sup>140</sup> *La Guerra de Tejas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 95.

<sup>141</sup> “El general Ramírez y Sesma nos había precedido en la nuestra, había permitido muchas violencias y cometiéndolas él mismo había dejado funestas memorias, y memorias muy frescas. A nuestro paso no se oían sino quejas muy amargas contra este jefe y se nos miraba como a enemigos” (*La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 35); “Cuando nosotros llegamos a González hacía algunos días que

mayor se adelantaron, primero a Béjar y luego a Gonzales y San Felipe. Tras llegar a su destino solían mandar contramarchar a un mensajero para buscar alguno de los contingentes, casi siempre compañías de preferencia, para que los reforzara a marchas forzadas.<sup>142</sup>

Tras la paulatina llegada a Béjar y el sitio al Álamo, la marcha que siguió por el interior de Texas presentó otro tipo de obstáculos. La mayor parte de la caballería se quedó en Béjar bajo las órdenes de Andrade, junto con alrededor de 300 heridos, porque la mayor parte de sus caballos “iban tan malos [...] que no podían prestar ninguna clase de servicio”.<sup>143</sup> El resto de las brigadas marcharon hacia San Felipe, la del general Gaona por el camino de “arriba” en dirección a Nacogdoches, la de Urrea por el de “abajo” hacía Goliad y Brazoria, y el resto por en medio hacía San Felipe, vía Gonzales. A partir de entonces su complicación principal ya no fue tanto los víveres, sino el cruce de los incontables ríos que atravesaban su camino.

¿Cómo se atravesaron? De varias formas. Algunas veces el paso normal del camino aún estaba suficientemente bajo como para cruzarlo. Pero desde abril comenzaron las lluvias, y para cruzar los ríos ya crecidos había que ser ingeniosos. Algunas veces encontraron pequeñas balsas o chalanas más grandes en las orillas, que probablemente utilizaban los locales. Entonces cruzaban poco a poco toda la tropa y sus pertrechos. Este proceso solía tardar más de dos días, y algunas veces hasta cinco o seis. Lo más complicado fue, obviamente, cruzar con caballos, mulas, bueyes, carros de suministros y artillería. En ocasiones no hubo ningún medio de transporte disponible, por lo que el cuerpo de zapadores tenía que ingeniarse una balsa y una cuerda atada a los árboles en los extremos opuestos.<sup>144</sup>

Para cruzar el río Brazos, la vanguardia al mando de Sant Anna aprovechó un tronco que “al arrancarse, quiso la casualidad que cayera de modo que formaba un acomodado puente”. Las

---

habían pasado los generales Ramírez y Sesma y Tolsa, y por consiguiente las fuerzas de su mando habían consumido y llevado consigo cuanto pudieron” (*Ibid*, p. 124); “la brigada del señor Sesma, aunque sobrada de todo hasta dinero, se llevó los pocos auxiliares que pudo dar este pueblo” (*La Guerra de Tejas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 127).

<sup>142</sup> *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto* por R. Martínez Caro, p. 8.

<sup>143</sup> *La Guerra de Tejas, memorias de José Juan Sánchez Navarro*, p. 140.

<sup>144</sup> Véase *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, pp. 123 ss; “La creciente y sus corrientes se aumentaron en estos días por el caudal de agua que recibían y fue necesario construir balsas y vencer muchas dificultades para pasarlo, pues los que han visto saben que es ancho [el río Colorado], profundo y no muy fácil practicar aquella operación con la presteza que exigen los movimientos militares y aconseja el arte” (*Diario de las operaciones militares de la división al mando del general José Urrea*, pp. 24 s).



municiones de llevaron en hombros y los equipajes, víveres cruzaron sobre el lomo de las mulas. Como en una parte había un banco de arena y el agua le llegaba arriba del tercio a las mulas, se hizo un “mazacote infernal”, junto a la caballería que cruzó al mismo tiempo. Dos mulas se ahogaron, varios equipajes se perdieron, y algunos oficiales y dragones quedaron empapados. Más adelante, cuando iban de Harrisburg hacía New Washington, el general Castrillón y una compañía de infantería tuvieron que “descabezar el bayuco a más de tres leguas con el cañón”.<sup>145</sup>

El 15 de abril ocurrió un evento curioso “que ni remotamente se esperaba” entre las filas del ejército: el avistamiento de un barco de vapor enemigo sobre el río Brazos. Hubo gran revuelo, sorpresa y confusión entre los soldados mexicanos tras la vista de “una máquina tan desconocida como inesperada para ellos”. Nadie supo que hacer para interceptarlo, frenarlo o abordarlo. Se mandaron unos soldados a una parte despegada del río, pero “era lo mismo que correr tras un pájaro”. Como ya se mencionó, la artillería al mando de la brigada de Filisola disparó una pieza de ocho libras que no dio en el blanco.<sup>146</sup> El *steamboat* era probablemente el *Yellow-stone*, que trajo suministros y con el que Houston cruzó el río Brazos.<sup>147</sup> Los rebeldes aprovecharon el control del transporte fluvial para suministrarse y moverse. En cambio, la línea de suministros mexicana estaba cortada por ríos cada vez más caudalosos.

En marzo, ya en plena temporada de lluvias, los caminos se hacían “intransitables y la marcha bromosa”.<sup>148</sup> Cualquiera que haya caminado alguna vez por un terreno lodoso o pantanoso puede imaginarse el suplicio que debió ser cruzar esos terrenos. Y como con los suministros, la retaguardia tenía que marchar sobre el terreno ya aún más magullado y revuelto por sus compañeros de enfrente. Estas marchas no sólo eran lentas y cansadas, sino que provocaban atolladeros enormes para los carros, las bestias y más que nada, las piezas de artillería.

---

<sup>145</sup> “Relación o diario del coronel Pedro Delgado”, en Vicente Filisola, *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México, 1849, t. 1, pp. 82 s y 85.

<sup>146</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 129-131.

<sup>147</sup> James W. Washington, “An account of the battle of San Jacinto”, *The Quarterly of the Texas State Historical Association*, 6 (1902), p. 140.

<sup>148</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 17.

### *La sangre*

A pesar de las complicaciones, no es una exageración que cualquier observador que haya seguido la campaña hasta San Felipe hubiera apostado sin demasiado riesgo en la victoria mexicana en el corto plazo. Para ese momento los rebeldes no sobrepasaban los 800 hombres, estaban desmoralizados y sin demasiados recursos. El ejército mexicano era superior en número y los tenía acorralados. Por eso muchos colonos ya estaba en Galveston para embarcarse de vuelta a Estados Unidos.

El 14 de abril Santa Anna cruzó el río Brazos, a donde planeaba volver en tres días, con alrededor de 800 soldados, y todo parecía estar abandonado a su paso. El tiempo se acababa porque los ríos se volvían cada vez sería más caudalosos. Según sus memorias, Santa Anna se precipitó sobre el gobierno provisional de los rebeldes y sus últimas fuerzas tras descubrir que estaba en Harrisburg para conseguir la victoria antes de las aguas.<sup>149</sup> Los dragones, al mando del general Castrillón, llegaron a las once de la noche, y estuvieron cerca de dar con David Burnet y Lorenzo Zavala, presidente y vicepresidente de los levantados, pero lograron escapar en la mañana en un barco de vapor.<sup>150</sup>

El 16 esperaron en Harrisburg a los rezagados, extraviados, y los “que quedaron regados en el camino”. Tras saquear unas habitaciones que estaban del lado opuesto del río, a las cinco de la tarde encontraron una partida de americanos acampando bajo el bosque, y hubo una escaramuza.<sup>151</sup> Almonte, mientras tanto, salió con la caballería hacia New Washington. El siguiente día, después de prender fuego a Harrisburg, salió Santa Anna con el resto de la división a la misma dirección. Tras recibir el reporte de Almonte, Santa Anna mandó las órdenes a Filisola, que estaba en San Felipe, para que lo reforzara con compañías de preferencia. Los rebeldes interceptaron la respuesta del segundo al mando, con lo que pudieron discernir con

---

<sup>149</sup> *Santa Anna, Memoria militar y política*, pp. 18 s.

<sup>150</sup> “President Burnet, who was here [Harrisburg] at the time had barely an opportunity to make his escape in a small boat from a number of Dragoons who pushed on in advance of the main body of the army [...][It was here, while New Washington [Harrisburg] was set in flames, that the Mexican heard for the first time that the army of Texas was upon his trial” (*Texas in 1837, an anonymous contemporary narrative* pp. 15 s); “Relación o diario del coronel Pedro Delgado”, en Vicente Filisola, *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México, 1849, t. 1, p. 84.

<sup>151</sup> “Relación o diario del coronel Pedro Delgado”, en Vicente Filisola, *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México, 1849, t. 1, pp. 83-85.

certeza su posición y el estado de su fuerza.<sup>152</sup> En cambio, Santa Anna se había percatado de que había un grupo de rebeldes en sus proximidades, pero no sabía con exactitud cuántos eran ni dónde estaban. Y todos los pueblos y habitaciones que se había encontrado estaban abandonadas.

La noche del 17 cayó un aguacerazo, y Santa Anna se quedó varado en el camino a New Washington. Al día siguiente llegó a las 12 de la mañana. Tras ello, se “surtió a la tropa de harina, jabón, tabaco y de otra porción de víveres que ahí se encontraron”, y mandó a los dragones a conducir reces para la ropa, “habiendo conseguido traer a poco tiempo más de 100 cabezas, del mucho que abunda en aquel país”. En la tarde Castrillón los alcanzó con el cañón.<sup>153</sup> El 19 de abril, Santa Anna mandó al capitán Barragán con los dragones a observar los movimientos de Houston. El siguiente día, a las ocho de la mañana, después de que se prepara la marcha e incendiara New Washington, llegó Barragán reportando que Houston estaba en la retaguardia y había capturado a los rezagados. Santa Anna dirigió al ejército en busca del enemigo, con unas guerrillas de avanzada por ambos flancos, ordenando que la tropa botara su equipaje en el suelo para marchar presurosamente. Aproximadamente a las dos de la tarde encontraron a Houston en la orilla de un bosque, donde ocultaba su fuerza, y hubo más escaramuzas. Santa Anna seguía sin conocer la localización y el tamaño de las fuerzas ocultas en el bosque y no pudo conseguir la batalla decisiva que buscaba. Aquel día dejó a la compañía de Toluca a tiroteando cerca de la orilla del bosque, y el cañón se situó, al mando de Pedro Delgado, en una lomita cercana para hacerles fuego. Las mulas que llevaban dicho cañón tuvieron que regresar por los equipajes que se habían regado en el suelo, por lo que Delgado a su vez tuvo que botar el parque del cañón al piso y se quedó con sólo dos mulas para moverlo. Santa Anna acampó a una milla de distancia de dónde estaba el cañón, y ordenó al regimiento de Toluca y a Delgado que se replegaran, lo que se verificó con dificultad tras más escaramuzas, y lograron incorporarse a las cinco y media de la tarde.<sup>154</sup>

---

<sup>152</sup> Véase *Santa Anna, Memoria militar y política y Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos del 10 de mayo de 1837*; “

<sup>153</sup> “Relación o diario del coronel Pedro Delgado”, en Vicente Filisola, *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México, 1849, t. 1, p. 85.

<sup>154</sup> “Relación o diario del coronel Pedro Delgado”, en Vicente Filisola, *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México, 1849, t. 1, p. 86; James W. Washington, “An account of the battle of

Santa Anna, sabedor de contar con la ventaja en el campo abierto de la pradera, se dispuso a esperar al enemigo. Para ello, la madrugada del 21 mandó parapetar el frente con el cañón con aparejos de mulas, las provisiones y los equipajes y la derecha con “un débil e inservible parapeto de ramajes”. La línea se componía de pabellones de armas, y cajones de munición acomodados uno sobre otro, con aproximadamente un metro y medio de altura.<sup>155</sup> Después de la persecución que inició el 20, la avanzada del EOT no había tenido tiempo de descansar. A las nueve de la mañana del 21 llegaron los refuerzos de Cos, con entre 400 y 500 hombres. Según Santa Anna, en lugar de traer compañías de preferencia llevaba puros reclutas bisoños, aunque es posible que sea una exageración para maquillar su derrota.<sup>156</sup> Cómo estos venían de marchas forzadas y no habían dormido en todo el día anterior, se les permitió “dormir a pierna suelta dentro del bosque inmediato”.<sup>157</sup> Santa Anna también decidió darse el lujo de tomar una siesta de unas horas, quizá para estar bien dispuesto en la batalla que se avecinaba y dejó al general Castrillón cargo de la guarnición.

Mientras Santa Anna y buena parte del estado mayor dormía, mucha tropa también dormía, otros, comían, otros andaban buscando ramas para sus barracas y la caballería fue a dar agua a los caballos. Tras tantos días de marcha, quizá buena parte del ejército sucumbió frente al sueño, el cansancio y el hambre, y se ocupó en cumplir esas necesidades básicas, olvidando al enemigo oculto bajo el bosque.

Alrededor de las cuatro de la tarde, los texanos avanzaron sigilosamente hasta encontrarse a pocos metros del campamento mexicano. Atacaron en una formación de una línea prolongada de un sólo hombre de profundidad. En el centro llevaban dos cañones ligeros. La caballería estaba extendida sobre la izquierda del campamento mexicano, cortando su retirada a esa dirección. Comenzaron a disparar cuando estaban a 70 metros. El campamento mexicano

---

San Jacinto”, *The Quarterly of the Texas State Historical Association*, 6 (1902), p. 141; “The Battle of San Jacinto (Texas)”, *Annual Publication of the Historical Society of Southern California*, 7 (1907-1908), p. 194.

<sup>155</sup> “Relación o diario del coronel Pedro Delgado”, en Vicente Filisola, *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México, 1849, t. 1, p. 86; James W. Washington, “An account of the battle of San Jacinto”, *The Quarterly of the Texas State Historical Association*, 6 (1902), p. 144.

<sup>156</sup> Véase *Santa Anna, Memoria militar y política y Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos del 10 de mayo de 1837*.

<sup>157</sup> “Relación o diario del coronel Pedro Delgado”, en Vicente Filisola, *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México, 1849, t. 1, p. 90.

fue tomado totalmente desprevenido y reinó la confusión y el desorden. Algunos mexicanos se pusieron pecho tierra mientras disparaban el mosquete para protegerse de los riflazos texanos mientras Castrillon y otros oficiales intentaban formar a los hombres para montar la línea de defensa. Pero los esfuerzos de los oficiales por consolidar la línea se vieron rebasados por el pavor que había causado la sorpresa en la tropa mexicana. Muchos emprendieron inmediatamente la fuga hacia el bosque contiguo. La batalla se decidió en menos de 20 minutos. Pronto, los oficiales que intentaron movilizar a las tropas sucumbieron frente al ataque, como Castrillon, Bringas, Batres y Treviño.

Cuando Santa Anna despertó ya era muy tarde. Los soldados se desbandaron, tiraron los fúsiles y dieron la espalda al enemigo: “Los mexicanos tiraron sus armas cargadas, y buscaron seguridad en todas direcciones, mientras nuestra caballería e infantería los perseguía y remataba [...] el enemigo fue empujado y desbandado hasta que muchos fueron forzados al agua [...] corrieron hasta tenerla hasta sus cuellos y nuestros rifleros les disparaban en la cabeza”.<sup>158</sup> La masa primero escapó hacia al bosque en su retaguardia. Pero en el camino había un arroyo donde los hombres se amontonaron y atascaron, y quedaron expuestos a las armas texanas. Aquí fue dónde ocurrió la matanza más grande, tanto que los mexicanos y sus caballos formaban un puente a través del arroyo. Por lo menos la mitad de los mexicanos, más de 600, murieron. Los texanos sólo tuvieron veintitrés muertos y heridos. Los afortunados del lado mexicanos fueron capturados, como Almonte, que reunió a un grupo de alrededor de entre 300 y 400 hombres en un cuadro y levantó la bandera blanca. Otros supervivientes se escondieron en el pasto del pantano, y al siguiente día los texanos los capturaron prendiéndole fuego. Muy pocos lograron escapar y alcanzar al resto del ejército para contar la catástrofe que habían vivido, como un soldado de presidio y unos oficiales, que lograron cruzar los caudales del camino atando con sus bandas troncos de árboles.<sup>159</sup>

---

<sup>158</sup> “The Battle of San Jacinto (Texas)”, *Annual Publication of the Historical Society of Southern California*, 7 (1907-1908), p. 195.

<sup>159</sup> “Relación o diario del coronel Pedro Delgado”, en Vicente Filisola, *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México, 1849, t. 1, pp. 90-95; James W. Washington, “An account of the battle of San Jacinto”, *The Quarterly of the Texas State Historical Association*, 6 (1902), pp. 142 s; “The Battle of San Jacinto (Texas)”, *Annual Publication of the Historical Society of Southern California*, 7 (1907-1908), p. 195.

El factor de los límites a la movilidad que representaban los ríos en temporada de lluvias, al que tanto temió Santa Anna, jugó un factor enorme en las consecuencias de la batalla de San Jacinto. En lugar de conseguir escapar y replegarse para luchar otro día, la mayor parte del ejército quedó atrapada entre el río y los rifles texanos. Un día antes un grupo de Texanos había destruido el único puente con el que se podía cruzar.<sup>160</sup> Cuando Martínez Caro fue llevado a presenciar el pestilente campo de batalla, quedó comprensiblemente zozobrado con el lúgubre y deprimente paisaje:

Me condujo [su escolta, un ayudante de Houston] a la entrada del camino por donde se había emprendido la retirada, y a lo que alcanzaba la vista, observé a derecha e izquierda, dos hileras de cadáveres todos nuestros. Conmovido de este triste desengaño, ¡ojalá hubiera sido el último! Tuve el amargo dolor de que me condujera también hacia la izquierda, a un pequeño arroyo, a la salida del bosque, en donde infinidad de muertos, apiñados unos sobre otros, podían servirle de puente. “Aquí, me dijo, se precipitaron en tanto número, y confusión, que convirtiendo el agua en un espeso lodo, e imposibilitando el vado, nuestros soldados, en el calor del combate, hicieron esta matanza”.<sup>161</sup>

¿Por qué fueron tan impiadosos los rebeldes? En buena medida se puede argumentar que fue la retribución por las matanzas que el ejército mexicano había infligido por su política de degüello. Particularmente cruentas fueron la matanza de todos los sitiados en el Álamo y la ejecución de prisioneros en Goliad. Por lo tanto, el degüello terminó siendo un tiro por la culata para la campaña mexicana. El ejército pagó en San Jacinto con creces el patrón de sangre y odio que generó.

Aún con este desastre, quedaban varios contingentes numerosos del ejército mexicano en Texas. Houston apenas había derrotado a la vanguardia. Pero no fue cualquier victoria: destruyó buena parte de la avanzada de Santa Anna y además logró capturarlo en el bosque dos días después. Cabe imaginar el shock, la incredulidad y los rumores que debieron propagarse en las fuerzas restantes cuando comenzaron a llegar los supervivientes con la historia de la batalla. No es difícil imaginar el pánico cundiendo entre el mosaico de personajes que iban en el ejército. A pesar de las declaraciones patrióticas de los que condenaron a decisión de retirada,

---

<sup>160</sup> James W. Washington, “An account of the battle of San Jacinto”, *The Quarterly of the Texas State Historical Association*, 6 (1902), p. 142.

<sup>161</sup> *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después San Jacinto* por R. Martínez Caro, p. 44.

especialmente Urrea y J. E. de la Peña, aún con la ventaja numérica, el golpe moral y el miedo no sería una situación fácil de revertir.

No era nada envidiable la posición de quién tendría que tomar la decisión de qué hacer a continuación. El peso cayó sobre los hombros de un hombre que había evadido esa clase de responsabilidad toda su carrera, Vicente Filisola. El resto de los generales que lo acompañaban tampoco habían participado en la acción más que el sitio Álamo y lo más probable es que muchos ni siquiera hayan visto al enemigo una sola vez. Los primeros días no sabían del paradero de Santa Anna, pero se temía lo peor. En ausencia de la persona que los había empujado hasta esas instancias, hacía falta la fuerza de voluntad para proseguir con la campaña.

Alguien como Filisola siempre hubiese actuado con extrema mesura frente a una situación así. Por lo mismo, en lugar de tomar una decisión definida, fue postergándola hasta que ya era muy tarde. Cuando por fin llegó la noticia de que Santa Anna estaba capturado, se agregó una dimensión más de delicadeza a la situación. Adrián Woll partió a campamento texano para intentar arreglar un intercambio de prisioneros, mientras el EOT comenzó a marchar de regreso a Matamoros sin declarar expresamente que se trataba de una retirada definitiva hasta que se consumó con el hecho. Más que maquiavélica, la actuación de Filisola debe entenderse como la de un hombre en una situación fuera de sus capacidades. Posteriormente, cuando fue juzgado en la Ciudad de México, su defensa se basó en que la campaña se planeó mal desde el inicio, y en que de todas formas la única opción que tenía el ejército era la retirada.<sup>162</sup>

Al final de cuentas, resulta cómica la comparación de Santa Anna con Napoleón, porque irónicamente el resultado fue similar al de la campaña rusa: como sucedió con la *Grand Armée*, el ejército mexicano sufrió sus mayores bajas y pérdidas durante la desastrosa retirada en plena época de lluvias. Se llevó a cabo de forma aún más desorganizada y desarticulada que la ida, sin llevar a cabo el reconocimiento necesario para evitar zonas apantadas por las lluvias y encontrar pasos adecuados para vadear los ríos. Durante la retirada fue tal el lodazal que el ejército terminó abandonando sus carros de suministro y toda la artillería:

La artillería quedó atollada hasta las masas a las 2 o 3 millas del punto de salida. Las cargas de parque, proveeduría y equipaje quedaron regadas en el camino y el que a costa de sacrificios hacía llegar la parte del equipaje que le pertenecía lo

---

<sup>162</sup> Véase *Representación al gobierno por Vicente Filisola en defensa de su honor y aclaración de sus operaciones como general en jefe*.

encontraba inútil. Muchas cargas se extraviaron, muchas mulas se inutilizaron y la tropa no pudo tomar el rancho, porque no alcanzó a llegar y no había leña con qué hacerlo. Había murmuraciones porque no se reconocían los caminos antes de sepultarnos en los fangales y hacernos sufrir el hambre con otras penurias. El camino de Austin es elevado y sólido y pudimos andarlo con fuertes aguaceros.<sup>163</sup>

Así, esta gesta que había costado tantas energías y sacrificios acabó de forma súbita e indecorosa. Filisola logró ratificar su inocencia y siguió su carrera que ofreció nada muy destacado que señalar, positivo o negativo. Cuando Santa Anna, que estuvo captivo varios meses, regresó en 1837 escribió: “algún periodista soñó comparar mis campañas a las de Napoleón, y mis enemigos esperaban que la de Texas me sería tan funesta como al héroe corso de la Rusia [...] y yo mismo no pude vengarme nunca hasta desconocer la dificultad del empeño por las circunstancias”.<sup>164</sup> El caudillo terminaría recuperando su prominencia política y seguiría llenando de polémicas las páginas de historia. José Urrea, tras terminar su breve mando de lo que quedaba del ejército en Matamoros, fue nombrado comandante de Sonora y Sinaloa. En 1837 se pronunciaría sin éxito a favor a de la federación, tras lo cual continuaría inmerso en los vaivenes políticos de la época. Para otros personajes, como Juan Nepomuceno Almonte, la aventura quedaría como una pestaña más dentro de larga carrera política y militar. Para otros, como José Enrique de la Peña, sería menos fácil dejar pasar el coraje por todo lo que pasó en Texas. Pero con el pasar del tiempo sus voces y la campaña misma quedaron enterradas bajo las líneas del "ejército de Santa Anna" en la historia de cómo México perdió Texas y más de la mitad de su territorio.

---

<sup>163</sup> *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de J. E. de la Peña*, p. 186.

<sup>164</sup> *Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos del 10 de mayo de 1837*, p. 125.



## Conclusiones

La campaña de Texas se ha visto como una misión perdida desde su concepción. Pero no hay que aceptar ciegamente ese paradigma. Es igual probable que la moneda estuviese en el aire. Quizá en el largo plazo la guerra contra EUA por los territorios del septentrión mexicano hubiese sido inevitable. Pero en 1836 pudieron haber ocurrido muchas cosas. Quizá pecamos, por nuestra sensibilidad moderna, de no ver nada más que caos e ingobernabilidad en el periodo. Pero al estudiar la formación y movilización del EOT de la forma propuesta, parece confirmarse la hipótesis central. Las autoridades contaban con una serie de herramientas, no necesariamente codificadas, pero sí arraigadas en la costumbre, que les permitían reunir y movilizar recursos, particularmente levantar y mantener ejércitos de campaña. También parece sugerir que estas prácticas no eran meramente recursos extraordinarios o trucos bajo la manga: eran la forma común y funcional de gobernar. Quizá lo que demuestra más claramente está afirmación es el empleo de una suerte de procedimiento muy parecido al de pronunciamiento para reunir apoyo político para la campaña de Texas.

Antonio López de Santa Anna asumió el liderazgo no sólo porque era la figura más prominente del momento, sino porque contaba con la red de contactos necesaria para improvisar un ejército. Sin dinero del gobierno, se tuvieron que pedir préstamos forzados al clero, a varias entidades federativas y aduanas. También se mandaron impuestos extraordinarios y campañas de donaciones para la emergencia, aunque con poco éxito. El recurso de última instancia fue un crédito usurero con la casa de agiotistas Rubio y Errazu. Ya que esto no fue suficiente, el ejército se vio obligado a requisar todo a su paso, como cargamentos de plata y arcas municipales. Para engrosar las filas, extremadamente desplegadas en años anteriores, se utilizaron métodos de conscripción y leva de forma apresurada y arbitraria en las poblaciones circundantes. Especialmente en los alrededores de las principales bases de operaciones como San Luis Potosí. Así se reclutó precipitadamente a más de la mitad del ejército de alrededor de 6000 almas

Una vez reunido el EOT, fueron indispensables las tropas y oficiales veteranos para su organización y transporte hasta Texas. Los reclutas bisoños fueron repartidos entre los contingentes ya existentes, en lugar de formar nuevos, para que los veteranos pudieran disciplinarlos. Muchos recorrieron todo el camino atados a la cuerda y vigilados por la retaguardia para evitar su desertión, y nunca aprendieron a usar el fúsil. Para mover las provisiones, que se

calcularon para dos meses, y los pertrechos militares, se contrataron arrieros que llevaban principalmente bueyes y mulas. Estas se comenzaron a rezagar cada vez más en los terrenos difíciles, algunas provisiones se arruinaron con la lluvia, y otras fueron rescatadas por la caballería ligera que tuvo que contramarchar. Hubo comercio abusivo de parte de arrieros y posiblemente generales de brigada. Ya en territorio texano el ejército sobrevivió con las cuantiosas cantidades de ganado que había en la región y el saqueo a las habitaciones abandonadas de los colonos. Todavía falta investigación para conocer con certeza el papel de la soldadera, pero por lo menos podemos decir que eran importantes para la supervivencia de ejército. En conclusión, el ejército alimentó al esfuerzo de guerra con forrajeo, saqueo y pillaje de los territorios ocupados y transitados.

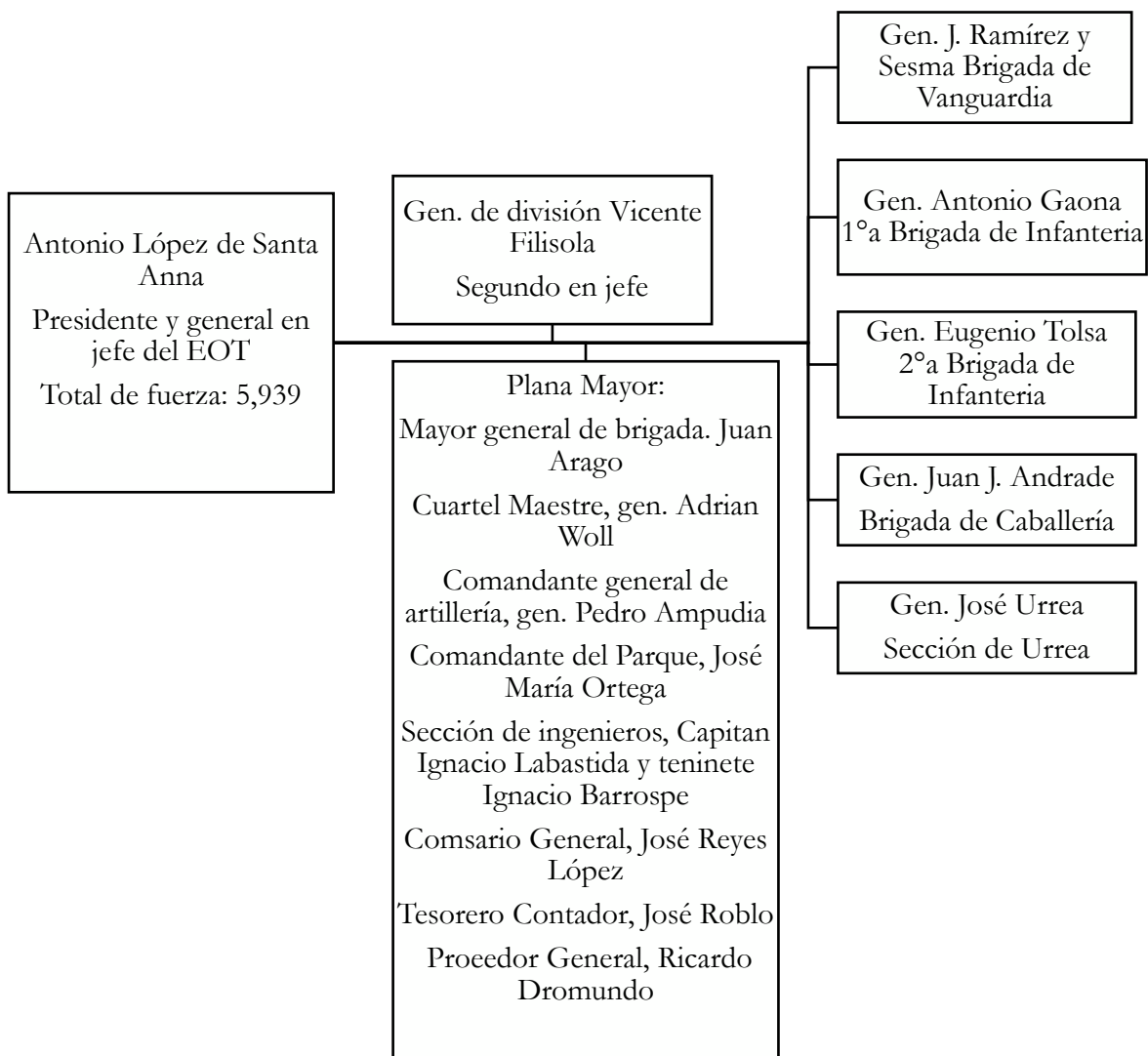
Esta serie de medidas contribuían en buena medida al deterioro de la estabilidad política y económica a largo plazo, pero permitían a corto plazo el reclutamiento y movilización de grupos armados para la emergencia del momento. Aunque algunos estaban al menos parcialmente codificados en las leyes y regulaciones militares, en su mayor parte eran irregulares, flexibles e implementados de forma improvisada. Gracias a ellos fue posible la formación el Ejército de Operaciones sobre Texas (EOT) tras la emergencia texana a finales de 1835 y su campaña hasta su retirada en mayo y junio de 1836. Pero de ahí también emanaron sus limitaciones, carencias y dificultades para llevar a cabo su función, la consolidación y defensa de la soberanía territorial.

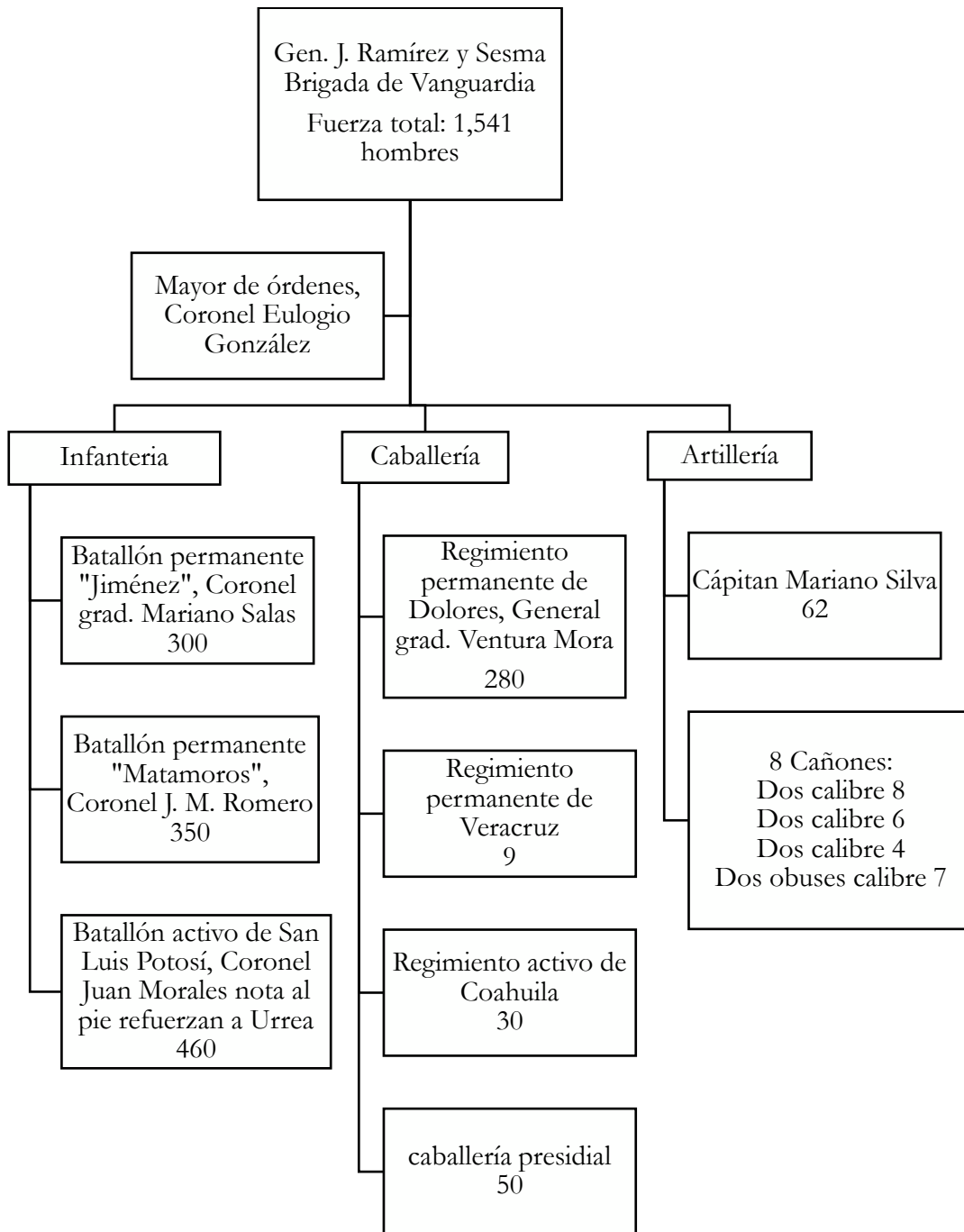
Esta investigación respondió de forma general a varias de las disyuntivas principales. Pero quizá más que nada sugiere nuevas avenidas de investigación que pueden resultar enriquecedoras para explorar las relaciones sociales y de poder de la sociedad mexicana decimonónica dentro del ejército mexicano y conflictos armados. Al no contar con ningún trabajo que se dedique de forma exclusiva al Ejército operaciones sobre Texas, me pareció necesario dar la imagen más completa y total posible. Para ello, busque verlo desde muchos ángulos que dieran una explicación comprensiva de lo que representó la formación y movilización del EOT. Espero que esta suerte de acercamiento multidisciplinario tenga mérito de haber dado por lo menos una buena idea inicial sobre el tema tratado. Pero por supuesto, vino de la mano de varias limitaciones. Quedan muchas dudas y aspectos que visibilizar claramente detrás de la estabilidad y operación de las fuerzas del Estado decimonónico. Muchos de los temas tratados merecen ser estudiados de forma más granular, como el reclutamiento, los procesos políticos detrás de la

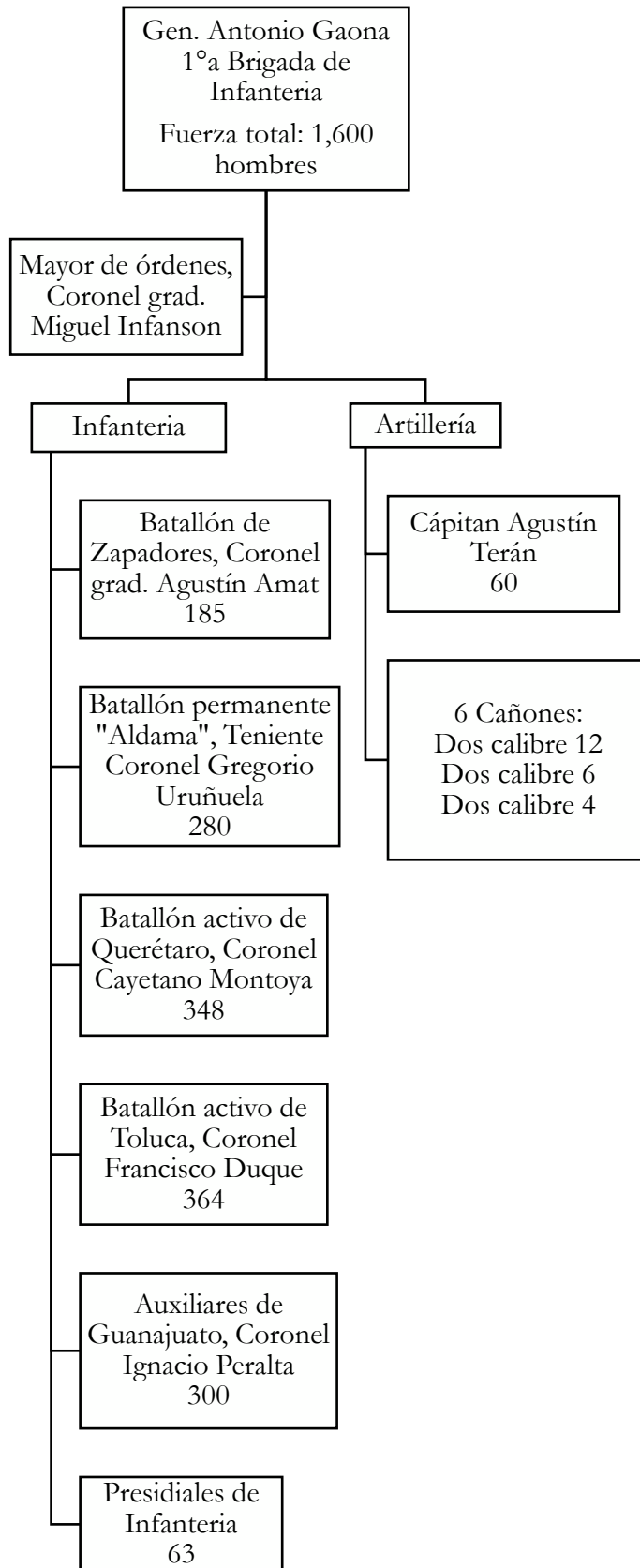
movilización, los componentes populares del ejército, etc. Espero que este primer acercamiento fomente nuevas líneas de investigación.

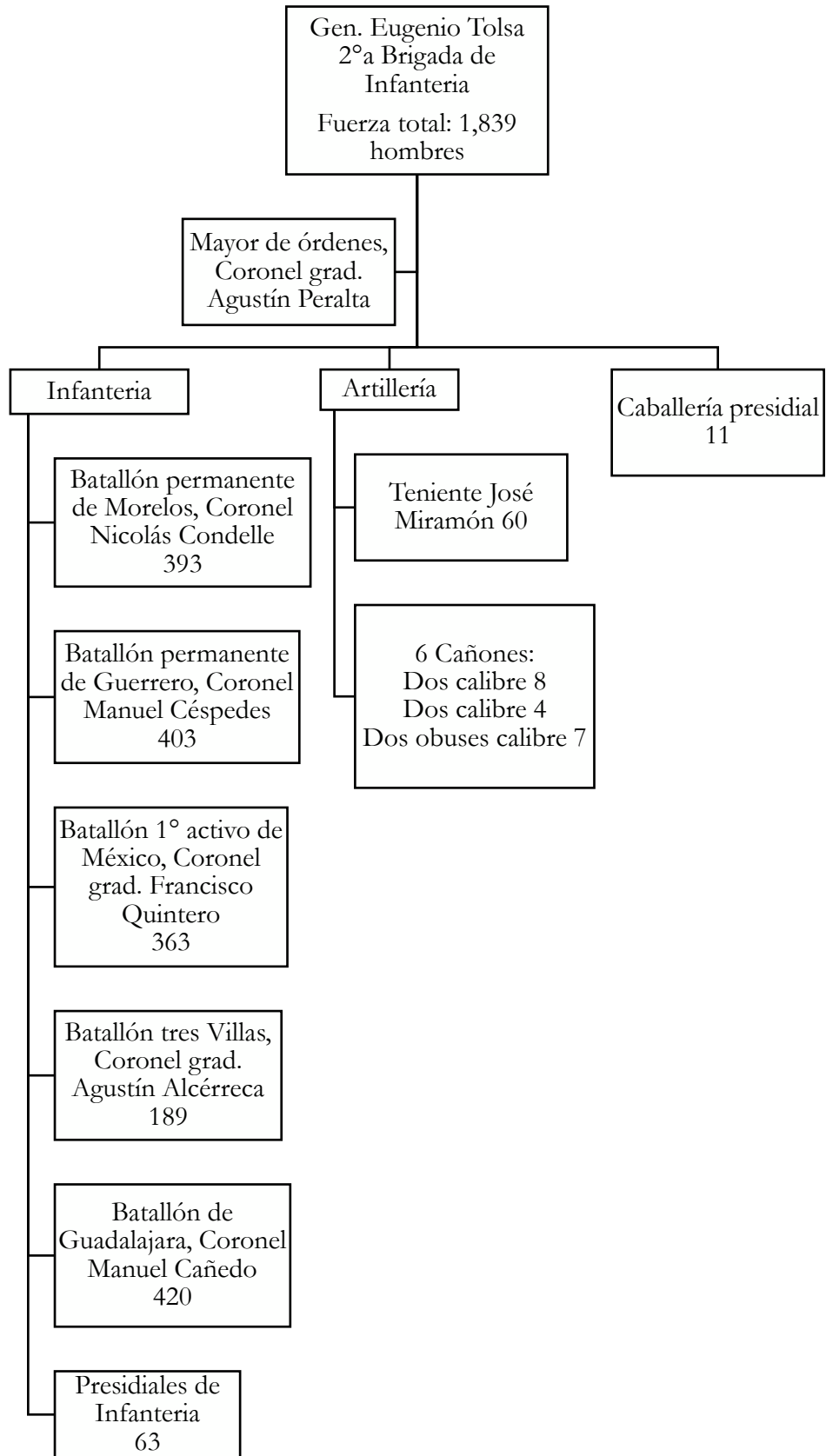
Podemos aprender mucho de la sociedad mexicana estudiando al ejército mexicano en campaña. Al mismo tiempo de un profundo desprestigio, el ejército era un reflejo de la sociedad mexicana. Por lo menos eso se puede afirmar del EOT, compuesto por una gama muy amplia de regiones y sectores sociales. Eso implica que preguntar por la formación y supervivencia del ejército también fue en cierta medida preguntar por su dinámica con la sociedad. Esta puede ser una buena forma de entender la movilización militar en otros casos. Por lo menos, espero que el lector quede convencido de que vale la pena ver el detalle detrás del simple reflejo de la voluntad político militar de algún caudillo, porque la movilización militar implica un proceso intenso y constante de negociación, coerción y conflicto entre sus miembros y la sociedad circundante.

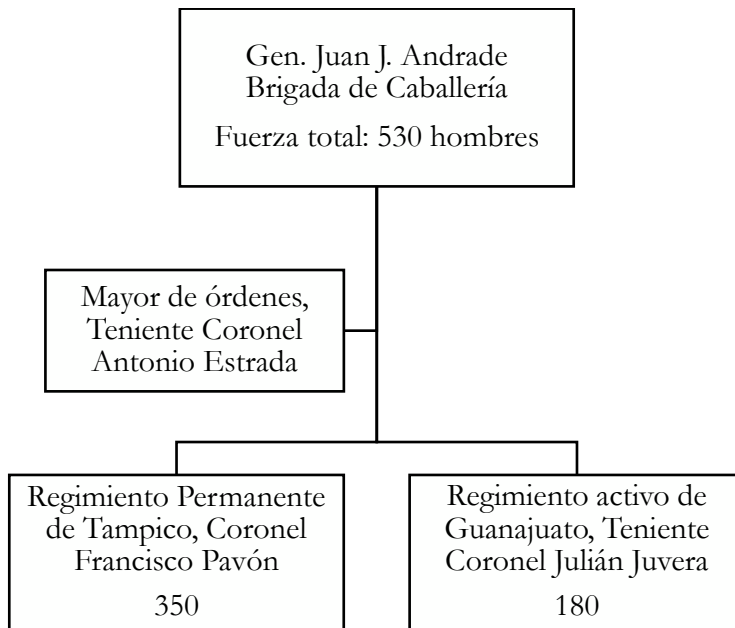
## Organigramas del EOT



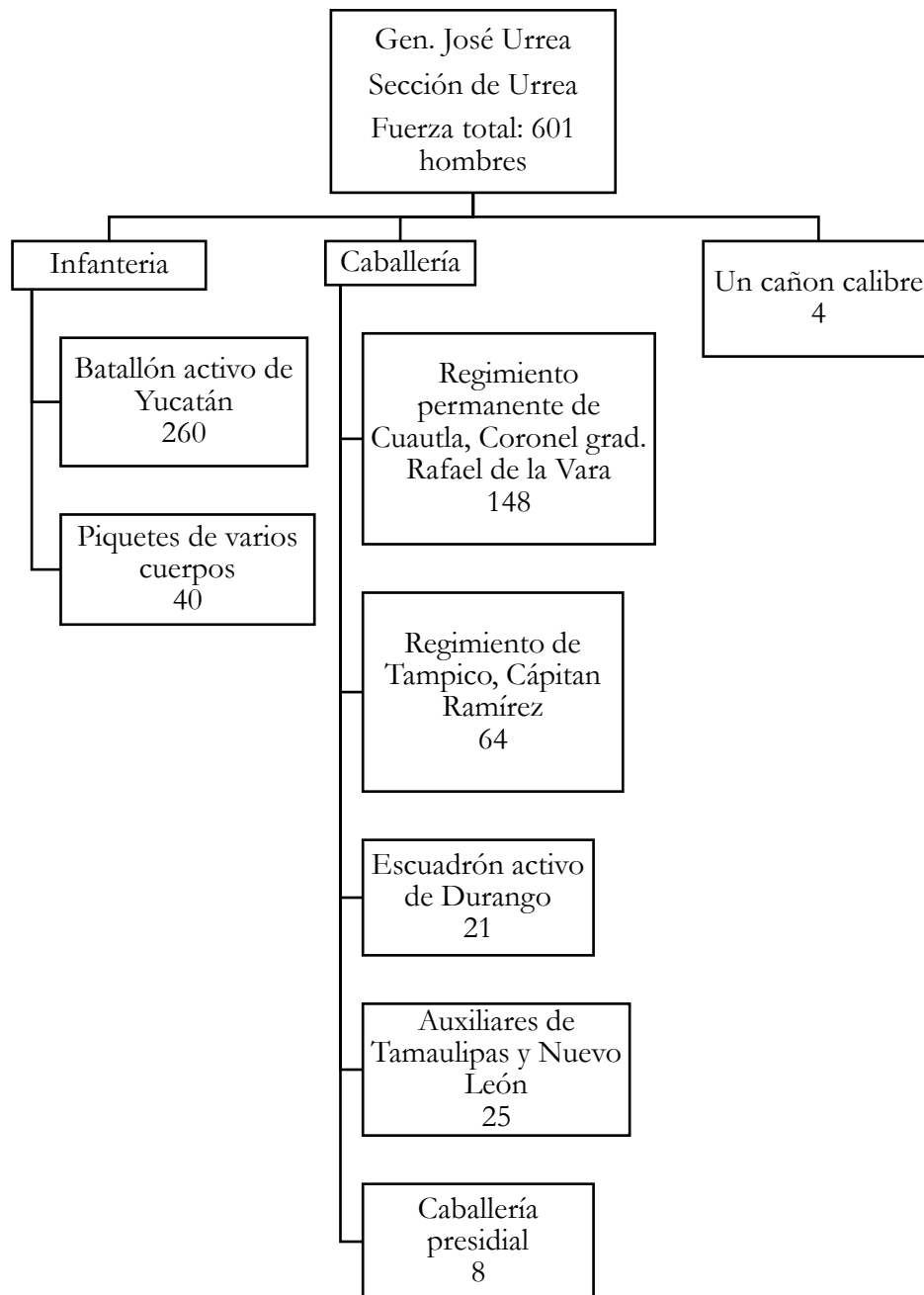












## Bibliografía

### Archivos

Archivo General de Indias (AGI)  
Archivo General de la Nación (AGN)  
Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí (AHESLP)  
Archivo Histórico de la Secretaría de Defensa Nacional (AHSDN)  
Mapoteca Manuel Orozco y Berra

### Fuentes contemporáneas

ALMONTE, Juan Nepomuceno, *Noticia Estadística sobre Tejas*, México, Ignacio Cumplido, 1835.

MUIR, Andrew F., (ed.), *Texas in 1837. An Anonymous Contemporary Narrative*, Austin, University of Texas, 1958.

AZCARATE, Miguel María, *Noticias estadísticas sobre los efectos de consumo en esta capital en el quinquenio de 1834 a 1838*, México, Águila, 1839.

BARKER, Eugene C. (ed.), “Descriptions of Texas by Stephen F. Austin”, *The Southwestern Historical Quarterly*, 28 (1924), pp. 98-121.

BARREIRO, Miguel, *Resumen del Comisario de División del Ejército de Operaciones sobre Tejas*, Matamoros, Mercurio, 1837.

BERLANDIER, Luis y Rafael Chovell, *Diario de viaje de la Comisión de Límites bajo dirección de D. Manuel de Mier y Terán*, México, Juan R. Navarro, 1850.

BOCANEGRA, José María, *Memorias para la Historia de México Independiente 1822-1846*, México, 1892.

CARO Martínez, Ramón, *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después de la acción de San Jacinto*, Imprenta de Santiago Pérez, 1837

DE LA PEÑA, José Enrique *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de 1836 por un oficial de Santa Anna*, México, J. Sánchez Garza, 1955.

FILISOLA, *Análisis del diario militar del general José Urrea durante la primera campaña de Tejas*, Mercurio, Matamoros, 1838;

*Representación dirigida al Supremo Gobierno por el General Vicente Filisola en defensa de su honor y aclaración de sus operaciones como general en jefe del Ejército sobre Tejas*, Ignacio Cumplido, México, 1836.

*Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, Ignacio Cumplido, México 1849.

- HUMBOLDT, Alejandro, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, trad. V. Gonzalez Arnao, París, J. Smith, 1822 (fac.).
- MALO, José Ramón, *Diario de sucesos notables (1832-1853)*, Mariano Cuevas (comp.), México, Patria, 1848.
- Reglamento de la milicia activa, y general de la cívica de la República mejicana, con el particular de la segunda en el Distrito Federal*, México, Galván, 1833.
- SÁNCHEZ, José María, *Viaje a Texas en 1828-1829, diario del teniente miembro de la Comisión de Límites*, México, 1939.
- SÁNCHEZ Navarro, Carlos (ed.), *La Guerra de Tejas, memorias de un soldado*, México, Polis, 1938.
- SANTA ANNA, Antonio López, “Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos de 10 de mayo de 1837” y “Mi historia militar y política 1810-1878”, en Genaro García (ed.), *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, México, Porrúa, 2da edición, 1974
- “The Battle of San Jacinto (Texas)”, *Annual Publication of the Historical Society of Southern California*, 7 (1907-1908), pp. 194-197.
- URREA, José, *Diario de las operaciones militares de la división que al mando del general Jose Urrea hizo la campaña de Tejas*, Durango, Manuel Gonzales, 1838.
- WASHINGTON, James Winters, “An account of the battle of San Jacinto”, *The Quarterly of the Texas State Historical Association*, 6 (1902), pp. 139-144.

### Fuentes secundarias

#### Libros:

- BRAUDEL, Fernand, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, trad. M. Monteforte, W. Rocés y V. Simón, México, FCE, 2da ed., 2013.
- BRUCE, Robert B., et al, *Técnicas bélicas de la época napoleónica, 1792-1815, equipamiento, técnicas y tácticas de combate*, trad. J. Sevillano, Madrid, LIBSA, 2008.
- CHARTRAND, Rene, *Santa Anna's Mexican Army 1821-48*, Oxford, Osprey, 2004.
- CHUST, Manuel y Juan Marchena (eds.), *Las armas de la nación: independencia y ciudadanía en Hispanoamérica (1750-1850)*, Madrid, Iberoamericana, 2007.
- COLLEDGE, J.J. y Ben Warlow, *Ships of the Royal navy. The Complete Record of al Fighting ships of the Royal Navy from the 15th Century to the Present*, Londres, Chatham, 2006.
- COSTELOE, Michael P., *La primera república federal de México (1824-1835)*, México, FCE, 1975.
- CRAIB, Raymond B., *Cartographic Mexico. A History of State Fixations and Fugitive Landscapes*, Londres, Duke University Press, 2004.
- DE PALO, William Anthony, *The Mexican national army, 1822-1852*, Texas, Texas A & M University Press, 2004.

- Desastres agrícolas en México. Catálogo histórico*, t. 2: Antonio Escobar Ohmstede, *Siglo XIX (1822-1900)*, México, CIESAS/FCE, 2004.
- DIOS DE BONILLA, Juan, *Apuntes para la Historia de la marina nacional*, México, s.e., 1946.
- ELDEN, Stuart, *The Birth of Territory*, Chicago, University Press, 2013.
- El Soldado Mexicano 1837-1847: organización, vestuario, equipo y reglamentos militares. Recopilación de fuentes originales*, México, Nieto/Brown/Hefter, 1958.
- EMSLEY, Clive, *Gendarmes and the State in Nineteenth-Century Europe*, Oxford, University Press, 1999.
- ESCALANTE Gonzalbo, Fernando, *Ciudadanos imaginarios*, México, COLMEX, 2014.
- FOUCAULT, Michel, "Governmentality", en Graham Burchell *et al* (ed.), *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, Chicago, University Press, 1991.
- FOWLER, Will, *Santa Anna of Mexico*, Nebraska, University Press, 2007.
- (ed.), *Forceful Negotiations. The Origins of the Pronunciamiento in Nineteenth-Century Mexico*, Nebraska, University Press, 2010.
- Independent Mexico. The pronunciamiento in the Age of Santa Anna, 1821-1854*, Nebraska, University Press, 2016.
- FLORESCANO Mayet, Sergio, *El camino México-Veracruz en la época colonial*, México, Universidad Veracruzana, 1987.
- GARCÍA-TORRALBA Pérez, Enrique, *Las fragatas de vela de la armada española 1600-1850*, s.l., s. e., s. a.
- GARDINER, Robert y Andrew Lambert, *Steam, Steal and Shellfire: warships 1815-1906*, Londres, Conway, 1992.
- GARZA, Humberto *et al.* (eds.), *Pensar la historia, pensar la política... A la manera de Lorenzo Meyer*, México, COLMEX, 2016.
- GILDEA, Robert, *Barricades and Borders. Europe 1800-1914*, Nueva York, Oxford University Press, 3era ed., 2003.
- GUARDINO, Peter, *The Dead March, A History of the Mexican American War*, Cambridge, Harvard University Press, 2017.
- GUTIÉRREZ Ibarra, Celia *Cómo México perdió Texas. Análisis y transcripción del Informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, México, INAH, 1987.
- GWYNNE, S. C., *Empire of the Summer Moon*, Nueva York, Simon & Schuster, 2010.
- HÄMÄLÄINEN, Pekka, *The Comanche Empire*, New Haven, Yale University Press, 2008.
- HERNÁNDEZ Jaimes, Jesús, *La formación de la Hacienda pública Mexicana y las tensiones centro-periferia, 1821-1835*, México, CEH/Instituto Mora/UNAM, 2013.
- HEUSER, Beatrice, *The Evolution of Strategy. Thinking war from Antiquity to Present*, Cambridge, University Press, 2010.

- HOGG, Ian V., *The Complete Illustrated Encyclopedia of the World's Firearms*, Nueva York, A & W Publishers, 1978.
- HOWARD, Michael, *La guerra en la historia europea*, trad. M. Pizarro, México, FCE, 1983.
- JÁUREGUI, Luis y José Antonio Serrano Ortega (coords.), *Historia y Nación: política y diplomacia en el siglo XIX mexicano*, México, Colegio de México, 1998.
- KAHLE, Günter, *El ejército y la formación del Estado en los comienzos de la independencia de México*, trad. María Martínez Peñaloza, México, FCE, 1997.
- KINARD, Jeff, *Artillery. An Illustrate History of its Impact*, Santa Barbara, ABC-CLIO, 2007.
- LERDO DE TEJADA, Miguel, *Comerio exterior de México, desde la conquista hasta hoy*, México, Banco Nacional de Comercio exterior, 1967.
- MCNEILL, William H., *The Pursuit of Power*, Oxford, Basil Blackwell, 1983.
- MEDINA Peña, Luis, *Los bárbaros del Norte. Guardia Nacional y política en Nuevo León, siglo XIX*, México, FCE/CIDE, 2014.
- MEED, Douglas V., *Comanche 1800-74*, Oxford, Osprey, 2003.
- MEYER, Lorenzo y Josefina Z. Vázquez, *México frente a Estados Unidos, un ensayo histórico, 1776-2000*, México, 4ta ed., FCE, 2017.
- MICHIKO Phifer, *A Handbook of Military Strategy and Tactics*, Nueva Delhi, Vij, 2012.
- MILLER, Edward L., *New Orleans and the Texas Revolution*, Texas, A&M University Press, 2004.
- MORGENTHAU, Hans J., *Politics among Nations*, Nueva York, A. Knopf, 3.<sup>a</sup> ed., 1963.
- PORTILLO, Esteban L., *Apuntes para la historia antigua de Coahuila y Tejas*, Saltillo, Amado Prado, 1886.
- REICHSTEIN, Andreas V., *Rise of the Lone Star, The Making of Texas*, trad. Jeanne R. Wilson, Texas, Texas A&M University Press, 1989.
- RESÉNDEZ, Andrés, *Changing National Identities at the Frontier, Texas and New Mexico, 1800-1850*, Cambridge, University Press, 2004.
- SCOTT, James C., *The Art of Not Being Governed: An Anarchist History of upland Southeast Asia*, New Haven, Yale University Press, 2009.
- SCHOULTZ, Lars, *Beneath the United States. A history of U.S. Policy Toward Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 1998.
- SERRANO Ortega, José Antonio, *El contingente de sangre*, México, INAH, 1993.
- IBID y Manuel Chust, *¡A las armas! Milicia cívica, revolución liberal y federalismo en México (1812-1846)*, Madrid, Marcial Pons, 2018.
- STEWART, Richard W. (ed.), *American Military History*, Washington D. C., Center of Military History, 2da ed., 2009
- STROBEL del Moral, Héctor M., *El ejército liberal durante la revolución de Ayutla y la Reforma, 1854-1861*, tesis, México, COLMEX/CEH, 2020.

- TIJERINA, Andrés, *Tejanos and Texas under the Mexican Flag 1831-1836*, Texas, A&M University, 1994.
- TORGET, Andrew J., *Seeds of Empire, Cotton, Slavery, and the Transformation of the Texas Borderlands, 1800-1850*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2015.
- WASSON, James N., *Innovator or Imitator: Napoleons's Operational Concepts and the Legacies of Bourcet and Guibert*, tesis, Kansas, School of Advanced Miliary Studies, 1998.
- WECKMANN, Luis, *La herencia medieval de México*, México, FCE, 2da ed., 1996.
- VÁZQUEZ, Mantecón, María del Carmen, *La palabra del poder. Vida pública de José María Tornel 1795-1853*, México, UNAM, 2008.
- VÁZQUEZ, Josefina Z., *Dos décadas de desilusiones, en búsqueda de una fórmula adecuada de gobierno (1832-1854)*, México COLMEX/Insituto Mora, 2009.
- IBID. y José Antonio Serrano Ortega, (coords.), *Practica y fracaso del primer federalismo mexicano (1824-1835)*, México, COLMEX, 2012; “El nuevo orden, 1821-1848”, en Erik Velásquez *et al.*, *Nueva historia general de México*, México, COLMEX, 2010.

Artículos:

- BASSOLS Batalla, Ángel “Bosquejo histórico-geográfico del desarrollo de la red de caminos de México”, *Investigación Económica*, 19 (1959), pp. 645-681.
- COSTELOE, Michael P., “Santa Anna and the Gómez Farías Administration in Mexico, 1833-1834”, *The Americas*, 1974, núm. 1, pp. 18-50.
- ESCAMILLA Herrera, Irma y José Omar Moncada Maya, “La Línea de Presidios septentrionales en el siglo XVIII novohispano. Un antecedente de la frontera mexicana”, en Quim Bonastra, Magno Vasconcelos P. Juniero y Maricarmen Tapia (eds.), *Actas del XIII Coloquio Internacional de Geocrítica: El control del espacio y los espacios de control*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2014.
- FRANCK, Raymond E., “Innovation and the Technology of Conflict During the Napoleonic Revolution in Military Affairs”, *Conflict Management and Peace Science*, 21 (2004), pp. 69-84.
- HAUSBERGER, Bernd, “En el camino. En busca de los arrieros novohispanos”, *HMEX*, 2014, núm. 1, pp. 65-104.
- MARICHAL, Carlos, “Entre las guerras imperiales y las guerras de independencia: el virreinato de la Nueva España (1762-1812)”, *20/10 Historia*, 2012, núm. 1., pp. 73-86
- ORTIZ Hernán, Sergio, “Caminos y transportes mexicanos al comenzar el siglo XIX”, *Comercio exterior*, 23 (1973), pp. 1246-1253.
- MEDINA Bustos, José Marcos y Iván Aarón Torres Chon, “José Urrea: trayectoria política y bases de poder territorial en Durango y Sonora. 1821-1849”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, 53 (2017), pp. 1-20.
- NESTER, William, “Why did Napoleon Do It? Hubris, Security Dilemmas, Brinkmanship, and the 1812 Russian Campaign”, *Diplomacy & Statecraft*, 24 (2013), pp. 353-364.

RAJCHENBERG S., Enrique y Catherine Héau Lambert, “La frontera en la comunidad imaginada del siglo XIX”, *Frontera Norte*, 2007, núm. 38, pp. 37-61.

REICHSTEIN, Andreas V., “¿Era realmente inevitable? ¿Por qué México perdió Texas en 1836?”, *Historia Mexicana, El Colegio de México*, 70 (279), pp. 867-887.

VÁZQUEZ, Josefina Z., “Soldados alemanes en las huestes santanistas”, *Anuario de Historia de América Latina*, 25 (1964), pp. 415-436.

## Anexos 1

### *Anexo 1*

AHSDN, XI, 481.3, exp. 1106.

Plan de campaña propuesto por José Ignacio Gutiérrez. Jefe del escuadrón de seguridad de la plaza de México, para las operaciones en Texas. Enviado el 5 de noviembre de 1835 al ministro de Guerra José María Tornel.

El plan en Campaña sobre Tejas, debe ser un plan vasto: puede decirse que ha de comprender la organización, la política y la defensa en la república, porque todas estas cosas están íntimamente unidas con la campaña que se prepara. Si en este plan se descuida el régimen interior, se desorganiza la nación pues el partido opuesto a la administración actual se levantaría contra ella, mientras las fuerzas el gobierno estén ocupadas en Tejas; si no se atiende a la política, se priva México de los auxilios directos o indirectos que pueda sacar de las otras repúblicas hermanas, y de las potencias de Europa, teniendo, en caso de guerra con N. América, que sostener la lucha, entregada a sus recursos únicamente; y en fin, la defensa militar es indispensable; puesto que hay una sublevación contra el orden, puesto que hay defecciones, y que según indicios [foja 4] vehementes, no es remoto un rompimiento con N. América. Pero ahora no se trata más que de defender a Tejas, y de castigar a los que allí se han sublevado. ¿Qué debe hacerse en esto? He aquí la cuestión.

Yo pienso que contrayéndonos solamente al objeto militar, debe comenzarse por autorizar en toda plenitud al gobierno. Obtenida esta autorización, se ha de empezar por hacer un empréstito de diez millones de pesos, dando las garantías que el gobierno juzgue oportunas. Al mismo tiempo, se ha de tratar de formar un ejército de treinta y dos mil hombres para emplearlo bajo el cálculo siguiente:

Es indudable que las colonias en Tejas que se han sublevado tienen una población de 32 mil habitantes, según la estimación publicada por Almonte: de contado, en una causa propia, y en que tienen necesidad de [foja5] pelear, no sólo para sostener lo que ellos creen que es en sus intereses, sino para evitar el castigo que les aguarda, pueden poner por lo menos, cuatro mil hombres sobre las armas, sin contar con la fuerza que ya les habrá entrado de N. Orleans, conducida por Zabala, y sin que el gobierno de N. América se ingiera en la lucha. Para hacer la campaña con un éxito seguro, tomando la iniciativa y concluirla en poco tiempo, son necesarios ocho mil combatientes: para que del interior de la república llegue a Tejas este número, se han de sacar diez mil hombres, por las bajas en deserciones, enfermos y muertos; y para que en el interior se eviten los pronunciamientos, han de quedar otros diez mil en guarniciones. Los doce mil restantes, deben invertirse en guardar los puertos, y en formar una reserva considerable para el evento de que los E.V. del Norte se atrevan a declararnos la guerra. [foja 6], lo cual será más o menos fácil, según nos vean más, o menos fuertes.

Estando este ejército en disposición de obrar, debe tomar la ofensiva, y de un solo golpe, escarmentar a los sublevados en Tejas; pero entre tanto, el gobierno ha de reunir de toda preferencia, seis mil hombres, entendiéndose que para esta reunión no se ha de desgarecer los puntos de la república, en donde pueda estallar una revolución. De esta fuerza irán cuatro mil hombres por tierra, a Tejas: tomarán posiciones, escogiendo las localidades más a propósito para fortificarse y mantener las comunicaciones; y su objeto debe circunscribirse a impedir que la defección cunda al interior, y que los sublevados reciban auxilios por tierra.

El jefe que ha de mandar estos cuatro mil hombres, ha de ser muy escogido, y el arma principal ha de ser la caballería. Los otros dos mil, han de ir por agua: tomarán a Galveston, y [foja 7] los puntos litorales inmediatos por donde puedan hacerse desembarcos: se fortificarán, y su empleo debe ser impedir que entre y salga cosa alguna, sea de la naturaleza que fuere.

Para sostener esta fuerza litoral, se pondrán los buques de guerra que hubiere, a guardar la costa, y con especialidad a Galveston, declarando al momento que este puerto está cerrado; y además, se pondrán también dos o tres buques mercantes nacionales, a conducir víveres para las tropas que estén en la costa. El jefe y oficialidad de estas tropas han de ser, a más de instruidos y valientes, personas incorruptibles, porque sobre ellos va a llover el oro, para que falten a sus deberes: lo mismo digo de los comandantes de los buques de guerra.



Puede asegurarse que obrando así, lo de Tejas será concluido antes de cuatro meses, porque los colonos, por sí mismos, no pueden sostenerse, sin los auxilios de comercio y de guerra que [foja 8] por agua tienen con N. América, y es preciso que sucumban. Si faltando esta combinación, se mantuvieren en aptitud hostil, luego que este levantado el ejército, se les atacará con fuerzas muy superiores, y entonces, se atacará igualmente a las tribus de indios barbaros que movidos y armados por los de Tejas, hace tiempo que están hostilizando a los estados internos.

Ahora, si N. América se desenmascara, y declara las hostilidades, habrá ya un ejército respetable con que hablarle en un tono varonil, y recibir sus primeras columnas dándoles una lección de cordura.

Es preciso reconocer esta verdad: que mientras más en grande, y con más actividad se obre, menos audaz será el enemigo; mientras más apatía, y más pequeñeces tuviéremos, más atrevido ha de ser. También es preciso reconocer esta otra: que en las grandes emergencias del Estado, por regla general, los cuerpos deliberantes, solo contribuyen [foja 9] a salvarlo, autorizando plenamente al ejecutivo. No olvidemos que después de la jornada de Leipzig, decía Napoleón a varios individuos de las Cámaras: dadme medios para defender la Nación, y después lavaremos, entre nosotros solos, nuestra ropa sucia. Aquellos legisladores, en cuyos pechos estaba el genio del mal, se las negaron, por odio al grande hombre que las pedía, y la Francia sucumbió. La victoria huyó de sus fronteras, así como de sus grandes ciudades, y la Nación quedó atada con una cadena que rompió a costa de muchos sacrificios. Por último, téngase presente esta otra verdad: es economía gasta diez en una sola ocasión, cuando por no hacerlo así, se han de gastar cincuenta en varias veces.

#### *Anexo 2*

AHSDN, XI, 481.3, exp. 1144

Proclama de Nicolas Bravo, general de división y en jefe de las operaciones del Sur.

Valientes militares:

Aún no acaban de concluir nuestras fatigas en la campaña de este rumbo, cuando el espíritu inquieto y del desorden aparece en Goliad del estado de Texas. Allí un puñado de ingratos ventureros prevalidos de las mismas gracias que se les han dispensado en nuestra Patria han abusado de ellas y hoy se quiere apropiarse de aquella preciosa parte de la República y erigirse en absolutos e independiente. Tamaña aberración jamás podría ningún mexicano digno de este

nombre, ver con espíritu tranquilo e indiferente, sin hallarse poseído del justo agravio que en esto se infiere a una nación ilustrada y capaz de escarmentar estos y mayores desaciertos. De esto me creo sin dudas un punto que estáis persuadidos y por lo mismo que estáis dispuestos a seguir las huellas de un gobierno sabio que sabrá desplegar toda su energía y enfrenar las demasías de estos genios audaces que quieren burlarse de nuestras leyes e instituciones. Bastantes pruebas habéis dado del honor patrio que os anima: bastante habéis trabajado por sostener nuestra independencia; bastante por el honor de nuestra Republica y bastante en fin por la felicidad de nuestra remota posteridad. El afiance de estos sagrados objetos exige de vosotros nuevos sacrificios; y aunque no podré creer que esos pérfidos signifiquen cosa alguna y que bien pronto caerá sobre ellos el castigo, a vosotros dirijo mi voz para que teniendo vuestras espadas predispuestas para vengar tales ultrajes, os detentéis desde hoy a correr en sostén y defensa de vuestros caros e imprescindibles derechos, y vuestro mismo honor militar si así fuere preciso. Para ello como en todas épocas contáis con vuestro amigo e inseparable compañero de armas, Nicolas Bravo, Chilpancingo nov. 11 de 1835.